

Sk ing his pa no

HALLOWEEN 2001

Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar

ÍNDICE

- "Marcos"* (Rodrigo L. Portasany)
"GIO" (Raúl Valiente García)
"¿Quién paga el silencio?" (Raúl Valiente García)
"Habitación 115" (Raúl Valiente García)
"El miedo" (Pablo José Tejero)
"El muro" (Pablo José Tejero)
"La transacción" (Pablo José Tejero)
"El hombre de la acera" (David Coletto Mozos)
"El viejo tiempo" (Héctor Álvarez Sánchez)
"Seis escalones" (Susana Duré)
"Sangre y letras" (Guillermo A. Hang)
"La noche de los espíritus" (Ariel Balsis)
"El hombre de la lluvia" (Jordi Sala)
"Cuestión de lenguaje" (Fernando Feliú)
"Sombra de mí" (Virginia Núñez Ochoa)
"La fuente" (Sue Delgado)
"Carretera y agujero" (Stu Redman)
"Sombra" (Beater)
"Post-Mortem" (Mariano Bertello)
"El disfraz" (Ariel "Drakness")

Marcos

(Rodrigo L. Portasany)

Marcos se asoma a la ventana, o mejor dicho se aplasta contra ella. Afuera las cosas pasan a mucha velocidad, con ritmo y es como una bendición que eso ocurra. Veinte minutos estuvo parado el tren hace un rato. Veinte minutos sin avanzar un metro y conformarse con ver como una vaca lo miraba fijamente fue patético. Aunque hablar de patético cuando se habla de Marcos es como algo muy recurrente. El vidrio se empañaba mucho así que Marcos sacaba constantemente su pañuelo marrón del bolsillo para limpiarlo. Luego lo doblaba bien prolijo como le gustaba hacerlo y lo devolvía a su lugar. Así estaba tranquilo, cada cosa debía estar en su lugar. Siempre.

Las lámparas que ahora brillan, se había apagado lentamente, no sin antes librar una batalla en cámara lenta entre el brillo y las sombras. Luego ya no era luz, era oscuridad, y murmullos de la gente que viajaba en ese tren, el expreso Once-General Pico. El sistema de iluminación es de los viejos, anda a dínamo. O sea, anda mientras el tren anda, luego cuando el tren para la luz empieza a apagarse. Por eso no había andado hasta que el tren volvió a arrancar.

La vaca, cinco, diez, quince, veinte minutos, el campo, el ruido de los durmientes y las vías, y de nuevo el movimiento. Atrás quedó la vaca. Primero un bamboleo, luego una pequeña brisa, por fin las luces y por último lo que a Marcos le fascina: el paisaje moviéndose, estirándose.

La noche ya es una realidad y ya casi nada se ve afuera. Marcos deja sola la segunda ventana del primer vagón y camina por el pasillo en busca de otra ventana. Se para en la puerta y mira nuevamente por la ventana repitiendo el ritual. Pasillo, puerta, ventana, pasillo, puerta, ventana. En el camino grita una canción, sí la grita. Nadie podría llamar cantar a eso que Marcos hace. Su voz es estridente y mas desafinada que lo que cualquiera pueda imaginar. La situación parece sacada de un programa de cámaras ocultas. Una mujer ahoga un gritito de sorpresa que se acerca tanto al miedo que hasta parece serlo. Tres hombres con pinta de trabajadores se ríen abiertamente. Ninguno de ellos huele a perfume, ni siquiera a desodorante. Los tres lo conocen, siempre viajan en ese tren los viernes y esa no es la primera vez que lo ven. Marcos forma parte de un paisaje en movimiento, como el tren, como La Pampa. La mujer se calma, y a la vez se avergüenza, al ver la situación distendida. Lo supone inofensivo y tiene razón. Ese es su primer viaje en ese tren, alguien cercano la espera en la estación de Pico para hospedarla por unos días. Son sus vacaciones. Mercedes por cierto. Vacaciones, ya casi no recuerda como se siente uno en vacaciones. “Mi amor es azul como el mar azul” – vocifera Marcos mientras va cumpliendo con su ritual: primero mirará por cada ventana de cada puerta que mira al sur, de punta a punta del tren, los nueve vagones. Luego volverá a donde comenzó pero cambiando de lado del tren, mirará por cada ventana al norte, sin saltarse ninguna. Si lo hace, si saltea aunque sea una, seguramente, algo lo castigará. Algo malo le sucederá. Marcos no sabe muy bien qué pero ese “algo” lo castigará duramente y lo tendrá merecido.

“...como el mar azul...”- vuelve a gritar. Siempre interpreta temas melódicos, a letra completa. Es un romántico. Un romántico en serio. Marcos tiene muchas falencias, muchos puntos oscuros. Puntos que lo diferencian de otras personas que no son como él. Los demás, los llama. Eso él lo sabe. De distancias sí que sabe. Él no es igual a todos, es

distinto. Pero no está triste, una vez alguien le (mintió) dijo que se curaría. Que llegaría a ser uno más. Espera ese día desde ese momento. Lo espera con ansias.

Marcos sabe que mucho no sabe, pero sabe algo que lo moviliza. Sabe que ella lo espera, que ella aguarda a que llegue. Lo ama. Lo ama tanto como él la ama a ella. Ella es rubia y se sienta en una estación en una terminal de tren. Lo sabe, lo soñó. La puede ver en un banco de madera frente a un cartel de estación. Algo dice en el cartel pero Marcos no sabe leer, ni sabe donde queda ese lugar. Ni puede preguntar a nadie por ella. El tren llega y se detiene, mucha gente baja. No tanta como en la capi, pero si mucha. Suben otros, el tren arranca y se va por donde vino. Desaparece. Ella sigue ahí. Mira. Lo busca. Él le dice que llegará, que espere, pero ella no puede escucharlo. Es un sueño, eso Marcos lo sabe. En los sueños muchos parecen no escuchar.

Al despertar y ya no vuelve a verla. Entristece por un rato, pero la esperanza de encontrarla, de viajar y viajar hasta llegar a ella, lo saca y lo alegra. Marcos sonríe. Sonríe siempre. En eso también es diferente.

Marcos es gordo, un gordo gigante. Desagradable. Su cara no es armónica. Algo pasa con sus ojos. Incomoda. Mira e incomoda. La gente lo evita.

Marcos también es adorable. Adorable en su desparpajo, adorable en su desamparo. Su pelo es rubio y brilla con el sol como si fuera refractario.

El tren avanza raudo y se detiene, avanza y detiene. Se parece un poco a Marcos con su ritual. Afuera la noche es tan cerrada que parece que a los costados del tren todo se ha ido. Ya ninguna vaca mira al chico a los ojos, pero él mira hacia fuera como buscando algo importante. Y canta, bueno grita. Los pasajeros duermen, muchos en sus asientos, incómodos y rectos; otros en el piso porque así el pasaje es más barato. Gratis a veces. El aire huele a tedio, alguien ronca. En el rumor de un walkman se puede distinguir a Piazzolla. Todos pueden distinguirlo.

Pasan pueblos y estaciones. Marcos está radiante esta noche.

- “Azul, azul, azul” –repite constantemente. Parece haber olvidado las palabras intermedias. Se siente con suerte. Un loco con suerte parece una alegoría a algo, pero nadie asegurar a que. Esta vez no va a ser como las diez u once veces anteriores (ya ha olvidado la cantidad exacta). Esta vez ella estará allí. Radiante, misteriosa, eterna. Y lo más importante: solo para él.

Por fin se detiene, después de dar cinco vueltas al tren, cinco mirando al sur, cinco al norte. Se apoya en un pasillo contra una pared y se adormece. Cinco, diez, quince minutos. Casi veinte. Afuera, las siluetas de las cosas empiezan a adivinarse con la llegada del amanecer. Está nublado. Seguramente llueva antes del mediodía. Luego despierta. Se acomoda la ropa y vuelve a caminar.

- Es increíble la energía que tiene con lo poco que debe comer – un pasajero le comenta a otro que asiente con la cabeza sin dejar de mirar por la ventana.

Marcos va en silencio pero seguramente volverá a cantar (guitar) cuando llegue al vagón de la señora que se va de vacaciones. Ella no aprendió la lección de la noche anterior, así que volverá a asustarse.

Los minutos pasan y la gente comienza a sacudirse la modorra y el aburrimiento. Terrible aburrimiento se genera en toda una noche de viaje, más si uno no puede dormir. Además los asientos parecen conspirar contra el sueño, parecen estar para molestar. Su diseñador no debe haber sido un tipo muy feliz en la vida.

Un bebe llora, un nene pregunta a alguien que no conoce por el tiempo que falta para Pico, varios bufan. Marcos sonríe.

Dos horas pasan y no hay nada nuevo para ver. El tren frena y arranca, frena y arranca. Marcos frena y arranca, frena y arranca. Las luces se prenden y se apagan...

-Mi amor es azul como el mar azul, azul como el mar azul...

Pico está cerca, a minutos nomás. El paisaje está bañado de luz, luz de sol cubierto, luz gris. Marcos abre los ojos, no entendiendo bien que pasa. El tren está detenido y no hay nadie a su alrededor. Ya no hay paisaje pampeano afuera sino una estación amplia y austera. Una terminal.

-Debo haberme dormido parado - piensa. -Pero es raro, nunca duermo dos veces en una misma noche.

De golpe, a través de la ventana ve la estación y una catarata de sensaciones atropella su cuerpo. Tiembla, de pies a cabeza. La emoción es muy fuerte, se siente raro. Ella, sí, ella debe estar ahí. Esperándolo. El ha sido malo, descortés. La ha hecho esperar mucho. Quizás demasiado.

-Dormirse fue una estupidez- se reprocha. No pude haber estado peor.

En ese momento irrumpe en la cabeza un pensamiento que lo llega de espanto: y si ella ya no está? Si se ha ido? Si se cansó de esperarlo? Si pensó que ya no vendría?

- Pero, cuanto dormí? Minutos? Horas? -piensa casi en voz alta. Está confundido.

Entonces, la inquietud se transforma en electricidad y se vuelca en cada músculo de su cuerpo. Corre. Corre a mas no poder. Él es campeón. Marcos es el campeón.

Los vagones quedan atrás, uno, dos. Son como vallas. Tres, cuatro. Llega. El primer vagón también está vacío. En realidad cada uno de ellos está vacío. Ya no está nadie.

- Será tarde? - piensa, ingenuo.

Ni los tres trabajadores, ni el bebé que llora, ni el niño impaciente, ni la mujer de vacaciones. Nadie. Ni guardas, ni motorman. El tren es un desierto. Por la puerta abierta de la vacía cabina del conductor se ve la vía que continúa unos metros mas y que termina abruptamente en una barricada de detención donde tampoco hay nadie. Afuera, un andén modesto y un poco castigado por el tiempo también se pliega al panorama.

¿Donde están todos? - piensa, pero su mente enfoca solo en la rubia de sus sueños. Es la estación de Pico, no cabe duda. También es el cartel de madera que no supo leer nunca. Eso es todo lo que ve cuando baja del tren pero hay algo que no encaja. Hay algo raro que presiente. Para de correr pero sigue caminando. La gravilla del andén es gris y cruje cuando Marcos la pisa. Eso no es extraño, él pesa mas de noventa kilos. Lo raro es el color. Es un gris como irreal. Marcos se siente como caminando en la luna. Ahora sí que tiene miedo, un miedo autentico e inédito, un tipo de miedo que linda con lo irracional. Todavía quiere encontrar a la rubia, en realidad es lo único que quiere. La necesita. Pero las cosa han cambiado un poco. Ahora necesita que lo proteja. Es como un niño, un gran niño gigante. Ya no quiere una novia, ahora quiere una coraza. Hace cinco pasos mas y una brisa lo detiene. Y prácticamente lo obliga girar su cabeza. Sus ojos le transmiten lo que siempre quiso ver, pero preferiría estar viendo otra cosa. El andén vacío, por ejemplo.

Gira, la situación es histérica. La rubia avanza hacia él. Marcos casi sin notarlo también avanza hacia la chica. El miedo es como una catarata inmensa que llena el mundo. El chico se resiste pero con cada segundo que pasa un músculo mas se subleva a su control.

Cincuenta, cuarenta, veinte metros los separan. Los amantes van a unirse. Diez, cinco, Marcos se relaja. Tres, uno, eternamente.

FIN

GIO

(Raúl Valiente García)

¿Qué momento exacto. Algo, que quizá fuera amor, fue impregnando poco a poco todos y cada uno de mis poros, de una forma tan tenue que lo único que sentía era un ligero hormigueo en la piel, sobre todo cuando la miraba. Ella, siempre tan serena, tan maternal con su eterna sonrisa, sobre la que tanto se ha hablado y escrito. Y puedo afirmar que se han postulado auténticas tonterías. Ni es una prematura desdentada, carcomida por la caries, ni sufre ningún tipo de retraso mental, absurdas teorías buscando razones inexistentes. Eso son burdas mentiras, patrañas que intentan dar explicaciones a lo que no tiene ningún misterio. Si Da Vinci la pintó así, fue simplemente porque así la veía. Porque así era. Su sonrisa no escondía secretos, era limpia y pura y, en su plenitud, revelaba unos dientes perfectos, blancos como pocos, totalmente ajenos a enfermedades y plagas. Sí, claro que hablo de ella, "La Gioconda", para mí, sólo Gio, mi Gio. Si no está claro, lo resumiré. Estaba enamorado, aun lo estoy, de la mujer que pintó el gran Leonardo y ella lo estaba de mí. Hacíamos el amor cada noche y toda nuestra vida en común se reducía a eso, a las tórridas noches del museo, cuando nuestros sentidos se nublaban bajo el influjo de la pasión. Pero, creo que si voy a seguir contando nuestra historia, debo empezar desde el principio, por el día en que todo comenzó.

Encontré el trabajo por casualidad, por indicación de un amigo. Poseía contactos en aquella empresa de seguridad y, a través de ellos, consiguió que me emplearan. El trabajo era monótono, pero al menos, resultaba cómodo. Vigilar el museo y sus obras no representaba un gran

esfuerzo. Mi labor se reducía a ocho horas de exasperante aburrimiento por los pasillos, simulando una atenta vigilancia que hiciera desistir a los desaprensivos. Cualquiera de los turnos, mañana, tarde o noche, me venía bien. Quizá la noche fuera más aburrida, al no haber visitantes en los que fijarse, pero, al principio, cualquiera de los turnos me gustaba. Luego, al iniciarse nuestra historia de amor, trabajé exclusivamente cuando el museo, al igual que la ciudad, dormía. Bastó una breve charla con el encargado y la excusa de un insufrible insomnio para que los servicios nocturnos me fueran adjudicados en exclusiva, para alegría, por cierto, de mis compañeros. Pero, bueno, me estoy apartando del orden de la historia. Vuelvo a encarrilarme.

Durante unos meses, todo fue normal. Miraba, sin ver realmente, aquella multitud de obras de arte y, como no me considero un entendido, ni siquiera un aficionado, las veía como quien observa descoloridas fotos viejas. En los primeros días, ni ella llamó mi atención. No entendía aquella admiración desmedida por cosas que no conseguía precisar ni lograba intuir. Hoy creo que mi poco favorable disposición hizo que Gio reparara en mí.

Con el tiempo, comencé a distinguir, en su rostro y en sus ojos, aspectos que seguramente nunca habría conseguido vislumbrar, intoxicado por sesudos artículos y extravagantes comentarios que inculcaban lo que debía verse, sin dejar que uno mismo lo descubriese. Yo logré ver a la mujer que vivía en el cuadro, no la perfección formal que poseía o le atribuían mil expertos.

Cada día me detenía a indagar en el fondo de sus ojos y cada vez me atraía más su ambigua sonrisa. Mis paseos partían de donde ella se encontraba y volvían a morir frente a su cálida paz. Sin darme cuenta, regresaba a su pequeño y limitado mundo con mayor frecuencia y me detenía más tiempo. Día a día, mes tras mes, lentamente, me sedujo, pero no lo supe hasta que soñé repetidamente con ella. En mis sueños, me llamaba, adelantando sus tersas manos, tan cautivadora y sensual que intentar rechazarla era algo impensable. Durante un tiempo, no pude avanzar en el paraíso insensible de tan breves desvaríos, conservando sólo el recuerdo de su invitación.

Después de aquellos sueños, un aura distinta creció en ella, a su alrededor, y aun hoy, no puedo precisar cuál era la diferencia. Mirarla detenía mi tiempo y el trabajo dejó de serlo. En mi interior, poco a poco, sorprendiéndome, nacieron los celos, siempre que alguien se paraba demasiado tiempo ante ella, examinándola como una mercancía y valorando detalles sueltos de su

conjunto, deshojándola, desnudándola como a una prostituta con poco estilo. Cuando escuchaba comentarios burlones respecto a ella, una ira fría me asaltaba, congelando mi ardoroso corazón. Y todavía desconocía el origen de semejantes emociones. Todo mi mundo cambiaba poco a poco, diariamente, hora a hora, minuto a minuto, sin yo saberlo. Y era ella, Gio, quien estaba trastocándolo.

Imperceptiblemente, llegó el día en el que estuve cautivo de su embrujo. Ella supo cuando ocurrió y decidió hacerme totalmente suyo. Esperó el momento oportuno de una noche en la que el invierno poseía las calles y se mostró sin reparos.

¿Qué sentí cuando la vi moverse? Nada especial. Creo que lo estaba anhelando íntimamente; tanto, que cuando tomó forma, poseyendo un cuerpo vivo, pensé que me lo merecía, que me lo había ganado y que era el premio a mi devoción. No me asusté, ni fui protagonista de una ridícula escena de terror o pánico. Cualquier reacción habría sido lógica, excepto la que tuve.

Al verla bajar del cuadro, alargando con dificultad sus torneadas piernas, me precipité gallantemente a ayudarla. La cogí por la cintura, valorando su poco peso y la brevedad de su talle. La llevé a sentarse a un sillón cercano y la dejé allí, mientras yo enderezaba el marco del que había descendido. Luego, aguardé a que me hablara.

--¿Me esperabas?-- imposible describir el timbre de su voz, frágil, sensual, femenino hasta el delirio.

--No lo sé. Quizá sí.

--Pues aquí estoy.

Y así fue. Estuvo allí aquella noche. Y las siguientes durante meses. Tuvimos una relación como la de cientos de parejas. ¿Por qué iba a no serlo? Hablamos durante horas, conociéndonos, hasta que, a traición, nos acorraló el primer beso, tan deseado como temido y las primeras caricias, llenas de curiosidad. Aquellos preliminares nos llevaron a la primera desnudez y al primer acto sexual, nervioso y fugaz. Todo fue llegando suavemente, sin sobresaltos, sin prisas, desliziándose levemente a nuestro paso. Para mí, el mundo exterior dejó de existir fuera del museo. Gio era mi centro vital y, obedientemente, giraba a su alrededor, abrazando con desesperación aquel cálido eje. Así pasó el tiempo, dulce y lento. Hasta que seis tiros acabaron con todo.

¿Qué por qué la maté? Porque me engañó. Durante meses estuve ciego, hechizado por

sus encantos, tan unido a ella que no recibía aire que no fuera el de sus pulmones, aire viciado.

No era el único en su vida. Hoy lo sé, pero en aquellos días preñados de sexo y secretos placeres, no supe reconocer las señales, las huellas de un amor compartido.

Yo no pasaba con ella todas las noches. Mi trabajo me lo permitía cinco días a la semana, pero los otros dos, eran mis días libres, a los que no podía renunciar sin causar sorpresa y extrañeza en la empresa. Aquellas noches, un compañero cualquiera ocupaba mi lugar en el museo. Descubrí tarde que también me suplantaban entre los brazos de Gio, atrapados entre sus piernas y fundidos a sus labios. Mientras yo gemía entre sábanas solitarias, añorando su piel tibia, ella se entregaba a sucios ejercicios carnales, mezclando sus jugos con los de otros hombres.

¿Cómo lo supe? De la peor forma posible. En mi locura de amante, lo único que me podía abrir los ojos era descubrirla con otro. Y fue lo que sucedió.

En una de mis interminables luchas agónicas en la cama, intentando atraer al sueño que no llegaba, habituado a pasar de largo sobre mí, cinco veces de cada siete, acabé dándome por vencido. No podía soportar la soledad, no quería, tenía que verla antes de volverme loco. Decidí ir al museo. Una vez allí ya inventaría una excusa. Podía alegar que había olvidado algo o pretextar que pasaba cerca y había visto algo raro. Ya lo pensaría.

Llegué y, aun no sé por qué razón, no llamé al timbre de la puerta. Yo tenía una llave, como todos los que trabajábamos allí. Lo habitual era llamar para evitar accidentes al verse sorprendido el vigilante de servicio. Nunca se sabe la reacción de alguien al encontrarse cara a cara con quien no espera. Pero no llamé. ¿Quizá sospechaba algo?, ¿o fue una tontería sin más?. Ojalá lo supiera. Prefiero pensar que, en mi desesperación, anhelaba ver a Gio lo antes posible, sin esperar a que me abrieran. Aquella espera podía matarme de ansiedad.

Entré rápido y me dirigí a buscarla, esperando encontrarla en su eterna postura, con su mágica sonrisa esperándome. Quería sorprenderla. Rogué para que mi compañero se hallara en otra ala del museo. Albergué la esperanza de poder verla sin que me vieran, incluso conseguir besarla y acariciarla, mientras ella abandonaba su inmovilidad durante algunos instantes. ¡Qué feliz era al recorrer el camino!, ¡qué lasciva presión en mi entrepierna! No podía esperar ni un minuto más.

Llegué ante ella. Allí estaba, claro. Sólo que no estaba sola, ni tampoco cómo yo espera-

ba. No aguardaba inmóvil, claro que no. Con los ojos cerrados, galopaba sobre el vientre del vigilante tumbado en el suelo, fuertes sus respiraciones y salpicadas de jadeos cuando él proyectaba su tronco hacia arriba, penetrándola profundamente.

La sangre me abandonó. Helado, petrificado, no pude hacer otra cosa que mirar. Ella aceleró el ritmo de su respiración, de una manera que yo tan bien conocía, cuando los movimientos de ambos se acoplaron, sincrónicos, en una cada vez más rápida sucesión. Durante segundos, que a mí me parecieron años, se prepararon para la breve acometida del orgasmo, que, finalmente, les alcanzó. Los jadeos me taladraban los oídos y en mi dolor no pude dejar de sentir la brutal presión en mi pantalón. Aquel detalle me desesperó aun más y grité, grité fuerte, experimentando al oírme la misma sensación que de niño me producía romper un cristal, sólo que aumentada, como si el que se acabase de quebrar fuera del tamaño de una pantalla de cine.

La imagen se congeló y, aun hoy, puedo verla grabada a fuego en el fondo de mis párpados. Gio abrió los ojos, aun brillantes tras la plenitud del placer. Mi compañero me miró, aterrado por la interrupción, quizá temiendo enfrentarse a todos los demonios del Averno. Pude reconocerle. Éramos incluso amigos, no sólo compañeros del trabajo. Me supo mal, pero no por él, sino por ella. ¡Por Dios, si ni siquiera era atractivo!.

Saliendo súbitamente de su estupor, se escurrió de debajo del cuerpo de ella, haciéndola caer al suelo. Gio me miraba con sus grandes ojos, la sonrisa perdida. Él comenzó a excusarse, como si estuviera frente a un furibundo esposo engañado. ¿Por qué lo hacía? Acuchillado por la fugaz duda, caí en la cuenta del motivo. Si él no se comportaba como si en aquella situación el sorprendido debiera ser yo, por descubrir a Gio en carne y hueso, es porque conocía lo nuestro. Ella se lo había contado. Por eso estaba asustado. Yo era el amante burlado y, lógicamente, esperaba alguna reacción irracional por mi parte.

Separé la vista de los culpables ojos de mi enamorada, que me vigilaban expectantes, curiosos. Apenas pude reprimir las ganas de reír al fijarme en el hombre semidesnudo, sin pantalones ni slip, con camisa y corbata, que no lograba esconder el miembro encogido y brillante. Busqué con la vista su pantalón. Estaba cerca de él, sobre un sillón. Me dirigí hacia él, con intención de acercárselo y terminar con aquella figura ridícula e implorante, además de ofensiva. Al hacerlo, observé que su terror aumentaba. Cuando noté el peso de la prenda, supe porqué. A duras penas,

en las trabillas se sujetaba el cinturón-canana repleto de balas, y a un costado, el revólver. Fue una sorpresa para mí. Ni siquiera había pensado en algo así, pero el miedo de él demostraba que era el único de los dos que no lo había hecho. Yo no deseaba hacer uso del arma. Contra aquel miserable no tenía nada. Él simplemente se limitó a aprovechar la ocasión que le había surgido, aunque me hubiera gustado ver su reacción al ver a Gio tan real como una de sus amigas.

Volví a mirar aquellos ojos femeninos que me habían hechizado. Seguían brillantes, pero neutros. Ni dolor, ni sufrimiento, tampoco vergüenza. ¿Qué sentía ella? Lo supe un instante después, cuando sonrió. No le importaba. No iba a darme explicaciones. En su rostro se reflejaba la creencia de no haber hecho nada malo, así que no tenía porque sentirse mal. Sonreía feliz, allí no había sucedido nada de lo que avergonzarse o temer una represalia.

Su sonrisa, amplia y perfecta, tan admirada, fue lo que acabó con ella, desencadenando una tormenta de rabia y olor a pólvora. Percibí más nítida que nunca la culata del revólver. Lo empuñé lentamente, mientras mi compañero se arrodillaba lloroso, implorando. Lo saqué. Gio sonreía mientras se levantaba, desnuda, con sus pechos plenos, atrayentes y retadores. Apunté al centro de los dos, al valle visible entre las dos sedosas colinas que tanto había besado y mordido en oscuras noches de desenfrenada pasión.

Disparé. Y disparé. Y disparé. Seis veces apreté aquel gatillo, viéndola retroceder con pasos cortos y alocados, despidiendo sangre. Los senos quedaron destrozados, el vientre desecho. Me ensañé con ella. Cuando cayó al fin, no quise mirarla. Me senté en el suelo, apretando el gatillo una y otra vez, oyendo el sonido breve y potente del percutor al golpear los casquillos vacíos y observando el grar rutinario del tambor. No vi huir a mi compañero. Ni siquiera me inmuté cuando comenzó a llegar gente, apuntándome con el dedo sin atrever a acercarse. Rodeaban como buitres el cuadro de Da Vinci y señalaban escandalizados los seis agujeros que descubrían el yeso destrozado de la pared. Yo seguía mirando el tambor, girando. Y girando. Y girando. Y girando.

¿QUIÉN PAGA EL SILENCIO?

(Raúl Valiente García)

Me resultaba curioso notar ahora, después de tantos años, el enorme esfuerzo que suponía levantar el auricular del teléfono, aquellos cientos de kilos permanentemente unidos por un cordón umbilical en elástica espiral descendente al feo aparato gris. Nunca me pesó tanto aquel apéndice, mudo sólo a veces, como aquella mañana en la que mi corazón hacía horas que se había declarado en huelga. El miedo me tenía embotado y abotargado mientras las imágenes se sucedían rápidamente en enloquecida secuencia de videoclip. Todo se repetía mil veces en mi mente, estallando en ecos sordos, e, involuntariamente, rememoré al inexpresivo presentador del monótono informativo especial transmitiendo al mundo la dolorosa imagen de la sangre desnuda, aun visible bajo el serrín que profanaba el asfalto junto al cuerpo de uniforme. Me hundí en la negrura de los siniestros casquillos que, como ojos ciegos, me miraban desde la pantalla del monitor. Anunciaban una muerte más para el terror, otro sacrificio innecesario por parte de una familia ajena a aquella guerra inútil y absurda.

En un vertiginoso salto a través de mis recientes recuerdos me veo asomado a la ventana, sólo escasos momentos después de la última de las noticias, mirando sin ver las familiares ventanas vecinas, tan impersonales e irreales a pesar de su nítida presencia, que siempre me sorprendían.

Entonces lo vi. El ruido me atrajo. Un portazo enfrente, fuerte, en el piso de abajo, el rumor de pasos rápidos, urgentes, risas, una pistola oscura cayendo encima de una cama, con su único ojo muy atento, felicitaciones débiles y más armas culpables huyendo al cajón neutral de un ar-

mario olvidado. Aquellos anónimos vecinos sin rostro, llegados hacía pocas semanas, celebraban algo.

Rápidamente, me aparté de la íntima ventana, aquel televisor de un solo canal permanentemente encendido, y el sudor se me coló en un ojo, cálido y viscoso, escociéndome. Mientras me limpiaba con el dorso de la mano, relacioné entre sí los reveladores detalles. No era difícil. Sangre y serrín, armas y risas. La cosa parecía clara, demasiado evidente incluso para alguien incapaz de estirar el sueldo hasta fin de mes y que arrastra como un inevitable lastre su insatisfacción en el no deseado trabajo y un leve olor a pies. Por más vueltas que le di, la terrible verdad, igual que el indestructible efluvio dentro de mis zapatillas, persistía.

Instantes después de la robada revelación, seguía dudando. Lo había pensado mucho. La solución era sencilla. "Colaboración ciudadana", lo llamaban y parecía buena idea, al menos, en principio. Luego apareció la obsesión, un pequeño diablillo negro llamado miedo. Sin que yo pudiera evitarlo, se unió a mi perenne torrente sanguíneo y me recorrió entero, saltando de vena en vena, cruzando arterias como grandes avenidas desiertas en una ciudad fantasma y desembarcando triunfal en el cerebro, tierra virgen. "Esta no es tu guerra", repetía el maligno agachado en mi oído derecho, para deslizarse arrastrando los pies hasta el izquierdo. Allí insistía en que, de todos modos, no había visto gran cosa y que era preferible olvidarlo. Aunque podía hacer una llamada anónima, el creciente temor me azotaba como las olas en una tempestad, no dejando que me convenciera la certeza de no correr peligro real. El teléfono visitó mi mano varias veces, pero se despidió siempre.

Al fin, con el aparato otra vez entre los crispados dedos fríos, decidí abandonar aquella lucha particular entre mi miedo y lo que debía ser remordimiento, culpa, o Dios sabe qué. El diablillo de mi interior se retiró complacido hasta otra posible visita. "Encantado de verte. Espero que tardes en regresar y cuando lo hagas, avisa, para que procure no estar en casa".

Me rendí y colgué definitivamente, pero aun mantuve el auricular en mi mano, formando parte de ella como un extraño y deforme dedo más y sintiendo la suave textura del plástico gris. Cuando la tensión se aflojó de repente, sólo dejó un enorme vacío y un sabor agrio en el paladar. El calor volvió a mi cuerpo en suaves andanadas, debilitándome como un largo periodo en una sauna. Si hubiera tenido un termómetro, habría visto como el mercurio ascendía, perceptiblemente.

te acelerado, en una vertiginosa erupción volcánica. Concretamente, en el miembro que sujetaba al famoso vástago de Graham Bell, la temperatura era exagerada.

Me miré con curiosidad, preso de una sensación extraña y ajena a aquellos cinco inquietos tan familiares. Entonces, oí un sonido leve, desentonado. Descubrí qué era. De mi mano y del teléfono caía un rotundo rocío rojo, brillante sobre la alfombra.

En un involuntario movimiento reflejo, abandoné el aparato herido y retrocedí, mirándome los dedos, ocultos tras un baño púrpura. Algunas gotas siguieron el trayecto de las anteriores, salpicando alegremente al estallar contra el suelo, mientras buscaba el origen de la sangre. No lo encontré. Por un instante y durante una eterna fracción de segundo, pensé que los recién descubiertos vecinos se habían vengado de mi primitiva intención de delatarles, disparándome a través de la ventana.

Paralizado, miré la mesa del teléfono. La sangre brotaba de la consola y la cubría, comenzando a chorrear hasta la gastada alfombra por las blancas patas de madera, tiñéndolas violentamente de un tono oscuro. El auricular y el micrófono lloraban lágrimas espesas, sangrientas, sin parar.

Hipnotizado, mientras miraba aquella pesadilla, me limpié nerviosamente la mano en la camisa, estampándole unos curiosos dibujos que recordaban letras chinas.

Lentamente, sin poder dejar de mirar aquella insignificante corriente sanguínea, fui retrocediendo en dirección al baño. Allí, como un zombi, cogí una fregona, con la enfermiza naturalidad de quien se dispone a recoger un poco de leche derramada.

Salí y me dispuse a aplicarla en la alfombra, sabiendo que no conseguiría arreglar nada y aceptando aquella locura como si todos los días me ocurriera lo mismo. La pasé lentamente, procurando no extender el fluido carmesí y después la exprimí con fuerza. Oí los gruesos chorros, tamborileando en el fondo del cubo vacío. Repetí la operación automáticamente dos o tres veces hasta que observé que la fregona ya no recogía sangre, sino que también manaba de ella.

Dejándola en su sitio, contemplé impotente como el cada vez más intenso caudal brotaba, rebosando y descendiendo por los lados del cubo, hasta rodearlo de una creciente circunferencia púrpura.

Cuando no pude seguir presenciando aquella locura y ya la sangre comenzaba a tomar po-

sesión de la totalidad de la pequeña alfombra, corrí a la puerta de la cocina, abriéndola de un empujón. Detrás mío, el pomo rebotó violentamente contra la pared, mientras, con la respiración agitada y el corazón galopándome salvaje y rítmicamente en el pecho, me apoyaba en la lavadora.

Mi mente era un caos desquiciante. No podía haber visto aquello. No era real. El miedo. Eso es. El miedo me había jugado una mala pasada. Aquello no era ninguna espectacular premonición, ni una recomendación fantástica, ni nada que se le pareciera. Era mi cerebro, jugando a un juego nuevo. Seguro.

Sumido en estas consideraciones y tratando de convencerme, fijé distraídamente la mirada en mi camisa. Asqueado de aquella sangre fresca que no era mía y con todo mi organismo interno paralizado, me la saqué por la cabeza. Abrí la lavadora y la eché dentro. Tras unos segundos, el abierto orificio del electrodoméstico comenzó a babear más líquido espeso, brillante. No podía ser cierto. La camisa no estaba tan ensangrentada.

Venciendo el asco y la repulsión, me agaché y metí la mano en la abierta boca, desafiándola a que me devorase, casi esperándolo. Agarré lo que encontré y tiré hacia fuera. ¿Qué era aquello? Había cogido algo que no reconocí como mío. Era parte de un uniforme, o al menos lo parecía, debajo de toda aquella sangre. El leve chorro aumentaba, incesante. Al pie de la máquina, la mancha se extendía.

Separándome, intenté no mirar más hacia allí, pero no pude evitarlo. Del negro hueco emanaba un denso jugo rojo, haciendo que el uniforme resbalara hasta el suelo. Tras él, un pantaloncito de niño también ensangrentado dio paso a otra prenda del mismo tamaño. Ropa de niño en mi lavadora. Y empapada del cálido fluido.

Ahora pude notar el olor acre de la sangre, sacudiéndome el estómago. Tuve que vomitar en las ya violadas baldosas color marfil, contribuyendo sin pretenderlo a aumentar el cada vez más espeso mosaico multicolor que me manchaba las zapatillas. Mientras lo hacía, veía como más ropa infantil desgarrada, agujereada y muerta caía al suelo, formando una masa vibrante. No podía soportarlo, aquella alucinación era demasiado real. Tenía que alejarme de allí.

Salí nuevamente al salón. En cuanto lo hice, escuché el sonido chapoteante de mis pasos. La habitación estaba cubierta del flujo que salía del teléfono, ahora más intenso. Al leve desangrar

le había sucedido un autentico chorro. Los cuadros de las paredes dejaban caer largos tentáculos espesos, de la lampara llovía más sangre y los libros estaban cambiando de color al empaparse sus páginas.

Cerré los ojos y atravesé a ciegas el conocido lugar, tropezando levemente con el revistero. Me colé en mi cuarto, yendo a desplomarme de bruces en la única cama. Con los párpados aun apretados, intenté tranquilizarme, olvidando lo que había visto.

Pasaron largos los minutos, resbalando sobre mí inevitablemente y trayendo consigo una pesada modorra que no podía rechazar. Notaba sueño. El cómodo colchón me parecía más cálido y acogedor que nunca, aunque no lograba evitar deslizarme sobre el edredón. Decidí meterme bajo las sábanas y dormir hasta el día siguiente si era necesario. Dispuesto a ello, abrí pesadamente los ojos, descubriendo con terror que la cama era una balsa de sangre sobre la que resbalaba. Los faldones del edredón dejaban caer largos y abundantes hilillos del rojo fluido, inundando la habitación. Mirando hacia la cerrada puerta, vi como la primera sangre del teléfono se colaba por debajo para ir a reunirse con la última en una perfecta simbiosis.

Enloquecido, me levanté de un salto, sintiendo como cálidas gotas resbalaban por mi pecho y se colaban por el pantalón mientras me dirigía a aquel tam-tam urbano que esperaba. El salón estaba inundado y la sangre alcanzaba una altura de dos dedos. Cogí el aparato y me salpiqué la oreja al apoyármelo. Al marcar el número, noté como algo me corría mejilla abajo. En el momento en que oí una impersonal voz al otro lado de la línea, pude darme cuenta de que el aparato había dejado de sangrar y de que yo estaba llorando.

HABITACION 115

(Raúl Valiente García)

Con el cadáver a mis pies y sangre fresca aun en las manos, mi cerebro trabajaba en una dirección muy diferente a la que la lógica dictaría. Había llegado a una conclusión: si no nos empeñáramos en pensar en nuestras cosas, posiblemente tomásemos mejores decisiones. El tenaz desmenuzamiento de nuestros instintos acaba derivando en una errónea percepción de nuestras emociones. La feroz autopsia a la que sometemos a nuestras experiencias, provoca un intenso desenfoque de la visión original que consigue confundirnos gravemente. Actuar irreflexivamente, en contra de lo que pudiera parecer, nos conduce a mejores resoluciones y nos libera de la incómoda y dolorosa sensación que produce el desatino y la equivocación.

Si esperas algo, te duele no conseguirlo. Por la misma razón, las hazañas inesperadas proporcionan doble placer, el que provocan por sí mismas y el que les añade la sorpresa.

Me reafirmé en esta idea después de matarle. Estaba claro que mi intención inicial era hacer el amor con él. Tal vez por eso, disfruté mucho más asesinandole, ya que actué sin pensar, sin planearlo de antemano.

Una noche de placer sexual no me habría excitado como la visión y el olor de toda aquella sangre. A decir verdad, su cuerpo desnudo ahora no me estimulaba lo más mínimo. Aunque hay que decir a su favor que hubiera ganado mucho con los intestinos dentro del vientre, en lugar de colgando alegremente, oscilando de derecha a izquierda con leves desplazamientos. Claro que al salir del baño completamente desnudo, tenía mejor aspecto y sí me provocó una agradable punzada, un goloso cosquilleo en el bajo vientre. Lástima que lo estropeará con aquella sinceridad suya tan molesta y que, al principio, tanto me atraía. Si se hubiera callado, si sus labios únicamente hubieran jugueteado lentamente con mi clítoris, posiblemente su lengua arrancada no se ahogaría en aquel vaso de vodka turbio. Ni su miembro amputado se arrastraría sangrante por la gastada alfombra, reptando hacia mis bragas, tal vez intentando cobijarse bajo la seda negra.

¿Por qué no podíamos seguir viéndonos en impersonales y anónimas habitaciones de hotel? ¿si el sexo funcionaba, qué más quería aquel imbécil? Todos los hombres eran iguales tras un tiempo de relación. Unos imbéciles. Todos ellos. Y para no olvidarlo, había grabado profundamente aquella

palabra, clavando firmemente el cuchillo en el suave césped rizado de su pecho. Imbécil. El trazo final de la L partía de la clavícula izquierda y terminaba en el gran socavón del vientre, que vertía sus tripas sobre las sábanas y el suelo. Había tirado de ellas hasta casi vaciarle, repugnando el tacto cálido y resbaladizo de las vísceras calientes. Le introduje parte de ellas en el hueco que había ocupado la lengua, en el pequeño estanque rojo que brotó en su boca, pero faltaba un detalle. Antes de que el ahora pequeño miembro consiguiera ocultarse bajo mi ropa interior, lo agarré fuertemente, insertándolo en el hueco dejado por uno de los ojos. Aquel bonito, aunque miope, ojo azulado descansaba ahora junto al otro sobre la mesilla, acompañando con su muda mirada al vodka surcado por delgados hilos rojizos. Se diría que la lengua había caído en la red de una araña que tejiera su trama con trazos de color pardusco dentro del vaso. Así estaba mejor.

Aquel imbécil parecía un espantapájaros deforme, con parte del relleno escapándosele por grandes agujeros sanguinolentos. Los testículos eran ridículos sin el telón del pene sobre ellos. No los reconocía. No parecían los mismos que había chupado alguna vez, sintiendo las cosquillas del vello púbico en los labios. A decir verdad, ni siquiera el flácido pene que sobresalía en la cuenca del ojo, recordaba al potente miembro que había llenado mi boca tantas noches.

Tuve buen sexo con aquel cuerpo. Podíamos haber seguido igual, pero él no quiso. Y no pudo darme una buena explicación, un motivo convincente. Aquello de que no nos compenetrábamos sonaba a excusa y no me convencía. Llevaba meses "compenetrándome" y nunca se había quejado. No tenía de qué quejarse. Soy buena en la cama, lo sé. Si me hubiera dado una sola razón creíble, no estaría muerto. Lo habría entendido. Pero no convencerme le costó la vida. Estaba harta de tíos así. Por eso llevaba el cuchillo en el bolso desde hacía meses. Por si lo necesitaba de nuevo. Lo veía venir. Sabía que tarde o temprano, lo usaría otra vez. Es uno de los problemas de liarse con hombres casados. Un día se aburren de ti y quieren dejarte atrás, como un mal recuerdo o una estación de paso, confortable sí, pero de paso. Los hoteles, las mentiras, las excusas y el temor son compañeros fijos en estos viajes repletos de inconvenientes y soledad. Pero si llega el día en que el trayecto termina, exijo una buena razón para no utilizar el libro de reclamaciones que llevo afilado en el bolso. Si no es así, lo uso. Y con saña.

Pero, volviendo al principio, realmente no pensaba que esta relación fuera a acabar así. No con él. Este brusco desenlace me había sorprendido, debo reconocerlo. Creí que esta vez había acertado, que él era el hombre de mi vida, mi príncipe azul de cuento. Su sinceridad, que, por cierto,

esta vez le había matado, me conquistó cuando le conocí. Te conquistaba desarmándote con su ataque frontal, a cara descubierta, sin máscaras, poses ni actitudes fingidas. Pudo conmigo y me duele aceptarlo. Me engañó. Me hice ilusiones, como una adolescente inexperta e infantil. Hoy debía haber sido un día más en el paraíso. Al menos, eso creía. Llevaba semanas soñando con su pecho, con sus apretadas y diminutas nalgas, imaginando su congestionado pene surcando los mares de mi entrepierna y cruzando el estrecho de mi vagina, que para él sería ancha y acogedora. Yo deseaba sentirle detrás de mí, con las manos sudorosas apretándome los pechos, abrasándome la nuca con su aliento al poseerme. Cada mañana añoraba el sabor de su semen en la garganta, irritándomela. Y hoy íbamos a resarcirnos del vacío de las semanas que llevábamos sin vernos. Pero sus palabras, a boca-jarro, tras un primer beso, me pillaron desprevenida. “Es la última vez que nos vemos” dijo, sellando sin saberlo su propia sentencia de muerte y mutilación. No lo esperaba. De golpe, deshizo todas mis fantasías, tanto las de adolescente ilusionada como las de ramera enamorada. Tras la mujer lasciva, tras la ninfómana desatada, apareció la amante repudiada, rechazada, abandonada y utilizada. Y no fue bueno que resurgiera del oscuro rincón donde permanecía recluida. No fue bueno para los ojos, la lengua, el pene ni las tripas de quien pretendía borrarla con una sola frase. “Es la última vez que nos vemos” Ya me he encargado yo de que así sea. Los ojos que me vieron desnuda y entregada ya no verían nada más. La lengua que saboreó los fluidos que mi pasión le entregó, sólo lamería ya el cristal de un vaso sucio. El pene que escarbó rabioso mis rincones más íntimos ahora no era más que un pellejo hueco dentro de otro pellejo hueco y el dolor que desgarró lo más profundo de mis tripas, había logrado que él lo sintiera también. Sí, por supuesto que no nos veríamos más.

Ahora, después de horas contemplándole, me marché de aquí. Parece mentira la profunda limpieza, tanto interior como exterior, que una buena ducha representa. Tras la puerta de la habitación 115 queda la sangre, la rabia y el dolor. Atrás quedan también una historia ¿de amor, quizá?, una auténtica e irrefrenable pasión, un mal hombre y una buena mujer. Tal vez al revés. Decidido vosotros. Yo no tengo ganas. Debo empezar una nueva vida y estoy tan cansada. Después de todo, ya no soy una niña y empiezo a preocuparme por mi futuro. Seguir sola con sesenta años es tan doloroso...

El Miedo

(Pablo José Tejero)

"¿Sabes lo que es el miedo Jimmy?". El niño no sabía de donde provenía la cavernosa voz ya que en la penumbra de su cuarto era difícil adivinar nada. Pero la oía tan claramente como había oído las de sus padres hacia unas horas, cantándole cumpleaños feliz, por su sexto año de vida. Y la pregunta volvió a resonar en la cabeza del jovencito James: "¿Sabes lo que es el miedo?".

"Oh sí, entiendo lo que estas pensando. Crees que miedo es el pavor que tienes por el coco del armario, o por la voz que te habla desde la oscuridad de tu habitación. Crees que el miedo es estar solo en un cementerio, una tormentosa noche, o miedo es saber que aquellos platillos volantes puede que no fueran tan amistosos como parecían. Pero estas equivocado chaval. El miedo no es lo que sientes por los muertos, el miedo es lo que deberías sentir por los vivos. El miedo al que debes temer, es el miedo al mundo que te rodea. El cruel cazador que es el hombre, persigue sin fin a víctimas como tu. Miedo es tener sudores fríos, cuando al regresar a casa con tu familia, se acercan cuatro drogadictos, y te intentan robar el dinero, la mujer, tu hija,... la vida. Miedo es conducir por la autopista, y pasar al lado de un autobús escolar empotrado contra el arcén, por culpa de un borracho cualquiera, al que, el día que le despiden, decide darse a la bebida... masiva, y de pronto acaba con la vida de unos cuantos escolares, y de sus familias. Miedo por pensar que podría haber sido tu hijo el que fuera en ese autobús, miedo por pensar cuando será la vez que te toque encontrarte a ti con un loco al volante, y si saldrás vivo, o peor, y si sales muerto en vida. Miedo a saber que cualquier día, en la calle, por un simple robo, puedes estar en el lugar equivocado, y que te toque por sorteo una bala, que acabe con tus esperanzas de futuro. Eso es el miedo. El miedo a la barbarie humana, al lobo que se come al lobo mientras vive. Porque en la vida todo es miedo. Miedo a hacerte pipi en la cama de niño, miedo a no estudiar lo suficiente. Miedo a que papa vuelva a con su amigo Jack Daniels, y decida jugar de nuevo a boxeo con mama. Miedo a sentirte solo, miedo a ser un fracasado mas. Miedo a desaprovechar la vida, a no encontrarle sentido. Miedo a ser engañado, a creer mentiras, a ser manipulado. Miedo a no sobrevivir en un ambiente hostil llamado mundo. Eso es el miedo. La vida esta llena de miedos. ¿Merecen la pena tantos miedos? Tan solo eres un niño, pero eres un jovencito muy avisado e inteligente. Tus ojos brillan con ansia, y sé que estas palabras no serán en vano. ¿Quieres tener miedo Jimmy?".

La cabeza de Jimmy giró sobre la almohada con los ojos abiertos, negándose a pasar miedo. El pequeño comprendió entonces todo lo que la voz le había querido decir. Por eso no grito cuando vio por el rabillo del ojo la sobra alargada envuelta en telas negras que se acercaba a su cama. Por eso sonrió cuando aparecieron aquellas manos huesudas de marfil que lo sacaron en volandas de entre las sábanas. Porque comprendió que la voz lo estaba librando de volver a tener miedo... jamás.

El Muro

(Pablo José Tejero)

"Let me ride
on the wall of death
one more time."

Richard Thompson

Desde que alcanzaba su memoria, el muro había estado allí.

En los diez años de vida de Tommy, aquella mole había estado siempre presente, a las afueras de Derry. Estaba todo construido de ladrillos y piedras ya desgastados, con el tono grisáceo que le dan a las cosas el paso del tiempo y la suciedad. Se erigía orgulloso con sus tres metros de alto y unos diez de largo, justo al lado de la pequeña estación de trenes, encima de las vías muertas, donde descansaban, quizás para siempre, los vagones de mercancías oxidados y viejos, que jamás volverían a ir enganchados en una locomotora.

El padre de Tommy era el encargado de la estación, y junto a su familia vivía en una casita adosada al edificio central. El sueldo no era muy bueno, y no se podían permitir grandes lujos, pero con el dinero que ganaba y el sueldo de su madre limpiando casas, a Tommy nunca le faltaba nada de lo esencial. Aunque había tenido que aprender pronto a arreglárselas solo ya que los horarios de sus padres no eran muy adecuados para criar a un niño y por eso, al colegio siempre iba solo. Bien es cierto que no tenía más que cruzar las vías muertas, donde el único peligro solían ser los vagabundos que iban allí a buscar el hotel más barato del mundo, entre vagón y vagón. Era poco el recorrido, ya que poco más allá de las primeras casas, se encontraba el colegio al lado del parque Stonewealth. Es cierto que al principio lo pasaba un poco mal, especialmente al volver de la escuela en invierno, cuando más azota el viento y antes cae la noche. Más que nada, porque las sombras siempre juegan malas pasadas, y los destartalados vagones parecían a la luz de la luna, acechantes dragones malvados de cuentos ya olvidados en la memoria de los hombres.

Lo que nunca le había dado ningún miedo, era el muro. Allí solitario en medio de la nada. Sucio, sí, pero oooo. Agrietado por los años y lleno de polvo y carbón, pero solemne. Sencillamente, el muro. Además no sólo no le inspiraba ningún temor, sino que además se sentía atraído por aquella mole

de ladrillos. Era como si tuviera un encanto especial, como si aquella extraña pared escondiera un bello secreto que algún día le sería revelado al pequeño Tommy. Sobre eso no tenía ninguna duda. El muro era especial para Tommy. Jamás se había acercado a él a menos de un metro, pero no por miedo, sino por un respeto casi reverencial. Solía pasar horas muertas sentado con su mochila a la espalda, frente al muro examinándolo, contemplando todas sus fisuras. Si alguien se lo hubiese pedido, aunque el dibujo no era una de sus virtudes, lo habría plasmado en un papel hasta en sus más mínimos detalles. Lo llevaba grabado en la mente como si fuera una fotografía.

Un día a la vuelta del colegio volvió a quedarse de pie enfrente del muro, contemplándolo. Sin embargo esa vez, superando su respeto inicial, dejó la mochila en el suelo y se acercó un poco más a él. Podía sentir el olor añejo que despedía; incluso se acercó un poco más y aproximó la mano a la pared acariciando sus ranuras, su espléndido tacto. El aura que rodeaba aquel muro era increíble... su tentación, irresistible. De repente la sensación de que había algo detrás se acrecentó en el corazón de Tommy. Esa extraña sensación de otras eras, de tiempos lejanos, de historias pasadas, de grandes mundos ya olvidados, de poderosos reyes, empezó a crecer en su mente, mientras empezaba a oír en su cabeza una voz que decía simplemente: "Ven".

Tommy sintió, aun sin saber realmente lo que significaba, que aquel muro era la "puerta de entrada" a la eternidad... así que se separó unos metros, se impulsó, y salió corriendo de cabeza hacia el muro...

Sin duda alguna, si algún viandante hubiera pasado junto al muro cinco minutos después de todo aquello, sencillamente habría enloquecido. Lo más probable habría sido que, al caminar por allí, girase su cabeza hacia el muro, sintiendo su misterioso magnetismo, y hubiera sufrido el mayor shock de toda su vida. Su cordura se habría puesto a prueba... y no la habría superado.

El cuerpo del joven Tommy, empapado de sangre, estaba sentado con la espalda apoyada contra el muro, y la cabeza ladeada de una forma muy grotesca. Un gran charco escarlata se había formado en el suelo, en el espacio entre las piernas de Tommy. La sangre se iba deslizando desde la cabeza, cayendo desde su pelo hacia el suelo, empapando la camisa, tiñendo sus manos de rojo. La brecha en su cráneo le había conferido un nuevo dibujo a su rostro; en el lado derecho de su cabeza ya no se veía pelo, sino hueso agujereado, como si algún salvaje le hubiera clavado un hacha en medio. La hendidura recorría el lado derecho de su cara donde el ojo

aparecía como una masa aglutinada junto a pequeños coágulos de sangre y trozos de mejilla colgando hacia abajo, justo encima de su labio. Allí terminaba abruptamente la herida. Y lo único que podía distinguirse en el rostro del niño, deformado por el golpe y lleno de sangre, era una dulce sonrisa que dibujaban sus infantiles dientes blancos. Una sonrisa que evocaba tiempos mejores de Tommy, una sonrisa de felicidad, una sonrisa que se acababa de formar a la vez en las grietas del muro como si una siniestra boca naciera de los ladrillos, una sonrisa que insinuaba que tras el muro... ya no había dolor.

La Transacción

(Pablo José Tejero)

"No me robes el alma",
dijo la doncella.
"No es el alma lo que quiero,
sino el cuerpo".

El Rolls-Royce giró por la quinta dispuesto a entrar en Wall Street. El color plateado del coche refulgía bajo los primeros rayos de la mañana. El lujo que desprendía aquel coche destacaba en una calle llena de tráfico. En el asiento de atrás un hombre mayor, elegantemente vestido estaba meneando la cabeza y farfullando cosas; el millonario Van Houten comenzaba a impacientarse. Siempre había sentido claustrofobia desde niño, y un atasco aunque fuese en una gran ciudad, era mortal para él. Golpeó sin piedad con la punta del bastón el cristal ahumado que lo separaba de Jeffry, mientras exclamaba: "¿Es que no puedes ir más deprisa?!". El chófer optaba ya por no responderle. En Nueva York, para ir más deprisa, o vas con los pies por delante dentro de una ambulancia, o vas andando, pero el millonario pensaba aguantar vivo mucho tiempo, y nunca había dado un solo paso en su vida. Parecía como si hubiera saltado de la cuna a la sillita, de la sillita al coche de papa, y de allí a su propio coche, sin haber pasado por el gateo natural de los niños.

Van Houten era dueño de la cadena de bancos más importante del país, y podía haber vivido toda su vida en una isla paradisíaca si hubiera querido, dedicándose tan solo a vivir de las rentas que el sudor de su padre y de sus antepasados le producían. Sin embargo además de ser un hombre ciertamente atractivo, a pesar de su cetrina nariz herencia de su pasado judío, era un tipo perverso. Se sabía un hombre poderoso y eso le gustaba. Le encantaba experimentar el placer de entrar todos los días en la sede central y observar el sometimiento y la sumisión de todos sus empleados. Era eso y no otra cosa, lo que le movía a ir todos los días a trabajar. Disfrutaba con esos contactos prohibido con bellas secretarías, que nunca decían nada a cambio de un sustancioso aumento, con esos maricas encorbatados que bebían de sus manos, con esas miradas sumisas, esas sonrisas falsas de adoración, con el sentimiento de sentirse casi como Dios. Casi, porque él tenía más dinero.

El dinero le permitía grandes lujos innecesarios, pero últimamente le había dado la oportunidad de descubrir una nueva afición enfermiza. Más bien era la falta de dinero la que le había dado la genial idea. No suya, obviamente, sino la de un triste vagabundo que se sentaba últimamente en los escalones de acceso al banco. En otras circunstancias no habría tardado ni un suspiro en hacer que los vigilantes mandaran de vacaciones a aquel pobre hombre, unas vacaciones no muy recomendables. Pero la fugaz idea que le cruzó la mente el día que se lo encontró por primera vez, le hizo desistir. Era una ocurrencia tan placentera y malvada, que se sintió orgulloso de privilegiado cerebro.

Aquel día se apeó del coche, miró al vagabundo a lo lejos con repugnancia y comenzó a andar hacia él. Conforme se acercaba empezó a escuchar aquellas palabras "Un dólar para comprar algo de comer hermano, por favor". El pobre le miró con esa cara llena de pústulas y de suciedad, y entonces Van Houten se echó mano al bolsillo. Sacó su cartera de piel de cocodrilo, extrajo un billete de un dólar, y se lo acercó. El pobre hizo ademán de cogerlo, con cara de feliz mientras gritaba "¡Gracias señor, Dios le bendiga!", y

al instante cuando sus dedos ya acariciaban el tacto inconfundible del billete, el millonario lo retiró bruscamente con una enorme sonrisa en su rostro, que contrastaba con la mueca de decepción que se había formado en el rostro ajado del vagabundo, mientras se alejaba contento hacía las puertas de cristal del banco.

La experiencia le resultó tan gratificante a Van Houten, que la convirtió en un rito cotidiano. Desde entonces, todos los días repetía los mismos pasos, con idéntico resultado. Un día probó a ofrecerle uno de cincuenta, pero el pobre ni le hizo caso. Estaba claro, que un billete de tan alto valor, no engañaba al pobre. Sin embargo con el de diez siempre picaba, así que optó por hacerlo siempre así. Cada mañana que pasaba se acercaba más al vagabundo. Al principio se lo ofrecía desde lejos, después cada vez más cerca, incluso se agachaba para dárselo, otras veces se lo depositaba en la agujerada gorra llena de centavos, para retirárselo al instante.

Sin embargo hoy tenía planeado algo diferente. Algo más ambicioso. Hoy quería saber a que olía el fracaso, como era la mirada de un pobre, que ocultaban unos ojos muertos. Hoy pensaba agacharse, dejarle el billete en el bolsillo del chaquetón, y acercar su rostro al pobre para que este pudiese percibir el olor del poder, la mirada del dinero, algo que él jamás tendría en vida... La voz de Jeffry le despertó de sus ensoñaciones: "Ya hemos llegado señor".

Mientras Jeffry le abría la puerta, Van Houten se apeó del coche y buscó con la mirada al pobre. La aterradora sensación de que ya no estaba allí hizo que se le paralizaran todos sus músculos. Se sintió como el niño que nunca fue, quedándose sin el juguete preferido que nunca tuvo. La marea humana le impedía ver la entrada al banco, sin embargo era tal su convencimiento de que el pobre ya no estaba ahí, que casi se pone a llorar de impotencia. Sin embargo, cuando una pareja se apartó de su campo de visión, lo distinguió sentado en el sitio de siempre, con la misma caja en el suelo, y el mismo abrigo roído alrededor de su cuerpo. Sus ojos se encontraron y Van Houten esbozó una sonrisa.

El vagabundo encontró con la mirada a Van Houten y sus ojos brillaron con ilusión, pero con una ilusión diferente a la habitual. Era la alegría de ver al "asqueroso rico" al fin. Llevaba sin probar una gota de alcohol desde el día anterior, y no había dormido esperando este momento. Hoy sería un día glorioso. Hoy la historia iba a cambiar. Hoy al millonario cabrón no le iba a gustar el jueguecito del billete, "No señor". Hoy las reglas de la partida las pondría él. Mientras se acercaba Van Houten, el pobre suspiró, apretó contra su pecho el libro que había encontrado hacía dos días buceando entre las basuras (gracias a ese libro su vida iba a cambiar), y sacó del bolsillo una navaja mientras la desfundaba. "Mira como coge el puto billete, el muy mamón", pensó mientras el millonario se acercaba. "Verás que sorpresa te llevas".

Sacó la afilada hoja, se puso la navaja bajo el cuello, y se seccionó la yugular. De repente el dolor laceró su cerebro, mientras la inconsciencia le arrancaba de este mundo, el pobre sentía como fluía la sangre copiosamente sobre su sucio pecho mientras se agarraba la garganta con las manos. El dolor comenzaba a apoderarse de él, pero hizo un último esfuerzo, se concentró olvidándose de las agudas cuchillas que se estaban clavando en su corazón fruto del shock,... empujó y logró salir.

Van Houten no daba crédito a lo que veían sus ojos. Conforme se acercaba hacía aquel infeliz, iniciando su ritual diario observó como éste sacaba una navaja de su abrigo, y se sobresaltó. Retrocedió un paso temiéndose lo peor, pero su sorpresa aumentó cuando el

pobre se rajó el cuello delante de él. Aún respiraba el infeliz, y parecía estar consciente a pesar de la herida, ya que una sonrisa adornaba su rostro a pesar del sufrimiento.

De repente lo sintió. La perplejidad que ocupaba su mente ante lo que veían sus ojos, se convirtió gradualmente en una sensación extraña. Un ligero dolor de cabeza comenzó a apoderarse de él, mientras se frotaba las sienes con las manos. Al segundo la sensación comenzó a hacerse más dolorosa, más patente. Era el miedo lo que se estaba apoderando de él. El miedo a lo desconocido, a la fuerza que estaba penetrando en su cerebro y que a la vez tiraba de él hacia fuera. Algo que quería arrancarlo, no comprendía nada, solo notaba que se perdía, y que la invasión era ya casi total.

Y por fin salió. Hubo un breve momento de ligereza, de total ingravidez. Estaba flotando mientras luces y conversaciones inundaban su espíritu aturdiéndole... y después otra vez la pesadez de siempre. La eterna sensación de sentir carne a su alrededor, las venas latiendo y el viento acariciando su piel. Pero esta vez Van Houten se sentía diferente. Gradualmente el dolor comenzó a invadir sus centros nerviosos, mientras las infecciones comenzaban a ahogar su sangre. Entonces abrió pesadamente sus ojos y descubrió sus manos ennegrecidas, llenas de callos, sucias y manchadas de sangre, mientras el aliento se desprendía de su cuello por una enorme herida. Pero esa sangre no debía haber sido suya sino de aquel pobre infeliz. Aquel vagabundo...

Alzó la vista y se vio ahí enfrente sonriéndose, y entonces lo comprendió todo. Pero quizás demasiado tarde, ya que al instante expiró y su corazón se paró.

El pobre se ajustó su nueva corbata, acarició su nueva cara y se agachó hacia el cuerpo muerto que yacía en la acera, mientras arrancaba de su regazo inerte aquel libro. Un libro que le había enseñado a liberarse, a ser diferente, a cambiar su vida. Miró la portada por enésima vez y leyó: "Como ser rico, y no morir en el intento". Y sonrió a su nueva vida.

FIN

El hombre de la acera

por

David Coletto Mozos

- ¡¡Dios!!, ¿pero que ha sido eso?. ¡¡Joder!!, mierda. ¿Pero que me pasa?, ¿porqué me ocurrirá esto a mí?, ¿que tiene que ver todo eso conmigo?. – Adam dio un bote en la cama sobresaltado y confuso, sudando y pensando lo que había estado soñando. Estaba arropado de cintura para abajo, y llevaba puesta una camiseta interior de tirantes. – Esto es de locos. No puede ser cierto todo lo que me ocurre, voy a tener que ir al médico. – Se levantó de la cama y fue directamente hacia la cocina. Tenía los pelos alocados y llevaba un pantalón corto negro puesto de los que usaba cuando iba a jugar algún partido de fútbol sala con los amigos. Antes de llegar a la cocina, pasó por el cuarto de baño y se lavó la cara. Miró fijamente al espejo y se sobresaltó de nuevo. Había visto la figura de una cara reflejada en él que se encontraba detrás. Tenía los ojos a medio cerrar y enseñaba una breve sonrisa hacia un solo lado. Cerró los ojos y los volvió a abrir y la figura ya no estaba allí presente. Suspiró y volvió a mirarse en el espejo con miedo.

Salió del servicio y se fue a la cocina. Se bebió un vaso de leche y volvió a la habitación. Sacó una libreta de la mesilla de noche que estaba al lado de la cama y con uno bolígrafo que también había allí empezó a anotar unas cosas en la libreta.

1º La garrota.

2º Las tijeras de Anna.

3º Autobús.....

La última palabra de su punto tres la puso con algo más de temor. Las demás palabras estaban mucho más claras, pero “Autobús” estaba un poco más ilegible y con mucha irregularidad en ella, torcida de la línea que había dibujada en la libreta.

Miró la hora, eran las diez y media de la mañana, llegaba tarde a clase. Seguro que estarían esperándole impacientemente sus compañeros de grupo. Él era el que se había llevado el trabajo que habían realizado para entregarlo hoy a tercera clase, y esa no empezaría en comenzar.

Sacó toda la ropa que se iba a poner lo más rápido que podía y tuvo un tercer sobresalto en aquella mañana. Escuchó un sonido bastante alto. Era el móvil que se movía y sonaba al máximo volumen que tenía. Se le había olvidado quitarle ese nivel de tono y por eso sonaba tan fuerte. Fue a por él y lo miró, era Miriam. Seguro que lo llamaba por lo del trabajo.

- Dime Miriam.

- Adam, ¿cuándo piensas venir?, no te habrás olvidado de que hoy había que entregar el trabajo de la primera evaluación, ¿verdad?.

- No, perdona, me dormí. Resulta que me sonó el despertador para ir allí a primera como todos los días pero no sé que me pasó que me volví a dormir y he estado soñando unas cosas muy raras. Bueno, eso da igual, ya te lo contaré, es algo muy largo que contar, y no te quiero arruinar por teléfono ni que nos suspendan tampoco. –

Mientras hablaba por teléfono se estaba quitando sus pantalones cortos negros y se ponía unos vaqueros azules que tenía medio rotos por detrás.

- Bueno, no tardes, que dentro de quince minutos comienza la siguiente clase con la señora Rocand y no quiero que nos eche la bronca por no tener aquí el trabajo y empiece a sospechar que nos faltaba algo y estabas acabándolo.

- Vale, estoy allí en menos de lo que canta un gallo.

- ¡¡Kíkiriki!! – Miriam hizo el sonido de un gallo y se empezó a reír.

Adam también rió.

- Veo que por lo menos aún te quedan ganas de reír, eso es bueno porque si estuvieras muy enfadada no sé que haría, me lamentaría mucho por no haber estado allí a mi tiempo, pero sí lo estaré. Adiós, ahora nos vemos.

- Venga, no tardes.

Adam pulsó el botón de apagado del móvil y lo tiró encima de la cama para seguirse vistiendo.

La tercera hora de clase ya estaba comenzada. La puerta sonó en dos ocasiones seguida de una pregunta de la señora Rocand.

- ¿Sí?. – La puerta se abrió descubriendo a la figura que estaba detrás, era Adam.

- Hola señora Rocand, ¿puedo pasar?. – Temía la negativa contestación de la profesora y esperaba ansioso un sí normal y corriente que le dejara pasar, pero sabía que no iba a ser así, lo humillaría todo lo posible, pondría en duda su palabra y buscaría cualquier excusa superior a la suya misma para dejarlo en la puerta sin poder pasar y sin poder entregar el trabajo que necesitaban para aprobar su asignatura.

- ¿Qué horas son estas de llegar?, ¿Has mirado tu reloj?. – Se llevaba el dedo índice de su mano derecha a su reloj y le indicaba varias veces que el reloj servía para algo.

- Sí, señora Rocand. Es que ... verá, me sonó el despertador pero no lo oí, me quedé dormido sin querer, le aseguro que no volverá a ocurrir.

- No sé si creerte jovencito, creo que eres lo suficientemente mayor para saber que no debes llegar tarde a clase, y es así ni intentar entrar porque es una falta de respeto a tus compañeros de clase y a la profesora ya que así interrumpes la clase. – Sus compañeros le miraban con cara de aburrimiento, esas charlas ya las habían oído una y

mil veces, estaban hartos de escucharlas en su boca y casi siempre dejando como víctima a toda la clase que eran los peores.

- Lo siento señora, si no me deja entrar lo veré normal, pero por lo menos déjeme darle el trabajo a Miriam para que pueda entregarlo, no me importa tener una falta más en mi casilla, pero no quiero que por mi culpa suspendan mis compañeros de grupo que se han esforzado al igual que yo para acabar este trabajo lo mejor posible para entregarlo hoy. – La señora Rocand se quedó un momento pensativa, miró un momento su cuaderno de alumnos hasta llegar a la hoja de Adam. Tenía la hoja repleta de positivos y cosas buenas, no podía dejarlo fuera con ese expediente intachable.

- Bueno, por ésta vez vas a pasar y te quedarás en clase.

- Gracias señora.

- Pero que conste que hoy y exclusivamente hoy, no volverás a llegar tarde más, y si es así, te quedarás en la puerta o en otro lugar esperando que acabe la clase y comience la siguiente hora a la que sí podrás llegar a tiempo, ¿entendido jovencito?.

Anda, pasa y que no se vuelva a repetir.

Adam pasó lentamente, cerró la puerta y se incorporó con sus compañeros de grupo. Toda la clase le miraba con sorpresa por su incorporación a la clase. La señora Rocand nunca había dejado pasar a nadie cuando había llegado tarde.

Miriam le miró de arriba abajo, suspiró y le guió un ojo antes de que le diera tiempo a sentarse en su asiento.

- Mira que te dije que no llegaras tarde, por culpa tuya casi nos suspende a todos. – Miriam le miraba fijamente a los ojos con señal de haber estado furiosa, pero haberse calmado con su llegada.

- Perdona Miriam, es que me ha ocurrido algo por el camino, ya te lo contaré más tarde.

- Ya veo, parece ser que esta mañana te han ocurrido muchas cosas extrañas, espero que eso no se pegue y me gafes a mí también, y espero que no sea nada malo. – Adam la miró con total seriedad y asintió con la cabeza.

- No sé si será malo o no, pero a mi me lo parece, y como se cumpla todo lo que yo creo que es... – Paró de hablar para contener la respiración y un instante después siguió hablando. Tengo miedo Miriam, mucho miedo. – Los ojos de Miriam se volvieron un centro de acogida para los necesitados de apoyo y cariño. Estaba muy preocupada por lo que le ocurría a Adam.

- Seguro que no es nada, ahora después me lo cuentas y lo arreglamos, que no quiero que después de la que has armado con lo de llegar tarde, nos echen por hablar en clase, que ya sabes como es esta Rocand, a la más mínima está deseando pillar a alguien haciendo algo mal para putearlo.

- Es cierto, hablaremos luego.

Acabaron la clase y salieron al patio como la demás gente. Miriam y Adam se apartaron a unas escaleras que había en un lado del patio y empezaron a hablar. Adam miraba hacia todos los lados esperando que nadie los escuchara.

- Bueno, aquí ya no nos oye nadie, ¿me vas a contar que te ocurre hoy?.

- Es muy difícil de explicar. No sé, estoy muy confuso, quizás sea alguna maldición o simplemente haya sido una pura casualidad.

- Haber, ¡dímelo ya que me estás poniendo de los nervios!.

- Resulta que esta noche soñé cosas maravillosas, el campo, las flores, veía un rascacielos enorme con todo su brillo y más cosas. Me desperté de aquel bonito sueño y fui a la cocina a beber algo y al servicio para orinar. Me volví a la cama y no tardé mucho en dormirme.

- Bueno, hasta ahí todo bien, ¿no?, ¿que te ha pasado?, ves al grano que no tenemos mucho tiempo de recreo. Pronto sonará la campana y tendremos que volver a clase, y allí no me lo puedes contar y no quiero que me dejes con las ganas. – Adam miraba a Miriam mientras miraba insinuándole que se callara para que pudiera continuar.

- Sí, hasta ahí bien. Pero comencé a dormirme otra vez y esos sueños tan preciosos con tanta ilusión y maravilla empezaron a cambiarse. Los campos empezaron a quemarse, las flores iban tomando formas humanas y le salían dientes, los rascacielos comenzaban a derrumbarse sin saber el porqué.

- ¿Solo es eso?, entonces no pasa nada, eso es una pesadilla. Muy normal antes de ir a clase cuando eres el responsable de un trabajo de equipo y no puedes faltar. Se le llama memoria de autculpa y no quieres que pase nada mal y te duermas, para que no te echen la culpa.

- ¡¡No!! ¿Me vas a dejar que acabe?. – El que acabó poniéndose nervioso más de lo que pensaba fue Adam. Miriam no dejaba de interrumpirle y no podía continuar con lo que le ocurría. ¿de verdad quieres que te lo cuente?.

- ¡Claro que sí!, sigue anda, perdona, es que soy muy impaciente.

- Ahí no acaba todo. Además de soñar eso, soñé con tres cosas más, algo más raras que lo anterior, cosas normales que le podrían pasar a cualquier persona y no sé el porqué me han tenido que aparecer a mí en mis sueños sin poder cerrar los ojos y no verlo porque ya los tenía cerrados.

- ¿Y que es eso tan malo?.

- Pues lo malo no es lo que soñé, sino que una de las cosas que soñé, se me ha cumplido esta mañana viniendo hacia aquí, por eso tardé tanto en llegar a clase, y por eso llegué tarde, ¿o pensabas que me había parado a comprar alguna revista?.

- No hombre, por Dios, nunca pensaría eso de ti, un día en el que dependemos de ti para poder aprobar. – Un instante de silencio se apoderó de ellos. - ¿qué fue lo que se ha cumplido?, ¿qué te ocurrió?.

- Soñé cómo un anciano iba con su garrota paseando por todo un parque. Vi todo su paseo por todo el parque, pensé que volvería a los sueños bonitos, que empezarían a crecer las flores, los árboles le darían sombra para pasar y todo eso. Pero no fue así. Siguió caminando hasta llegar a un sitio del parque donde había una alcantarilla en el suelo. Al parecer, esa mañana habían estado haciendo algo por debajo de ella para arreglar el agua, también vi todo eso, cómo arreglaban las tuberías y cómo se dejaban la alcantarilla abierta por un sitio. El anciano siguió avanzando con su garrota hasta pasar por encima de la alcantarilla. Pisó justo donde habían dejado la abertura y se calló de boca al suelo. La frente le sangraba, gritaba sin parar doliéndose de la rodilla y con los ojos cerrados se llevaba las manos al estómago pidiendo clemencia a Dios.

- ¿Y eso soñaste?, vaya pesadilla.

- Pero eso no es lo peor, las pesadillas se pueden olvidar, pero es que esta mañana cuando venía para acá ocurrió eso. Iba a cruzar por el paso de cebra y vi a lo lejos a un anciano con su garrota y me acordé del sueño que había tenido. No dejaba de mirarlo por si ocurría lo que en mi sueño. Y al final por desgracia ocurrió.

- Oh, Dios. ¿y que le ha pasado al anciano?.

- No lo sé. Llamé a una ambulancia para que vinieran a recogerlo y me tuve que venir. Sólo pude observar que tenía la frente ensangrentada y que no hacía más que dolerse de la rodilla y llevarse las manos al estómago, con los ojos cerrados, al igual que en mi sueño.

- ¡Qué putada Adam!, pero tienes que estar tranquilo. Seguro que sólo es una de las casualidades de la vida que nos quiere hacer ver que nuestro cerebro sirve para mucho más de lo que lo usamos.

- ¿Sí?, ¿crees eso?. Cuando acabemos las clase me vas a acompañar a casa, te voy a dar un folio donde apunté esta mañana las tres cosas que soñé, y quiero que no las leas hasta que algo malo ocurra. Cuando eso suceda, mírala y dime si acerté o no, si no es así, sólo habrá sido una pesadilla más que otra, algo rara por su autenticidad y tanto acierto en ella, pero si acierto, no sé que haré, todo esto me da mucho miedo.

- De acuerdo Adam, la cogeré si eso te hace sentirte mejor, pero estoy segura de que no va a pasar nada más de lo que has soñado.

Al día siguiente, la clase de Matemáticas no había hecho más que acabar y un grupillo de gente se acercaba a hablar con Belisa y con Fannie.

- ¡Pero no puede ser cierto!, ¿estás segura?. – Mary preguntaba a Belisa por el estado de alguien.

Adam y Miriam se levantaron de sus asientos y se acercaron para ver que ocurría. Fannie no hacía nada más que llorar. Tenía la cabeza agachada y las manos le cubrían la cara. Anthony, otro compañero de clase, la consolada.

- Tranquila Fannie, verás como se pone bien, ya lo verás. No te preocupes, seguro que mañana le dan el alta y puede ser la de antes. Le harán lo que le tengan que hacer en el hospital y mañana la podrás volver a ver.

Adam se acercó a la mesa y preguntó con autoridad sobre los demás.

- Pero, ¿qué ha ocurrido?. Belisa, dímelo por favor. Si puedo ayudar en algo decírmelo.

- Es Anna. Ayer tuvo un accidente en su casa.

- ¡No puede ser!. ¿Anna Harrison?, ¿la hija de Paul?.

- Sí Adam, esa Anna.

- ¿Qué le ha ocurrido?.

- Ayer la dejamos en su casa a eso de las ocho de la tarde. Habíamos estado tomando café por la tarde, y unos refrescos más tarde. Hablamos sobre el alcohol y lo malo que era, pero al final, acabamos hablando sobre estampaciones que nosotras teníamos en nuestras habitaciones de chicos que nos gustaban o películas que nos habían impresionado y habíamos pegado encima de nuestras camas. Por la noche recibí una llamada, era la madre de Anna, estaba desconsolada, no sabía ni que decirme cuando me llamó. Estaba llorando y estaba tan asustada que no le salían las palabras que ella quería. Al final consiguió decírmelo, Anna se había clavado unas tijeras en el pecho. Según su madre estaba muy ilusionada por una cosa que quería hacer con ellas, que después me enseñaría y que según ella me gustaría mucho. Había estado recortando las revistas del corazón que ella tenía y pegándolas en su habitación, encima de su cama. Consiguió pegar diez fotos antes de que le ocurriera eso. Se quedó en la foto de un tenista que le gustaba mucho, no sabía como se llamaba. Era alto, moreno y con el pelo ondulado. La encontró tirada en su habitación sangrando y con las tijeras clavadas en el pecho. Había entrado en su habitación para ver si ya había acabado su sorpresa para poder verla y se la encontró así. Suerte que llegó a tiempo. Los chicos de la ambulancia decían que por suerte había llamado a tiempo a los médicos, unos minutos más tarde y hubiera muerto desangrada. Debía de habérselas clavado poco tiempo antes de que su madre entrara en la habitación.

- ¡Dios!, ¿ves, Miriam?, ¡te lo dije!, mira el papel que te di. – Miriam sacó del bolsillo el papel que Adam había escrito el día anterior. Las manos le sudaban y su relajación pasó a un eterno sufrimiento hasta que lo abrió. Efectivamente, el número dos

de los tres que había puesto estaba relacionado con las tijeras y con Anna. No podía ser, esto era imposible, que acertara dos cosas seguidas, y más aún, que esas dos cosas fueran tan terroríficas.

- Es cierto Adam. ¿qué te ocurre?. Tienes que ir al médico o algo, eso no es normal. Ves cuanto antes, si quieres ahora mismo vamos y te acompaño.

- No, no creo que eso tenga nada que ver con cosas del médico. Creo que tendré que visitar a alguien que sepa de sucesos extraños o poderes irracionales. –

Miriam se quedó obsoleta mirándolo y respondió.

- ¿Pero conoces a alguien que te pueda ayudar?.- Adam miró hacia el suelo, levantó la cabeza y fijando su mirada en los ojos de Miriam volvió a abrir la boca.

- Sí. Tengo un amigo que sabe bastante sobre esos sucesos raros y cosas que convierten a la gente paranoica como me puede pasar a mi si no voy a verlo cuanto antes. Es Gabriel.

Adam llevó su mirada al vacío y ,despidiéndose de su compañera, se marchó por la puerta por la que había entrado tarde a clase.

Su coche no podía ir más rápido de lo que iba. Saltaba semáforos en rojo, pasaba por encima de pasos de cebra sin mirar si pasaba alguien y seguía apretando el acelerador lo máximo posible para llegar cuanto antes a casa de Gabriel. Era un sitio acogedor aunque algo maquiavélico. Siempre lo tenía decorado con calaveras con velas dentro de la boca para dar luz y crear un ambiente más inquietante a cualquiera que no conociera su forma de pensar y de ser. Siempre se había relacionado con la parte malvada del mundo. De pequeño se apartaba de los demás para irse sólo a un banco a leer libros de magia oscura y hechizos con los que hacer daño a los profesores. Todos lo

trataban como a un loco, y Adam también pensaba lo mismo de él, pero, aunque era un loco, lo había considerado siempre como un buen amigo, y ahora necesitaba disponer de su ayuda.

Adam llamó al timbre del portero donde vivía Gabriel.

- ¿Quién es?. – Gabriel tardó un poco menos de un minuto en coger el telefonillo y en responder. En su voz se podía comprobar el cansancio que debía de tener del día anterior. No se solía levantar tan temprano para nada, sí para coger el teléfono o responder al portero.

- Soy Adam, ábreme por favor, tengo que hablar contigo.

- Hombre Adam, ¿qué haces a estas horas despertándome?, supongo que será algo serio, porque sino te patearé de mi casa. – Siempre solían bromear con patearse el uno al otro si algo les sentaba mal.

- Por favor, ábreme, es una cosa muy seria, necesito tu ayuda, no habría venido hasta aquí tan temprano si no pensara que así lo es.

Gabriel pulsó el botón para que la puerta de pasillo se abriera y Adam pudiera contarle aquello que le preocupaba tanto. Adam subió por las escaleras hasta el tercer piso donde vivía su amigo y llamó repetidas veces a la puerta.

Gabriel la abrió lo más rápido que pudo y lo invitó a pasar, no sin antes darse un abrazo por el tiempo que hacía desde que no se veían. Iba vestido aún con una bata que no estaba abrochada hasta arriba y que dejaba ver una camisa interior blanca con la que Gabriel habría pasado la noche. Su cara reflejaba el tiempo que hacía que no se cuidaba bien. Estaba pálido y tenía barba de varios días. Entraron al salón donde Gabriel los condujo y se sentaron en un sofá que había justo enfrente de la televisión. No era un salón muy grande pero para una persona que vivía allí era más que suficiente.

- Bueno, ¿qué te trae por aquí?, cuéntame en qué te puedo ayudar. –

Gabriel fue directamente a lo que Adam quería que hablasen, pasó pronto de preguntarle que tal le iba la vida y pasó rápido al tema en cuestión.

- Verás Gabriel, ya sabes que te he dicho que no hubiera venido si no pensara que lo que me ocurre es algo raro y grave. – Gabriel lo miró con cara de asombro. Nunca Adam, el chico bueno desde siempre, viniera a pedirle un favor a él, al que todos le consideraban un loco de remate que no podía vivir sin que le pasaran cosas extrañas diariamente. – Resulta que llevo varios días soñando cosas muy feas. Sueño con cosas bonitas durante el primer sueño, pero en cuanto me despierto y vuelvo a dormirme, entra en mí esas pesadillas oscuras de las que te hablo. – Gabriel sonrió brevemente para intentar animar un poco a Adam, aunque no lo conseguía, él seguía con su problema sin hacerle ninguna gracia lo que le estaba ocurriendo. – Esta noche soñé tres cosas, y las tres eran malvadas. Pues eso mismo que soñé ha ocurrido. Primero un anciano se cayó, quedando en muy malas condiciones, cuando paseaba con su garrota por el parque. Y eso, lo había soñado, todo lo había visto en mi sueño, y no pude hacer nada, sólo observar con total impotencia cómo éste caía y sangraba abundantemente sin poderle avisar con anterioridad. El segundo sueño, fue algo referido a unas tijeras y a una chica, Anna, una compañera de clase. No sabía perfectamente que le podía ocurrir, pero sabía que no iba a ser nada bueno. Pues hoy, al llegar a clase, después de ver lo que le ocurrió al abuelo, me he enterado que Anna, se clavó unas tijeras en su casa cuando se disponía a hacer unos recortes de fotos de revistas para ponerlas en su habitación. ¿No es demasiada coincidencia?.

- Sí Adam, bastante coincidencia. Nunca he leído nada de eso en ningún libro. De todas formas lo haré esta noche y te diré algo en cuanto sepa que te ocurre.

- Vale, pero ahí no queda todo. El tercer sueño aún no se me ha cumplido pero tengo miedo de que ocurra.

- ¿De que trata?.

- Es el que peor he podido observar en mi sueño. Sólo sé que hay un autobús, un hombre que está en una acera con un abrigo largo y en la otra acera, además de pasar mucha gente, veo a un tipo en concreto que mira al hombre del abrigo y se sorprende.

- Bueno, no hay nada de malo en eso, ¿no?.

- Espera, déjame acabar. Vuelvo a mirar al hombre del abrigo y aunque no puedo diferenciar bien sus manos y sus brazos, sé que saca algo del abrigo y lo extiende apuntando en dirección al hombre de la otra acera, que instantes después cae al suelo.

Gabriel se quedó un momento pensando, nunca le había pasado nada parecido ni en sus libros ni en las historias que le contaban sus amigos y la gente que venía a verlo para preguntarle por estos extraños sucesos. Adam estaba muy nervioso, no paraba de mover las manos una encima de la otra y de mover los dedos pulgares frotándose los nudillos.

- No sé Adam, tendré que mirarlo. De esta noche no pasa, lo miro y mañana te digo algo, ¿vale?. No te preocupes, seguro que lo arreglaremos y podrás dormir mejor que nunca cuando extirpemos ese mal de ti. – Adam asintió con la cabeza y con los ojos con una eterna confusión. Gabriel se acercó a él y le dio otro abrazo mucho más fuerte que el anterior. – Adam, no te derrumbes amigo, esto se va a solucionar, te lo aseguro, confía en tu amigo loco. – Los dos echaron a reír y se miraron a los ojos directamente.

- Gracias Gabriel, sabía que podía confiar en ti. Por favor, llámame en cuanto sepas algo. Sólo quiero que esto acabe pronto y si me siguen ocurriendo estas visiones, me gustaría ayudar a quien está en peligro.

- Tranquilo, mañana por la mañana o esta noche te avisaré con algo, y segur que ese algo será positivo.

Se despidieron por última vez y Adam marchó hacia casa. La hora de las clases se habían acabado. Mañana ya sería otro día y podría ir a primera hora como todos los días, aunque aún le quedaba una preocupación. ¿Volvería a soñar esas cosas extrañas?.

A la mañana siguiente Adam despertó con el sonido típico de la alarma de su despertador. Esta vez si había sonado. Se sentía totalmente tranquilo, no llegaría tarde a clase, o por lo menos por culpa del despertador. No sabía si se encontraría involucrado en algún acontecimiento más como el del anciano. Miró su móvil pero no tenía ninguna llamada perdida, ningún mensaje de Gabriel que le solventara su problema. Esa noche había vuelto a soñar con aquellas cosas extrañas. Los dos primeros sueños que se le había cumplido se veían ahora más borrosos que el último. Seguía sin poder ver con claridad qué sacaba aquel tipo de su abrigo, pero su intuición no le engañaba, no podría engañar ni al más despistado. Era un arma, con la que disparaba al otro tipo de la acera de enfrente y lo tumbaba.

Marchó a clase y ningún hecho extraño le ocurrió en ella. Sólo habló con Miriam del tema de sus pesadillas.

- Hola Adam, ¿fuiste a ver ayer a tu amigo?. Les dije a los profesores que te habías ido a casa porque no te encontrabas bien, ellos lo comprendieron. Así que si te preguntan diles eso, ¿vale?.

- Sí Miriam, gracias por preocuparte. Fui a verlo, pero no me sacó nada en claro. Me dijo que no sabía de qué se trataba, pero que me llamaría hoy por la mañana para comentarme algo, si sabía algo o si por lo contrario tendría que ir a visitar a otro pirado que sepa del tema. Pero aún no sé nada, no me ha llamado. Aunque esta noche he dormido estupendamente, no he tenido ningún sueño de esos raros. Creo que ya estoy curado, aunque sigo pensando que falta un sueño por cumplirse, y es el que más me atemoriza, el sentir ... bah, no sé, quizás sólo sea un mal presentimiento.

- Pero, ¿aún no sabes nada en claro de que trata ese sueño?, ¿porqué es el que más te atemoriza?.

- Porque creo que va a haber muertos en él. El sueño me hizo ver una situación en la que un tipo parece disparar a otro, y yo estaré presente. Nunca he visto a nadie morir, y no me gustaría verlo hasta que no me llegue la hora, y menos verlo morir a sangre fría, por culpa de algún asesino. Tengo que hacer algo, si es que tengo la oportunidad. – Adam agachó la cabeza en símbolo de preocupación y la volvió a levantar gracias a la suave mano de Miriam.

- No te preocupes Adam, haces que me preocupe yo también. Sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras, si quieres te acompaño a tu casa por si necesitas mi ayuda.

- Gracias Miriam, no hace falta. Creo que no ocurrirá ya nada. Hoy he soñado otra vez con lo mismo pero no con mucha claridad. Quizás ya sea culpa del subconsciente y aquella tercera parte del sueño no se vaya a cumplir jamás. Además, se enfadaría tu padre si llegaras tarde a comer y te haría millones de preguntas, y no quiero que te la cargues por mi culpa.

- Da igual, si me pregunta de igual.

Adam le hizo un gesto de negación con la cara y le cogió las manos y las apretó.

Salieron juntos del instituto y avanzaron por la calle por la que siempre lo hacían. Estuvieron un largo rato sin hablar. Adam, le dio tiempo a volver a pensar en qué semáforo sería donde vería el suceso. Miriam pensaba en sacar algún tema para hablar y que aquel camino no fuera tan tenso y aburrido.

- Oye, ¿de verdad no quieres que te acompañe?, me sentiría mucho mejor. Creo que no estás en buenas condiciones. Si quieres podemos quedar para tomar café o algo y charlar.

- No, por favor Miriam. Muchas gracias, sólo harías que pensara más en el asunto. Quiero olvidarlo cuanto antes, que acabe lo más rápido posible.

- De acuerdo Adam, lo que tú digas, pero si me necesitas para algo, por favor, dímelo. Y si ocurre algo, ni se te ocurra meterte en líos.

- Vale, eso intentaré.

Siguieron avanzando con la mirada fija en el suelo y hablando hasta llegar al sitio donde se despedían diariamente. Se dieron dos besos como solían hacer, y Adam se despidió de Miriam.

- Adiós, mañana nos vemos.

- Sí, que no se te olvide el examen de física, estudia mucho y no pienses en lo otro, seguro que no vuelves a saber nada más de eso. – Le lanzó un beso que se iba disolviendo en el aire y que nunca llegó a la cara de Adam, pero éste lo atrapó con su mano y se lo guardó.

Adam siguió su camino sólo. Sólo le quedaban dos manzanas para llegar a su casa, y tres semáforos por donde pasar. ¿Sería en alguno de ellos donde ocurriría?. Se iba fijando en todo el mundo por si veía a su tipo con abrigo. No lo encontró en este semáforo. Quizás habría más suerte en el siguiente, o menos suerte.

Torció la esquina y se fijó rápidamente en el semáforo que había en medio de la calle. Su corazón empezó a latir muchísimo más rápido. Vio a un tipo con un abrigo igual al que había visto en sus sueños. Estaba en la otra acera. Al instante miró a la otra acera de más allá. Un hombre mayor parecía tener la misma figura que la que él había visto en su sueño. Echó a correr por medio de la carretera sin pensárselo dos veces. El tipo del abrigo se metió la mano en él. A lo lejos en la otra acera además del tipo que había visto en sus sueños como caía y se desplomaba al suelo una vez que el tipo del abrigo levantaba el brazo, estaba Gabriel.

- ¡Nooo!, Adam, párate ahí. Ya sé que te ocurre. – Pero ya era demasiado tarde. Adam había salido corriendo como una bala desde su acera con dirección, cruzando sin mirar por la carretera, donde estaba el tipo del abrigo. Escuchó la voz de su amigo pero sólo tenía un propósito, interrumpir aquello y hacer que salieran de sus sueños aquellas pesadillas. Pensaba que sólo así podría dormir tranquilo. Estaba a punto de llegar al tipo, sólo le faltaban cuatro metros para contactar con él. El sonido de la voz de su amigo Gabriel gritándole que se parara se hacía cada vez más lejos y le llegaba con más claridad el sonido de un claxon sonando hacia él. Momentos antes de llegar a la acera miró hacia la carretera, un autobús se abalanzaba contra él más rápido que él lo hacía contra el tipo del abrigo. Fue lo último que oyó, el claxon contra su oído. El hombre que estaba en la acera donde estaba Gabriel cayó al suelo, un infarto producido por la alta ola de calor que le estaba llegando. Gabriel se quedó inmóvil cuando vio cómo Adam caía lanzado por el autobús a más de diez metros a la carretera. El tipo del abrigo sacó finalmente lo que llevaba dentro de él, era un móvil, de estos que se parecen más a un móvil que a un ladrillo. Lo abrió usando para ello las dos manos extendidas y quitó la tapa para observar la pantalla, pero no ocurrió nada más. No hubo disparo ni atentados contra el hombre de la otra acera, sólo hubo un accidente, el de Adam.

Quizás no hubo atentado, quizás la última pesadilla de Adam era confusa y no le dejaba bien ver las cosas, pero lo que sí era cierto es que Adam no volvería a soñar más con esas retorcidas pesadillas. Es más, Adam ya no volvería a soñar.

El Viejo Tiempo

Héctor Álvarez Sánchez

*Para la chica que protagoniza esta novela.
Ella es mitad fantasía mitad realidad.
Ella fue la mejor y la inolvidable.
Ella sabe bien quién es.*

I

En el calor

UNO

1

Surgió de la Nada, a poca distancia de la Interestatal 15, a medio camino entre Daulon y Carseny. Se sacudió el polvo rojo adherido a los zapatos y miró a derecha e izquierda.

El sol se ocultaba como suele hacerlo cuando los veranos tienden a su fin. De una manera rápida y sin dejar huellas...Eran las 8:45 de la tarde y el día parecía próximo a desaparecer. Pero, aún así, hacía calor. Mucho calor. La jornada había sido particularmente sofocante. Desde primeras horas de la mañana la temperatura se había disparado, rebasando en todo momento los 35 grados centígrados. A medio día las carreteras despedían una débil neblina, como un espejismo, que hacía creer que estaban mojadas. El asfalto se derretía bajo la presión de las ruedas de los escasos coches que pasaban por allí. No era un lugar muy frecuentado.

A ambos lados de la Interestatal se extendía un infinito manto rojizo. Era un desierto sin límite aparente. El horizonte mezclaba el azul del cielo con el rojo de la arena, proporcionando un fondo pardusco y desolador. Una planta rodadora pasó en ese momento por delante del recién llegado. Se detuvo un instante, como un perro olisqueando el ambiente, y se alejó de inmediato, mecida por el fuerte viento que acababa de levantarse. Algo la hizo alejarse. Quizá la sola presencia del extraño que la miraba con los ojos ausentes.

El hombre comenzó a andar hacia la carretera. Atravesó la árida superficie y la arena apenas le rozó. Le tenía respeto.

Llevaba puesto sólo ropa oscura. Casi todo de color negro. Pantalones negros, gabardina larga negra, jersey negro y una desgastada camiseta debajo. Zapatos negros y gafas de sol... negras también.

Al llegar al arcén, volvió a mirar a uno y otro lado. Olfateó el aire y se dirigió a la izquierda, en dirección a Carseny. Comenzó a caminar por el centro de la carretera y un camión cargado con tierra rojiza de una cantera próxima a Daulon tocó su potente bocina. El conductor se vio obligado a echarse a la cuneta para no atropellar al tipo de la gabardina. Tuvo suerte y la rueda que más se había acercado al borde no lo traspasó, con lo que se salvó de un fuerte encontronazo. El camión habría volcado a la derecha, y con todo el material que cargaba, la inercia tendría un buen motivo por el que ponerse en marcha. El conductor sujetó el cable de la bocina y lo agitó durante un buen rato, haciéndola sonar lo más violentamente que pudo, hasta que el sonido se extinguió en la distancia.

El caminante no varió para nada la expresión de su cara. Se limitó a avanzar hacia su objetivo. Caminó hasta el comienzo del amanecer. Maldiciéndose interiormente por haber calculado mal el lugar de la materialización. *Quizá así sea mejor, pensó. Nadie verá que desde un determinado punto unas huellas de zapatos desgastados se dirigen a la carretera.*

Comienzan allí... pero no provienen de ningún lugar.

2

Doug Raksin apagó el hornillo pequeño de la cocina de gas. Estuvo a punto de derramar una parte de la leche de su desayuno, comenzó a hervir y casi se descuida. No le gustaba quitar esas manchas. La leche quemada y pegada en los fogones era particularmente difícil de limpiar. *A lo peor me estoy volviendo senil*, pensó.

Pronto eliminó esa idea de su cabeza. No estaba senil. Ni lo estaría nunca. Moriría con la cabeza bien alta, sin locuras ni paranoias de viejo. Arrugado y calvo, eso sí... pero loco jamás. Aún tenía edad suficiente para armar follón en el pueblo, los viernes por la noche y algún que otro sábado, en el bar de Keith Bresler. La gente que pasaba por allí solía tener su edad, pero eso no importaba. Se sentía joven al lado de los suyos y también al lado de los propios jóvenes. *La Cuarta Edad* era un nombre apropiado para el turgorio. En la tercera edad están los viejos que balbucean y dejan escapar sonoros bufidos por entre sus dientes. Las dentaduras postizas están de moda en la tercera edad. Las arrugas les cierran los ojos por la presión y la vista del mundo se vuelve débil, oscura, neblinosa... y ellos están fatigados. Es como si se hubieran pasado la vida corriendo y ahora les pasaran factura sus piernas, pulmones y corazón. Todo se desmorona, todo se hunde a su alrededor. Caminan cabizbajos. Por una parte su edad les impide estirarse completamente, pero por la otra... tampoco lo desean. Ven jóvenes a su alrededor y no soportan ir más lentos. No consiguen ser buenos perdedores. Con su edad y aún no lo han aprendido...

—Quizá sean cosas que nunca se aprenden —se dijo Doug en voz alta.

Y, sorprendido e irritado al mismo tiempo, cerró la boca y miró en todas direcciones. Estaba solo y nadie le había oído. No estaba senil, se envalentonaba diciendo eso por el pueblo. Si alguien le hubiera escuchado... se habría acabado todo para él. Tenía 80 años y la cabeza en su sitio. Podía hablar sólo de vez en cuando. ¿Qué mal había en ello?. No tenía ningún amigo invisible, sólo hablaba consigo mismo. Sólo...

Hizo un movimiento brusco con la cabeza y dio por zanjada la conversación. Dos no hablan si uno no quiere... y Doug había decidido por las dos personas. Su parte derecha de la cabeza y su parte izquierda. Este pensamiento le hizo gracia, le recordó un viejo chiste de su juventud, un hombre le decía a su psiquiatra que tenía doble personalidad y el psiquiatra, sin perder su compostura le decía al paciente que se sentara, que entre los cuatro lo arreglarían.

Era absurdo, pero a la vez real como la propia vida. Crees que tienes un problema y cuando te das cuenta, todo el mundo a tu alrededor tiene el mismo problema, además de los suyos propios. Todo el mundo sufre por lo mismo. Aunque cada uno le dé un nombre distinto. Había aprendido eso al avanzar a través de los años. Aunque... qué demonios. Tampoco tenía por qué saber tantas cosas. Era aún muy joven.

Cogió un tazón del estante y vertió en él la leche caliente. Pequeños grumos de nata flotaban en la superficie, como si a la leche le hubieran salido diminutas manchas de humedad. No era una visión especialmente apetecible, pero la leche era la leche. Y se la iba a beber se pusiera como se pusiera. Cruzó la cocina y se agachó frente a una pequeña puerta. En la acción le crujieron más huesos de los que tenía en el cuerpo y estuvo a punto de soltar un gemido. Pero no lo hizo. Era un tipo fuerte. Y nadie debía pensar lo contrario. Nadie.

Abrió la puerta y cogió el primer paquete de galletas que tocó. Se lo llevó a la mesa y lo posó junto a la leche. Sacó una cucharilla del cajón de los cubiertos y la metió dentro. Se fijó cómo se hundía y salían burbujas en el descenso. Mientras tanto sacó la mayor parte de las galletas y las colocó en un montón junto al tazón. Cuando hubo amontonado más de la mitad de las que contenía el paquete las cogió todas a la vez y las metió entre la leche. Las apretó con la cuchara y escuchó el sonido que producían al ser estrujadas. Era como un cráneo al ser apretado hasta reventar. Había un sonido

gomoso y húmedo que se mezclaba con un chasquido. Y los dos juntos formaban música a los oídos de Doug. Él era el compositor y el músico. Llevaba la batuta y hacía de público. Era algo maravilloso.

(no estoy loco)

Las dudas le asaltaban. Y lo hacían desde que él tenía consciencia.

Hacía tanto tiempo de aquello...

(un sonido gomoso, húmedo)

Mezcló las galletas con la leche y lentamente comenzó a tragarse la papilla. Para sus ojos el color blanco de la leche no existía. Había sangre, mucha sangre. Pequeños trocitos de carne flotaban sobre ella. Y él se la estaba comiendo.

(un chasquido)

De repente sintió como si le abofetearan. Abrió los ojos y se dio cuenta de que había estado soñando. En unos segundos había bajado los párpados y con ellos la guardia. La papilla de las galletas con la leche seguía estando allí, pero era blanca. Tan blanca como roja había sido en su imaginación. Con manos temblorosas intentó recoger la cucharilla posada en...

(como un cráneo al ser apretado y reventar contra)

...el suelo. Se había caído durante su lapsus mental. Seguro. Limpió la cucharilla y la leche que había a su alrededor. Cuando recompuso sus ideas y comenzó el desayuno, por la ventana se advertía cómo el sol había alcanzado ya una altura respetable. El calor aumentaba por momentos. Los rayos de luz se reflejaban a modo de bruscos fogonazos en la cucharilla de Doug.

Miró hacia fuera y vio a un hombre caminando por la Interestatal. Se dirigía a su casa. No había ninguna otra más cerca. El chico tenía toda la pinta de haber sufrido un accidente. Seguro.

3

Rob Dornish dormía pensando en su vida. Soñaba con los buenos años. Soñaba con su juventud.

No se movía pesadamente ni con dificultad. No huía de ningún monstruo, y las tinieblas no se abatían sobre él. Su sueño era apacible y antiguo. Estaba reviviendo una parte de su juventud. Reposaba con la cara hacia el techo. Los ojos se movían bajo los párpados vertiginosamente. Su respiración era en ocasiones entrecortada y sus labios dibujaban silenciosamente la mueca de una sonrisa, una sonrisa desdentada y confusa, pero basada en sonrisas del pasado. La pasión de su juventud, el amor de años perdidos, la muerte de la amistad, la desaparición de sus eternos amigos... todo se juntaba y se separaba en su mente, en su sueño. Se contraía y estiraba. Se entrecruzaban recuerdos y luego eran colocados en perfecto orden y armonía. Era un hombre sumergido en la vida. Y su vida era su sueño.

Recordaba partidos de fútbol con sus amigos. Recordaba las salidas nocturnas y alocadas. Pero sobre todo recordaba nombres. Eran nombres de amigos, enemigos... y chicas. Había sobre todo una que lo había sido todo para él. Una a quien amó y por quien fue amado. Una chica perdida en el insondable pozo del tiempo. En aquellos días sólo contaba 19 años. La chica en cuestión tenía uno menos. Y su nombre era Marsha Lene... Rob la llamaba Marsh y ella a él Robbie. Los dos fueron como uno solo. Pero todo cambió en poco tiempo. Cuando Rob llega a este punto sus recuerdos se hacen excesivamente vívidos y los ojos se mueven aún más rápido que al principio. No es un buen recuerdo, pero hasta los peores recuerdos son buenos si ella está presente. Vuelve a encauzar su imaginación y retrocede en el tiempo hasta el momento en que se conocieron, dos semanas antes de fin de año del año perfecto. Y ese mismo día, entre el final del año y el año nuevo, comenzaron a salir...

Oye la música que sonaba de fondo aquel día, en el bar donde con un beso hicieron oficial su unión. Bailaron y se hundieron uno en los brazos del otro. Y un ciclo comenzó. Todo acabaría un año más tarde, pero eso Rob no podía saberlo.

La noche se hizo corta y ella tuvo que marcharse pronto. En su casa no le permitían salir hasta muy tarde. Rob se quedó con el mejor amigo que ha tenido jamás, Will Bresler. Los dos acabaron juntos la noche, desayunando en un bar medio vacío, a las 9:00 de la mañana. Rob le contó a su amigo lo sucedido con Marsh. Él le dio la enhorabuena y ambos se marcharon a casa en el coche de Will.

Fue una noche mágica para el hombre que 57 años más tarde duerme todo lo apaciblemente que es capaz, y en su sueño hasta el más mínimo detalle aparece como una violación del tiempo. El propio sueño parece más real que la propia realidad. Una realidad donde está incluido el Viejo Robbie, un tipo con 77 años que aparenta tener otros 10 más. Un hombre que vive tras incontables arrugas y una dentadura postiza.

Los días no le han pasado en balde, le han aplastado en su avance. Siente cómo hora tras hora sus músculos pierden tensión, sus huesos parecen fragmentarse con cada movimiento. La sutilidad y fineza del pasado se ha extinguido. Sus movimientos no son gráciles, si lo fueran quizá muriera en el esfuerzo. Pero ahora nada de eso le preocupa. Está en otro espacio, en otra época... un lugar donde puede volar, correr, amar. Está donde siempre se introduce cuando quiere ocultarse del mundo, cierra los ojos y no le hace falta ni siquiera entrar en un sueño profundo. Sólo con querer volver lo consigue. Y ve aquello que se ha terminado, observa movimientos apagados y sentimientos oxidados y rotos por el paso de incontables meses.

La ventana está a los pies de su cama, al fondo de la habitación. Está abierta, porque el calor y la humedad nocturnos son tremendos. La luz del sol que ha comenzado a ascender en el horizonte le golpea ya en los ojos. El ritmo de su parpadeo interior comienza a disminuir. Su respiración cambia de tono y se vuelve un poco grave al principio y sumamente silenciosa a continuación. Está despertándose. Abre los ojos a duras penas y se lleva una mano a la cara para tapárselos. Ha salido del sueño. Ha vuelto a la auténtica realidad que es en realidad la pesadilla para Rob.

Comienza a levantarse y los huesos le tiemblan, como si sólo estuvieran formados por cartílago. Cuando consigue calmar la involuntaria vibración de sus extremidades se sienta en el borde de la cama. Se detiene un momento a recapacitar sobre lo que ha vivido cuando dormía y mira hacia el cristal de la ventana, intentando olvidar la frustración que le produce haber despertado.

Al fin logra levantarse y ordenar su mente. Coloca en la mesilla un portafotos con una imagen de Marsha que ha debido caerse durante la noche y se asoma a la ventana. Un poquito de aire fresco no le vendrá mal para secarse en parte el sudor que le corre por los lados de la cara. Está totalmente calvo y el sudor le da el brillo característico de una enorme bola de billar, es algo que siempre le ha parecido divertido... siempre ha sabido reírse de sí mismo. Y también se ha reído algo de los demás, ¿por qué no?, todo el mundo es divertido en ocasiones y decadente y triste en otras. Si en las segundas cuando suceden lloramos y nos lamentamos... ¿por qué no vamos a disfrutar de las primeras?. Su vida ha estado plagada de ambas sensaciones y sentimientos, Marsha y el humor son el mejor resumen de Rob. Y él lo sabe y le gusta que sea así. Siempre ha recibido duras críticas por ello, críticas que han soportado el paso del tiempo. Si se refería al humor, todos le decían que su mezcla de humor gráfico inglés con el humor de lo absurdo era sólo eso, absurdo. Sus bromas quizá tuvieran una sutileza impropia que nadie comprendía. Eso era un consuelo, no era ineptitud, sino sólo incomprensión y en cuanto a lo de su añorada Marsh... su mejor amigo del pasado (y en realidad de toda su vida) le dijo en una ocasión, unos meses después de que ella le dejara, que había encontrado la mujer de su vida. Marsh era la única mujer en la vida de Rob... ¿y qué importancia tenía eso cuando no estaba ya con ella? Pues tenía toda la importancia del mundo, no se trataba de tener a una

persona y creer que es absolutamente genial, el auténtico valor está en, una vez que se ha perdido (y durante decenas de años) pensar que ha sido genial... y que lo seguirá siendo. Se pasó años diciendo que la quería. Ella nunca volvió con él. Sus amigos ya no sabían qué decirle... que había otras mujeres en la vida, que había muchos más peces en el mar... y Rob lo sabía, estaba seguro de ello, pero lo perdido, perdido está y el afán de recuperación es lo único que le motivó y le motiva. Considera que ha llegado a la cima de todo y que cualquier otra cosa estaba muy por debajo de Marsh. La había amado y lo seguiría haciendo. Siempre... Quizá fuera una idea equivocada, pero era una idea de todas formas. Una idea que, de una u otra forma, parecía tener una duración eterna. Y siempre igual de intensa.

Desde la ventana ve la casa de Doug, y mientras piensa que es un viejo cascarrabias que se resiste a admitir su propia oxidación, se seca con el dorso de la mano una lágrima diminuta que le ha surgido de su ojo derecho... parecía el síntoma de una alergia. Y esa alergia se llamaba pasado. Y su cura era el recuerdo.

Advirtió una figura acercarse a la casa de Doug, sea quien fuera estaba totalmente vestido de negro, a simple vista. Quizá fuera un familiar, pero no lo creía. Llegaba caminando por la Interestatal. Caminaba de una forma cansada y se advertía un leve cojeo. Pero algo en esa forma de andar parecía falso, era como si pretendiera aparentar más sufrimiento del que realmente padecía. Quizá hubiera tenido un accidente unos kilómetros atrás. Era algo probable. No era la primera vez que ocurría. Y siempre iban a casa de Doug, era la que estaba al borde de la carretera, la de Rob estaba a unos trescientos metros de la primera, pero internándose en el desierto. El pueblo estaba de ellos a cuatro kilómetros de distancia. Nunca se habían llevado excesivamente bien Doug y Rob, y el destino les preparó el mal trago de tener que vivir juntos, puerta frente a puerta, y a una enorme distancia del lugar habitado más cercano. Pero de todas formas Rob no tenía excesivos problemas con Doug, siempre se pasaba el día en el pueblo, en el bar La Cuarta Edad. Solían venir a buscarle. Y si no lo hacían, cogía un viejo coche y se acercaba él mismo hasta el tugurio. Se resistía a envejecer y estaba loco. *Curioso tipo ese Doug*, pensó Rob.

Y mientras pensaba en ello observó aún más atentamente por la ventana. El hombre ya había llegado a la entrada. Y Doug salía a recibirle.

4

—Hola. —Dijo el extraño.

—¡Buenos días! —Replicó Doug, en un tono pseudoagudo, como imitando una voz 30 años más joven que la suya.— ¿Ha tenido un accidente?

Doug mantenía una leve sonrisa, para no asustar al extraño más de lo que debiera, si había sufrido un accidente no le apetecería encontrarse con un tipo huraño en medio del desierto... había que mostrarse amable y ufano.

Su amabilidad y su ufanidad desaparecieron en el instante en que el hombre abrió la boca y pronunció sólo una palabra:

—No.

No era la propia palabra en sí, fue la forma en que la pronunció y la mirada que sostenía en ese momento. A Doug le recordó el desierto en los días calurosos como los que estaban sufriendo. Recordaba cómo una vez, siendo aún un niño, se adentró demasiado en el desierto. Se asustó al ver sólo dunas a su espalda, que ocultaban su casa. Comenzó a gritar y, aunque cinco minutos más tarde su padre llegó a recogerle, él había tenido tiempo para quedarse completamente aterrorizado. Veía dunas por todas partes, dunas rojas como la sangre, dunas hirvientes como el sol que le golpeaba en los ojos. Y ahora era eso lo que veía en los ojos del hombre, por un instante habían adquirido el color de las dunas ardientes, se volvieron arenosos y

flotantes. Y eso, junto con la sonrisilla que esbozó, lo convirtió en un espectáculo atroz. Doug procuró reaccionar para no darle ventaja al hombre, aunque le costó realmente esfuerzo conseguirlo.

—E... entonces, ¿Qué ha pasado?

—Entremos en la casa, debo decirle algo.

—¿No puede decírmelo aquí fuera?

—No.

Otra vez aquella palabra. Y otra vez la actitud de enfado del hombre. Volvió a adquirir una apariencia impropia, inhumana. Al parecer estaba acostumbrado a conseguir lo que se proponía. Siempre. Y a toda costa.

—No puedo dejarle entrar. —Doug tragó saliva —Si no me dice lo que quiere no le dejaré entrar.

El fuego de los ojos se avivó y su mueca de sonrisa demoníaca se convirtió en un gesto de rabia contenida.

—Quiero hablarle de Rob.

Doug se quedó unos segundos pensando en lo que el hombre le había dicho. ¿A qué Rob se refería...? ¿No sería...?

—¿El Viejo Robbie?

—Sí, el mismo.

—¿Pero qué...?

—Entremos Doug, Rob está asomado ahora a la ventana y nos observa. No debe saber quién soy yo. Es mejor que piense que un accidentado ha llegado a tu casa.

Doug levantó la vista y le vio, vio a Rob asomado a la ventana, como le había dicho aquel tipo. ¿Cómo sabía su nombre? ¿Realmente era importante aquello que podía decirle? ¿Y... por qué tenía tanto miedo?

—Pase, y será mejor que lo que quiera decirme sea importante. Tengo que bajar luego al pueblo. Debo hacer cosas importantes.

—Será sólo un momento...

Ambos entraron en la casa. Primero el tipo extraño y luego Doug. El cuál se quedó mirando durante unos instantes la casa del Viejo Robbie. Le vio asomado y esforzándose por ver mejor lo que sucedía.

—Sólo eres un Viejo sentimental, un tipo que deja pasar los años por encima sin intentar impedirlo. Eres un imbécil, Robbie. —dijo en voz baja, casi susurrando.

Acto seguido entró en la casa, esperando escuchar lo que aquel hombre quisiera contarle. Quizá realmente fuera importante.

5

Rob permaneció unos segundos más asomado a la ventana. El extraño ya había entrado en casa de Doug. Le había sorprendido la forma en que Doug le miró un momento antes. Parecía ya saber con quien se encontraría. Sabía de antemano que Rob estaría asomado. Eso le hizo sentirse extraño. *¡El voyeur del desierto anda suelto!, ¡Busquen refugio detrás de cristales tintados!* Rob sonrió ante la alocada idea y continuó asomado. Un débil viento le acariciaba la cara. Aún no había comenzado a hacer realmente calor. En las próximas horas nadie aguantaría más de un minuto bajo el sol sin abrasarse.

Decidió ponerse en marcha. Un tipo como él no podía permitirse perder el tiempo, ya había perdido demasiado en el pasado. Una persona se pasa la mitad de su vida durmiendo, y una cuarta parte (o algo parecido) en el baño... por lo tanto él había dormido e ido al baño más que los demás, por que no recordaba haber vivido intensamente salvo en contadas ocasiones. Si pudiera y supiera escribir un libro lo

haría sobre su vida, y ese libro sería como un folleto indicativo de una agencia de viajes, 50 o 60 hojas nada más. Y quizá algún día lo hiciera... sus neuronas morían ahora a mucha mayor velocidad de lo que lo habían hecho siempre y si escribía su vida, cuando le llegara la etapa de Alzheimer o alguna otra cosa parecida (cualquier síntoma de senilidad), sólo tendría que repasar el pasado en el libro. Si es que realmente merecía la pena ser repasado. O si realmente algo era olvidado.

Marsh no se iría nunca de su mente, eso sería lo más probable.

Por ello Rob no tenía la menor intención de escribir nada. Sabía que aquella chica no se marcharía nunca de su mente. Y sabía también que todo lo demás que había vivido podría ser olvidado sin que sucediera nada por ello. No era realmente importante. No era útil. Debía llevarse a la tumba algo más emotivo, debía llevarse el recuerdo de Marsh. Sólo eso. Y afrontar la eternidad con las suficientes provisiones.

Se apartó de la ventana y pensó que debía moverse. Tenía bastante trabajo. Hacer su cama, prepararse el desayuno, alimentar a las gallinas y a los cerdos... Y luego dormir. Y más tarde soñar.

6

—¿De qué se trata?— Doug observaba cuidadosamente al recién llegado. No podía perder de vista ninguno de sus movimientos, podía ser un tipo peligroso. Y realmente lo parecía. De todas formas estaba relativamente seguro, tenía un arma en uno de los armarios, en un tarro opaco que en teoría utilizaba para las galletas. Demasiada gente accidentada aparecía por allí, y los riesgos a correr debían ser mínimos. No tuvo ninguna duda de su propia velocidad, llegaría a tiempo al arma en caso de urgencia. Su edad no era ningún obstáculo. Y si lo era... se había convencido tan ferozmente de lo contrario que ya no le quedaban dudas al respecto. Era un Rambo calvo, con pocos dientes y músculos negativos, pero era un Rambo al fin y al cabo. La pistola estaba cargada y Doug estaba preparado. Aquel tipo no inspiraba ninguna confianza. —¿No va a decir nada?

—Sí, un par de cosas... la primera, que no tendrás que utilizar tu arma para nada, al menos por ahora. Y la segunda... que mi nombre es Dahl Hume y que debes recordarlo.

Todo se volvió absurdo por un momento.

Doug se sentó en la misma silla en la que unos minutos antes había desayunado, en la mesa aún quedaba algún rastro de leche y sobre él apoyó sus codos. Sus manos sujetaron su cabeza y cerró los ojos. Sólo estuvo así tres o cuatro segundos, pero le parecieron más. Durante ese tiempo pensó en lo que estaba sucediendo. ¿Cómo era posible que no conociera de nada al extraño y que aquel tipo supiera quien era Doug?. No le había dicho su nombre, pero el tal Hume ya lo sabía. Y sabía también lo de la pistola en el tarro de las galletas. Y adivinó la posición de Rob, su vecino, estando de espaldas a él... era todo complicado y confuso. Y su mente ya no estaba para aquellos acertijos, no le apetecía comprender. Por un momento deseó despertar, y si aquello no era un sueño... exigía al guionista una copia de su vida, para saber qué demonios sucedía. Levantó los ojos de nuevo y allí estaba Dahl Hume, imperturbable y paciente, esperando el derrumbamiento de un anciano, de un viejo desdentado y sin fuerza. *¿Viejo desdentado y sin fuerza?, Yo no soy un viejo desdentado y sin fuerza, ¿Qué coño se ha creído?, ¿Dónde se cree que está?. Aquí las preguntas las hago yo. Estoy en mi casa. Esta es mi guarida, mi campo de batalla. Es él quien pretende atravesar mis líneas. Y soy yo quien debe impedirselo...* Entre pensamiento y pensamiento su mirada pareció recuperar cierto brillo. Aún no estaba totalmente fuera de combate.

—No pretendo dejarte fuera de combate— repuso Dahl como si estuvieran charlando animadamente y lo que pensara Doug estuviera al alcance de cualquiera...

—¿Q...uién de...monios eres tú?. —Los labios de Doug tartamudeaban. Y también su mente tartamudeaba.

—Estoy muerto. Soy un fantasma de esos en los que tu no crees, soy algo más que la estúpida ilusión de un viejo senil como tu. No soy producto de tu imaginación. Estoy presente y estoy aquí. Necesito algo y tu me lo darás. A cambio de lo que quieras, pero me lo darás. No existe la posibilidad de negativa, no puedes echarte atrás. Si te niegas mueres y si mueres así sufrirás después, te lo aseguro, así que ayúdame y tu dolor disminuirá hasta hacerse casi imperceptible, ¿de acuerdo?

¿Qué podía decir Doug?, Aquello ya era demasiado. Aquel tipo que parecía haber sufrido un accidente había entrado en su cocina sin la cojera que le acompañó hasta el porche de la casa. Sabía su nombre y dónde guardaba la pistola. Vestía todo de negro y no sudaba. No sudaba nada en absoluto. El calor no era aún muy fuerte, pero aquel tipo había venido andando desde bastante lejos y no parecía cansado. Había dos opciones, una, que estaba completamente loco y se creía un dios o un demonio. Y otra, que realmente lo era. Desde luego, ninguna de las dos consolaban a Doug. Una lo hacía muy peligroso, y la otra lo hacía mortalmente peligroso...

A pesar de sus dudas logró decir algo, quizá no fuera lo ingenioso que debía, pero al menos rompió el silencio. Un silencio arenoso, como el del día que se perdió de pequeño, hacía tanto tiempo de aquello...

—¿Y qué se supone que has venido a hacer?. O... ¿qué quieres que haga yo?

—No es tan sencillo. Ahora no puedo ni debo decírtelo. Lo sabrás en su momento. Pero hasta entonces, ¿Por qué no me haces un favor y procuras tratarme como a un accidentado cualquiera? Dame algo de comer y actúa con naturalidad. Soy insustancial, pero ahora puedo morir.

(pero ahora puedo morir)

Eso había dicho el extraño. Doug lo oyó y lo archivó pulcramente en su cerebro en la letra M (Matarlo, posibilidades de). Aquello quizá debiera tenerlo en cuenta en el futuro.

—Olvida lo que estás pensando. No puedes nada contra mí. Puedo morir, pero no eres tú el que puede matarme.

Doug tembló una vez más y volvió a preparar un desayuno, esta vez no para él. Cogió galletas (no sin dirigir una mirada al bote donde estaba el arma) y le preparó al intruso un desayuno como el suyo. Cuando Dahl comenzó a comérselo el sonido evocó en la mente de Doug malos recuerdos, un cráneo estrellándose contra el suelo surgió de la nada, y se transformó en el todo para el viejo. Lo apartó como pudo con la mano, como los caballos espantan moscas enormes, verdes e hinchadas con la cola. Y aquel recuerdo putrefacto, también enorme en su cerebro, y verde y sumamente hinchado se esfumó durante un tiempo. Era un breve descanso frente a lo que quizá podría esperarle. Se sentía prisionero en su propia casa. Desafiar la voluntad de aquel tipo podría costarle la vida. Era una idea absurda e irracional. Pero la racionalidad, en aquel solitario paraje, parecía haberse tomado el día libre.

DOS

1

El lugar en cuestión estaba apartado de la mano de dios. Quizá en una tierra donde llegaba la garra del diablo. Era un horno en verano y un lugar frío y seco en invierno. Contrastes. Contrastes brutales.

La distancia entre Daulon y Carseny era de casi 14 kilómetros. Si sufrías un accidente en el medio resultaba particularmente difícil llegar a uno de los extremos, a uno de los dos pueblos. Parecía probable que alguien que pasara por la escena del accidente recogiera a las víctimas, pero eso no ocurría. La gente no se fiaba, corrían rumores de que había bandas que simulaban accidentes y cuando alguien intentaba ayudar le atracaban. A veces el atraco conllevaba la muerte. Muchas veces.

Lo que los automovilistas suelen hacer es llegar al primer pueblo que encuentran en su camino y desde allí notificar del suceso. Pero eso lamentablemente sucede pocas veces, el hecho en sí se diluye en la mente de los que lo han visto. Se consideran afortunados por no ser ellos los implicados y en su entusiasmo olvidan lo ocurrido. Pasan por el primer pueblo y prestan atención a las gentes que deambulan por las calles, o a los niños que cantan una de esas típicas canciones de viaje en el asiento de atrás. Todo es suficiente para no recordar. Prosiguen su camino y después de mucho tiempo se dan cuenta de su error. Miran el reloj, imaginan que los accidentados ya habrán sido ayudados y prefieren no evocar más el tema en su mente. Quizá en ocasiones despertarán sudorosos, pensando qué habrá sido de aquellos que pedían ayuda. ¿Morirían por que no se la habían prestado? Las dudas y la conciencia pesarán a veces, pero no eternamente. Todo será olvidado y la atención se perderá, como cualquier objeto que dejes en una duna por la noche, al día siguiente será como si nunca hubiera estado ahí. Es posible que con el paso del tiempo ese objeto quede al descubierto, sólo un fragmento, pero de nuevo volverá a formar parte del desierto. Un desierto eternamente voraz.

Las poblaciones del lugar estaban más o menos adaptadas al clima y a los cambios de éste, pero, aún así, en ocasiones el calor resultaba demasiado fuerte o el frío demasiado brutal. La economía, al contrario de lo que se podría pensar, provenía del turismo. Pero era un turismo pasajero, a poco más de 70 kilómetros de Carseny se encontraba el mar y la Interestatal 15 era uno de los pocos caminos que comunicaban con el interior del país. Era un trayecto cómodo y rectilíneo. En cada pueblo había una gasolinera y pequeñas tiendas donde se vendían piedras. Piedras de cuarzo sacadas de las minas a cielo abierto de la zona. El cuarzo diminuto, con colores brillantes y con inverosímiles formas, se vendía bien. Se intentaba impulsar a la vez la agricultura en invernaderos, pero las nuevas tecnologías aún no daban las suficientes muestras de validez. No había muchos más beneficios, la gente joven y la no tan joven se marchaban a ciudades mayores, en busca de trabajo y dinero, y parte de ese dinero lo remitían luego a su casa del pueblo, para que sus padres tuvieran algo con lo que sobrevivir. Si su intención era permanecer en el pueblo hasta el mismo día de su muerte de ellos dependía. Era su deseo y como tal debía ser respetado. Allí habían vivido todos los años de su vida, y antes que ellos sus padres y abuelos. El clima había quemado y secado los frutos de la tierra, pero el pasado permanecía indemne y sin fisuras en la mente de los habitantes del lugar. Eran gentes apacibles y solitarias,

posiblemente el calor originaría eso, caminan cansados por las amplias calles. Sus ropas, aunque livianas, no mitigan lo suficiente el calor y por ello permanecen la mayor parte del tiempo en sus casas. Los pueblos parecen fantasmas hasta que se advierten sombras en alguna ventana. Y, aún así, siguen dando esa impresión aterradora.

Las dunas van comiendo terreno a la población, el desierto se acerca por todos los flancos. Aún hay cierta cantidad de agua en los pozos subterráneos, pero no la suficiente para hacer frente a muchos años más. Sea como sea, el desierto ganará. Más tarde o más temprano.

Los únicos seres vivos a simple vista son las plantas rodadoras.
Y ruedan hacia la muerte.

2

Dahl Hume viene del infierno. Eso es lo único que sabe con claridad.

Recuerda calor y frío. Recuerda hogueras ardiendo a su alrededor y dentro de sí mismo. Pero lo peor era la soledad. Se encontraba sólo, a merced de cambios brutales de temperatura, y en la más completa oscuridad. Flotando como sólo los astronautas deben hacerlo, pero sin ninguna estrella como punto de referencia. La noche más absoluta. Aquello era el infierno. La soledad era el infierno.

No sabe cómo, pero consiguió salir de allí. Fue como si lo hubieran programado, en su mente había un nombre, Doug, y sabía también que debía utilizarle para algo... algo que tenía relación con su vecino, Robbie. Pero desconocía su verdadero objetivo.

La venganza más pura le mueve. Es la venganza lo que le motiva. Pero no sabe en qué sentido.

Su pasado permanece oculto en un cerebro que lleva mucho tiempo muerto. Su cuerpo no le pertenece en realidad, se le ha sido concedido uno temporal, para cumplir una misión y quizá, sólo quizá, no ser reconocido...

Su vida y recuerdos se difuminaron al poco tiempo de su muerte. Como habitante del infierno olvidó todo lo malo y todo lo bueno. Su mente quedó vacía de cualquier impresión o sensación. Tan sólo se le permitió sufrir. Sufrió lo increíble durante lo que tan solo han sido unos años en la tierra... pero miles en el infierno. Allí un año son milenios de sufrimiento en soledad. No hay ollas con sangre hirviendo ni seres rojos con cuernos y rabo haciendo girar en un palo a los condenados sobre el fuego. No hay fuego visible. No se ven llamas. Pero sólo es porque las llamas son negras, como todo allá abajo. Lo único cierto es lo del humo... el humo negro que asciende hacia la eternidad por los siglos de los siglos. Humo que se desprende del cuerpo incombustible del condenado. Un cuerpo que arde sin arder y se consume a la vez que es regenerado...

Arder toda la eternidad te hace olvidar muchas cosas. Quién eres... La vida en la Tierra... Qué te ha llevado allí...

Y todos sufren en soledad. Hacerlo en compañía quizá fuera más llevadero, dentro de lo que en esa expresión se puede esperar. Y quizá por ello cada uno debía llevarlo en silencio. Y sin nada ni nadie alrededor...

Tenía un gusto como si su lengua ardiera, sus ojos no veían más que una ominosa oscuridad, no percibía ningún sonido, respiraba olores malsanos y en su tacto se reflejaba el dolor físico de la quema. Todo aquello surgió de improviso al morir. Y todo desapareció como había llegado. Recibió ciertas instrucciones y llegó al lugar que le habían encomendado. Se equivocó por unos kilómetros, pero supo orientarse bien. No era experto en este tipo de desplazamientos ni formas de actuación. Ahora sentía que había llegado, que había cumplido la primera y más importante parte de su destino. Pero aún quedaba algo por hacer. Algo que se percibía al fondo de la mente como una

sensación borrosa y apenas perceptible. Algo que poco a poco va surgiendo... como de un oscuro foso de ilimitada profundidad.

Su vida acude a su mente en oleadas, pero la marea aún está baja...

Si le motiva la venganza y todo parece tener relación con su propia muerte, quizá Rob fuera el culpable de todo. Había sentido el impulso de ir a la casa de Doug y entre los dos deben hacer algo con Rob...

Rob tuvo algo que ver con su muerte. Rob le mató. Le mató en su juventud, y debe morir por ello. A través de Doug... Todo parece colocarse y tomar un orden perfecto en la desorganizada mente de Dahl.

Estas y otras ideas se conformaron en la cabeza de Dahl. Cuando creyó que todo se volvía nítido y claro se olvidó de la búsqueda de su propio pasado. Su vida anterior no parecía importante. Ya se encargaría de ella después de su misión. Y su misión era matar a quien le había matado a él. La función iba a comenzar. El telón había comenzado a abrirse. Y un personaje aparecía sigilosamente entre las sombras, rodeado de los accesorios del decorado. No era el protagonista, pero parecía llevar un gran peso en la obra. Doug quedó por fin al descubierto y el público le aplaudió rabiosamente. El rumor de la sala se extinguió con suavidad y Doug interpretó su papel.

3

—Doug..., escúchame atentamente... —Dahl hablaba como un experto hipnotizador. Pero lo hacía porque el plan a seguir iba trazándose con pasmosa lentitud en su cerebro. A medida que las ideas se aclaraban, él las pronunciaba en voz alta. Pero la hipnosis parecía surtir efecto. Doug miraba a un punto inconcreto entre los ojos de Dahl. Escuchaba y acataba lo que oía como el más fiel seguidor de la religión que el extraño traía consigo. — Lo que vamos a hacer, Doug, es matar a Rob. Tuvo algo que ver con mi muerte y debe pagarlo. Y tu me ayudarás, ¿verdad, Doug?

Dahl dejó la pregunta en el aire y no esperó respuesta.

Si Doug valoraba en algo su vida aceptaría sin más. Y así pareció ser tras el leve gesto del viejo. Asintió con un débil movimiento de la cabeza. Y sus ojos se humedecieron. Parecía que en el interior estuviera luchando contra lo que le guiaba y actuaba sobre él. Estaba poseído y su poseedor y él debían hacer un trabajo. ¿Por qué no lo hacía sólo el joven de los ojos extraños? ¿Qué pintaba un viejo como él en todo esto?. Y matar a Rob... aquello era lo peor de todo, ¿Por qué debía hacerlo?. Era cierto que no se llevaban nada bien, que entre ellos había leves rencillas. O incluso fuertes discusiones, de acuerdo, pero... ¿Era eso motivo suficiente para matarle? ¿Opondría él alguna resistencia? Eran todas preguntas tan absurdas como la situación.

Unos ojos le observaban fijamente. Y no se sentía solamente observado, también tenía la sensación de que alguien trataba a toda costa de introducirse en su cabeza. Un leve cosquilleo. Una punzada de dolor. Un gesto de Dahl asintiendo al descubrir lo que está pensando...

Doug se siente desnudo, completamente desnudo frente al extraño. Está en una cuna sin nada de ropa y con un chupete envenenado, y le dicen que se lo pase al bebé que está a su lado. Ese otro niño es Rob. Y está llorando. Y Doug tiene la solución a sus lloros, a su pena.

Es todo demasiado complicado.

La única forma de hacer lo que dice Dahl es querer hacerlo. ¿Qué motivo podría tener para matar a alguien? ¿Cómo mataría a un tipo que incluso es más joven que él? La verdad es que no eran las repercusiones religiosas las que le preocupaban. Se bautizó e hizo la comunión, pero ahí terminó todo realmente. No había vuelto a tener más contacto con la iglesia. No creía en todos los formulismos que la rodeaban. No, no

era la idea de un castigo eterno lo que le asustaba... temía el hecho de que lo encarcelaran. Quizá por su edad no entraría en las cárceles normales pero sí lo haría en otra peor. Entraría en algún manicomio con aspecto de asilo. Y posiblemente fuera realmente un asilo con aspecto de manicomio. Y Doug no se consideraba un viejo, pero el sistema sí le consideraba así. Esa era realmente su duda, pero otra mirada de Dahl consiguió despejársela.

Ahora sólo restaba obtener una razón, algo por lo que luchar realmente. No encontraba motivos para matarle, pero eso era por que sólo había pensado en los últimos años. Algo le decía que si se remontaba al pasado, a un pasado en el que la juventud era real y se reía con sus amigos de los andares achacosos de los viejos, conseguiría su objetivo. Sólo era una sensación, recuerdos borrosos..., eran ideas que no parecían haber surgido del recuerdo, era como si se las hubieran implantado en el cerebro en el momento que más las necesitaba.

Las imágenes borrosas se fueron haciendo cada vez más y más nítidas.

En su pasado estaba la clave.

Si existía alguna razón para matar a Rob allí estaría, en algún oscuro rincón de su mente. Y aunque parece tener muy poco tiempo, la encontrará.

Seguro.

4

Rob dormitaba en la parte delantera de su casa. En un ángulo que no le dejaba ver con nitidez la casa de Doug. El calor y la humedad le hacían entrar en un sopor irresistible. Estaba sentado junto a la puerta de su casa, en una silla con las patas y el respaldo ligeramente carcomidos. Frente a él tenía tres escalones, los de acceso a la casa. Escuchaba la música que sonaba en un viejo radiocasete que había conectado. Era un viejo aparato, pero aún sonaba la música. Los *Doors* cantaban en ese momento una de sus canciones más emblemáticas. Una canción en cierto modo agorera, una canción que hacía ver la naturaleza mortal de todas las cosas. Una canción sin un sólo resquicio de ánimo. *The End* sonaba y sonaba. La música lo envolvía todo. Era el fin..., el fin mi querido amigo, el fin.

La letra hipnotizante rodeaba la casa. Acariciaba las ardientes arenas. Golpeaba los tímpanos de Rob y le volvían a introducir en el recuerdo. Era un grupo antiguo. Conoció su apogeo y su decadencia... Los años que ha vivido son más que los que vivirá. Y eso le hace valorarlo todo en su justa medida. El sueño le rodea a la vez que la música. Los pensamientos y la música le queman, junto con el sol. Y sus párpados somnolientos no pueden resistir los envites de la edad, de los recuerdos, del calor abrasador, de una música que no augura nada bueno...

La música sólo era música y él sólo era un hombre. Un hombre viejo, pero hombre al fin y al cabo.

Estas ideas sencillas y a la vez absurdas se retorcián entre las cansadas y escasas neuronas de Rob. Todo se arremolinó en unos segundos. Todo se ensanchó y se encogió. Y la realidad perdió el poco valor que le quedaba. Rob cerró los ojos sin poder ofrecer resistencia y volvió a caer dentro de sí mismo. Y nadó contracorriente hacia el pasado. Al ritmo de toda una vida. Acompañado por una canción que dictaba su futuro. Acompañado en el sueño por su joven Marsha Lene, que no sabe cómo advertirle.

TRES

1

—Coge tu pistola, Doug. Ha llegado la hora...

Dahl estaba aparentemente calmado. En Doug comenzaron a formarse pequeñas perlititas de sudor en la frente. Se levantó con las piernas temblándole por algo más que su edad y se dirigió hacia el armario. Allí ocultaba su pistola. Y Dahl lo había sabido desde el principio. Guardaba allí el arma desde hacía años. Mucho tiempo. No estaba seguro de que funcionase...

—Funcionará, tranquilo.

Doug dio un respingo al oír la voz de Dahl.

Dahl, siempre Dahl...

La pistola estaba allí desde que 8 años atrás un hombrecillo regordete simulase haber tenido un accidente. Entró en su casa y fue invitado a comer y beber algo. Y demostró su gratitud sacando un enorme cuchillo y robando todo aquello de valor que encontró por la casa. Luego salió corriendo y se refugió en unos matorrales. De allí surgió el sonido de un pequeño motor. Y tras el sonido asomó un brillo metálico. Una enorme moto que por sí sola ridiculizaba a su conductor. Posiblemente también la moto fuera robada. Si así era, el hombrecillo había hecho un buen trabajo. Se notaba en la velocidad que alcanzó en pocos segundos. Desde que salió de su escondite hasta que se fue difuminando en la distancia sólo habían transcurrido unos pocos segundos. Moto y motorista se escondieron silenciosamente entre la niebla que surgía de la carretera y ascendía sobre la línea del horizonte. Y con ellos iban pequeñas pertenencias de Doug. No muy valiosas en cuanto a dinero, pero sí en recuerdos... había recuerdos insertados en aquellos objetos que al desaparecer al fondo de la Interestatal 15 desaparecieron de la mente de Doug. Fue más o menos en ese momento cuando desterró todos sus fantasmas del pasado y olvidó quién había sido y lo que había hecho. Aquél día significó un cambio brutal en la vida de Doug. No estaba ya atado a su pasado. Sólo le importaba el futuro. Bajó al pueblo, denunció el atraco aunque estaba seguro de que nunca cogerían al atracador y compró una pistola. Una pequeña, pero efectiva. Practicó un tiempo en las dunas, con botes de conservas y botellas de cristal. Cuando afinó bien la puntería guardó la pistola en el sitio en el que iba a permanecer hasta nueva orden.

La había limpiado alguna vez, pero jamás había vuelto a comprobar su puntería. Tenía serias dudas en si seguiría teniendo cierto dominio del arma. El tiempo había pasado y las vibraciones de la mano se multiplicaban por minutos. Si quería matar a alguien debía estar muy cerca de él. Muy cerca...

Mientras Doug recordaba (cosa que no le gustaba nada hacer), Dahl le observaba con una sonrisa. Sabía lo que Doug sabía. Veía lo que Doug veía. Y de vez en cuando le introducía un falso recuerdo o una sensación adecuada para sus planes. Le ardían los ojos y el pelo se había puesto en guardia. Era un fenómeno parecido a la electricidad estática. Y posiblemente así fuera. Estaba realmente contento. Doug era como un muñeco a su servicio. Una marioneta cuyos hilos reposaban en sus manos. Todo saldría como esperaba. Estaba seguro de ello.

Doug desenroscó la tapa de la caja de galletas donde reposaba el arma. Lo hizo sin bajarla del armario. Cogió la tapa con la mano izquierda y con la diestra acarició la pistola. Se sintió más fuerte que el desconocido. En sus manos tenía algo con lo que

poder acabar con Dahl. Él le había dicho que no podía, pero quizá fuera falso. Leía la mente y se anticipaba a ciertas cosas, de acuerdo, pero lo de ser inmortal ya era un poco más complicado de creer. Y como viejo cascarrabias y huraño, que vive relativamente solo, decidió actuar por su cuenta. Estaba harto de jugar aquel estúpido juego. Dahl le ponía nervioso. Sentía como si el extraño manipulara su mente. Y aquello debía acabar. Cuanto antes.

—No lo hagas, Doug. Sé lo que estás pensando y no lo conseguirás.

Doug no escuchó esas últimas palabras, las oyó pero prefirió ignorarlas. Sacó suavemente la pistola de la caja y, sin perder nunca de vista a Dahl, comprobó que efectivamente estaba cargada. Entre Doug y Dahl había casi tres metros, Doug tendría tiempo más que suficiente para reaccionar en caso de que el otro hombre se abalanzara sobre él. Comenzó a pensar que por primera vez en toda la partida era él el que se colocaba con ventaja. Sonrió y apuntó a Dahl con una firmeza increíble. Su temblor en las manos había desaparecido. La mirada entró en un breve estado de locura y rabia... y cierta satisfacción. Sonrió torciendo la cara en una mueca y estiró el brazo armado hacia Dahl. Su sonrisa chocó con la de Dahl. Doug vaciló durante un corto instante al ver la indiferencia de aquel hombre. En lugar de estar asustado su cara reflejaba una calma infinita. Abrió los brazos y esperó a Doug. Esperó pacientemente a que éste disparara. Y así sucedió.

2

Rob abrió los ojos al escuchar dos disparos.

El primero se introdujo en su sueño como si formara parte de él. El segundo le sacó de toda posible duda. Eran disparos reales.

Le costó acostumbrar sus ojos a la fuerte luminosidad del día. El sol estaba ya muy arriba. *Serán más o menos las dos de la tarde*, pensó rápidamente, olvidando por unos segundos lo que había escuchado. Y de nuevo retomó los acontecimientos. Los disparos parecían provenir de la autopista. ¿O era la casa de Doug? ... Recordó de pronto al joven muchacho que hacía unas horas que había llegado a su casa. ¿Y si estaba sucediendo algo?, ¿Algo malo?. Si Doug se encontraba en peligro debía hacer algo por él. Siempre le había odiado por lo que había sucedido en el pasado, en un pasado común, pero esto podía ser muy grave. Si necesitaba ayuda se la prestaría. Por encima del odio estaba el sentido común. Y prefería no seguir pensando en ello. Temía cambiar de opinión.

3

El primer disparo de Doug entró donde debería estar el corazón. *Tampoco he perdido mucha puntería con el paso del tiempo*, pensó divertido...

El otro disparo lo realizó cuando Dahl caía hacia atrás por el empuje de la primera bala. Doug se abalanzó hacia delante para reducir la distancia que los separaba y prácticamente a medio metro le introdujo el segundo proyectil en el estómago. Dahl quedó tendido en el suelo con los ojos muy abiertos, mirando insistentemente al techo. Su pierna derecha vibró espasmódicamente un par de segundos y luego se paró. Y no solo la pierna, todo se paró alrededor de Doug. La presencia de la muerte no era nueva para él. Y su mente le amenazó con rebobinar la cinta de su propia historia y descubrir su pasado. Pero logró calmar ese impulso. Se dejó caer en una de las sillas de la cocina y observó el cadáver que reposaba en el suelo, justo en el lugar donde horas antes había un pequeño charco de leche y galletas. El cuerpo había caído sin hacer apenas ruido y eso fue lo que más le llamó la atención. Creyó que escucharía un sonido hueco producido por el cráneo al chocar contra el suelo. Y también creyó que

ese sería el momento en el que debía enfrentarse con su pasado, pero no fue así. El tiempo se detuvo.

4

Rob cruzó toda la casa en busca del teléfono. Sus piernas soportaban con dificultad el ritmo que se les exigía. Temblaban como dos enormes columnas en pleno terremoto. Pero avanzaban, y eso era lo único importante.

Para acortar espacio atravesó su habitación y tropezó con la mesilla de noche. El cuadro de Marsha se tambaleó y Rob se detuvo, esperó unos instantes para ver si la fotografía se caía o no y al comprobar que no era así continuó su carrera hacia el teléfono. *Cada uno tiene sus prioridades, pensó Rob. Y las más son: primero el pasado, más tarde el futuro.*

Cuando llegó a su objetivo descolgó el auricular. ¿A quién llamaría primero, a la policía o a una ambulancia?. Le pareció mucho más lógico avisar a la policía, ellos se encargarían luego de llamar a quien correspondiera.

Pero no pudo hacerlo.

El teléfono no daba línea. Silencio absoluto... Rob estaba incomunicado. No podía hacer más que esperar el desarrollo de los acontecimientos. Se asomó sigilosamente a la ventana, desde un ángulo en el que permanecía oculto, y observó la casa de Doug.

No se oía nada. Llevaba un montón de tiempo sin ver ningún animal, ni aéreo ni terrestre. Ni siquiera las plantas rodadoras habían hecho acto de presencia. Todo estaba en calma, demasiado en calma. El viento soplaba con poca intensidad. El calor abrasaba los pulmones. Esa era una zona donde no solía haber humedad. Para no quedar a merced de las altas temperaturas lo único que debía hacerse era permanecer en un lugar sombreado. Pero ahora el calor llegaba a todas partes. Y no era que hubiera aparecido la humedad repentinamente, parecía que todo estuviera ardiendo. No se podía huir del sol. Todo desprendía su propio calor. El suelo, la casa, las propias ropas de Rob.

El infierno había hecho acto de presencia. Y el mundo de los seres humanos le resultaba acogedor.

5

Doug posó la pistola en la mesa. La cocina estaba cargada de un fuerte olor a pólvora. Aún quedaba cierto rastro del humo en el ambiente. Parecía que el calor había aumentado en pocos segundos.

De pronto pensó lo que había hecho. Había matado a un hombre.

Las consecuencias asaltaron su mente desde todos los flancos. Ahora le detendrían y le llevarían probablemente a un lugar para ancianos, pero con medidas de seguridad aún mayores.

También podía decir que había sido en defensa propia, aquel hombre había intentado robarle después de decir que necesitaba ayuda porque había sufrido un accidente. Aquello sonaba bien, muy bien. La policía tenía constancia de lo que había sucedido algunos años atrás, lo del robo y la huida en moto del ladrón. Diría que tenía una pistola desde aquella ocasión, y que tuvo que utilizarla al comprobar que las intenciones del extraño eran más bien agresivas. Teniendo en cuenta su edad no creía que le sucediera nada, todos aceptarían su versión de los hechos y quedaría libre. Él conservaría la libertad y aquel individuo que se introducía impunemente en su cerebro desaparecería para siempre. En poco tiempo olvidaría todo lo que acababa de pasar. Doug tenía esa poderosa facultad. Su orden de prioridades difería radicalmente del de

Rob. Primero el futuro, y el pasado no tenía siquiera un segundo lugar. El pasado, simple y llanamente, no tenía cabida en ninguna parte.

Ahora tenía alguna duda con respecto a Rob, hacía solo un momento habría estado dispuesto a matarle sin hacer preguntas, pero todo eso había pasado. Nadie le decía a los oídos de su cerebro lo que debía o no hacer. Nadie se introducía ya en sus pensamientos y los encauzaba para seguir un plan. Se sentía limpio y con un control completo de sus actos. En el pasado, por culpa de Rob, su juventud casi se convierte en un infierno, pero finalmente no fue así. Por ello no tiene intención de matarle. *Realmente no tuvo toda la culpa. La culpa fue mía, pensó Doug, yo admití a su hijo. Lo que sucedió escapó a mi control. No espero que nadie me perdone, pero por ahora procuraré vivir lo más tranquilo posible. Detrás de un montón de mentiras, pero oculto al fin y al cabo.*

Pensaba en todo esto con la cabeza reposando sobre las palmas de sus manos, con la cara oculta entre ellas. Pequeñas lágrimas le recorren algunos de los muchos surcos que la vejez le ha proporcionado en la cara. No está acostumbrado a pensar en cosas tan profundas, cosas con tanta carga sentimental. Son aspectos que creía olvidados hacía tiempo. Antes era así, pero mucho antes de que comenzara todo, antes de que todo derivara hacia el más absoluto desastre... Fue una época en la que pasó de ser amable y respetado a no tolerar ninguna sublevación a su alrededor. Su mujer no debía decir una palabra más alta que otra. No soportaba los continuos llores de su hijo pequeño, que ni siquiera le pertenecía. Aquello duraba demasiado y encontró la forma perfecta de terminarlo.

Dahl Hume se levantó en ese preciso instante, aplaudiendo su propia actuación.

6

A través de la ventana no se veía nada extraño. Nadie gritaba de dolor ni de locura. Nadie hacía nada. Nada hacía nada. Todo estaba detenido. El tiempo transcurría muy despacio... o eso parecía. El sol en lo más alto no cambió en ningún momento su posición y eso Rob lo notaba. Algo raro estaba pasando. De lo que estaba completamente seguro era que aquello no tenía nada que ver con un sueño. En sus sueños sólo aparecía Marsha y este no era el caso. Tampoco era una pesadilla, porque de nuevo la protagonista sería Marsha. Marsha ignorándole...

Bajó la cabeza, la agitó y luego volvió a mirar la casa de Doug. Con ese gesto eliminó la última idea, la de su eterno amor que no le hacía el menor caso, y retornó a lo que le preocupaba. ¿Sería Doug el que estaba en peligro? ¿Sería el visitante vestido de negro? Y... ¿qué debía hacer?. No podía pedir ayuda por que el teléfono no funcionaba. Tampoco podía salir a la carretera a parar algún coche, se vería obligado a pasar ante la casa de Doug o muy cerca, y eso no parecía lo más conveniente. Nada podía hacer para ayudarlo. Su edad no se lo permitía. No tenía ningún arma. Nunca creyó que le haría falta, y siempre había estado en contra de esa absurda política de que todo el mundo fuera por la calle con su propia pistola o escopeta. Los tiempos del viejo Oeste habían pasado. Los forajidos ya no existían como tales y los Sheriffs no circulan solos entre los peligros, ahora suelen ir por parejas, y vestidos de color azul.

Y, sobre todo... ¿realmente ayudaría al cascarrabias de Doug Raksin si tuviera que hacerlo?. Tenía serias dudas. Doug solía olvidar con facilidad, pero Rob no. Sucedió algo entre ellos que no podía ser olvidado jamás. Rob nunca lo apartaría de su mente. Recordaba aquel instante con una nitidez espantosa. Ese momento fue el punto de inflexión de su vida. Ahí comenzó todo. Y a partir de ahí el desastre se confirmó. Se hizo más fuerte. Todo cambió en Rob.

El motivo del holocausto fue Marsha. El detonante fue Doug.

Doug me la quitó. Ese viejo estúpido me la quitó. La persiguió durante meses enteros. Y ella se fue. Por culpa suya...

Rob volvió a agitar su cabeza, intentando eliminar el dolor. Pero el dolor permaneció. Miró de nuevo a través de la ventana y todo pareció distinto durante unos breves segundos, parecía estar viendo imágenes bajo el agua. De pronto se dio cuenta de que no era así, lo que le inundaba los ojos eran lágrimas. Enormes lágrimas de dolor que le reclaman su atención desde que tenía 20 años. Lágrimas que le han seguido en su camino y le seguirán siempre... si alguien no lo soluciona antes.

Al otro lado de la ventana un tornado en miniatura se llevó los pequeños montones de arena que el viento nocturno había formado frente a la casa. Todo lo demás parecía discurrir con una normalidad alarmante. Marsha permanecía dentro de Rob. Y Doug estaba fuera de él, muy lejos. En una casa donde minutos antes se había disparado un arma. Y donde ahora algo nuevo parecía estar pasando. Una silueta se escurría tras la ventana con cierta agitación. Por el estilo de sus pasos parecía Doug. Daba la sensación de huir de algo. Pero Rob no vio a nadie detrás de Doug.

La escena resultaba muy extraña.

7

Doug sintió cómo se le tensaban todos los músculos del cuerpo. Los dedos de sus manos se encerraron en torno a la barra de hierro que estaba detrás de él, la que accionaba la apertura del horno de gas de la cocina. Apretó hasta que la sangre comenzó a circular con dificultad y sus manos se volvían albinas. Dahl Hume le observaba con ojos salvajes, enrojecidos y locos. Le miraba como si estuviera viendo un animal aplastado en la Interestatal 15. Un pequeño animal que aún se movía entre sus propias vísceras. Doug era ese animal, asustado e indefenso ante un extraño que se acerca a gran velocidad en un coche. El coche es completamente negro. También la tapicería es oscura. Y Dahl Hume es el conductor. Y avanza hacia él. Está a punto de atropellarle...

—Tienes mucha imaginación, casi tanta como yo...

Cuando Doug escuchó estas palabras descorrió el velo que lo ocultaba de la realidad. Las imágenes que estaba viendo dentro de sí mismo eran sólo un pequeño resumen de lo que había sucedido tiempo atrás. Era algo muy parecido. Pero ahora era él quien se encontraba amenazado, quien sería atropellado si no se apartara. Y se apartó. Las palabras de Dahl le incitaron a correr. Y lo hizo a tanta velocidad como sus piernas se lo permitieron.

Dahl lo observó todo. Le había costado algo más de lo que pensaba recuperarse de los disparos, aunque sabía que tarde o temprano lo conseguiría. Lo cierto es que aunque permaneció varios minutos en el suelo aparentemente inconsciente, percibía lo que pasaba. Se introdujo suavemente en la mente de Doug para que éste no se percatara de su presencia. Y conoció sus miedos. Olió su pánico inicial, aunque luego ese terror se esfumara entre razonamientos utópicos.

Doug temió la cárcel en un principio. Luego una especie de asilo para viejos enloquecidos y homicidas. Más tarde cayó en la cuenta de que su edad impedía todo o parte de aquello. La idea del tipo que entraba a robar era buena. Incluso podría haberle librado de cualquier cargo. Lo peor de todo es que había alcanzado estas conclusiones sin saber nada de derecho. Ni siquiera tenía la convicción de que existieran cárceles— asilo en alguna parte. No sabía nada y lo dio todo por seguro. Para Dahl aquello era reconfortante. Doug tenía ideas sólidas en su cabeza, podía ser alguien difícil de dominar en determinados momentos, pero ahora sus defensas estaban bajas. Y Dahl sabía cómo bajárselas cuando así lo deseara. Su horror reposaba bajo un abrigo marrón. Un abrigo que utilizó Doug el día que sucedió todo, con el que cubrió un cuerpo ensangrentado. Decenas de años atrás un hombre entonces joven y emprendedor se enfrentaba contra cargos de asesinato. Y se libraba de ellos.

Al parecer el accidente había sucedido en cuestión de segundos, pequeños trozos de cráneo volaron en varias direcciones y la visión de la sangre y el sonido que produjo

el accidente le llenaron la cabeza. Con ambas cosas había llegado Doug hasta su actual presente. Había intentado olvidarlas inútilmente durante toda su vida, y cuando parecía próximo a enterrar al menos una parte, todo retornaba de forma vertiginosa por unos conductos oxidados en su cabeza. Los recuerdos inundaban a un hombre que no sabía nadar entre ellos. Unos recuerdos que tenían un color rojo muy sospechoso. Y que se movían como si tuvieran vida propia.

Doug llegó hasta su habitación porque fue el lugar más alejado que sus piernas alcanzaron. Se sentó en el borde de la cama, con el corazón a punto de saltársele por la boca. ¿Cómo podía haber sido tan imbécil?. ¿Acaso no había visto que el cuerpo tendido en el suelo no sangraba nada?. ¿Nada en absoluto? ...

Estaba perdido y lo sabía.

Dahl llegó apenas un segundo después. Doug levantó la vista con una profunda carga de derrota reflejada en ellos. Se miraron como si ninguno de los dos viera al otro y Doug habló.

—Parece que realmente eres lo que dices...

Más que hablar, Doug estaba pensando en voz alta. Pero Dahl le contestó, como si aquella especie de pregunta formulada inconscientemente y que reposaba en el aire fuera para él.

—Sí, soy lo que te he dicho, siempre lo he sido. ¿Acaso has dudado de mí en algún momento?. —Pronunció las últimas palabras con un tono irónico, imitando la voz de algún famoso actor que en ese momento Doug no supo reconocer. Doug también sabía imitar voces, y estuvo a punto de demostrárselo cuando cayó en la cuenta de que aquello sería demasiado. Llegados a ese punto nada tenía sentido. Si comenzaba repentinamente a imitar voces acabaría volviéndose loco. Algo se desmoronaba dentro de él y cada estupidez que decía o pensaba se volvía en su contra, como un loco dios griego que empuja los pilares del templo que es su cuerpo y su mente. Dahl es ese musculoso ser que amenaza con derribar su razón. Y está a punto de conseguirlo.

—¿Le matarás?— Dahl continuaba con aquel tono entre sarcástico e hipnotizador. —¿Irás ahora a su casa a matarle...?. ¿Lo harás por mí...?

Doug se sorprendió a sí mismo asintiendo con la cabeza. Iba a hacerlo. Y para ello debía recordar más aún, debía recordarlo todo. Cerró los ojos y volvió atrás, a recuperar algo que quiso perder hacía tiempo. Lo encontró y obtuvo las fuerzas suficientes para levantarse de la cama y mirar fijamente a los ojos de Dahl.

Dahl le correspondió con la mirada. Y añadió una pequeña sonrisa, mezcla de agradecimiento y victoria. Apoyó una mano sobre el viejo y le acompañó amistosamente a la cocina. Iban en busca del arma. Los dos juntos parecían ahora viejos amigos de toda la vida. Ambos tenían los ojos enrojecidos y vidriosos, con un leve toque de locura. Su parecido era ahora enorme. Los dos buscaban su venganza particular. Los dos necesitaban la venganza para salir de su respectivo aprieto. Y la venganza les buscaba a ellos con igual lentitud y seguridad. Todo llevaba su tiempo. Y aquello era Todo.

8

Las sombras volvieron sobre sus pasos. Las dos iban juntas, caminando de nuevo hacia la cocina. Hacia el punto de partida. Las dos personas aparentaban estar bien y conocerse desde siempre. Aquel tipo de negro que había entrado en casa de Doug podía ser un familiar. Sólo eso. Los disparos se produjeron por una de las ventanas que no estaban a la vista de Rob. Quizá Doug estuviera mostrando de lo que era capaz de hacer con un arma. Después había corrido a su habitación a buscar algo y el otro le había seguido. Habían encontrado lo que buscaban y ambos compartían su satisfacción por aquel descubrimiento.

No había visto al segundo hombre ir a la habitación, aunque sí salir de ella. Quizá no se había fijado bien. Su vista lamentablemente no es la que era. Por lo demás nada parecía excesivamente extraño. Podía haber ocurrido todo en la forma en que acababa de pensarlo. Rob comenzaba a sentirse culpable por su nuevo trabajo como espía. No podía sospechar que tenía toda la razón. Aquellos dos hombres corrían en busca de una idea, de una excusa por la que hacer algo determinado.

Y Rob era el objetivo de ese algo determinado.

CUATRO

1

El asfalto estaba caliente y las ruedas de la ranchera amarilla de Gary Bass iban dejando su rastro en el suelo. Gary canturreaba una canción mientras se esforzaba por conducir adecuadamente el coche que le habían prestado. El suyo lo tenía reparando en el taller y su amigo Liam, el mecánico, le había dejado la ranchera. No era un coche sencillo de manejar, y aún siéndolo, la propia edad del coche lo impedía. Se dirigía a buscar a su amigo Doug, como cada fin de semana, para llevarlo a *La Cuarta Edad*. Solía hacerlo los viernes y los sábados, y aunque aquel día era jueves, la fiesta que Keith había organizado en su bar merecía darse una vueltecita por allí. Habría barra libre de cerveza durante una hora completa. Al parecer celebraba el nacimiento de otro de sus nietos y nadie quería discutirle si la fiesta era demasiado exagerada o no, al fin y al cabo Keith no solía invitar a cerveza y esa ocasión no podía ser desperdiciada. Después de la fiesta le dirían si se pasó o no, pero de momento no querían perder la oportunidad de beber gratis. *¿Después de la fiesta? ... Si, pero un par de días más tarde, Doug y yo no creo que nos despertemos antes. Vamos a emborracharnos como nunca, como en los viejos tiempos. Celebraremos el nacimiento del nieto de Keith y el dos mil aniversario del invento del retrete, lo que sea, pero lo celebraremos toda la noche...* Gary le daba vueltas en la cabeza a los planes de esa noche, de vez en cuando esbozaba una sonrisa y dejaba salir por su boca sonriente y ladeada parte del humo de un cigarrillo prácticamente consumido. Lo fumaba todo, el cigarrillo y el filtro. Creía que si pagaba por todo, todo debía fumarse. Y fumaba hasta que se le quemaban los dedos o los labios. Lo ha hecho durante toda su vida y siempre lo hará. Aunque últimamente tiene extraños dolores en el pecho. Son extraños por que son profundos, son parecidos al pinchazo que se siente cuando se mete algo en el ojo. Es una sensación asquerosa, como si toda la porquería acumulada con el paso de los años en sus pulmones se hubiera condensado, formando un pequeño cuchillo. Y cada vez que da una calada a un cigarrillo y el humo penetra bajo sus costillas, ese mismo cuchillo parece recibir la orden de ahondar un poco más. Cuantas más caladas, mayor es el agujero.

Cuantas más caladas, menor es el tiempo de Gary.

Sabe perfectamente que tiene cáncer de pulmón. No se lo ha diagnosticado ningún médico, pero cree que no hace falta. Tiene cáncer porque de vez en cuando encuentra en la palma de su mano alguna gota de sangre. Y uno no sangra por la boca al toser porque sí. Tiene cáncer porque el dolor que siente nunca lo ha sentido. No se parece a nada que haya sufrido en el pasado. Y finalmente sabe cuál es su diagnóstico porque un amigo suyo había muerto algunos años atrás por lo mismo. Cáncer de pulmón. Y tenía los mismos síntomas. Gary le había visto con vida en un momento y sin ella al siguiente. Fue él quien sujetó el cuerpo de su amigo cuando caía al suelo. Fue él y sólo él quien le acompañó aquel día y comprendió lo que era el cáncer. Por eso sabía que lo tenía. Y ningún médico podría ponerle las zarpas encima y decirle lo que él ya tenía claro desde el principio. Su amigo tuvo que estar recluido en un hospital hasta el día de su muerte, ese día cayó al suelo en su intento por llegar al baño. Gary le había sujetado y había comprendido que el hospital sólo alargaba el sufrimiento, que al final la muerte sobrevinía de igual modo estuvieras donde estuvieras. Y siempre te caías al suelo, siempre.

Gary no quería pasar por aquello. No quería preocupar a lo que le quedaba de familia. Viviría a tope hasta que el momento decidiera llegar. Invitaría a una cerveza a la muerte y si ésta aceptaba aún viviría algunos minutos más. Luego, más tarde, moriría. A todo el mundo le toca morir. *Mejor de cáncer de pulmón que no de próstata*, pensó el moribundo Gary Bass; mientras sonreía, dejaba salir el humo que había tragado y su cuchillo interior le cortaba alguna fibra más de sus pulmones.

—Joder, qué calor hace hoy...

Se sorprendió un poco al oír su propia voz, pero se dio cuenta de que era normal, de que era algo que debía haber dicho no solo en voz alta, sino gritando, con la esperanza de que Dios conectara el aire acondicionado en la zona. Solo un poco, un ratito nada más.

Gary sudaba como un auténtico cerdo. Le caían enormes gotas por las mejillas. Y ese sólo era el sudor visible..., tenía miedo de que al levantarse frente a la casa de su amigo Doug hubiera un charco en su asiento. Tardaría un buen rato en convencerle de que no se había meado, que su edad no quitaba fluidez a sus actos más vitales. Y Doug seguiría con la broma otro rato más. Pero su forma de actuar le gustaba, podía ser un cabrón en ocasiones, pero si necesitaba un amigo para lo que fuera, sabía que podía contar con él. Era un buen tipo. A su manera.

Tenía abundante pelo en casi toda su cabeza. Casi toda... excepto en la zona donde el Papa lleva una pequeña gorrita. Todos se reían en el pueblo por ese detalle, parecía un tipo religioso. Y cualquiera menos él podría tener algo de religión en sus actos. Incluso el mayor de los delincuentes. Ha cometido suficientes delitos toda su vida como para desconectarse totalmente del mundo divino. Y al revés. Aunque de vez en cuando aún le quedaban ganas de bromear con Dios, como en el caso del aire acondicionado. Así que Gary creía en Dios, pero creía en él a su manera. Y siempre con la convicción de que era alguien en quien no se debía confiar. No solía hacer caso a lo que los humanos le pedían. No había curado al amigo de Gary ni había eliminado su sufrimiento. Murió vomitando sangre en enormes cantidades. En ese momento perdió Gary contacto con la religión. *Y creo que Dios se siente ahora más cómodo al no tener que vigilarme como antes... vaya, ¡si hasta parece que me debe una!*, Pensó divertido. Algún día se la reclamaría, seguro.

Sin dejar de sonreír observó las casas de Rob y de Doug como dos manchas en el horizonte.

—El horizonte necesita una limpieza, ¿Eh, Dios?, —dijo mirando al cielo azul y entornando los ojos como si fuera la mejor broma que había hecho en su vida. Lo que no sabe es lo cerca que está de la realidad. Y lo cerca que está de su propia limpieza entre las borrosas manchas del horizonte. Unas manchas que se transforman en casas a medida que la distancia se reduce. Unas casas que se acercan a velocidad endiablada, a más de 100 kilómetros por hora.

2

Doug recogió la pistola que había posado sobre la mesa de la cocina. Miró si aún quedaban balas y pareció disfrutar al comprobar que así era. Aún quedaban cuatro en el cargador. Todo esto lo hizo bajo la atenta supervisión de Dahl, que se había situado detrás de él como un padre que controla a su hijo que a comenzado a andar para que no se caiga al suelo. Veía que la mayor parte de su plan estaba hecho, y esa mayor parte era convencer a Doug para que matara a Rob. Dahl no quería verse implicado en nada de aquello. Sólo podía ser asunto de Doug Raksin. Una pequeña ayuda a escala mental y el viejo iría corriendo en busca de Rob. Pero no podía suceder todo tan rápido, no debía ser así. Quizá Rob ya sospechaba algo y estaría alerta. Habría oído los disparos con toda probabilidad, así que no iba a permanecer como un tonto sentado en el sofá de su casa, mirando la televisión y esperando a que ellos dos aparecieran con el arma... *Pasad los dos, sin miedo, y veamos la tele un rato juntos... cuando os*

canséis de ver este concurso de belleza podréis matarme; Yo, particularmente, creo que la mejor chica es la de nuestro país... ¿No pensáis vosotros lo mismo? ...

No, aquello no sucedería. Rob observaría toda la escena y por ello Dahl debe ser enormemente cauto, ningún fallo es válido. No se permiten errores. Dahl no está dispuesto a perder todo lo que ha ganado en unas horas por una precipitación. Nada debe salir mal. Ninguno tiene familiares vivos que puedan aparecer de improviso por allí. Rob no puede comunicarse con el pueblo por que los teléfonos no funcionan (Dahl había sabido cómo encargarse de ellos). Y Gary Bass, el amigo de Doug no vendrá por que sólo lo hace los viernes y los sábados. El camino está despejado. Y al final del camino encontrará las respuestas a todas sus preguntas. No sabe por qué, pero está seguro de que esa es la única manera.

3

Rob permanece escondido. Sospecha que no todo es tan sencillo como ha pensado por un instante. Suena demasiado cómodo, es como una historia apropiada en oídos de un oyente acertado. Todo se resume en pocas palabras. Y el propio resumen está ferozmente alejado de la realidad. No es demasiado normal que se estropee el teléfono. Y que a la vez aparezca un extraño simulando un accidente. Y está seguro de que es simulado, porque cuando le vio entrar en casa de Doug cojeaba vistosamente. Hace un momento le ha visto salir de la habitación de Doug, en dirección a la cocina. Y no cojeaba. Nada en absoluto.

Al principio todo parecía complicado. Luego más sencillo. Ahora volvía a colocarse cada una de las partes del rompecabezas en el mismo lugar que en el origen. Ninguna pregunta se veía despejada, pero el enigma aumentaba por momentos, era como una onda originada por una piedra en un estanque... la onda aumenta a cada instante y cuando parece que ha desaparecido, un poco más allá se distingue una leve ondulación y ésta no desaparece ya hasta que definitivamente los ojos no pueden hacer nada por seguir su camino.

Rob Dornish notaba cómo perdía pelo por la tensión. Cuando cumplió los 20 años, sus entradas eran como las de alguien con 30, las tapaba con una media melena, pero ésta cada vez perdía más y más consistencia, debido a que debajo de la capa larga no existía otra que sustentase a la primera. Perdía pelo y eso le amargaba la vida. Utilizó multitud de productos para solucionar su problema, pero era hereditario y no existía solución posible. Su pelo acabó cayendo casi definitivamente tras su separación con Marsha. Se le caía por dos cosas, por la herencia (su padre y toda su ascendencia fueron calvos a corta edad) y por el nerviosismo y la preocupación. Cuando tenía exámenes notaba más pelos en el peine que de costumbre. Cuando surgía algún problema en su casa o con Marsha, la tensión acumulada dentro de él le provocaba también la caída de cabello.

Pero con la marcha de aquella chica... ahí acabó todo para él. Dos años después se cortó el pelo y todo el mundo pudo ver lo que realmente ocultaba. Con el paso del tiempo aumentó la nitidez de su cabeza y consiguió mitigar el complejo inicial. Pero lo logró en parte por que se pasaba el día recordando a Marsha.

Si, Rob notaba de nuevo cómo perdía pelo. Lo notaba porque se pasaba la mano por la parte trasera de la cabeza (ahí estaba el último territorio ocupado por el pelo) y entre sus dedos quedaban débiles pelos enroscados. Se le caía por que estaba nervioso. Se le caía porque presentía que las cosas sólo habían comenzado. En cualquier momento le tocaría a él también actuar en la función. Sólo estaba esperando una señal para comenzar a interpretar.

No confiaba recibir aplausos al final.

4

Un hilillo de humo blanco salía del motor de la ranchera amarilla. Gary ya se temía lo peor, quedarse tirado en la Interestatal... Por ello decidió seguir adelante, forzando un poco más el coche, tenía la sensación de que si paraba un momento no volvería a moverse. *Y todo el mundo sabe que nadie recoge a nadie en la Interestatal 15, pensó Gary, si puedo llegar hasta la casa de Doug llamaré a una grúa desde allí.*

No era la primera vez que se quedaba tirado en la carretera, en la última ocasión tuvo que caminar 6 kilómetros haciendo el mismo recorrido, hacia la casa de Doug. Había sucedido la semana anterior, el sábado, y el coche aún estaba en reparación. La factura prometía ser abultada. Liam Hadman, el mecánico del pueblo (y de varios kilómetros a la redonda) tenía la mala costumbre de hacer el trabajo el día después de cuando se debía. Poseía el récord en cuanto a tiempo para arreglar un automóvil, se cuenta por el pueblo que para cambiarle las bujías a uno de los coches que pasó por allí tardó casi dos semanas. Siempre ponía la excusa de que tenía más trabajo acumulado del que pensaba y lo primero era lo primero. Pero lo cierto es que todos le veían tomar copas en un bar cerca de *La Cuarta Edad*. Se pasaba allí todo el día, y cuando ocasionalmente salía, no debía ver más allá de la punta de su nariz. O lo veía todo doble y por eso prefería no hacer nada. Al menos era cuidadoso.

El motor roncaba como si se estuviera muriendo. De vez en cuando tosía y escupía pequeñas volutas de vapor. *Vaya, pensó Gary sorprendido, este coche es exactamente igual a un ser humano. Hace lo mismo que nosotros. Está viejo y herrumbroso igual que Doug y que yo. Y también debe tener cáncer de algo parecido a un pulmón ahí adentro. Lo está pasando realmente mal. Quizá solo sea que le falta agua... pero juraría que Liam me dijo cuando me lo prestó que estaba todo en su sitio. Aunque no debí fiarme de un tipo con la nariz enrojecida por el alcohol... ¡Mierda!, Como no lleguemos a la fiesta por culpa de Liam no le pagaré absolutamente nada.*

Gary Bass sólo tenía 74 años, pocos en relación con los amigos que frecuentaba. Él era uno de los más jóvenes. El resto solía tener edades muy por encima de los 75. Doug, por ejemplo, tenía 6 más que él. Así que le quedaba relativamente poco para ser un socio de honor en su grupo. Eran los *viejos verdes* de la zona. Gritaban y silbaban a cualquier chica que se ponía a tiro. Ellos decían que sólo les lanzaban piropos, y no obscenidades, pero eso habría que preguntárselo a las pobres chicas que llegaban a su casa temblando por lo que habían escuchado y confiando en que su madre supiera quitarles de encima lo mal que se sentían. << —*Todos los hombres son así, y más aún esa pandilla de viejos que no encuentra nada mejor que hacer. Creen que te dicen algo bonito, pero sólo farfullan estupideces. Y sus estupideces forman parte de su estúpida conducta.* >> Después de escuchar algo parecido a esto, las chicas perdían el miedo que habían adquirido, y lo hacían enfrentándose a todos los hombres por igual. Eso sucede desde siempre.

Pero es divertido, pensó Gary con una sonrisa. Es muy divertido. Lo bueno es que alguna que otra vez las chicas nos hacen caso y se vienen con nosotros a dar una vuelta. Lo malo es que cuando eso sucede es por que, o bien hemos pagado, o bien las chicas, sabiendo que solo miraremos, han decidido desinhibirse con nosotros. Sea como sea, de vez en cuando nos lo pasamos bien. Parecemos jovencitos en busca de su primera chica. Espero que mi mujercita sepa perdonarme cuando nos veamos allá donde está.

La mujer de Gary Bass había muerto hacía ya casi 6 años. Le costó superarlo algo más de 4, pero al final se mentalizó de que no debía preocuparse, por la edad que él tenía, en poco tiempo volverían a verse. Esta vez en un lugar con mucha luz, y con angelitos bailando a su alrededor. *Eso es lo que dicen por ahí...*

5

—¿Cuál es el plan? — Preguntó Doug dirigiendo su mirada perdida a Dahl.

—Ahora te lo mostraré...

Dahl tensó los músculos y meditó sobre lo que estaba sucediendo. Le había costado mucho tiempo convencer a Doug para que matara a su vecino. Ahora Doug estaba totalmente descontrolado, esperaba que Dahl le dijera cómo hacerlo para correr con un arma en la mano en busca de su víctima. Podía escapar a su control y eso sería algo negativo para sus planes. Unos planes que ni siquiera ahora estaba seguro de cuál era su finalidad, no comprendía su objetivo, pero debía hacerlo.

—Mira la pared.

Doug movió la cabeza hacia allí y permaneció expectante.

Dahl levantó una de sus manos y situó la palma frente a la pared. Una luz clara y nítida surgió de ella y la envolvió. Luego lanzó un chorro de aquella luz hacia la pared. Era una luz rojiza y el juego de sombras formaba llamas. Eran llamas que surgían en todas direcciones y hacia todos los sentidos. La pared perdió su forma rígida y adquirió relieve, había algo tras el fuego. Era el infierno tal y como siempre lo había interpretado Doug. Su cara cambió en un momento, perdió la confianza en sí mismo, eso era lo que buscaba Dahl, no podía permitir que aquel viejo se le fuera de las manos, por eso le mostró lo que se encontraría en caso de error.

Dahl extendió su brazo libre y empujó a Doug hacia la pared. En un instante el cuerpo del temeroso anciano cayó entre las llamas y fue devorado por éstas. Ni siquiera forcejeó, se limitó a caer hacia delante y permanecer tendido más allá de donde segundos antes se hallaba la pared. Estaba dentro de su propio infierno, el infierno tal y como se lo habían explicado en clase de religión. Tuvo miedo y pánico de su situación, pero todo saldría bien si seguía al pie de la letra lo que le ordenasen.

—¿Te gusta, Doug?. — La voz de Dahl sonaba distante y difuminada, como si entre él y Doug estuviera pasando en ese preciso instante un eterno tren de mercancías.

Doug no dijo nada. No podía decir nada. Giró la cabeza y observó a Dahl, en su mirada había dolor y miedo. Estaba sufriendo lo increíble entre aquellas llamas. Su cuerpo no se consumía pero la piel vomitaba volutas de un humo blanco y espeso. Aún así, el dolor de arder vivo era infinitamente menor que el dolor que representaba ver el paraje desolado que era el infierno. El fuego sólo era la puerta. Y esa puerta era el último contacto con la realidad. Era el último lugar donde se sentía algo. Y el dolor era preferible a la desconexión total a la que se veían sometidos todos los condenados. Muchos de ellos gritaban, pero no de dolor, gritaban porque querían oírse a sí mismos. Vacíos de sensaciones no son nada. Y lo saben. Y les duele. Y les dolerá eternamente...

Doug no desea acabar como ellos. Si hace lo que Dahl le pide tardará más en caer en el infierno que si no lo hace. Y hasta el último segundo merece la pena ser apurado para no entrar ahí.

—Te noto un poco incómodo, —dijo Dahl al tiempo que acercaba su cara al cuerpo de Doug.— ¿Vas a hacer lo que yo diga?, ¿Sin vacilación?.

—Si —, dijo Doug sorprendiéndose de poder articular palabras en su estado.

Dahl tapó sus ojos con la mano derecha. El fuego desapareció. Doug quedó tumbado en el suelo, en posición fetal, tiritando ahora por el cambio brutal de temperatura.

—Vamos, Doug, levántate. No tenemos todo el tiempo del mundo. Y si te equivocas te pasarás el resto del tiempo que le queda al mundo en el corazón del infierno. De eso me encargaré personalmente.

—Po...oor favo...r, — Doug se recuperaba lentamente.— dim...e lo que debo hacer y lo ha...ré. Puedes contar conmigo.

—Así me gusta, Doug, que pienses con la cabeza. No eres tan tonto como pareces. Me caes bien, ¿sabes? ... me caes mejor de lo que jamás llegué a pensar.

Dahl estaba radiante por primera vez en mucho tiempo. Todo parecía ahora encauzado. Doug estaba bajo su control, Rob no se había movido de su casa (de alguna forma estaba seguro de ello) y no tenía previsto visitas de extraños por la zona. *Todo va bien. Perfecto...*

—Escúchame, Doug, vas a hacer lo siguiente...

6

El motor rugió por última vez y escupió una nube negra de humo por el tubo de escape. No sucedió nada más. Gary se maldijo por su mala suerte, pero nada podría hacer por el momento. Salió del coche y cerró detrás de sí violentamente la puerta. Estaba muy enfadado. *Si mi cáncer aguanta el tuyo también, cabrón.* Y le sacudió una tremenda patada por atrás, junto al tubo de escape.

El coche estaba rotundamente inerte. Ni un pequeño carraspeo podría volver a oírse en la garganta de aquel animal. Estaba muerto y bien muerto.

Gary cogió su gorra del interior del vehículo y comenzó a caminar hacia las dos casas. Se encontraban a algo menos de un kilómetro. Desde allí avisaría a una grúa. Soltó una maldición por la sucia jugarreta del coche, otra por el dolor agudo que le había quedado en el pié, por su absurda patada y una tercera por el calor que hacía en aquella zona. Las suelas de sus zapatos se derretían al contacto con el alquitrán caliente. Y el alquitrán se derretía a su vez bajo el peso de Gary. Se quitó la roída camiseta de tirantes que tenía pegada al cuerpo por el sudor y siguió caminando. Soltó varias maldiciones más por el camino. Todo parecía lo suficientemente importante como para ser merecedor de una maldición gratuita. Todo salvo lo que sucedía entre las dos casas. Aquella era una maldición que conllevaba un precio inimaginable. Eterno.

CINCO

1

Cuando Doug abrió la puerta llevaba en su mano derecha el arma. Detrás de él estaba Dahl, sumergido entre las sombras del umbral, observando todos y cada uno de los movimientos de todo lo que le rodeaba. Sus ojos parecían ahora los de un camaleón, miraba a todas partes al mismo tiempo. Ningún gesto, por poco perceptible que fuera, escapaba a su control. Estaba relativamente nervioso por que desconocía la situación real de Rob. No le controlaba como controlaba a Doug. No lograba introducirse en la mente de aquel hombre, y eso le llamaba poderosamente la atención.

Doug era vulnerable, pero no Rob.

Las ideas en la cabeza de Dahl estaban ordenándose poco a poco, muy lentamente. Creía estar seguro del motivo por el que utilizar a Doug para matar a Rob... era sencillo pero a la vez complicado. Dahl no debía verse implicado en *otro* asesinato. Sí, otro...

En el pasado, en alguna parte, había matado a alguien.

Rob debía tener mucho qué ver con aquella muerte y lo pagaría caro. Como controlaba a Doug con una perfección increíble no le costaría nada hacerle daño a Rob sin ser él mismo el asesino. Después se iría y todas las culpas recaerían en el hombre a quien manejaba como un arma cargada. *Las armas las carga el diablo, todo el mundo lo sabe...*, pensó divertido. Y siguió observándolo todo. Con todo detalle...

Dahl acabaría limpio, Rob muerto y Doug entre rejas. Todo parecía ir por el buen camino... o al menos por el camino preestablecido.

El sol incidía directamente sobre los ojos del hombre que portaba nervioso una pistola. Pero no parpadeaba. Estaba quieto frente al umbral, a escasos centímetros por delante de Dahl. Esperando las órdenes definitivas. Esperando para salir a cazar. Con un montón de ideas rondándole la cabeza. Todavía no sabe lo que hace. Ni lo que va a hacer. No está seguro de que matar a Rob sea una buena solución. No quiere hacerlo, pero lo va a hacer. Tiene motivos más que suficientes, los ha recordado todos, uno detrás de otro. Podrían ambos haber muerto de viejos sin que sucediera nada, sin que ningún recuerdo de aquel desastroso pasado hubiera vuelto a sus mentes. Sin ningún problema. Pero Dahl lo ha complicado todo, Dahl sabe perfectamente lo que quiere y cómo lo quiere. Y a simple vista ha elegido a la víctima y al asesino perfectos. Con motivos fundados para que suceda lo que está a punto de suceder. Y él no es ahora nadie para impedirlo.

Rob observa la escena desde su casa, escondido en una esquina de la ventana, donde permanece oculto y puede verlo todo con más detalle del que le gustaría. Ve locura en los ojos de Doug. Los ojos del hombre que le acompaña están ocultos tras las sombras de la entrada de la casa. Llevan un buen rato inmóviles. Doug tiene la mirada absolutamente perdida, pero la locura que se refleja en ella parece aún dormida. Tiene la cabeza gacha y un arma en su mano derecha. Están separados por muchos metros pero lo ve todo con un detalle que realmente le impresiona. Los sentidos se agudizan cuando el peligro está cerca. Rob siente el peligro justo delante de él. Y tiene los sentidos silbando como una olla a presión a punto de estallar.

2

Gary se acercaba a la casa de Doug por la parte de atrás. Ni un sólo coche había pasado desde que se le estropeó el suyo. La carretera que cruzaba el inmenso desierto era también un desierto. Nada se movía. Por ningún lado.

El viento se había detenido. El calor parecía aumentar. Las plantas rodadoras no hacían acto de presencia.

Todo estaba envuelto en un extraño halo de soledad. Gary se sintió como se sentiría alguien que sabe que es el último en la tierra. Un hombre triste y solitario que se dedica a vagar por todas partes en busca de un lugar para morir. Gary está buscando ese lugar y, a juzgar por su débil canturreo de canciones olvidadas, ignora que está más cerca de lo que imagina.

A escasos doscientos metros, Gary se detiene para coger aire. Parece una diminuta ballena consumida en el mar del cáncer. De vez en cuando sale a por oxígeno, pero eso no impide su vuelta al mar.

Cuando recupera ligeramente las fuerzas, retorna de nuevo el camino hacia las ahora enormes casas de aquellos dos extraños viejos. Una de ellas, la de Doug, hacia la que se dirige, le está tapando el ardiente sol. Mira al cielo y agradece a quien le escuche que la temperatura haya disminuido un poco en la sombra.

Desde el cielo surgen risas imperceptibles.

3

El arma quedó amortillada bajo la presión del dedo pulgar de Doug. Dahl había hablado con él sin abrir la boca, le había transmitido las órdenes oportunas. El principio de todo estaba cerca, y con él el final.

Doug comenzó a caminar. Dahl le seguía a escasos metros.

Rob observó la escena inquieto. Desde donde estaba podía verles, pero ese lugar no serviría de escondite cuando estuvieran realmente cerca. Se levantó todo lo sigilosamente que su edad le permitió y retrocedió hasta la cocina. Iba lentamente, como si el hacer el mínimo ruido le dejara totalmente al descubierto frente al enemigo.

La voz de Dahl resonó en ese momento, con una intensidad y un tono inhumanos. Pronunció el nombre de Rob. Y esperó.

Rob no contestó. En lugar de eso se quedó un instante petrificado, sin capacidad de reacción. Aquella voz parecía surgida de una garganta a medio terminar, era como si el sonido se tropezara en su salida con decenas de grietas dentro de la boca del chico que acompaña a Doug. Una boca que con seguridad no pertenecía a este mundo.

Cuando logró encauzar de nuevo el aire hacia sus pulmones, continuó caminando. Buscaba el teléfono, con la esperanza de que hubiera recuperado su función. Debía llamar a la policía antes de que fuera demasiado tarde.

Al atravesar su habitación tropezó con la cama, y ésta, a su vez, con la mesilla de noche. La foto que reposaba sobre ella cayó hacia delante, como la señal de un mal presagio. El cristal del portafotos se rompió sin apenas ruido. Rob observó la escena incapaz de cubrir el espacio que le separaba de la mesilla en el tiempo que la foto se caía. Después de que todo sucediera se acercó con extrema lentitud a la imagen de Marsha y la observó detenidamente. El cristal, con el paso del tiempo, había perdido calidad. No era totalmente transparente. La fotografía se veía ahora mucho más nítida que en los últimos años. El cristal la había protegido. Parecía reciente.

Es como si le hubieran sacado esta foto ayer mismo... pensó Rob distanciándose voluntariamente de la realidad. Perdiste tu juventud y moriste joven, pero tu belleza permanece siempre en el recuerdo. En mi mente. Junto a mi cama... Me has acompañado toda mi vida. No debiste morir tan joven, chica. No debiste irte con él.

Con el paso del tiempo tu cabello se volvió más oscuro. Tus ojos encerraban algo distinto a la felicidad que en ellos guardabas cuando estabas a mi lado. Cambiaste brutalmente. Él te cambió. No sé qué te hizo, pero lo pasaste mal. Tu muerte fue por su culpa. Si hubieras permanecido a mi lado no habría sucedido nada. Nada en absoluto... La cabeza de Rob gira ahora vertiginosamente. El pasado y el presente se entremezclan y chocan contra un futuro inexistente. Rob pierde el control de sus actos y cae al suelo con la foto en su mano. La expresión de su cara pasa repentinamente del aturdimiento por lo que sucede a la tristeza. Una tristeza profunda y sin límite. Con principio pero sin final... Las lágrimas brotan de los ojos de Rob como un río desbordado. La consciencia se va y viene como la luz en una larga noche de tormenta. Todo es confuso y todo tiene un nombre, Marsha. Y un culpable, Doug...

Rob abrió los ojos como si hubiera despertado de una pesadilla, la pesadilla era Doug. Miró la foto por última vez y la guardó en el bolsillo de su camisa. Era el camino más corto hacia el corazón... *Esto tiene que acabar de una vez. Todo entre Doug y yo debe solucionarse ahora. No lo soporto más. Toda mi vida he convivido con él y lo he pasado peor que en el mismísimo infierno. De alguna forma acabó con la vida de Marsha. Y con la de su hijo... y lo pagará.*

Se levantó y atravesó el pasillo en dirección a la salida. En su camino dejó atrás el teléfono descolgado. Seguía vacío y muerto.

4

Dahl cerró los ojos un breve instante. Doug recibió una ligera punzada de dolor, acompañada por una sensación de inseguridad total. Se sentía a punto de caer al suelo. Sus piernas temblaban como si fueran a derrumbarse de un momento a otro. Su cuerpo vibraba al compás de las piernas y el equilibrio había perdido toda operatividad. Detrás de esos síntomas se escondía una orden. Doug debía acatarla a la perfección, sin vacilar cuando llegara el momento. Dahl se ha encargado de eso, tenía su mente sometida por completo. Le controlaba en todos los aspectos. En cierta manera... era como si los dos fueran uno solo. Doug recuperó la estabilidad de nuevo y se dirigió hacia la puerta de la casa de Rob. Iba a llamar como si nada sucediera, como si necesitara un poco de sal para la comida que estaba preparando y Rob fuera el único con sal en aquella zona. Así era de todas maneras.

Avanzaba totalmente convencido de lo que iba a hacer. Nada le frenaría ahora. Se quedaría en paz consigo mismo y con Dahl. Todo acabaría y, aunque los acontecimientos alrededor del asesinato se sucederían vertiginosamente, la tranquilidad reinaría en todas partes. Estaría tranquilo en el asilo o psiquiátrico que le enviaran. Muy tranquilo. Con una carga menos. Sin una preocupación que llevaba años acosándolo.

Quizá sea cierto eso que dicen, que arrancando las cosas de raíz, no vuelven a crecer, pensó mientras tensaba aún más los tendones de su mano derecha... *quizá sea cierto.*

Quando estiró su mano izquierda para llamar al timbre la puerta se abrió.

Ocurrió repentinamente. Las cosas se torcieron y el guión que Dahl había trazado no se respetó lo más mínimo.

Rob estaba en el umbral, sin ningún arma a la vista. Con los ojos encendidos y a la vez cansados. Deseaba que todo terminara de una vez.

Quando los ojos del proyecto de asesino se cruzaron con los ojos del proyecto de asesinado todo saltó en mil pedazos.

SEIS

1

Rob no había apagado la radio. Había estado sonando desde que se durmió en la parte trasera de la casa. Unos minutos más tarde despertó por el sonido de varios disparos.

En la radio, la música envolvente surgía a duras penas entre el sonido nevado de las pilas medio gastadas. El sonido era opresivo, ominoso. Se unía al calor y provocaba una mezcla explosiva.

Debía ser un especial de *The Doors*, por que las canciones pertenecían una y otra vez a ese grupo.

Cuando Rob y Doug se encontraron cara a cara, la canción que en ese momento se escuchaba era la de *Jinetes en la tormenta*. Apenas se entendían las letras debido a las interferencias, pero un par de frases se dejaron escuchar, como si esas frases y la vida real se hubieran unido sólo por divertirse un rato.

<<Hay un asesino en la carretera,
su cerebro retorciéndose como un sapo...>>

El asesino era Doug. Y su cerebro se retorcía como un sapo bajo la presión de Dahl. Todo coincidía y todo resultaba imposible.

2

Rob no estaba armado.

Doug le miraba sorprendido y asustado. No se había esperado aquella intervención. Imaginaba que Rob había huido al verles acercarse a la casa. Pero no era así. Ahora, en cambio, les estaba haciendo frente. Miró hacia atrás, a Dahl, y observó en su mirada un cierto tono de rabia. Quizá no entrara aquello en sus planes. Pero algo le decía que cumpliría con su misión de una u otra forma. Cada uno tenía su orden de prioridades...

Rob esperó un despiste, y lo encontró al cabo de unos segundos. Doug, el que llevaba el arma, miró hacia atrás y perdió de vista su objetivo. El otro hombre, un chico de unos 20 años, le miraba con una actitud muy extraña, pero no podía perder tiempo en absurdos análisis de la situación. Debía actuar pronto. Quizá no tuviera más opciones en el futuro. Olvidó su edad y saltó.

Doug recibió un violento golpe en la parte trasera de la cabeza. La frente de Rob le golpeó cuando se abalanzó sobre él y, ambos abrazados, en una posición extrañamente absurda y complicada, cayeron al suelo. Entre la neblina de polvo seco y rojizo que se formó se advertían los ojos de Dahl, que lo observaba todo con pánico contenido. Lo que había calculado se le estaba escapando de las manos y no podía hacer nada para evitarlo. No podía ni debía intervenir.

Los dos ancianos forcejeaban sin emitir ningún sonido. Parecía una pelea filmada en los años 20. Con la única salvedad de que no era en blanco y negro. La pelea se rodaba en rojo. Rojo sangre.

Estaban ambos luchadores en un ring de arena en medio del desierto. No había nadie que aplaudiera la victoria de uno u otro. No había nadie que levantara la mano del vencedor. No había nadie.

Los dos, Doug y Rob, estaban tumbados en el suelo, abrazados como si se tratara de la noche de bodas de dos amantes sin experiencia. No encontraban la posición idónea.

La pistola se había escurrido de la mano de Doug cuando todo comenzó, la sorpresa hizo que perdiera el control de su arma. Estaba a unos metros de ellos, cerca de Dahl.

Dahl no podía recogerlo.

No podía involucrarse.

Y no conocía el motivo.

Los dos ancianos, cansados por los años que dinamitaban sus huesos, daban pequeños coletazos en el suelo. Coletazos cansados también, con la misma fuerza con la que se pelearían dos bebés recién nacidos colocados en la misma cuna. El espectáculo era lamentable y triste a la vez. No había fuertes golpes. No había estrategia de ningún tipo. El odio contenido se transformaba en violencia furiosa y poco certera.

3

Algo, en la cabeza de Rob, accionó el interruptor del pasado.

Entró de nuevo en el familiar túnel que le conducía a través de los años. Marsha le llamaba desde el otro lado, le decía que parara, que no debía continuar. Luchar por lo que había terminado medio siglo atrás le parecía ilógico. Marsha no deseaba que Rob luchara sin motivo... *Y si a ella no le parece lo correcto, pensó Rob, a mí tampoco.*

Doug sintió cierto alivio cuando los dedos de Rob anularon la tensión y se alejaron del cuello amoratado. El grosor de la piel, a esa edad, se vuelve tan ínfimo que con el menor tropiezo aparecen marcas enormes. La piel se debilita y adelgaza, como si con el pasar del tiempo se fuera desgastando.

Rob se levantó como pudo y, una vez en pie, al verse apretados sus pulmones contra las costillas, comenzó a toser violentamente. Había sufrido algo de asma en su pasado, en su juventud, pero nada importante. El acceso de tos en ese momento le recordó otros más antiguos... *Vaya, se diría que estoy recuperando mi juventud,* pensó divertido. Y sonrió, a pesar de las lágrimas que asomaban a sus ojos por el esfuerzo.

Doug le miró con los ojos cansados por la fatiga que le inundaba. Desde su posición, casi tumbado en el suelo, veía a su enemigo en perspectiva. Su cabeza parecía alejarse hasta perderse de vista. En parte por la distancia, en parte por el enorme brillo del sol. Pero lo que más le enfurecía era aquella misteriosa sonrisa en los labios de quien había arruinado su vida. Merecía morir. No le cabía la menor duda...

—Doug, ¿Qué estamos haciendo?

Rob no obtuvo ninguna respuesta a su pregunta. Ni creía que fuese a obtenerla. El brillo en los ojos de su contrincante, aquel leve halo de locura, no había desaparecido. Le observó mientras se levantaba y, tras mirarse fugazmente a los ojos, Doug le dio la espalda y comenzó a caminar hacia Dahl.

—Dime, ¿Qué es lo que nos ocurre, Doug?. ¿Lo sabes?. ¿Tienes idea de por qué hacemos esto?. ¿Es por lo que yo creo?

Rob hablaba a la espalda de Doug, que se alejaba con el resto de su cuerpo, renqueante, vadeando inocentemente los montoncitos de arena resultantes de la lucha. Doug parecía no prestar atención, pero escuchaba atentamente. Y lo que oyó le pareció tan absurdo que rompió cualquier pequeño lazo que aún quedara entre su locura y la realidad. Se pasó al otro lado de la cordura al tiempo que comenzaba a gritar.

—¡¡PREGUNTAS DEMASIADO!!, ¡¡CÁLLATE!!— Doug pronunció estas palabras y luego se detuvo. Miró de reojo hacia atrás. En su mirada había rabia. Rabia y odio que luchaban por escapar de la pequeña cárcel que los contenía. —¡¡NO SABES LO QUE

DICES!!, ¡¿CREES QUE TODO ES TAN FÁCIL?!, ¡¿CREES QUE SIMPLEMENTE CON NEGAR LO QUE SUCEDIÓ QUEDARÁ TODO OLVIDADO?!. ¡TE EQUIVOCAS!.

Un pequeño hilillo de sangre comenzó a brotar por la comisura de los labios de Doug. La violenta locura que imprimía a sus palabras hizo reventar algo en su interior.

Dahl se llevó las manos a la boca al notar un sabor dulzón en ella. Sus dedos mostraron qué era lo que originaba aquel sabor. Le brotaba sangre por la boca a un ritmo alarmante.

Rob observó a su vecino y al chico. Ambos escupían sangre. *Parecen gemelos, por el amor de Dios*, pensó, mientras esperaba que los acontecimientos siguieran desfilando delante de sus ojos a aquel ritmo imparable.

4

Dahl observó a Doug mientras se le acercaba. Cuando vio la sangre brotándole de la boca y resbalando por la prominente barbilla se asustó. Realmente se asustó. Algo no calculado sucedía. Doug y él estaban demasiado unidos. Podía ver su mente y bañarse en ella como si fuera una enorme piscina con materia gris en lugar de agua y cloro. Los demás permanecían impenetrables. No podía adivinar los movimientos de Rob porque, de alguna forma, no conocía la combinación de su cerebro. No sabía cómo acceder a él. En Doug había resultado tan fácil... Y ahora lo de la sangre. Los dos sangraban por el mismo lugar, y en idéntica cantidad, a simple vista. Eso era algo más que una coincidencia.

Dahl sentía las ideas y los recuerdos agolparse a la entrada de su cabeza, pero estaban apretados como en un embudo. De vez en cuando algo atravesaba esa zona de censura involuntaria y sacudía su mente con una violencia fuera de lo común. Recibía más datos para unirlos a los que ya tenía y encontrar una respuesta a lo que realmente está haciendo en el mundo. Cree que necesita saberlo. Sabe que lo necesita.

Entre Doug y Dahl parece haber un extraño nexo de unión...

Doug está demasiado enloquecido para pensar lo que piensa Dahl. Está demasiado enloquecido para hacer cualquier cosa. No ha notado su propia sangre coagulándose ya en la garganta. Ni ha visto que también Dahl está sangrando.

El mundo ha desaparecido a su alrededor.

Solo quedan Rob y él mismo, unidos por el frágil lazo que marca un arma cargada.

5

La pistola yacía en el suelo. Rodeada por arenilla rosácea, como sangre fosilizándose desde milenios atrás.

Dahl tiene los ojos muy abiertos. Está asustado.

Doug se abalanza sobre la pistola ansioso por acabar lo que ha empezado.

Rob se limita a observar lo que ocurre. Incapaz de hacer nada.

El sol comienza a retirarse en el cielo. El calor abrasador ha desaparecido, pero el calor que perdura es aún peor que el otro. Es un calor apelmazante, cargado de humedad. La respiración se ralentiza por momentos. Es difícil respirar, pero eso es algo que no parece importar a ninguno de los tres individuos que parecen saldar sus cuentas como en el viejo Oeste. Un duelo al sol. Con un testigo. Sólo puede quedar uno... Y Doug no tiene ninguna duda al respecto cuando recoge la pistola del suelo con un cuidado extremo. La abre y sopla en el interior, para eliminar la arena que haya

entrado. Cuando se asegura que todo está perfecto se gira hacia Rob, ignorando ya por completo a Dahl.

Rob le pide a Doug calma con las manos. No se atreve a abrir la boca. No tiene nada que decir. Cuando alguien ha enloquecido de esa manera, nada ni nadie le sacará de ese estado por las buenas. Mira hacia arriba, como buscando a Marsha en el cielo azul, y luego vuelve a mirar fijamente a Doug.

Doug amartilla el arma y apunta al pecho de Rob. Está a casi 10 metros de distancia. No recuerda ya su edad y confía ciegamente en su puntería.

Un tremendo estampido rompe el silencio cuando Doug dispara.

Rob cae hacia atrás, sujetándose la cadera. El proyectil le ha abierto un enorme boquete muy por encima del muslo izquierdo.

Doug comprende cual ha sido su error. Se acerca y, cuando la distancia es tan solo de un par de metros y Rob parece un vulgar perro en el suelo a punto de ser rematado, una sombra surge junto a Dahl, que la mira sorprendido sin poder hacer nada para detenerla. Le ha pillado desprevenido.

Al mismo tiempo que el dedo de Doug recogía la suficiente tensión para disparar el arma, Gary evitó lo inevitable. Empujó el brazo derecho del viejo y desvió completamente la trayectoria.

6

La pistola se disparó y la bala quedó incrustada en una de las contraventanas de la casa de Rob, que batió sola y sin viento como si hubiera enloquecido igual que Doug. La fuerza del impacto fue tremenda. Saltaron astillas en todas direcciones.

Los cuatro se quedaron un instante mirando el resultado del tiro.

Rob volvió a mirar al cielo, y dio las gracias en voz baja, susurrando. Su cabeza se había salvado por segundos. Por ahora estaba a salvo. Tardó de todas maneras en conocer a quien le había salvado. Vio su cara, pero le costó interpretar los rasgos. Estaba demasiado cansado. Si se mirara en un espejo probablemente no se reconocería ni a sí mismo.

—¡Joder!, ¿Qué coño estás haciendo, Doug?!— Gary tenía los ojos fuera de las órbitas. Sus pulmones estaban a punto de reventar por la carrera. En el preciso instante en que iba a golpear la puerta de Doug para avisarle de la fiesta que había en el pueblo (y para permitirle llamar a una grúa), había distinguido a tres personas entre la casa donde estaba y la situada enfrente, la de Rob. Las tres personas estaban en pie. La que creyó reconocer como Doug estaba junto a un chico en apariencia joven. La otra persona era Rob, tenía las manos en los costados y la boca abierta, como intentando recuperar aire perdido. En ese momento Doug había levantado la mano derecha, ante la impasividad del joven que estaba a su lado. En la mano tenía algo alargado. Se parecía vagamente a un arma. Y el arma explotó. Un fuerte disparo resonó en todas partes al mismo tiempo. Era como si las dos casas estuvieran dentro de una campana de cristal y el sonido rebotara una y otra vez ampliándose sucesivamente, en lugar de extinguirse. Gary había permanecido expectante observando el desarrollo de la escena. Algo no encajaba en su cabeza, no comprendía nada de lo que podía estar sucediendo y esa sorpresa inicial ralentizó sus movimientos. Veía a Rob tirado en el suelo con cara de profundo dolor y perplejidad, sujetándose una herida en su costado izquierdo. Y aún a pesar de lo que veía, no lograba hacer que sus piernas se movieran en la dirección de los tres hombres para evitar lo que parecía próximo a suceder. Lo que le hizo cambiar de opinión fue el echo de que Doug se acercase a Rob para, a simple vista, dispararle con más garantías de éxito. Comenzó a correr y rezó, aunque no solía hacerlo, para poder llegar a la altura de su amigo antes de que este disparara. No quería volver a pasar por otro asesinato con Doug como protagonista. Con uno era suficiente.

Los ojos de Doug expulsaban imperceptibles chispas de rabia. Observaba a Gary con el arma aún en su mano, pero todavía apuntando hacia la contraventana. No comprendía lo que había sucedido. Las ideas en su mente enferma no fluían a velocidad normal y por eso sus movimientos se veían como proyectados a cámara lenta.

—¿POR QUÉ LO HAS HECHO GARY...? —Consiguió decir a expensas de su cordura. —¿QUIÉN TE HA MANDADO ENTROMETERTE?!— Mientras pronunciaba estas palabras, muy lentamente, su mano derecha había comenzado a moverse. Giraba poco a poco hacia Gary.

—¡No lo hagas!— Gary sospechaba lo que estaba a punto de suceder. Gritaba, pero no al mismo volumen que lo hacía Doug. No tenía tanta potencia en sus pulmones enfermos. — ¡Soy Gary, hombre, mírame bien!. ¡Recuerda todo lo que hemos pasado, ¡las noches de juerga en *La Cuarta Edad!*, ¡No me jodas, Doug, no me mates!, ¿Ya te has olvidado de que te ayudé con lo del niño?. Doug... ¿Recuerdas al niño?. ¡Me debes un favor!

Doug se quedó totalmente rígido. La pistola ya estaba apuntando directamente a Gary cuando se detuvo. Los ojos del viejo volvieron fugazmente a ser los de Doug. La locura parecía haberse alejado de él. Pero no era así. Ese momento lúcido fue provocado por el recuerdo. Doug estaba recordando lo que Gary le decía. El momento en que el niño había muerto. Y Gary le había ayudado... *Pero no le debo nada, lo hizo por que él quiso, pensó. No le debo nada.*

Recordar aquel momento fue el empuje que necesitaba.

Mientras el arma apuntaba a Gary, Doug miró a Dahl y le dijo mentalmente que no se preocupara, lo que le había encargado estaba a punto de cumplirse. Pero Dahl se encontraba en otra parte, dentro de sí mismo, cotejando los datos que ya tenía. Quería saber de una vez por todas quién era y qué hacía realmente en la Tierra. Tenía una terrible duda. Y la duda no le permitía manejar la situación. Ahora se había convertido en un simple espectador.

Después de su monólogo sin oyentes que había dirigido a Dahl, apuntó de nuevo a Rob con la pistola. Oyó a lo lejos, en lo más profundo de su corteza cerebral gritos asustados que le pedían que parase. Le repetían una y otra vez que continuar era una locura. Eso a Doug no le preocupaba nada en absoluto. *Ya estoy loco. Y por lo tanto tengo todo el derecho del mundo a hacer locuras...*

7

Doug no hizo ningún caso a Gary, que era quien le gritaba. Una sonrisa de locura contenida asomó a sus labios al tiempo que se colocaba sobre el asustado Rob. Se agachó y apoyó el cañón del arma sobre el pecho del hombre tendido en el suelo. Gary le intentó sujetar otra vez, pero en esta ocasión Doug reaccionó a tiempo y le propinó un violento golpe en la cara, con la culata de la pistola. Mientras Gary caía, Doug disparó donde había apuntado segundos antes. Directamente sobre el pecho de su víctima. La explosión fue tan fuerte como las otras. La campana de cristal imaginaria resistía heroicamente cualquier envite. Le disparó en el pecho y no en la cabeza, donde todo sería más rápido y seguro. Pero si no lo hizo fue por un motivo, no le apetecía escuchar el sonido de otra cabeza al romperse. Una vez había escuchado una... y el recuerdo de aquel momento le había acompañado desde siempre.

(un sonido gomoso, húmedo)

(un chasquido)

(como un cráneo al ser apretado y reventar)
(contra el suelo)

La sangre que surgió del pecho de Rob lo salpicó todo. Una parte cayó sobre Doug, devorándolo, sumergiéndolo en su propia culpa. Tenía manchas en su cara como si le hubieran arrojado un bote de tomate caducado. Sacó la lengua para saborearlo y mezcló su propia sangre con la que resbalaba por su cara. Se sintió tan bien por acabar su tarea que se giró sobre sí mismo y apuntó con el arma ensangrentada a Gary, que le miraba desde el suelo suplicándole perdón con la mirada. *Hoy no me apetece perdonar a nadie*, pensó Doug. *Me ayudaste en el pasado, pero ahora ya no te debo nada. Nada en absoluto.*

Y disparó. Otro trueno recorrió las ardientes dunas, acompañado por la muerte cubierta de arena.

8

Rob recibió el impacto en su pecho y notó cómo la bala salía por la espalda. Estaba agonizando, pero aún tuvo fuerzas para sacar la foto de la joven Marsha del bolsillo de su camisa. Entre la sangre que la empapaba y el impacto de la bala, se advertía una pequeña cara, redonda y pálida. Era Marsha Lene, que le mira con los ojos llenos de lágrimas. La chica de la foto, que durante tantos años había sonreído, ahora insistía en llorar. Rob le dijo mentalmente que no continuara, que no debía estar triste. Ahora se disponía a recorrer un largo camino para alcanzarla más allá de la muerte. Iba con la convicción de que en esta ocasión no la perdería. Tenía la eternidad a pocos segundos de distancia de la vida. *Te quiero, chica*, le dijo a la foto con un susurro sin voz. Y la foto le devolvió la frase. Y le dijo que le esperaba... Rob comenzó entonces el trayecto más esperado. Iba en busca de su propia vida, que estaba dentro de una chica a la que había querido en el pasado y querría en el futuro. Cerró los ojos. Caminó por un amplio pasillo iluminado y fue dejando atrás cientos de puertas, a derecha e izquierda. Avanzó hasta el fondo del pasillo. La última de las puertas, la que estaba frente a sí, tenía un pequeño cartel con dos únicas palabras impresas en él. Dos palabras pequeñas y brillantes, escritas con tinta blanca. MARSHA LENE, decía aquel cartel. Rob, ahora con el cuerpo y el rostro joven, como cuando tenía 20 años, golpeó suavemente la puerta con el nudillo. La puerta se abrió y apareció una chica rubia. Una chica con los ojos oscuros pero brillantes, que le miraba como si le hubiera esperado toda la vida.

Rob, en medio del desierto, expiró. Sonrió cuando el último aliento salía de su boca, porque mientras eso sucedía, en el pasillo del otro lado, él y Marsha Lene lloraban mientras se abrazaban. Tenían mucho de qué hablar. Y para ello contaban con todo el tiempo del mundo.

9

Gary cayó hacia atrás de nuevo. El disparo le alcanzó cuando estaba recuperándose del tremendo golpe que le había dado Doug. Su estómago vomitó sangre en mayor cantidad de la que lo había hecho el corazón de Rob. Y ésta también alcanzó a Doug, que la saboreó como había hecho previamente con la suya y con la del otro viejo. Después de disparar, levantó el arma a la altura de la cabeza y colocó el cañón en su propia sien. Cerró los ojos y se abandonó a su suerte. Tensó los dedos y disparó. No salió ninguna bala. No quedaba ninguna en el tambor. La cara se le torció en una extraña mueca. Tenía pensado morir después de matarles. Y ahora no podía. Cayó al suelo de rodillas encerrado en sí mismo. Continuaba disparando la pistola. Una y otra vez, esperando encontrar alguna bala perdida en el interior. Jugando a una

absurda ruleta rusa consigo mismo. Sus rodillas se clavaron en tierra y la arena trepó por ellas. Tchak, tchak, tchak... dispara y dispara una y otra vez.

(Tchak.)

(Tchak, tchak.)

Dahl, que no había intervenido en ningún momento, se olvidó del cadáver de Rob y de la tremenda locura de Doug, que babeaba con los ojos cerrados mientras intentaba suicidarse con una pistola descargada. No, no se preocupaba por ninguno de ellos, ni siquiera por sí mismo. Estaba absorto contemplando a Gary. Se está muriendo, pero aún balbucea. Dice cosas incoherentes, y entre ellas suplica que le perdonen la vida. Dice que ha ayudado a Doug en el pasado y que no puede hacerle eso. Que no es justo.

Dahl le mira por lo que había dicho sobre un niño, que le había ayudado a ocultarlo... No está seguro, pero cree que ese niño tiene mucho que ver con su situación, con todo lo que ha sucedido. Quiere conocer el pasado de Doug, Rob y Gary. Tiene la vaga sensación de que así conocerá el suyo también. Saber quién es se ha convertido en una obsesión. Y si Gary lo sabe se lo dirá... de una u otra manera.

En un instante está a cinco o seis metros de Gary. Al instante siguiente se encuentra justo a su lado. Uno de sus zapatos roza la espalda del viejo. Le da una pequeña patada, pero Gary no se mueve. Nada en absoluto. Está seguro de que no ha muerto, ya que el pecho aún vibra. Pierde el ritmo, pero aún se nota una débil respiración, al fin y al cabo.

—¿Gary?. ¿Estás ahí...?

Gary no contestó. Aún no estaba muerto, pero su interpretación de la realidad había desaparecido por completo. No podía sacarle ninguna información en aquellas circunstancias. Había llegado tarde. Estaba agonizando. *Un momento...*, pensó Dahl esperanzado. *¿Y si lo hago sin que él lo sepa? ...*

Dahl le cogió la cabeza. Se la levantó todo lo que pudo del suelo y le sujetó con ambas manos la sien. Le colocó en frente suyo y comenzó el interrogatorio.

—Gary... ¿Me oyes?.

—hmmmm...

—¿Gary?. Sé que estás ahí. Abre los ojos.

Gary hizo lo que Dahl le ordenó, pero no era el Gary real, era la parte manipulada de Gary. Abrió los párpados y asomaron dos ojos perdidos y agrietados. No miraban a ninguna parte. El cerebro de Gary había muerto ya. Dahl logró introducirse dentro de su mente. Ahora le maneja a su antojo.

—Gary..., sitúate años atrás, cuando eras joven. Recuerda todos y cada uno de los detalles de tu vida junto a Rob y Doug. Dime todo lo que sepas de ellos. Y sobre todo, háblame del niño. Háblame del niño, Gary. Comienza a hablar. Apenas tenemos tiempo.

Gary abrió la boca y comenzó a soltar palabras en principio sin sentido. Después de un par de frases, Dahl logró regularle el habla. Se entendía perfectamente todo lo que decía. Hablaba como si se hubiera memorizado años y años de una vida y fuera necesario soltarlo todo ahora, en una especie de examen oral muy complicado.

Dahl escuchó atentamente lo que la mente de Gary quiso contarle.

II

En el recuerdo

(sueños)

UNO

1

Rob tiene 19 años. Vive en Daulon, en la calle de la Iglesia, con sus padres y un hermano pequeño, de 11 años. No son una familia de clase alta, pero se defienden relativamente bien. Por esos días los gastos quizá aumenten algo más de la cuenta. Se acerca la Navidad y todo el mundo sabe lo que eso significa. Compras de todo tipo: regalos, comida, adornos, ropa... es un tiempo complicado en todos los sentidos. Está la parte monetaria, pero también la sentimental. La Navidad no gusta a todos por igual. Algunos se deprimen al ver luces colocadas por todas partes o al escuchar los villancicos en boca de coros de niños por las calles. Rob pertenecía al grupo de los que sí le gustaba. En parte por que no había clases a la vista durante, al menos, dos semanas. Eso era lo mejor. Aprovechaba para salir de casa a cualquier hora, a dar vueltas y más vueltas por el barrio donde se situaban los bares más importantes de la pequeña ciudad. Siempre estaba acompañado por Will Bresler, con él iba a todas partes. Y de vez en cuando se les unía otro amigo, Gary Bass.

2

Dahl, en el mundo real, se sorprende al comprobar que Gary está hablando en tercera persona, como si lo hubiera vivido todo desde el aire, observando cada detalle de su propia vida y de la de los demás desde fuera de su propio cuerpo. Eso era una cosa buena. No conllevaría ninguna confusión. Si le preguntaba algo más a Gary tal y como estaba, todo acabaría. Debía dejar que Gary hablara. De esta forma lo comprendería todo perfectamente. Sería una pequeña novela con varias vidas como argumento. Ya tengo ganas de ver cómo termina, pensó Dahl a la vez que escuchaba.

3

Gary Bass tan solo contaba 16 años en aquella época. Era un amigo ocasional de Rob. Salía con él cuando se lo permitían en su casa. Sus padres consideraban que no tenía edad para hacer lo que Rob y Will hacían. En realidad no tenían ni idea de qué era lo que Rob y Will hacían, pero a ellos les traía sin cuidado, lo único que querían era mantener a su hijo en casa. Y no preocuparse tanto cuando no estaba a su lado.

Will tenía coche. Era amarillo y rugía más de lo necesario. Lo llamaban "La Bomba Amarilla". En el color habían acertado. Y lo de "Bomba" debía ser por las continuas explosiones del motor. William era el que más edad tenía de los tres, 21. Pero se divertía con los menores como si tuviera sus mismos años.

Aquel día en concreto era sábado.

Habían quedado los tres para hacer unas compras en las tiendas de la zona. Si no encontraban lo que querían podían ir a Carseny. Tenían coche. Y tenían tiempo. En aquella época no existía la Interestatal como se conoce ahora, era una pequeña carretera sin asfaltar que unía sólo los dos pueblos.

No les hizo falta ir muy lejos, lo compraron todo en Daulon. Lo hicieron con relativa rapidez, por que les apetecía ir después a dar una vuelta. Los sábados Daulon se

llenaba de gente, era el día elegido para la diversión. Los domingos el lugar de moda era Carseny. Los viernes no tenías a donde ir...

Will aparcó su coche cerca de la calle principal. Estaban cerca de los bares. Y eso estaba bien. Comenzaron a caminar por la calle que atravesaba el pueblo de un lado a otro. A ambos márgenes, los bares se abarrotaban de personas. Era un buen lugar para conocer gente. Gente que provenía de otros pueblos o incluso gente del propio Daulon, que sólo salían de su casa en estas ocasiones especiales, como la Navidad. No era un pueblo excesivamente grande, pero podías estar viendo a alguien durante mucho tiempo tan esporádicamente y a tal distancia, que cuando le conocieras directamente no recordarías haberle visto nunca. Solía pasar.

Hicieron varias paradas, en algunos de los bares donde había menor densidad de personas. No les gustaba, a ninguno de ellos, introducirse en océanos de chicos y chicas que en ocasiones se desbordaban formando maremotos de cuerpos y vasos con bebidas. Lo malo de las fiestas grandes es la acumulación de gente. Y la Navidad era una de las fiestas más representativas en este sentido. Aún así, si buscabas el bar apropiado o la zona más adecuada, podías librarte de todos. Por eso eligieron como objetivo uno que, aún estando en la parte más céntrica del pueblo, no era de los más visitados. Tampoco era muy elegante, pero serviría para pasar un rato. Más tarde se marcharían a cualquier otro lugar ya más vacío, puesto que los chicos y chicas más jóvenes tenían un límite de hora y, rebasando ese límite, el mundo se volvía perfecto.

Entraron en el *Tie—up* por orden de edad, sin darse cuenta. Primero entró Will, luego Rob y más tarde Gary. En el bar flotaba una música débil, que casi nadie oía, pero que se transformaba en el cómplice perfecto de todo lo que allí sucedía. Entraron dispuestos a comerse el mundo, como tres jóvenes cualquiera en otra época cualquiera... y lo hacían porque el mundo amenazaba con comérselos a ellos. Lo hacían sólo para defenderse. No tenían otro motivo a la vista. Will acababa de encontrar un trabajo en una empresa en crecimiento, que pondría los dientes largos a cualquiera... Gary estaba aprobándolo todo en el Instituto y Rob, que también llevaba su curso con relativa facilidad, había tenido un pequeño problema sentimental unos meses antes. Una chica con la que salía le dejó. Su motivo fueron los estudios, aunque en opinión de Rob lo que en realidad sucedió fue que se cansó de ver su cara. Rob la iba a buscar a clase. Rob la iba a recoger al autobús. Le veía todos los fines de semana... en fin, que ella no pudo ni supo soportar el verse a su lado por el resto de su vida. Sus razones tendría. Se las explicó en su momento, pero de una forma tan vaga y poco convincente que todo lo que amenazaba con derribarse desde que se fue definitivamente cayó. Su mente se transformó en puro escombros. Sus ideas giraron sobre sí mismas sin orden ni concierto y, aunque no estuvo nunca lo suficientemente cerca del borde de la locura, siempre se temió lo peor. Prácticamente lo había superado todo. Todo lo que había pasado... Pero de los tres era él el que más ansiaba divertirse. Y tenía previsto que así sucediera.

Una vez dentro, todos menos Rob pidieron algo de beber. Rob nunca tomaba nada, en ningún sitio. No bebía alcohol ni fumaba. Hacía algo de deporte en sus ratos libres. Era un chico sano en opinión de muchos. Era un chico totalmente normal en su propia opinión. A los que apenas conocía y le querían invitar a algo les decía que nunca bebía nada, que se limitaba a hacer, durante el día, la fotosíntesis. Como las plantas. A algunos les hacía gracia el comentario. A otros no... Rob no quería hacer gracia. No necesitaba causar la sonrisa en los demás para estar seguro de sí mismo, lo que hacía lo hacía para establecer una línea, aunque delicada, entre él mismo y la otra personal. Casi siempre lo conseguía. Y eso estaba bien.

Estaba saliendo de su antigua depresión y eso también estaba bien. Muy bien.

Y todo era por culpa de las mujeres, siempre. Lo que sucedía, en su opinión, era que ellas nunca sabían qué era exactamente lo que querían. Veían a alguien y se enamoraban. Si él les correspondía, todo salía como ellas planeaban. Luego venían los quebraderos de cabeza. Si te fijabas en cualquier detalle que la rodease, eras

demasiado pesado. Si no hacías nada al respecto, era que no te fijabas en ella. Con el pasar del tiempo, más o menos conocías (más bien menos) lo que ella quería en cada ocasión. En determinados momentos está bien la anticipación a sus deseos. Pero en otros... es peor que si te hubiera sorprendido con otra chica. Rob consideraba (y tampoco andaba tan descaminado) que salir con una chica con planes de futuro o, al menos, de durar el mayor tiempo posible, era una pelea con uno mismo. La mente se hallaba continuamente en tensión. Si una acción tenía dos opciones, el tiempo para cotejarlas siempre resultaba ínfimo. Ella pretendía una respuesta rápida. Si se la dabas y era la correcta, bien, te has salvado hasta el siguiente asalto. En cambio, si te equivocabas... todo se venía abajo. Hicieras lo que hicieras, siempre quedabas, por decirlo de alguna manera, por debajo de ellas. Y ellas lo sabían. Y manejaban a su antojo. Lo sabían hacer bien. Y nosotros nos dejábamos manejar. Desde siempre... Lo que le ocurrió a Rob fue algo bastante común por otra parte: su chica se fue por que se cansó de verle. Por que le dio miedo el futuro. Por que se asomó a lo alto de su vida y vio que la altura que había tomado con aquel chico a su lado era demasiada. En lugar de continuar, que era lo más fácil, hizo lo más difícil... saltar. Rob la había visto en su caída. La había visto alejarse, pero no pudo hacer nada por evitarlo todo. Ellas eligen. Y en ese caso no hubo ninguna excepción. Se fue por una puerta de la que Rob no tenía ninguna copia de la llave. Y no volvió a verla. Las últimas noticias que llegaron a sus oídos fueron algunos meses después. Por lo visto estaba en un pueblo llamado Venibeth, a unos 150 kilómetros al sur de Daulon. Y al parecer estaba con alguien. *Es su vida, que haga lo que quiera*, pensaba Rob en aquella época. Lo cierto es que estaba relativamente enfadado por que su vida se había salido del cauce de una manera absurda. Pero en algo se sentía liberado... No toda la culpa había sido suya.

—¿Te pasa algo, Rob?. —Gary le preguntaba eso de vez en cuando, sabiendo lo que le sucedía. Conocía la mente de Rob bastante bien. Sabía que no estaba pensando en ella, que no amaba a aquella chica de quien ya no pronunciaba ni el nombre. Sabía que lo que bullía dentro de la cabeza de Rob era un sentimiento cercano al odio. No la odiaba a ella como persona, puesto que se limitó simplemente a decidir. Decidió sin contar con él, también eso era cierto, pero fue simple y llanamente una decisión. No, no la odiaba a ella, odiaba todo lo que le había sucedido. Se había abandonado completamente a un futuro bastante incierto y el mal resultado era lo que realmente le dolía. Le dolían las mentiras y las desconfianzas. Le dolía todo. Ya no quería a aquella chica. No sentía nada por ella. Pero no lograba apartar de su cabeza la relación pasada, y todo porque la repasaba en todos los detalles buscando su error. Nunca lo encontró, según les dijo a sus dos mejores amigos en aquella época. Siempre buscó sus errores para no volver a repetirlos. Y tanto Will como Gary le envidiaban por ello. Se superaba día a día. O, al menos, lo intentaba.

—No, no me pasa nada, Gary. —Dijo Rob mientras recuperaba todos los sentidos y los acondicionaba de nuevo a la realidad— A mi no me pasa nada, pero puede que a ti sí, si no te tomas eso pronto y te vas a casa con todos los demás niños del pueblo. ¿No está cerca la hora que te han impuesto tus padres?

—Cállate, cabrón. Sabes que eso me jode, tío.

Will y Rob rieron. Gary se les unió al cabo de unos segundos de desconcierto, cuando se dio cuenta de que había hecho el ridículo. Había caído en una vieja trampa. Reconocida su derrota rió hasta que se le saltaron las lágrimas. Después de eso y de tomarse todo el contenido del vaso, sacó la cajetilla de tabaco medio vacía y comenzó a fumar un cigarrillo. Nunca le gustaba llegar con la cajetilla a casa. Y cada vez que salía compraba un par de paquetes. Fumaba demasiado, y sus amigos se lo advertían una y otra vez. Pero en aquella época el cáncer sólo era un fantasma desprovisto de cadenas y sábana. Aún no había comenzado a asustar.

4

Gary se había marchado mucho antes que el resto de la gente de su edad. En su casa eran así de estrictos. Y no le quedaba más remedio que respetar las condiciones impuestas.

Pero las rechazaba con todas sus fuerzas. Y tampoco eso tenía remedio.

Will y Rob se quedaron solos. Con la gente de su edad. Algunos con más años, otros con menos. No importaba demasiado. Will pidió una copa y eso era señal de que permanecerían en aquel local durante 30 minutos más. Eso era lo más probable. Mientras tomaba un sorbo, empujó con el hombro a Rob hacia el fondo del bar, hacia una pequeña pista donde bailaban parejas al ritmo de canciones lentas. Cuando Rob se volvió como preguntando para qué se iban allí, no tuvo necesidad ni de formular la pregunta en voz alta ni de escuchar la respuesta. La mirada que había en los ojos de Will implicaba que se dirigían a un lugar donde bailaban chicas. Y que, o bien alguna de ellas le gustaba, o bien consideraba que le gustaban a Rob. Se comportaba en determinados momentos como un padre con Robbie. Quería hacerle olvidar el pasado. Y lo cierto era que de vez en cuando lo conseguía.

Rob se olvidó de todo cuando su mirada imitó el recorrido de los ojos de William. Cuando vio el grupo de chicas agazapadas al fondo. Y cuando sus ojos se cruzaron con los de la chica rubia que bailaba sola, siguiendo el lento compás de una canción de amor.

DOS

1

Ella también le había visto a él. Le observaba pero disimulaba muy bien. En cierto sentido estaba jugando. Bailaba al son de una de tantas canciones que sonaron esa noche. Bailaba y se dejaba llevar por las notas de la música, que la envolvían con su permiso. Rob no podía dejar de mirarla. Lo intentó, pero no pudo. *Dios, no me dejes caer otra vez. No me dejes caer...*, pensó en un segundo de cordura. Pero Dios parecía no escucharle.

La chica tenía el pelo bastante largo, le llegaba hasta la mitad de la espalda. Y era de un color amarillo brillante, casi blanco. Su ropa era una simple camiseta blanca y unos vaqueros azules. Y su cara... sus ojos brillaban bajo la luz del bar. Destellaban al ritmo de la propia música. Y se hacían casi cegadores cuando se encontraban con los de Rob. No se conocían de antes, pero parecía que así fuera.

—¿Las has visto?— Will hablaba con la voz cargada de esperanza. Rob le contestó sin dejar de mirar al grupo de chicas. Ahora todas se habían percatado de su presencia y sonreían.

—Sí, la he visto. — Respondió ausente.

—¿La has visto?, ¿A quién?— William reía, Rob casi podría asegurarlo...— Te pregunto si las has visto, a todas... ¿Sólo te has fijado en una?

Rob se giró y miró a los ojos a Will. Movi6 la boca como para decirle algo, pero no salió ningún sonido. William volvió a sonreír y comprendió lo que había pasado. Sabía que Rob iba a caer de la forma en que cayó. Había visto la chica un rato antes. Ella les observaba también a ellos, en especial a Rob. Si conseguía que él la viera y le gustara quizá le ayudara a pasar por lo que estaba pasando. Quizá le arrancara de raíz su miedo a fracasar de nuevo. Y esperaba haberlo conseguido.

—¿Que te ocurre, Rob?, te noto pálido.

Rob volvió a mirarle a los ojos. Esta vez los dos rieron con ganas. Aunque la risa de Rob tenía cierta cantidad de nerviosismo. Quería conocer a aquella chica como fuera. Pero no se atrevía a dar él el primer paso. Ella le miraba y eso podía significar algo. Lo creía, pero no se atrevía a asegurarlo.

—Vámonos fuera, Will.

William quedó algo sorprendido. No entendía lo que sucedía. ¿Porqué quería irse?, ¿No iba a intentar nada?

—¿Por qué, Rob?, ¿Para qué quieres irte?.

—No quiero marcharme, sólo quiero salir fuera, a la puerta del bar. Tengo que hablar contigo y aquí no se puede. Hay demasiado ruido.

—Siendo así, está bien.

Los dos salieron al exterior. Rob delante de Will. Iba con la cabeza gacha, pensativo, calculando lo que le diría a su mejor amigo. Tenía que conocer a aquella chica. De cualquier modo.

2

—¿Lo has visto, Marsha?. ¿Te has fijado en ese chico?. No aparta la vista de nosotras. Parece que te mira a ti... ¿Marsha?

Marsha estaba oyendo la voz de una de sus amigas, pero la ignoraba. El chico que llevaba observando desde hacía rato se había fijado en ella. Su amigo le colocó en un lugar adecuado. Cuando las miradas coincidieron ella sintió un vacío en su estómago. Luchó por no apartar la vista, y lo consiguió durante un momento. Cuando volvió a mirar en aquella dirección, el chico continuaba observándola, con los ojos muy abiertos. Marsha se sintió bien, estaba siendo correspondida, al menos en apariencia.

La música no variaba, continuaban sonando canciones lentas. Era el ritmo apropiado para la atmósfera que se estaba creando. Marsha se consideraba romántica. No en exceso, pero sí le gustaba que los chicos con los que salía se preocuparan de pequeños detalles: flores, sonrisas en momentos adecuados, palabras románticas... Cualquier cosa, por pequeña que fuese era merecedora de su comprensión. Se consideraba una chica madura, aunque tan solo contase 18 años. Había vivido mucho.

Un par de meses atrás ella y el chico con quien salía en aquel momento lo dejaron. Estaba en una situación bastante parecida a Rob, sin saberlo. Tenía miedo de comenzar otra relación en caso de que se produjera la oportunidad. Pero esa idea ahora carecía de cualquier fundamento. Los ojos de Rob encontrándose con los de ella anularon su mente. Se encontraba en un estado en el que la parte hostil (la que no quería volver a salir con nadie en un tiempo) se encontraba con una parte nueva, que se estaba sublevando. Esa parte inducía a la locura. La incitaba a conocer a aquel extraño que la miraba como si fuera la primera vez que sus ojos veían la luz. Y luego estaba su amigo... su cara le sonaba, debía haberle conocido en algún otro lugar. Si recordaba dónde y cuál era su nombre, podía hablar con él y convencerle para que le presentara al chico de melena que tanto la atraía.

—¡Ey!, ¡Se están marchando!

El comentario de una de sus amigas la sacó de su ensoñación. Era cierto, los dos se iban.

—¿Los seguimos?.

Era otra de sus amigas. Cuando habló lo dijo mirando fijamente a Marsha y con una pícara sonrisa en sus labios. Ellas eran conscientes también, al igual que Will con Rob, que Marsha debía salir de su estado y divertirse. Y habían encontrado la válvula de escape en la figura de un chico de melena vestido con una cazadora vaquera, un jersey rojo y unos pantalones también vaqueros. Y ahora se iba... ¿Qué podían hacer?

—Vamos a acercarnos a la puerta, para ver qué camino toman. Después de un rato iremos por el mismo sitio, a ver si volvemos a verles...

Esto lo dijo la propia Marsha. Sus amigas se quedaron sorprendidas. Marsha Lene nunca había actuado así.

Marsha Lene estaba empezando a cogerle el gusto al jueguito.

3

Una vez en la puerta, Rob se dispuso a decirle algo a Will, pero este le sorprendió primero.

—¿Te gusta Marsha?, ¿La chica rubia?.

Rob se quedó pálido. Su amigo conocía a la chica de la cual se había quedado enamorado por eso que llaman flechazo. La conocía...

—¿La conoces, Will?, ¿De verdad que la conoces?

—Sí, tío, tranquilo. ¿Quieres que te la presente?

—Eso era lo primero que tenías que haber hecho... ¿Y cómo es que tú la conoces y yo no?

—Acaba de llegar de algún lugar del sur a mi pueblo, a Sigran.

—¿Así que está a 7 kilómetros de aquí, hacia el Norte...?

—Eso es, me la presentaron hace menos de una semana. Quizá ella no me recuerde, conoció a un montón de gente de golpe.

—Preséntamela, Will. Hazme ese favor... ¿Quieres?

—De acuerdo, vamos.

Los dos entraron de nuevo en el bar. Se dirigían al mismo lugar donde habían estado antes. Pero no les hizo falta llegar tan lejos. Las chicas se habían acercado a unos metros de la entrada. Tanto Will como Rob se sorprendieron por ello, pero no interrumpieron su paso. Ellas estaban paradas junto a la barra. Y hacia allí se dirigieron.

4

Recogieron los bolsos y las cazadoras y se dispusieron a cambiar de lugar. Querían acercarse a la salida. *¿Por qué se habrán ido?. Él me gusta... ¿No lo ha notado?. ¿Es que yo no le gusto? ...* Un montón de preguntas acudían a la cabeza de Marsha a velocidad de vértigo. No podía controlarlas. Se sentía niña de nuevo. Otra vez. Sentía cosas que creía perdidas para siempre. Algo había vuelto a nacer. Y amenazaba con marchitarse si lo perdía. Tenía que conocerle, a toda costa.

Su idea era la de quedarse junto a la barra, en grupo, como si tal cosa... y a la vez descubrir cuál era su destino. Hacia dónde iban.

El grupo de Marsha lo formaban cuatro chicas más y un chico. Ese chico, un tal Hank (como más tarde le diría Will a Rob, al parecer también vivía en Sigran.) Se percató desde el principio de lo que sucedía entre las chicas. A él también le gustaba Marsha, pero a ella, claramente, le gustaba el chico que hacía poco había salido del bar. Y no podía hacer nada para evitarlo. Las acompañó hasta la barra y se quedó con ellas. Esperando. Aguardando. Temiéndose lo peor.

—¡Vuelven a entrar!—, Gritó una de las chicas. La de mayor edad.

Marsha se giró hacia la puerta y los vio. Se estaban acercando.

Ella les esperó con cierto nerviosismo mal camuflado.

5

Will observaba la escena y su cara reflejaba cierto gesto de satisfacción. Había notado el movimiento de las chicas. Algo flotaba en el ambiente. Su amigo Rob se lo agradecería. Estaba seguro de ello.

Rob estaba relativamente nervioso. Su interés por aquella chica le había sorprendido. Estaba más tenso por la idea de conocerla que por lo que pudiera suceder después.

Will habló primero. Era el maestro de ceremonias.

—Hola... ¿Marsha?. Te llamas así, ¿no?

Ella se quedó un par de segundos mirándole. Sabía que le conocía de algo... ¿De qué podía ser? ¿Dónde le había visto antes?

—No me acuerdo de cómo te llamas pero... ¿Tú no vives en Sigran?. Creo que nos han presentado allí.

—Sí, me llamo Will.

Will se presentó primero a todas las chicas. Y también saludó al malhumorado Hank. Se conocían desde siempre ya que vivían en la misma zona. Después de recorrer todo el circuito le tocó el turno a Rob. Le fue dando un par de besos en las mejillas a todas y cada una de las chicas. La última fue Marsha. Cuando la saludó a ella su respiración se entrecortó. Notó las mejillas de la chica muy calientes y, entre

eso y que ella parecía también algo tensa, su nerviosismo se incrementó. Se desahogó cuando chocó la mano de Hank. Le sonaba su cara, creía haberle visto en compañía de Will en alguna ocasión. Pero en ese preciso momento su mirada era profunda, muy profunda. Rob notaba los ojos de Hank fijos en los suyos y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano por quitarse de encima todo lo que le había invadido en pocos segundos: calor, nerviosismo, la sensación de que lo mejor era estar en cualquier otro lugar, los ojos fijos del amigo de Will...

Pidió ayuda con la mirada a Will y su comprensión mutua hizo que Will le socorriera.

—Rob y yo hemos ido a comprar algo para Navidad. Estuvimos toda la tarde dando vueltas por ahí, mirando tiendas. ¿Vosotras ya lo tenéis todo preparado?

La chica de mayor edad, una tal Helen, habló primero.

—También nosotras hemos ido a mirar alguna que otra tienda, pero aún queda mucho tiempo para la Navidad. Os habéis dado prisa, ¿Eh?

—Bueno, así tienes más tiempo libre para hacer otras cosas. Todos los años solemos hacerlo antes que nadie. Luego no tenemos prisas.— Rob dijo esto con más entereza de lo que había supuesto cuando abrió la boca para hablar. Pero, aún así, el tema le parecía demasiado absurdo para seguir llevándolo a cabo. —¿Tenéis pensado salir hasta muy tarde hoy?. Mi amigo y yo nos íbamos ahora a un bar que hay en la parte baja de Daulon. Lo digo porque podríamos volver a encontrarnos más tarde.

Hank habló. A juicio de Rob estaba mucho mejor callado.

—No sé si será posible, Marsha y yo tendremos que marcharnos dentro de poco a Sigran, vamos con sus padres, que están por ahí dando una vuelta, conociendo este pueblo. Lo siento.

Los ojos de Hank permanecían vacíos y cansados. Lo que había hecho les separaría por un tiempo, pero ese tiempo sería escaso. Era algo más que una sospecha.

Will notó el ambiente cargado, donde nadie hablaba ni se movía. Decidió a intervenir y a dar la conversación por zanjada.

—¿Mañana saldréis por Carseny?, Es domingo y todo el mundo irá allí.

—Yo no creo que pueda, tengo que volver con mis padres a Saleims, el pueblo de donde vengo. Allí tengo a mis abuelos. Vamos a estar una semana con ellos. Cuando volvamos será para quedarnos definitivamente. El domingo por la mañana estaré aquí de nuevo, seguro. La próxima semana nos veremos en Carseny.

—¿Seguro?—, Preguntó Rob con una sonrisa en los labios.

—Seguro. — También Marsha sonreía.

—Bueno— Will de nuevo...— entonces quedamos en eso, ¿no?. El próximo domingo nos veremos por Carseny.

—Hasta el domingo entonces.— dijo Helen.

Rob se despidió con la mano del grupo y caminó hacia la salida. Creyó que Will le seguía pero al llegar a la calle descubrió que no era así. Él estaba dentro, hablando con Marsha. La había alejado de sus amigas y estaban hablando en privado. Ella sonreía. Él también. Algo en los ojos de Will parecía indicar que todo había salido bien. Fuera lo que fuese...

Cuando salió y llegó a la altura de Rob, este se interesó por lo sucedido.

Will le contó que había hablado con ella. Le preguntó que cuál era su opinión sobre Rob. Ella le había dicho que parecía un buen chico.

En opinión de Will, Marsha se había enamorado perdidamente de Rob. Rob no le hizo excesivo caso, William tenía tendencia a exagerar las cosas. Pero al menos, de todo lo sucedido, podía entresacar que le había caído muy bien a aquella chica.

Las ganas de estrangular a Will que le entraron al principio por hablar con ella se transformaron luego en agradecimiento. Le debía mucho. Ojalá todo saliera bien. Sólo debía esperar al siguiente domingo para verla.

6

El grupo de chicas les vio marcharse. Ya no les hizo falta saber su destino. No tenían intención de seguirles. Todo había terminado. Will había sido el último en irse, el otro, Rob, le esperaba fuera. Helen le preguntó a Marsha sobre lo que había hablado con Will. Marsha quitó importancia al asunto y cambió de tema. Helen intuyó lo sucedido y sonrió. El siguiente domingo se solucionaría todo.

Antes de marcharse del bar, Hank llamó a Marsha para decirle algo. Ese algo la dejó pensativa y esperanzada.

—Ese chico y tu vais a acabar juntos.

—¿Por qué piensas eso?

—Por la forma en que os mirabais.

Hank volvió a bajar la cabeza y sus ojos se volvieron de nuevo cansados y sin esperanza.

—Créeme, Marsha... Saldréis juntos.

Y con eso dio la conversación por zanjada.

Se fueron temprano, como Hank había dicho.

Aquella noche, y el resto de la semana, Marsha soñó.

Y también Rob.

TRES

1

El domingo que todos esperaban llegó. Tardó lo que debió tardar y se hizo de rogar lo necesario. Con la misma exasperante imparcialidad pasaría y daría lugar al siguiente día de la semana. Al menos eso era real. Era la realidad que se definía en una suerte de imaginación colectiva. *Todo es relativo...* había dicho alguien en alguna ocasión. Y no se equivocó.

William y Rob estaban junto a la puerta de un bar llamado *El Purgatorio*. Era un nombre apropiado para el lugar y la situación. La temperatura debía rozar peligrosamente los cero grados centígrados. El frío dormía las articulaciones y las caras pálidas circulaban calle arriba y calle abajo, formando parte de una corriente sanguínea compuesta sólo por glóbulos blancos. El espectáculo era sorprendente y a la vez extraño. Era un día de invierno como otro cualquiera, pero Rob lo veía con otros ojos... lo observaba todo con los ojos del futuro. Tenía miedo del momento que había de llegar, pero lo esperaba con los brazos abiertos. La esperaba a ella.

Era el día 29 de diciembre de un año sin importancia, sumergido en los calendarios del tiempo y borrado sin esfuerzo, como recuerdos superfluos. El frío se levantaba sobre la ciudad de Carseny y la ausencia de contrincante le convertía en el amo absoluto. Sus súbditos portaban guantes y gruesas cazadoras. Pero nada era suficiente.

No encontraban a las chicas con las que habían quedado. El pueblo era tan pequeño que desde el primer momento confiaron en verlas. Confiaron en su suerte. Y esa suerte parecía haberles abandonado al menos de momento. Quizá el frío la inutilizaba como estaba inutilizándoles a todos.

2

—¿Dónde estarán?— Rob formuló la pregunta sin esperar una respuesta, pero la encontró en los labios de Will, que siempre estaba detrás de él. Y siempre tenía una respuesta para todo.

—Tranquilo, las encontraremos. No te preocupes. Con este frío lo más lógico es que estén dentro de algún bar. ¿Damos una vuelta a ver si están por ahí?

—Espera, acabamos de llegar y no hemos entrado en ninguno. Este que tenemos detrás es bastante grande y ponen el mismo tipo de música que sonaba la semana pasada en el Tie—up, en Daulon. ¿Probamos?

—Tú eres el interesado, — Will agachó la cabeza a modo de saludo cortés e invitó a su compañero a pasar el primero dentro.— adelante.

Cuando estaban entrando sucedió algo parecido a lo del sábado anterior en Daulon, en el bar donde las habían visto la primera vez. A la vez que ellos entraban, colándose como podían entre la multitud, ellas salían.

3

Helen observaba a todas sus amigas al mismo tiempo, pero era una la que la preocupaba. Era Marsha. Esos chicos no habían aparecido. ¿Dónde estaban?. ¿Se

habían echado atrás a última hora?. Eso no debía hacerse, no se podían crear falsas expectativas en las personas y luego abandonar. Eso no estaba bien. Ella era a Marsha lo que Will era a Rob. No la conocía demasiado, pero desde el primer momento se había dado cuenta de la pureza que despedía aquella chica. Tenía algo especial. Algo que valía la pena enmarcarlo y exponerlo delante de cualquiera. Lo malo era que eso especial sólo surgía en los momentos en los que se sentía feliz. Cuando no lo estaba, el mundo parecía girar a su alrededor sin más. A ella no le preocupaba nada. No sonreía, y si lo hacía era una sonrisa vacía... Helen quería ver luz en los ojos de aquella chica rubia de ojos marrones y tez clara. Quería obtener un brillo igual al que observó en el *Tie—Up* la semana anterior. Para conseguirlo debía encontrar a aquel chico de pelo largo y hacer que se encontraran de nuevo. No sabía cuál sería el desenlace, pero fuera cual fuese estaría bien. De eso si estaba segura.

—¿Vamos a ver si nos los encontramos?

—...

Nadie habló. Ninguna dijo nada. Simplemente se limitaron a observarla... Era la primera vez que Marsha hablaba en las últimas dos horas. Sus amigas la miraron sorprendidas, como dos turista mirarían a una momia que sale por su propio pie del sarcófago donde descansa desde siglos y se dirigiera amablemente a ellos para preguntarles, si no es mucho molestar, en que año, exactamente, se supone que están.

—¿Vamos o no?— Marsha repitió su pregunta de nuevo, mezclando en el tono frustración, enfado y duda.

—De acuerdo — Helen habló en nombre de todas, como solía hacerlo casi siempre que surgían indecisiones en el grupo— quizá los encontremos en algún otro bar.— No le gustaba infundir falsas esperanzas, pero al ver el pequeño chasquido de luz en la mirada de Marsha, se dio cuenta que no había estado del todo mal su gesto.

Mientras salían, habiendo todas recogido ya sus respectivos abrigo y bolsos, la que encabezaba el grupo, Marsha, se encontró de frente con el cabecilla de otro grupo más reducido. Un grupo formado por dos chicos... Se encontró con Rob. En ese momento el nombre del bar tomó otro significado. Se transformó en el estado en el cual se espera la respuesta a una pregunta formulada en otro momento, no necesariamente recordado. El Purgatorio era un lugar de espera. De ilusiones.

4

Rob Dornish tropezó literalmente con Marsha Lene. Y ella con él. Se miraron fijamente a los ojos y todo comenzó.

Rob le pidió a ella que saliera un momento fuera del bar, con él. Allí había demasiado ruido para hablar. Ella le acompañó sin hacer preguntas, ya tendría tiempo para eso. Will y Helen se miraron e intercambiaron un gesto de ignorancia. No sabían lo que iba a pasar, pero a la vez estaban seguros de lo que sucedería. Les dejaron ir solos. Ellos así lo desearían. Tenían cosas que contarse y que pedirse. Y poco tiempo para todo...

5

—¿Cuándo os vais?— Rob realizó la pregunta muy serio. Consciente de lo que hacía y de que posiblemente no le quedara demasiado tiempo esa noche para decir todo lo que debía.

—En menos de una hora... ¿Tanta prisa tienes de que nos vayamos?— dijo Marsha con una leve sonrisa de fondo.

—No.

La sonrisa se borró de los labios de la chica. La forma en que había dicho *no* Rob la impresionó. No lo dijo ni enfadado ni ausente. Lo dijo alguien a quien le cuesta mucho trabajo hacer lo que está haciendo. Y ella no quería interferir en lo que él debía contar. Quizá también ella tenía algo que decir.

Rob volvió a hablar entonces:

—Creo que el otro día hablaste de mí con Will.

—Sí...

—Y creo también que le dijiste que yo te gustaba.

—¿No hace mucho calor de repente? ...— No era algo que Marsha quisiera contar a los cuatro vientos, fue un simple pensamiento que se escapó de su boca, a la vez que las pequeñas volutas de vapor que se formaban al ritmo de su respiración. Una respiración que se aceleraba por momentos. Su cara estaba enrojeciendo. Y, por supuesto, no era debido a la temperatura.

Rob lo vio, pero continuó hablando. Parecía inmerso en una lucha personal, en un monólogo donde él mismo se hablaba y se escuchaba. Estaba serio y sus palabras sonaban serias. Sus ojos no parpadeaban apenas, estaban fijos en los de la chica y el resto del mundo parecía haberse evaporado. Iba a seguir preguntando, o simplemente alargando la conversación, pero ella le cortó. Ella habló y lo que dijo le dejó desorientado. Perdido en sus propias ideas vagas y fantasiosas.

—Me gustas, Rob. Es verdad. El otro día se lo dije a tu amigo Will. Y era cierto.

—...

—Me gustas mucho. ¿Te sorprende que te diga esto tan directamente?, La verdad es que tu también me has sorprendido desde que hemos comenzado a hablar. Me gustas, pero lo que me preocupa es lo que tu sientes, hasta donde pretendes llegar...

Rob no se había planteado eso. No *quería* planteárselo. En su cabeza flotaba desde el sábado anterior la idea de salir de nuevo con otra chica. Esa idea se había vuelto cada vez más sólida con el paso de los días. Quería salir con ella. Quería salir ciegamente con ella, sucediera después lo que sucediera. Se rompieran los corazones que se rompieran. Nada importaría después. Nada. En lugar de contarle todo esto, decidió alargarlo todo un poco más. Sólo un poco. Los dos tendrían tiempo para pensar. Tiempo para soñar de nuevo. Y tiempo para que los sueños se realizaran.

—Lo que tenemos que hablar es demasiado importante para hacerlo aquí, con este frío y con tan poco tiempo. Os marcharéis dentro de unos minutos. Lo mejor es que nos veamos en otro momento.

—¿Cuándo?

—El martes es Año Nuevo... ¿Saldréis por Daulon?

—Sí. Sobre todo ahora que tengo un motivo.

Rob sonrió. Todo se había distendido en cuestión de segundos. El frío que lo rodeaba empezaba a empaparle como no lo había hecho desde el principio. Y algo extraño brotó entonces de su boca.

—Si te veo el martes, ¿Crees que podría suceder algo entre nosotros?

—Es posible... — Marsha hablaba con cautela pero a la vez con diversión contenida. Hablaba calculando las palabras, pero en su voz también flotaba algo parecido al juego. Estaba jugando. Le divertía jugar. Y no era un juego tan malo...

—Entonces... ¿nos vemos el martes?. ¿Te parece bien a la 1:30 de la mañana frente al Tie—up?

—Me parece bien.

Ahí concluyó el domingo en la mente de ambos. En el futuro sólo recordarían esa escena. Todo lo que pudo haber sucedido después por las calles de Carseny, y los días siguientes, hasta el martes, quedó olvidado.

Marsha miró por encima del hombro de Rob y se encontró con Helen y las demás, que la esperaban algo impacientes. Se hacía tarde para ellas.

Rob se giró y vio también entre las chicas a Will. Sonreía. Consideraba que todo había salido bien. Y estaba visiblemente contento.

Los componentes de cada grupo se unieron y se marcharon por un sentido distinto de la misma calle. Dejaron atrás miradas y sonrisas que se perdieron en sus recuerdos y entre el resto de la gente que pasaba por allí. Fue una noche extraña.

6

El martes volvieron a encontrarse. A la hora indicada en el lugar indicado. Marsha se había retrasado un poco, unos minutos, que a Rob le parecieron eternos. Por un momento se sintió como el novio de una boda que no puede celebrarse por que la otra protagonista, la novia, no aparece.

Pero todo quedó en un susto.

Ella apareció.

Y las miradas volvieron a ser prolongadas y profundas. Sus ojos se encontraban y ni podían ni querían luchar contra ellos. Se mantenían unidos de esa manera por que así lo deseaban.

Will había estado esperando con Rob. Los cinco minutos que había tardado aquella chica los padeció con una tensión parecida a la de Rob. Temía que todo se desmoronase en el último momento. Pero afortunadamente no fue así.

Marsha subía con su grupo de amigas. Las de siempre. Eran cuatro o cinco. El número podía pasar a tres o a cinco de vez en cuando, pero lo normal era ver a cuatro. Helen siempre se repetía. Nunca faltaba.

La noche era fría. No tanto como el domingo, pero sí bastante. Era la noche de Año Nuevo. Hacía ya casi dos horas que habían cambiado de año. El tiempo pasaba sobre todos como si disfrutara haciéndolo. Y todos veían al tiempo pasarles por encima y simulaban también disfrutar. Era la noche donde todo el mundo se notaba más viejo. Al pasar de un año a otro era como si la edad global de las personas cambiara. En realidad sólo envejecía el mundo.

El mundo era un anciano venerable que observaba la película que representaba el ser humano.

Rob y Marsha se quedaron un momento observándose. Él a salvo ya del susto por la espera y ella recuperando el aire perdido al subir la calle apresuradamente. Ambos iban vestidos para la ocasión. Él con un traje azul marino y camisa blanca y ella, debajo de una gruesa cazadora (aquella noche hacía frío... mucho frío...) llevaba puesto un vestido largo negro. Era un vestido apropiado para la ocasión. Elegante y de noche.

Marsha habló, y las volutas de vapor que surgieron de su boca cuando lo hacía hipnotizaron aún más a Rob.

—¿Vamos a algún sitio?

—¿Al *Tie—up*?

—Me parece bien...

Y ambos se alejaron, sorteando al resto de seres humanos que compartían con ellos en ese momento la calle. Helen y Will se miraron y a continuación sonrieron. Todo salía como debía salir. Cuando vieron a la pareja perderse entre la gente Will se unió al grupo de chicas y juntos pasaron la noche.

Will pensaba en todo lo que debían contarle él y Rob a Gary cuando volvieran a verle. Se iba a quedar de piedra...

7

Una vez dentro del bar, y bajo la misma música (sorprendentemente) que les había envuelto el día que se conocieron, él la abrazó a ella. Al principio simplemente bailaban, pero Rob había tropezado con la barra. En lugar de apartarse se apoyó en ella. Miró fijamente a los ojos a Marsha y le habló, disimulando su nerviosismo todo lo bien que pudo:

—¿Recuerdas lo que me dijiste el domingo?

—Sí.

—¿Que querías saber lo que yo realmente pretendía...? Te lo diré: ¿Saldrías conmigo?

—Sí...

Se volvieron a mirar. De alguna forma Marsha supo que él no le mentía al decir que realmente deseaba eso. De alguna forma Rob supo que ella no le mentía al contestar a su pregunta.

—¿Lo hacemos oficial...?

Marsha le miró y adivinó su intención. Ella también pretendía lo mismo. Asintió con un breve gesto como respuesta a la última pregunta de Rob. Él bajó un poco la cabeza. Ella acercó la suya...

La música sonaba de fondo. Siempre la misma canción.

Rob y Marsha se besaron.

El tiempo pasó.

(pesadillas)

UNO

1

Las semanas transcurrieron sin apenas incidencias. Sólo surgieron pequeños problemas como en cualquier otra pareja. Problemas que se solucionaron sin dificultad.

Hasta que el problema tubo un nombre propio.

Doug.

2

La segunda Gran Guerra se aproximaba. Debían quedar tres o cuatro años para que eso sucediera. Se mascaba cierto clima de tensión en todo el mundo. Algo parecía próximo a aparecer. Algo extraño, oculto y maligno. Europa ronroneaba bajo constantes y brutales confrontaciones sociales. Estados Unidos era otro ser que ronroneaba también, a menor nivel, en espera de cualquier cosa.

Eran dos animales que ansiaban comparar sus fuerzas.

Eran dos animales.

Entre Daulon y Carseny las noticias en este sentido apenas circulaban. Allí el exterior no parecía tener motivo de preocupación. Eran dos pueblos y a sus habitantes les preocupaba su propia vida, su supervivencia. Lo que sucediera en el resto del mundo sólo resultaría relevante si afectara directamente en ellos. Pero eso no ocurría. No les afectaba en absoluto... Y no era que no se preocuparan por el resto de los seres humanos, lo que pasaba simplemente era que no podían hacer nada para cambiar las noticias. Y para no cambiar nada y estar siempre rodeados de mensajes de rabia, dolor y miedo... mejor no saber nada de ellos.

Así vivían y así querían vivir.

Tenían sus propias guerras internas. Y sus propias preocupaciones.

Con eso bastaba.

3

Rob tenía problemas en casa. Dicho así parece el clásico joven que discute con los clásicos padres y surgen las clásicas rencillas. La realidad era bien distinta... Rob interpretaba que tenía la edad más adecuada para tomar sus propias decisiones. Esto en su casa era intolerable. No se le consentía lo más mínimo —así había sido siempre— y ahora, de repente, trataba de imponer sus propias ideas. Esto era, por supuesto, a juicio de sus padres. Rob sólo pretendía hacerse escuchar y que le permitieran intervenir en todo aquello que resultara de relevancia para la familia.

Los padres habían observado una pequeña semilla de rebeldía en la conducta de un chico que contaba ya 20 años. Intentaron inútilmente eliminarla y su fallo se volvió en su contra. Habían perdido el control sobre su hijo. Pero no se daban cuenta de un dato importante, la pérdida de control no se debía al propio chico, ni era culpa de ellos que no le habían educado bien...no, era la madurez y el afán de independencia lo que asomaba en los ojos oscuros de Rob. Sólo eso. Nada más y nada menos. Pero su mala interpretación conducía al absurdo.

Rob veía que sus discusiones se incrementaban cada día, en cantidad y en calidad. Quizá él se viera con fuerza para soportarlas un tiempo más, pero en el fondo no quería que todo aquello sucediera. No le gustaba ser el centro de atención de todo aquel drama. Tampoco admitía el hecho de que intranquilizaba a sus padres y a su hermano, que parecía también querer rebelarse a su temprana edad —apenas 12 años— y asumir el mismo control que su hermano mayor. El pequeño se peleaba en ocasiones con sus padres, al igual que Rob. Y eso no debía suceder.

Le daba la sensación de que estaba llevando a toda su familia al desastre, al caos más absoluto. Tenía que buscar la forma de salir del círculo vicioso en el que estaba inmerso... Estuvo un tiempo meditando, pensando qué podía hacer y cómo. Al final se le ocurrió algo. La idea no era tan descabellada. No sería vista con muy buenos ojos en su casa, pero a la larga todo sería mejor. Mucho mejor.

Vivía en Daulon con sus padres, pero su familia en el pasado había tenido tierras en abundancia. Una de esas tierras se hallaba a medio camino entre su pueblo y Carseny. En aquel terreno yermo y desolado su abuelo había construido una casa. Una casa muy pequeña... No era una obra de arte, pero serviría para pasar allí una temporada. Para respirar y aclarar las ideas. Sería un buen lugar para comenzar su largo proceso de independencia. Pero sobre todo para pensar. Para pensar en su vida al lado de Marsha. Para pensar en tantas y tantas cosas...

Al final se salió con la suya tras una larga discusión. Siempre pasaba lo mismo...

Se marchó al día siguiente de proponer su idea. No quiso mirar atrás. Vería a sus padres y a su hermano a menudo, sólo les separaban unos pocos kilómetros, y la distancia era ahora lo más oportuno. No se sentía en extremo feliz, había roto con los únicos lazos familiares que le quedaban y, aún teniendo la oportunidad de volver cuando lo deseara, el paso ya estaba dado. Y una vez dado ya no se podía echar uno atrás. Quizá en el futuro decidiera retornar a casa, pero sería después de haber vivido lo necesario la vida que llevaba tanto tiempo buscando.

Se marchó con lágrimas contenidas.

Sus padres y su hermano le vieron alejarse con lágrimas contenidas.

Por un momento todo tuvo un sabor extremadamente salado.

4

Cuando Rob le contó a Marsha su idea, ella no supo cómo tomárselo. Después de meditar un rato, dijo algo importante:

<<—Haz lo que quieras, Rob. Eliges tú. Es cosa tuya. >>

Al menos Rob lo interpretó como algo importante. Aquellas palabras le agradaron en cierta medida. Ella confiaba en él y le daba total libertad de elección. Le estaba contando algo que él ya sabía. Todos siguen su propio camino, como en este caso. Y lo mejor de todo era que ella no interrumpía ese camino. Apoyaba y aplaudía su decisión porque era auténtica y personal.

Cada día la quería más. Cada día descubría en Marsha algo que la hacía única en el mundo. Cada día...

5

Will y Gary continuaban al lado de Rob. Pero su amistad se diluía con el tiempo. Rob permanecía constantemente junto a Marsha, despreocupándose del resto del mundo. Will podía soportarlo y, en cierta medida, lo comprendía. Lo comprendía por que lo había vivido. En un corto pasado él había permanecido unos meses con una chica. El tiempo se acertaba a gran velocidad, perdió algunos amigos por que sólo tuvo una preocupación en la cabeza: aquella chica. Esperaba que Rob no sufriera lo mismo. Si perdía amigos y luego a la chica todo se volvería en su contra. Estaba tan metido en

su propia historia que salir de ella le costaría casi la vida. El golpe sería brutal. William se consideraba un amigo fiel aunque no se le prestase apenas atención, y sabía que esta falta de atención hacia él sería algo pasajero. Rob, con el tiempo, volvería a él. Y debía estar a su lado para recibirle de nuevo.

William acababa de cumplir 22 años y su mayoría de edad le hacía ser más objetivo. Lo veía todo con los ojos del hombre que sería en un futuro no muy lejano. Lo aceptaba porque lo aceptaba su madurez.

Gary Bass no. No lo soportaba. Era aún muy joven para darse cuenta de lo que sucedía. Rob no les hacía ni a él ni a Will el mínimo caso. Estaba con su chica y eso para Rob era todo. Gary se sentía traicionado y abandonado. Ciertamente que aún continuaba saliendo en ocasiones con Will, pero eso no era suficiente. Su mejor amigo había sido Rob y ahora ese mismo amigo le olvidaba. Era triste. Y el echo podía ser considerado como una traición.

Gary y Rob se habían conocido hacía ya algunos años, por un amigo común de ambos. Fue algo complicado. Al principio salían un grupo de chicos juntos. Eran cinco o seis. Con el tiempo el grupo se fragmentó y Rob y Gary se fueron por su lado. Aproximadamente un año más tarde se les unió William.

Gary se encontraba incluso mejor al lado de Marsha que al lado de Rob. Rob le había traicionado, Marsha no tenía ninguna culpa de lo que sucedía y encima era una gran chica. Tenía 19 años pero parecía tener muchos más. Gary no se enamoró de ella, pero le cogió un cariño como jamás lo había tomado por nadie. La convirtió secretamente en su mejor amiga y así la trataba. Perdía a Rob y ganaba a Marsha. No todo le estaba saliendo mal, pensaba en ocasiones. Pero lo que más le dolía era que había tratado a Rob y a Will como a dioses, eran mayores que él y las hazañas que le contaban —él casi siempre estaba en casa a la hora que a Will y a Rob les sucedía todo. Sus padres se ocupaban de que así fuera...— le hacían casi reverenciarles. Todo aquello comenzaba a extinguirse. Poco a poco. Lentamente. Pero sucedía.

Gary comprendió por fin que todas las historias que le contaban eran exageraciones, o al menos la mayoría. Will y Rob colocaban sus actos a una altura inalcanzable para cualquiera. Hacían creer que sus vivencias eran supremas y absolutas. Eso le dolía a Gary. Gary Bass estaba realmente dolido... Y sus dolencias se debían a algo distinto que la mera imaginación de sus dos amigos. Lo que no podía soportar era que él fuese el centro de todas las historias por que ellos sabían que se las tragaría. Le dolía realmente pensar que tanto William como Robert opinaran que él era única y simplemente un niño que se tragaba cualquier cuento, por fantástico que fuera.

Prácticamente se olvidó de Rob. Siguió al lado de Will por un tiempo. Pero también se alejó de él con el paso de los años, hasta que se mató en un accidente con su coche, con su bomba amarilla. Aquel fue el último momento que se encontraron en el mismo lugar Will, Rob y Gary. Fue en el cementerio *Chartens*, ubicado entre Daulon y el pueblo de Will, Sigran.

Gary lloró largo rato, en silencio, detrás de unas gafas de sol y del humo de un cigarrillo. Rob lo intentó, pero pocas lágrimas salieron ya de él. Will les observaba desde la tumba y por encima de ellos. Les observaba y lloraba también, a su modo.

Rob había sufrido demasiado en poco tiempo: Will en ese fatídico accidente. Marsha unos años atrás...

La muerte danzaba alrededor de Rob.

6

Dahl observó la cabeza que sujetaba entre sus manos. Veía el rostro de alguien que había sufrido mucho toda su vida. Gary hacía ya rato que había muerto, pero en el hilo de voz que le era arrancado a su cerebro aún después de su muerte había emociones: amistad, dolor, ira, miedo... eran las emociones de toda su vida que

surgían agolpadamente de su boca. Su corazón no bombeaba ya sangre, pero daba la impresión de que, aún así, era capaz de albergar sentimientos. Dahl tuvo un acceso de arrepentimiento muy breve, pero a la vez intenso, por haber sido el provocador de todo aquello. Pero tras esa sensación surgió otra mucho más fuerte. Presentía que el relato estaba llegando a su fin y que tras éste conocería el verdadero motivo de su propia existencia. Era un buen motivo para seguir adelante con todo. Y seguiría sin dudar...

Otra cosa llamó la atención del muchacho. Dahl se sorprendió al escuchar la historia sobre Rob y Marsha, cómo se habían conocido y lo que repentinamente había surgido entre ellos. Le parecía algo demasiado fantástico y maravilloso para que fuera real. Él la amó desde el primer momento y ella le correspondió abiertamente. Eso no parecía poder suceder en la realidad. No entendió al principio por qué Gary se lo contaba como si fuera un cuento, pero ahora sí lo comprendía. Gary le contaba todo lo que no había podido vivir a través de lo que le habían contado Will y Rob. Por eso muchas partes de su narración parecían haber salido de algún libro de cuentos donde suceden cosas imposibles y envidiables.

Sí, seguro que era eso...

Pero algo le decía que la historia de Rob y Marsha no había sido del todo exagerada. Una voz interior, extraña y conocida al mismo tiempo, le suplicaba ser escuchada. Tenía respuestas y motivos. Tenía encuentros y despedidas. Tenía vida y muerte qué contar. Y Dahl continuó escuchando bajo la luz de una luna que comenzaba a surgir del horizonte, entre las dunas, que parecían avanzar hacia él con intención de devorarlo.

Gary continuó el relato. Ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor.

7

Rob se instaló definitivamente en la casa de su abuelo. La fachada necesitaba alguna capa de pintura y tendría que hacer varios arreglos en el tejado y la entrada. El interior también estaba estropeado, pero tenía tiempo más que suficiente para todo. Tenía todo el tiempo del mundo.

Su decisión había sido respetada por Marsha. También había visto en sus ojos una luz que indicaba que estaba totalmente de acuerdo. A ella la independencia le llamaba tanto la atención como a Rob, pero quizá no tenía el valor suficiente para dar ese paso. En cierta medida, aún era muy joven para plantearse ese objetivo. Aunque no era algo descartable para un futuro no muy lejano.

Veía a Marsha los sábados y los domingos y algún día que otro entre semana. Iba siempre que Will podía pasar a recogerle. Rob no había sacado aún el permiso de conducir y eso era algo de lo que se estaba arrepintiendo.

Coincidió con Will de vez en cuando, y sentía que algo entre ambos se estaba separando. Tenía que evitarlo, pero no sabía cómo. De lo que estaba completamente seguro era de que lo había estropeado todo con respecto a Gary. Hacía semanas que no le veía. De vez en cuando oía a Marsha decir que Gary la había acompañado a un sitio y a otro, que se portaba muy bien con ella. Rob no entendía lo que sucedía, pero se temía lo peor. Quizá estar demasiado tiempo con Marsha le había quitado a sus amigos. Debía corregirlo cuanto antes. Gary estaba ya muy lejos, pero aún era posible rescatar a Will.

8

Marsha aún amaba a Rob, pero no se encontraba cómoda. No podía ni sabía explicarlo con palabras. Rob era la mejor persona que había conocido en toda su vida. La hacía sentir vital y alegre. Era un tipo divertido y con el que nadie podía aburrirse. Pero quizá era la propia falta de aburrimiento lo que a ella la hacía dudar.

Quería estar con él, pero a la vez necesitaba estar con más gente, con sus amigas y amigos. No podía dedicar toda su vida a una sola persona.

Marsha se sumergió en su pensamiento y le dio vueltas a todo. Estudió los pros y los contras y luchó por obtener una solución. Debía hacer algo para que todo cambiara. Y sería pronto...

DOS

1

Verano.

2

La temperatura aún era suave, no comenzaría a aumentar hasta pasadas unas semanas. El verano todavía era joven.

Doug apareció en Carseny a primera hora de la mañana de un día soleado, conduciendo un largo coche oscuro. Atravesó sin detenerse la avenida principal y se dirigió hacia Daulon, levantando detrás de sí enormes columnas de polvo. Debía tener unos 24 años y ya en su cabeza comenzaban a notarse los primeros indicios de la edad: tenía grandes entradas en el pelo, que amenazaban con juntarse en el centro de la cabeza, formándole una reluciente corona que crecía día tras día. Sin prisa pero sin pausa.

Condujo durante varios minutos bajo un sol tenue y frío. El aire fresco le obligó a cerrar la ventanilla por la que dejaba caer su brazo izquierdo. No le gustó nada, ya que conducía constantemente en aquella posición, pero no pudo hacer otra cosa.

En lugar de continuar su camino hacia Daulon, el coche negro comenzó a aminorar al acercarse al camino que conducía hacia la casa de Rob. Al comprobar que no circulaba nadie por la Interestatal en aquel momento, entró en la pista de tierra y se detuvo en la casa que estaba a la orilla de la carretera. Salió lentamente del coche y, a la vez que desentumecía los músculos estirándose brevemente, sacó una llave del bolsillo. Caminó hacia la puerta de la casa y la abrió, no sin cierta dificultad. El óxido había corroído en parte la cerradura. *Una cosa más que tendré que arreglar*, pensó Doug antes de atravesar la penumbra cargada de humedad de la entrada. Las tinieblas lo ocultaron y por un momento pareció que nunca hubiera estado allí.

3

Pero Rob sí le había visto. Sabía que no era una ilusión. Le vio llegar y aparcar el coche. Le vio mirar a derecha e izquierda, como si ocultara alguna cosa, un momento antes de sacar un objeto plateado del bolsillo. Algo que debió ser una llave, por que la puerta de la casa se había abierto. Pero Rob no estaba completamente seguro, podría ser un vulgar ladrón que creía que las dos casas estaban deshabitadas y había comenzado a desvalijar la que primero se cruzó en su camino.

A su lado reposaba el silencioso teléfono, y la mano se fue instintivamente a él cuando el vehículo negro entró por el camino. Si algo se salía de lo normal llamaría a la policía. Y debía ser muy rápido al hacerlo, por que la policía no lo sería, habría de recorrer 7 kilómetros para atenderle. Y eso requería tiempo.

También tuvo que admitir la posibilidad de que fuera un nuevo vecino. Le costó hacerlo pero al fin se dio cuenta de que así era cuando vio que el hombre salía de la casa para sacar unas maletas de la parte de atrás del vehículo. Se disponía a quedarse, y a juzgar por la montaña de equipaje iba a ser por mucho tiempo.

El teléfono sonó en ese momento, sobresaltando a Rob. Lo descolgó rápidamente y, sin perder de vista al chico, respondió.

—Hola, ¿Rob?, ¿Cómo te va todo?

—¡Marsha!, ¡¿Cómo estás?!. Hacía tiempo que no me llamabas...

Una sonrisa se curvaba lentamente en los labios de Rob, perdiendo el extraño miedo inicial al ver a su nuevo joven vecino. Así tendría alguien con quién hablar. Quería estar sólo, pero vivir en medio del desierto era demasiada soledad.

—Sí, la última vez fue hace más o menos una hora, ¿no? — Rob oyó risas apagadas al otro lado del hilo telefónico —¿Ha pasado algo interesante por ahí?— Pues la verdad es que sí. Creo que tengo un nuevo vecino.

4

Doug entró en la casa y se encontró con lo que se temía. Humedad y suciedad por todas partes. Aquello no le sorprendió en absoluto. La casa debía haber permanecido cerrada años. Estaba amueblada por completo, con los muebles tapados con lonas, pero algo le decía que tendría que tirarlos todos y hacer la casa de nuevo, empezando desde cero. Tenía tiempo para ello. Salió al porche y bajó los cuatro escalones frente a los cuales había aparcado su coche. Sacó algunas maletas y se dispuso a meterlas en su nueva casa. Notó que alguien le observaba. Ese alguien sólo podía ser el habitante de la casa de enfrente. Apenas le prestó atención, tenía cosas más importantes en qué pensar que en un viejo cotilla con un cigarrillo en la comisura de los labios con el espionaje como único pasatiempo.

Metió todo el equipaje en unos minutos y cerró la puerta tras de sí. Se quedó otra vez en la penumbra. Le gustaba aquello. Podía pasar allí buenos tiempos. Le agradaba el olor a viejo y la sensación de que todo podía caerse en cualquier momento. Era lo que andaba buscando.

Mi padre no lo ha hecho mal del todo, se dijo mientras miraba a las paredes desnudas y sonreía.

5

—Voy a ir a verle ahora, para saludarlo.

—¿Estás seguro?— Marsha no estaba demasiado convencida de lo que Rob quería hacer. —Ten cuidado.

—Sí, tranquila, lo tendré.

—Yo voy ahora para allá, Helen me va a llevar en su coche. Dice que le apetece pasarse a ver como vas con la casa. Si esperas unos minutos estaremos ahí.

—No, voy a saludarle inmediatamente, quiero quitarme de encima la primera impresión que me he creado.

—Como quieras; nos vemos luego, adiós.

—Hasta ahora...

Rob colgó el teléfono suavemente, pensando seriamente en la oferta que Marsha le había hecho, esperar a que ellas vinieran. *No*, se dijo meneando la cabeza, *cuanto antes mejor*.

Salió de casa después de un par de minutos, durante los cuales se arregló un poco para el extraño y para Marsha. No quería parecer un delincuente delante de ninguno de los dos. Se dirigió hacia la casa que estaba a la orilla de la Interestatal con paso rápido pero seguro. No levantó en ningún momento arena mientras lo hacía. Había aprendido la técnica con el paso de los meses.

6

Mientras Doug deshacía el equipaje y observaba lo que sería su nueva casa al menos por un tiempo, recordaba el motivo que le había llevado allí. Su padre, gastando un precio relativamente bajo por la propiedad había conseguido lo que pretendía, apartarlo de su lado. Doug tuvo algún que otro problema con la justicia en Neibort, el pueblo de donde venía, y su padre había optado por alejarlo a una distancia prudente, a unos 80 kilómetros. Así todo sería más tranquilo para los dos. *De eso puedes estar seguro, papá*, pensó Doug mientras volcaba una maleta sobre una de las camas.

Le quedaba aún mucho por hacer. Antes de nada tendría que ir a uno de los dos pueblos para comprar algunas cosas. Su padre le había dado algo de dinero con tal que se largara. Y él había cogido también lo que encontró por su casa cuando se marchó. Tenía lo suficiente para salir adelante una temporada. Mientras le daba vueltas a la cabeza procurando no dejar ningún cabo suelto, observó por el rabillo del ojo a través de una de las ventanas. Una figura que se acercaba. *Debe ser el hijo de los viejos que viven en la otra casa*, pensó Doug. *Me imagino que venga de su parte a conocerme a mí, al nuevo vecino... Cómo me joden estas estupideces.*

Mientras lo pensaba el chico ya había llegado. No había timbre, así que sólo oyó un débil golpeteo de nudillos. Salió a abrir, malhumorado y harto de viejas costumbres absurdas, y cuando lo hizo se encontró con unos ojos como los suyos, que encerraban odio y dolor, todo a la vez. Estuvo a punto de dar un paso hacia atrás, como para alejarse de aquel chaval, pero se repuso y reunió las fuerzas necesarias para interesarse por conocer a sus vecinos.

7

—¿Vecinos?, No, vivo yo sólo. Desde hace unos meses. Quizá dentro de un tiempo una chica me haga compañía aquí, en medio del desierto, pero hasta que eso pase no tendremos más remedio que convivir únicamente nosotros dos... ¿Va a quedarse mucho tiempo?

—No lo sé. Estoy aquí por un asunto familiar. No sé hasta cuando me quedaré— Doug hablaba midiendo mucho sus palabras, no quería decir más de lo necesario.— Y por Dios, no me trates de Usted, debo tener sólo tres o cuatro años más que tu... ¿Quieres pasar?

Rob estaba en cierto modo sorprendido, no esperaba que todo resultara tan sencillo. Parecía que fueran amigos desde hace tiempo. Pero las confianzas sólo están bien hasta cierto punto. Había algo en Doug que no acababa de gustarle. No sabía qué podía ser, pero la actitud del nuevo vecino no parecía normal. Estaba actuando. Estaba ocultando algo. No parecía un buen tipo, en definitiva. Para averiguar más decidió aceptar su ofrecimiento de pasar a la casa. No le extrañó ver en la cara de su anfitrión un gesto de fastidio disimulado... quizá no esperaba que fuera a aceptar la invitación.

8

Era la primera vez que Rob entraba en aquella casa. Siempre la había visto cerrada. Le habían dicho que pertenecía a alguien de Carseny, pero no sabía quién podía ser. Al parecer tenía un hogar mejor allá en Carseny y dejaba pasar los días con la esperanza de que alguien decidiera comprar o alquilar la casa. No debía tener puestas demasiadas esperanzas en ello, por la ubicación. El desierto no era un buen lugar para vivir si no se estaba huyendo de algo. Con el recién llegado las plegarias del dueño de la casa habían sido escuchadas. Sacaría algo de dinero de ella si era un

simple alquiler y si la había vendido... sería lo mejor que le habría pasado nunca. Se desharía de un estorbo.

(El desierto no era un buen lugar para vivir si no se estaba huyendo de algo)

¿De qué estaría huyendo el nuevo vecino?. Rob no quería saberlo. No quería enterarse de nada. Su vida ya era por sí sola un tremendo caos... si no fuera por Marsha. Ella era lo único que le daba cierta estabilidad, estar a su lado era como vivir en un mundo donde sólo hay cabida para dos personas, y sólo hay alegría y bienestar. Es un buen lugar, en definitiva.

—No puedo ofrecerte nada, no hay nada de beber.

Doug habló secamente. Lo que dijo sacó a Rob de su ensoñación y le hizo volver a la realidad.

—No importa, no iba a beber nada de todas formas. Gracias.

A Rob no le apetecía dar las gracias.

A Doug no le apetecía recibirlas.

El ambiente estaba enrarecido, y no era sólo por el tiempo que la casa llevaba cerrada. La mayor parte de la culpa la tenían los dos chicos que se miraban fijamente el uno al otro, como intentando desentrañar todos los misterios de la otra persona simplemente con la vista. Fue Doug quien en esa ocasión decidió cortar la tensión. Habló de forma distendida y relajada. Como solía hacerlo cuando tenía algún problema con la policía. Esa actitud le había sacado de algún que otro lío en Neibort.

—Antes hablaste de una chica... ¿es tu novia?. ¿Tenéis pensado casaros o algo así?

—De momento no. Lo de venir a vivir conmigo es sólo una posibilidad, los dos estamos de acuerdo en que una pareja no se conoce realmente bien hasta que ha pasado una temporada viviendo juntos. No se lo tomarán muy bien en el pueblo, pero si los dos queremos, nadie se interpondrá.

—Vaya, se te ve muy convencido. ¿Piensas que os dejarán vivir juntos sin estar casados?. Quizá en tu casa si, pero... ¿Has pensado en el lío que se formará en su casa?.

—Si, lo he pensado... eh... ¿Cómo te llamas?

—Doug.

—Vaya, llevamos un rato hablando y no sabíamos los nombres del otro: yo me llamo Rob... Bueno, como te iba diciendo, sí que he pensado en los problemas que podrían surgir si decidimos vivir juntos, pero es un riesgo a correr si te importa la otra persona y no lo que digan los demás.

—Bien, vosotros sabréis... ¿Cómo se llama ella?

A Rob se le iluminaron los ojos cuando escuchó la pregunta.

—Se llama...— Un fuerte bocinazo le cortó la frase. Reconoció el sonido de inmediato, era el coche de Helen, y con ella iba Marsha. —Vamos fuera, te la voy a presentar, acaba de llegar.

9

Rob se dirigió velozmente a la entrada de la casa, no dejó que Doug le indicara el camino, sólo una vez había cruzado aquellos pasillos, pero lo que esperaba fuera le reclamó con una fuerza tremenda. Si estuviera perdido en medio de un enorme laberinto y escuchara la voz de Marsha saldría al cabo de unos segundos. Se guiaría por la voz. Estaba seguro de ello. Salió afuera y, aunque al principio el sol le golpeó en los ojos y le hizo ver todo negro, vio a las dos chicas bajarse del coche frente a su casa. Él hizo un gesto con los brazos y les gritó, para indicarles dónde estaba. Las dos chicas le vieron y avanzaron hacia él. Él avanzó hacia ellas.

Se encontraron a unos veinte metros de la casa de Doug. Rob las saludó y las condujo a ver al nuevo vecino, que les esperaba en el umbral.

—Ya verás cómo es un tipo extraño, Marsha, ya lo verás.

Ella se limitó a asentir con la cabeza y a seguir andando. Cuando llegaron al porche de la casa, Rob vio que Doug les observaba con unos ojos enormes. En ellos se reflejaba una tremenda sorpresa. A continuación miró a Marsha y vio también el mismo gesto. La misma expresión.

—¿Mar...sha?, —preguntó Doug lentamente.

—Doug... ¿Qué haces aquí?

Rob fue un testigo mudo de aquel encuentro.

Algo no estaba saliendo bien. Y tenía la fuerte impresión de que todo iba a empeorar.

Rob perdió el equilibrio dentro de la realidad.

TRES

1

Todo cambió.

Rob y Will continuaban siendo amigos. Doug continuaba viviendo frente a Rob. Rob continuaba viviendo...

Pero eso era lo único que no había cambiado.

Marsha dejó a Rob por Doug: al parecer era un antiguo amigo del pueblo de donde venía. Él no dejó de presionarla y de insistir que abandonara a Rob, que no hacía nada a su lado. Ella dudó y después de un tiempo su decisión cayó de lado de Doug. No sabía si lo que había hecho era lo correcto o no. No se atrevía ni tan siquiera a pensarlo. Aún tenía a Rob en su corazón y todo había sido demasiado rápido. Quizá el tiempo le pasara factura, pero hasta entonces deseaba no tener remordimientos.

Rob se quedó durante un tiempo como un muerto viviente. Vagaba como un zombi de un lado a otro, buscando constantemente y en todas partes puntos de apoyo para no caer. Will vio el estado en el que había quedado su amigo y le ayudó. Era la segunda vez que le veía pasar por algo parecido, pero en esta ocasión todo era más fuerte. Infinitamente mayor.

Gary se hizo a través de Marsha muy amigo de Doug. Solían ir juntos a beber muchas noches, hasta que los bares cerraban. Doug bebía ingentes cantidades de alcohol y Gary fumaba ingentes cantidades de cigarrillos. Se hicieron buenos amigos. Muy buenos amigos...

Veintisiete días después de la ruptura, Marsha comenzó a vivir con Doug.

Esa fue una gota más que cayó en el vaso ya desbordado de Rob.

2

Lo peor de todo era que Rob vivía frente a frente con la pareja formada por Doug y Marsha. Con el tiempo llegó a soportar sólo en parte ver a la que había sido su gran amor actuando de forma tan cariñosa con Doug. Se sentía mal, pero no le quedaba más remedio que soportarlo. A su casa no debía volver y no podría pedirles a Marsha y a Doug que se marcharan. No aceptarían.

Cuando la mirada de Rob y la de Marsha se cruzaban en ocasiones, se quedaban el uno al otro observándose, en silencio, repasando mentalmente y en décimas de segundo lo bien que lo habían pasado juntos. En el pasado. En los viejos tiempos. Pero ese tipo de miradas siempre eran cortadas por Marsha. Hacía un gesto brusco con la cabeza, miraba hacia otro lado y se metía en casa.

Rob la miraba sintiendo lo que había sentido cuando estaban juntos. Ella le miraba a él como disculpándose por lo que había hecho. Intentando obtener perdón del chico que le había dado todo.

Aún sentía algo por él.

El fuego aún no había sido extinguido por completo.

Ella lo sabía y estaba asustada.

3

En cierta ocasión, Will le contó a Gary (aún se hablaban) que había leído la página del diario de Rob correspondiente al día en que Marsha le había dejado. Le repitió de memoria el contenido de la página para que se lo dijera a Marsha, ya que era tan amigo de ella. Por lo visto se olvidaba de que también era muy amigo de Doug. Gary no hizo ningún caso a su petición y las palabras del diario quedaron olvidadas.

La intención de Will era que Marsha escuchara lo que había escrito Rob y eso le hiciera pensar. Pero la intención se perdió en el absurdo comportamiento de Gary. Se perdió como el diario, años más tarde. Se perdió como las últimas palabras escritas en él:

Marsha Lene me ha dejado.

No recuerdo haberme sentido nunca tan mal.

Ojalá gritando pudiera librarme de todo lo que siento ahora... pero mi corazón se ha quedado sin habla.

No me encuentro el pulso. Tampoco lo he buscado.

Creo que estoy jodidamente muerto.

4

Después de un mes de vida juntos Marsha tuvo que contarle a Doug un tremendo secreto. Era algo que debía hacer rápido... antes de que comenzara a notarse. Estaba embarazada. Y el hijo era de Rob.

Doug escuchó las palabras de Marsha a una velocidad más lenta de lo normal, era como si repasara mentalmente las letras una por una, para encontrar algún fallo en su composición. Lo que fuera con tal que no significasen lo que parecían... Pero no encontró la manera de ocultárselo a sí mismo. Cuando hablaron sobre ello estaban cenando. Los dos solos. Uno a cada lado de la mesa. Doug no dijo ni una palabra sobre el asunto. Todavía le iba dando vueltas en la cabeza.

(un hijo)

(de Rob)

Joder, que mal está saliendo todo, pensó. Pero de su boca no salió ni una palabra. Ni siquiera cuando Marsha bajó la cabeza y dejó que le resbalaran algunas lágrimas por las mejillas. Un momento después se marchó a su habitación.

Doug bajó al pueblo y no volvió hasta altas horas de la madrugada. Bebió hasta que ya no pudo más, o hasta que le faltó el dinero para ello. O ambas cosas al mismo tiempo.

(un hijo de Rob)

(joder)

Ya solucionaremos esto mañana, se dijo al llegar a su casa y acostarse junto a Marsha. Pero quizá estaba demasiado borracho para estar seguro de lo que pensaba.

5

Al día siguiente todo salió de modo distinto a como Doug había calculado. No se encontraba de humor para afrontar nada. Sólo le apetecía llamar a Gary y beber a su lado hasta emborracharse. Quería hacer eso y sólo eso durante varios días más, hasta que su mente no pudiera ocultarlo por más tiempo. Cuando estaba a punto de salir por la puerta con las llaves del coche en la mano, Marsha le detuvo. Le dijo que esperara un momento, que el tema debía ser solucionado cuanto antes. Doug la miró y por un instante un ligero atisbo de sentimientos acudió a sus ojos. Bajó la cabeza y

aceptó hablar. Era necesario encontrar una solución cuanto antes. Ya se emborracharía más tarde.

—Este hijo es de Rob. Todo sucedió antes de que tu aparecieras.

Doug sólo escuchaba. Sus ojos miraban algún punto inconcreto de sus manos, que jugueteaban entre ellas y se entrelazaban sin principio ni fin. Su cara no reflejaba nada.

—Después llegaste tú, Doug, y lo dejé todo por ti. Este niño es de Rob, pero quiero preguntarte algo...

Doug alzó la cabeza, colocó sus ojos a la misma altura que los de Marsha, pero no la miró apenas. Dejó que su vista fluyera a su antojo a través de la ventana que estaba delante de él. A través de la ventana que daba al infinito desierto.

—Dime...

—¿Lo aceptarás?

—Sí.— Lo dijo sin pretenderlo. La palabra salió de sus labios como si le hubiera gastado una broma un ventrílocuo. Sus labios no se movieron y sus cuerdas vocales permanecieron tensas, impasibles. Pero, sin embargo, había hablado. Había aceptado al niño. Al niño que no era suyo. Al niño de Rob... Marsha también se sorprendió, esperaba encontrar al principio alguna resistencia para más tarde verlo aceptar cabizbajo, si es que eso sucedía en algún momento. Pero lo que vio y oyó le destrozó todos los esquemas. Había planeado un montón de salidas a cualquier cosa que él hiciera o dijera. Pero nada de eso había hecho falta. Él había aceptado. Su boca lo confirmaba. Aunque sus ojos parecieran negarlo con tremendos gritos.

—Bueno...— dijo ella vacilante— pues eso era todo. Sólo quería saber si realmente me querías. Me lo has demostrado.

—Sí.

Otra vez aquella palabra. Otra vez la ausencia de control en su propia voz. No era él quien hablaba, se decía a sí mismo, pero a la vez sí lo era. Quizá tan solo fuera su mente que le obligaba a decir lo que Marsha quería escuchar para acabar cuanto antes la conversación.

—¿Me prometes una cosa antes de dejar el tema finalmente?

—¿Qué? — Esta vez era el propio Doug el que hablaba. Su mente le había abandonado. Pronunció cada sílaba despacio, como si estuviera tremendamente cansado. Como si no se diera totalmente cuenta de que lo que sucedía era real, no la pesadilla de la noche antes que aún duraba. Por un instante fue él mismo y Marsha lo notó. Se anduvo con cuidado.

—Dos cosas: — Primero le miró a él y luego tendió la mirada al techo durante un breve instante, como buscando dentro de sí las palabras adecuadas. Las encontró sin esfuerzo. Llevaba mucho tiempo planeando aquel momento.— Una: Rob no debe saber nada de esto, tiene que pensar que el niño es hijo nuestro, no de él. Bastante daño le he hecho ya. No se lo dirás nunca, ¿Verdad?

—No, tranquila.

Ritmo lento y apagado en la voz de Doug. Todo estaba saliendo de una manera distinta a los cauces normales. Ni peor ni mejor. Sólo distinta.

—...Y dos: Tienes que quererle como si fuera hijo tuyo. ¿Lo harás por mí?

Doug mantuvo la boca cerrada durante escasos segundos, que a Marsha le parecieron enormes minutos, y luego habló. En esta ocasión sí miró hacia ella al hacerlo. Pero sus ojos estaban perdidos en algún rincón de su mente. Lo que estaba sucediendo parecía demasiado para él.

—Te lo prometo, Marsha. Las dos cosas.

A continuación se giró de nuevo hacia la puerta y volvió a agitar las llaves del coche en su mano. Ella intentó decirle algo, agradecerle lo que estaba haciendo. Sabía que no lo estaba pasando bien, y quería hacerle ver que lo comprendía. Pero no le dio tiempo. Mientras pensaba todo esto Doug ya estaba al volante de su coche. Le vio girar la llave y escuchó el ruido del motor tosiendo y escupiendo humo. Luego le observó

atentamente mientras se alejaba hacia el pueblo, a buscar a Gary, a ahogar sus penas con él.

Giró la cabeza y, a través de la misma ventana vio un pedazo de la casa de Rob. Él estaba fuera, sentado a la entrada, escuchando música y tumbado en una pequeña hamaca improvisada. Le observó mientras se mecía al ritmo de la música y del viento. Le observó encerrado en su enorme soledad.

Sus ojos se llenaron lentamente de lágrimas mientras le miraba. Sólo las percibió cuando comenzó a verlo todo borroso.

6

Doug recogió a Gary frente a su casa y juntos se marcharon al bar que solían frecuentar. Al que iban día tras día.

Gary encontró algo en los ojos de Doug que no le gustó nada. Al principio no se atrevió a preguntarle qué pasaba, pero luego en el bar sí lo hizo. Consideraba a Doug como un buen amigo, pero parte de esa amistad estaba asentada en el temor. Temía a Doug. Daba la impresión de expulsar odio y rabia con cada mirada y eso era lo que buscaba Gary. Quería hacerse respetar como su amigo. Ser igual de impulsivo.

Su juventud le impedía ver que eso no era lo correcto.

Le impedía ver lo que realmente había en el corazón de Doug. Mientras tomaban una copa, Gary se decidió a hablar.

—No has dicho nada hasta ahora. ¿Pasa algo?— Luego contuvo la respiración, esperando una respuesta. O una de aquellas miradas abrasadoras.

—Sí, pasa algo.— Doug lo dijo como si no fuera nada, pero algo se quemaba dentro de él. Tomó un trago de su copa y miró fijamente a Gary. Estuvo a punto de agregar algo más, pero guardó silencio. Esperó a que fuera Gary quien hablara.

—¿No quieres hablar de ello?. ¿Algún problema con Marsha?

—Más o menos. Con Marsha y con Rob. —vio que Gary le miraba expectante y decidió contarle todo. —Pero debes prometerme que jamás se lo contarás a nadie.

—De acuerdo, hombre, habla.

Y Doug se lo explicó todo. Le contó lo que había sucedido con Marsha, la charla que había tenido con ella por culpa del hijo que no sería suyo, sino de Rob. Le habló durante casi media hora. Y después le hizo prometer de nuevo que jamás se lo debía decir a nadie.

Doug no le hizo prometer que guardara silencio por Marsha. Lo hizo por él mismo. No quería que nadie supiera que el niño era de una relación anterior. Que su auténtico padre estaba viviendo a escasos metros de su casa... y sobre todo, no quería que Rob se entrometiera. Si se enteraba estaría molestando continuamente a Marsha. Querría parte de lo que le corresponde. Todo se volvería demasiado complicado. Habría que evitar eso.

Además, confió en Gary porque conocía lo que había sucedido entre él y Rob. No se llevaban bien. Sabía que podía contar con el chico por cómo le miraba cuando se lo contaba todo. Le miraba como si fuera alguien importante... y algo más. Gary se tomaba lo de guardar silencio como una especie de venganza retardada. Se podía confiar en él.

Además, había algo más importante en qué pensar. Tenía que evitar que le señalaran por la calle. No quería ser el centro de atención como lo había sido en el pasado.

CUATRO

1

Doug y Marsha se casaron poco tiempo más tarde. Todo el mundo creía saber el motivo, que ella estaba embarazada. Esa era una de las razones. La otra la desconocían. Así debía ser. Así lo quería Doug.

Cuando Rob se enteró de la noticia, todo se le vino más abajo de lo que estaba ya. No perdía la esperanza de volver a recuperar a Marsha. Pero las complicaciones se acentuaban. Unos días atrás, Will le había preguntado a Rob qué era lo que pensaba hacer: si quedarse toda su vida esperando o bien tomar alguna decisión para seguir adelante él sólo. Rob le había mirado fijamente y le había dicho:

—De momento voy a esperar. Quizá ella decida volver. Sólo abandonaré cuando la vea aceptar a Doug en el altar. Y tampoco perderé la esperanza totalmente. Nunca.

Aquello había sucedido antes de saberse lo de la boda. Rob seguía pensando lo mismo, que jamás abandonaría, pero comenzaba a perder las ganas de luchar. Se acumulaban demasiados inconvenientes. No sólo estaba lo de la boda, también había un niño de camino. No tenía ni idea de qué hacer.

Rob fue invitado a la boda. No asistió.

2

Después de unos meses, nació un niño. Marsha y Doug le pusieron de nombre Eddy. Rob tampoco asistió al bautizo. En esa ocasión no le invitaron. Doug debió haberlo impedido.

El clima de tensión entre Doug y Marsha parecía haberse extinguido durante todo el tiempo que duraron las celebraciones. Pero después resultó que la extinción era ficticia. El ambiente se volvió irreal. Absurdo y tenso. Marsha y Doug tenían continuas discusiones. El niño siempre estaba ajeno a todo, encerrado en otra habitación. Marsha acudía en cuanto le oía llorar pero Doug no movía un dedo. Cuando ella se quejaba de que necesitaba ayuda, él le decía que se las arreglase sola. Que el niño no era suyo.

Estaban casados y eso era lo que le importaba a él. Ella estaba acorralada. En aquella época las bodas sí eran para siempre.

Doug no estaba casi nunca en casa. Se marchaba a diario con Gary a tomarse unas copas en cualquier bar. No quería asumir la responsabilidad de ser padre. Sus promesas se volvieron vacuas, falsas. Marsha comprendió la farsa que había resultado ser todo. Tampoco sabía qué hacer para que todo fuera mejor. Sólo podía aguantar. El tiempo que hiciera falta. Mientras tanto, observaba a Rob desde la distancia. Le veía aún reparando la casa, arreglando el suelo, el tejado... cualquier cosa para salir del estado en que se encontraba por su culpa. Al fin y al cabo ella le había dejado. Le había destrozado. Y todo se venía abajo. Comenzó a arrepentirse tarde, cuando la cuenta atrás ya había comenzado.

3

Sucedió un día. Más o menos cuando el niño ya contaba con cinco años.

Rob estaba en el pueblo. Había ido a visitar a su familia. Hacía tiempo que no les veía.

Marsha se había marchado con su amiga Helen, de compras.

Doug estaba en su casa y Gary con él. Ambos se estaban tomando su ración rutinaria de cervezas.

El niño, Eddy, circulaba a sus anchas por la casa. Nadie le prestaba atención. Gary le miraba de vez en cuando, pero sólo si se cruzaba por su campo de visión. Un campo de visión lamentablemente reducido por el alcohol.

Eddy, sin decir nada (por que sabía que nadie le escucharía) salió al porche de la casa. El sol le dio en la cara y por un momento quedó deslumbrado. Cuando se le pasó el efecto descendió los escalones y se sentó en el suelo del desierto. Comenzó a jugar con la arena. En el transcurso de la operación no perdió ni un momento la sonrisa.

Doug sí se fijó en él en esta ocasión. Le siguió con la mirada hasta que se sentó y le perdió de vista. Su mente estaba nublada con el alcohol, pero el odio se abría paso a través de ella como un cuchillo al rojo vivo cortando plástico.

Los últimos años había tenido constantes discusiones con Marsha. Interminables. Y todas eran provocadas por Eddy. Absolutamente todas. Si todo seguía igual ella era capaz de marcharse. Muy probablemente... *no puedo dejar que eso suceda. No lo permitiré...*, pensó a la vez que dejaba escapar un sonoro eructo.

Se levantó despacio, poco a poco.

Gary le miraba sin llegar a verle realmente. Un velo cubría sus ojos.

4

Doug salió de casa por la puerta de atrás. Sabía que no había nadie en kilómetros a la redonda. Rob no estaba. Marsha había salido. Y Gary... estaba completamente borracho. Se encontraba sólo y eso era lo único importante. Una parte de su mente le decía que lo que se disponía a hacer era debido al alcohol. La otra parte, la irracional, opinaba que estaba loco. La segunda parte era la más se acercaba a la verdad.

Salió y también el sol le cegó por un instante. Su borrachera se extinguió por completo. Actuaba bajo un completo control de sus actos. Por iniciativa propia... por que lo deseaba. Llevaba años esperando aunar los esfuerzos necesarios.

Ahora era el momento.

No habría otra ocasión como aquella.

Caminó levantando delgadas capas de polvo del suelo. Aquel día se había puesto ropa oscura. Casi todo negro o azul marino. Sacó unas gafas de sol y se las colocó sobre la marcha. Se dirigió a la parte trasera de la casa, al garaje. Abrió la puerta manualmente, la arena del desierto debía haber atascado los engranajes. Entró y la fría oscuridad le sorprendió por partida doble, el lugar parecía estar en otra dimensión. Afuera el calor golpeaba brutalmente, y la luz solar resultaba cegadora. Dentro, en el garaje, hacía un frío glacial y la oscuridad era completa. Se quitó las gafas y caminó hacia el coche. Un coche tan oscuro como la ropa que llevaba. Abrió la puerta y se sentó frente al volante. No se sorprendió en absoluto al comprobar que estaba totalmente tranquilo. Sus manos no temblaron al arrancar el vehículo. Salió marcha atrás y, una vez fuera, llamó a Gary varias veces. Gritó todo lo que pudo, sabía que Gary tardaría en reaccionar... y más tarde necesitaría su ayuda. Era amigo suyo, ¿no?. Había llegado el momento de que lo demostrara.

Siguió dando marcha atrás, rodeando la casa, en dirección a la puerta. Allí jugaba Eddy. Y ese era el objetivo.

Cuando dobló la última esquina que le quedaba para cubrir la distancia, el niño tapó completamente el espejo retrovisor. Doug prefirió no mirar más a través de él. Continuó al mismo ritmo y a la misma velocidad. Cerró los ojos y se preparó para escuchar gritos.

No los oyó.

Cuando el coche pasó por encima del niño, éste no tuvo tiempo para gritar. No se enteró de qué sucedía. No escuchó los gritos, pero oyó algo peor. Primero un chasquido, luego le acompañó un sonido húmedo. Le dio la sensación, subido en el coche, de que había pisado una enorme esponja. Estaba profundamente trastornado. Su mente aquella tarde había girado 180 grados. Se retorció en un ángulo imposible. El cerebro perdió poco a poco contacto con la realidad.

El sonido que escuchó, aquello que no había sido un grito, como esperaba, se quedó impreso en su cabeza. Un sonido gomoso, húmedo... como un chasquido... Lo escucharía en pesadillas durante toda su vida, para siempre, por los siglos de los siglos. Amen.

Sintió cómo se nublaba su mente, como si estuviera inmerso en la mayor borrachera de su vida. Pero no era así. Y lo sabía.

Un vapor negro surgió ante sus ojos. Fue el último aviso de su conciencia antes de darse por vencida. Fue un aviso en vano. Llegaba demasiado tarde.

Cerró los ojos y se abandonó a un extraño sueño, que bien podía ser un desmayo. Soñaba que estaba en otra parte, oculto en una cabaña, en un frondoso bosque. Alejado de los seres vivos. Fuera del alcance de todos aquellos que querían acusarle de asesinato. Dentro de la cabaña, en la chimenea, el fuego ardía vorazmente. Ardía sin control. Las llamas comenzaron a reptar por el suelo y las paredes de la casa. Y pronto rodearon a Doug. Estaba gritando dentro del sueño y de la realidad cuando Gary le despertó.

5

Dahl comprendió. Cerró los ojos y puso la mente en blanco durante un breve instante. Era duro afrontarlo. Era demasiado extraño y absurdo para ser comprendido con facilidad.

Prefirió dejar a Gary acabar con lo que estaba contando. El ya conocía el porqué de su existencia y, antes de irse, quería escuchar la historia completa.

(las ropas oscuras y las gafas de sol)

Después se marcharía, sí. Lejos. A algún lugar donde comprendiera lo que había sucedido. No todos los días se entera uno de que en realidad no existe.

6

Gary escuchó su nombre. Lo oyó como si fluyera a través de mares y océanos, desde una distancia apoteósica. Entrecerró sus ojos, víctimas de la ebriedad, como el resto de su cuerpo, y escuchó atentamente. Sí, era su nombre el que sonaba. Alguien le estaba llamando... Doug le estaba llamando. Le oía gritar y se asustó. Se levantó como pudo y corrió, tambaleando, hacia la puerta. Tardó un buen rato en llegar, tropezó con una de las patas del sofá en el que se encontraba tendido y cayó hacia delante, se recuperó sólo en parte y siguió corriendo. Oía el sonido de un motor. La voz ya no le llamaba, pero algo estaba sucediendo. Algo extraño.

Abrió la puerta y eso fue todo. Lo que contempló le arrancó a golpes la borrachera.

Vio a Eddy tirado en el suelo, pero no lo veía completamente. El coche de Doug estaba sobre él. Sólo le sobresalían las piernas. La sangre se mezclaba con la arena y parecía no parar de fluir. Doug estaba apoyado contra el volante, desmayado. El coche aún tenía el motor encendido y ronroneante, esperando que hicieran algo con él.

Gary tuvo la imperiosa necesidad de pellizcarse para saber si soñaba o no. En lugar de eso, echó a correr. Rodeó el vehículo por delante, para no tropezarse con los restos de Eddy. Llegó al nivel de Doug y, tras abrir la puerta del coche, comenzó a zarandearle mientras gritaba su nombre.

7

Doug sintió una mano sobre su hombro. Oyó su nombre desde la distancia como previamente le había sucedido a Gary. Abrió los ojos y vio a un chico joven, asustado. Era Gary, que poco le faltaba para tener los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué pasa, hombre?— Preguntó Doug pausadamente.

—¡¿Que qué pasa?!— Gary estaba sobreexcitado, temblaba de pies a cabeza— ¡Has matado a tu hijo!, ¡¿No lo ves?!—

—Te he dicho un millón de veces que ese niño no era hijo mío... y ahora, ayúdame a prepararlo todo.— Doug no perdía la compostura, seguía hablando lentamente, como si estuviera medio dormido.— No queda tiempo.

—¿Tiempo...? ¿Para qué?— Gary no comprendía nada, continuaba temblando y no lograba calmarse. Los acontecimientos no seguían un ritmo adecuado...

—He matado al niño. Me he librado de él. Ahora tendremos que simular que ha sido un accidente. ¿Comprendes?

Gary comprendió. Pero no podía creerlo. Sabía que si les cogían estarían perdidos. La cárcel de por vida era lo mínimo que les correspondería. Cerró los ojos un instante y se tapó los oídos con las manos. Apretó con fuerza, como si así pudiera evadirse de la realidad. Retiró las manos y abrió de nuevo los ojos. Todo seguía de la misma manera, igual de mal. Miró fijamente a Doug y aunó todas las fuerzas que aún le quedaban para pensar. Iba a ayudarlo. Era el único amigo que había tenido nunca. No le había fallado... y ahora le tocaba a él devolverle el favor.

—Está bien— su nerviosismo no remitía, pero era algo a lo que debía acostumbrarse—Dime lo que tengo que hacer.

Doug le miró y sonrió. Gary no le devolvió la sonrisa.

—De momento, yo voy a mover el coche hacia delante. Tú tapparás a Eddy con lo primero que encuentres en casa. Lo meteremos en el coche y le llevaremos a Daulon. Haremos todo lo posible para que crean que ha sido un accidente. Tienen que ver que hemos intentado recuperarle.

Gary asentía con la cabeza, incapaz de hablar.

—Vamos, no tenemos todo el día.

Se pusieron en movimiento.

8

Gary entró en la casa a toda velocidad. Cogió un abrigo marrón de Doug, que estaba dentro de un armario. Cuando salió al porche Doug ya había retirado el vehículo.

La escena era brutalmente desagradable.

Con los ojos medio cerrados se dirigió hacia el cuerpo del niño. Se arrodilló delante de él y le cubrió con el abrigo. Luego le abrazó para levantarlo y creyó volverse loco al notar aún el calor de Eddy bajo el manto marrón. Apartó la locura de su cabeza sin saber cómo y lo llevó en volandas a la parte de atrás del coche. Doug le había abierto ya la portezuela para que metiera el cadáver. Gary lo colocó todo lo bien que pudo y luego volvió a cerrar. Eddy permaneció un instante encerrado en un habitáculo parecido a su futuro ataúd... pero más espacioso.

Doug se sentó de nuevo al volante y Gary a su lado.

Se dirigieron a Daulon.

Doug representaría bien su papel, lo sabía. Gary, en cambio, estaba muerto de miedo.

9

Aún estando muerto de miedo supo salir del aprieto. Doug dijo lo que tenía planeado. Gary improvisó pero todo salió perfectamente.

Asesino y cómplice.

Un niño muerto...

Gary había ayudado a su amigo Doug, pero no sabía dónde estaba la frontera que separaba la amistad del sentido común. Le daba la sensación de haber obrado mal. Pero lo hecho, hecho estaba.

Llegaron al pueblo llamando la atención. Doug hizo derrapar el coche frente a la puerta del médico de la zona. Cuando éste salió, alarmado, entre Gary y Doug le contaron lo sucedido. Se lo contaron a su modo.

El doctor, aún viendo la deformada figura que descansaba en paz en la parte trasera del coche, no podía creerlo. Una enfermera que trabajaba con él llegó un instante después y, conmocionada, se vio obligada a darse la vuelta y vomitar. Lo hizo violentamente, sin ningún remilgo. Se le nubló la vista y creyó que se iba a desmayar. También temió soportar durante toda su vida aquella imagen, impresa en su retina ya sin remedio.

No se equivocó en ninguno de los dos aspectos. Se desmayó como si le hubieran pegado un tiro y esa misma noche tuvo una pesadilla. Sería la primera de muchas. El cuerpo destrozado llenaría por completo sus sueños. El resto de su vida.

Por el niño no pudieron hacer nada.

No había nada qué hacer.

10

Los siguientes días fueron extraños. Marsha entró en una profunda depresión en cuanto se enteró de lo sucedido. De vez en cuando lloraba, pero los accesos nerviosos se hacían presentes cada vez más que las lágrimas. Tanto Doug como Gary quedaron libres de toda culpa en cuanto contaron su historia. Eddy debía estar en su habitación. Ese era el lugar que le correspondía en aquel momento. Salió a la calle a expensas de todo el mundo y Doug le había atropellado con el coche mientras lo llevaba hacia atrás, para colocarlo delante de la casa y limpiarlo a fondo. Doug no había visto al niño. Un desagradable accidente. Uno de esos accesos de tos que tiene Dios. Una broma del destino.

Los comentarios se sucedían entre los vecinos, tanto de Carseny como de Daulon. Todo el mundo se había enterado y se compadecía de la pareja.

Al funeral asistieron decenas de personas. La muerte de un niño siempre es la muerte de un niño. Rob también estuvo allí. Fue la primera de las dos ocasiones en que estuvo en un mismo lugar con Doug y con Marsha a la vez... y por una misma causa.

La segunda vez fue en otro funeral. El de Marsha, un mes más tarde.

11

Cuando la noticia se extinguió entre los grupos de vecinos que se formaban en bares y patios interiores, pasó a un segundo plano. Alejado ya de la realidad.

El dolor continuaba en los allegados. Gary estaba destrozado por lo que había ayudado a hacer. Helen lloraba por la muerte del hijo de su mejor amiga. Rob lloraba por Marsha, que había caído en una tremenda depresión. Doug no lloraba por nada.

Marsha comenzó entonces a encerrarse en sí misma. Sus ojeras crecieron de modo imposible, llegando a rodear por completo los propios ojos. Su pelo se había

vuelto grisáceo y se caía en forma de gruesos mechones. No tardaría en quedarse calva si seguía así.

Su piel se volvió casi transparente. Adelgazaba al menos un kilo por día. Sus huesos amenazaban en ocasiones con agujerear la piel que trataba inútilmente de recubrirlos.

Su cuerpo estaba destrozado. Su mente más.

No se estaba volviendo loca, pero su grado de introversión se hizo tan brutal e insostenible que murió apenas cuatro semanas más tarde que su hijo. Se fue sin creer que su marido, Doug, fuera inocente de todo. Sabía que él le había matado. Se fue dejando un montón de cosas por hacer. Una de ellas, la más importante, fue decirle la verdad a Rob. Pero, si no se lo había dicho cuando el niño vivía... ¿para qué iba a destrozarle más de lo que había estado contándole toda la verdad después?. Era absurdo. Y no lo hizo.

Se marchó un soleado día de otoño.

El cementerio volvió a llenarse.

Los ojos se volvieron a llenar de lágrimas.

Cuando Marsha era introducida en la tierra, Doug y Rob se intercambiaron miradas. Doug lloraba, pero era como si lo hiciera por compromiso.

Rob también lloraba. Por Marsha. Por el niño. Y sobre todo por Doug. Lloraba por su causa, por que no había podido impedirle hacer todo lo que hizo.

Tenía la misma sensación que Marsha se llevó al otro mundo. Doug no estaba tan libre de culpa como parecía con respecto a Eddy. Esa fue una idea que le acompañó el resto de su vida.

III

En el frío

UNO

1

La noche. Dahl.

2

El sol se había ocultado hacía ya horas. La noche había caído sobre el mundo como una guillotina. El viento era muy tenue, pero ya conseguía arrastrar detrás de sí montoncitos de arena, que giraban animadamente en torno a un inexistente punto central. Los remolinos concentraban todas sus fuerzas en subir cada vez más alto. Cuando esas fuerzas se agotaban, caían al suelo y volvían a quedarse quietos y rígidos, en espera de que otro jirón de aire les arrastrara.

La arena era la fauna y la flora nocturnas.

La vida fluía entre las dunas.

Y también la muerte.

La cabeza de Gary reposaba ahora silenciosa entre las manos de Dahl. Después de contar su historia se había extinguido. El último aliento se marchó con su última palabra. Sus ojos permanecían abiertos, pero sin vida. El brillo de las lágrimas no existía ya. Sus pulmones agradecieron en cierta medida la muerte, estaban asolados por una destrucción interna. Un cáncer oscuro y patético se retorció dentro de él, pidiendo a gritos que le sacaran de allí. No quería desaparecer tan pronto, cuando aún no se había alimentado por completo de su anfitrión.

Había otros seres rondando aquellos parajes.

La luna clara inundaba la escena como un foco dirigido a los personajes principales. Dahl sujetaba la cabeza de Gary con sus manos pero no le prestaba atención, tenía la vista fija en un punto inconcreto en medio de la oscuridad. Gary estaba muerto y la parte de su cuerpo que llevaba ya un tiempo reposando en el suelo quedó rodeada por la arena. Lo que cae al suelo en el desierto forma parte de la arena. Y la arena lo exige... Doug permanecía a unos metros de ellos. Durante el relato de Gary se había detenido en ocasiones, escuchando los retazos de voces que llegaban a su mente desde infinitas direcciones al mismo tiempo. Gary era quien hablaba, pero él escuchaba a Rob, a Marsha, a Eddy, ... les oía gritar desde el fondo del tiempo por su culpa. Cuando Gary terminó por fin su monólogo, Doug había vuelto a su tarea con el arma, buscaba desesperadamente una bala para terminar con su vida, pero no por que estuviera arrepentido de lo que había hecho. No era eso. En absoluto. Quería morir para no recordar más, para no vivir más con el pasado. Por que su pasado le llenaba de una morbosa satisfacción que no soportaba.

Sólo pretendía tener futuro por delante. Pero por más que lo buscaba no lograba verlo al fondo del tambor de su pistola. Seguiría insistiendo.

El espectáculo en conjunto era lamentable.

Ningún coche había pasado en las últimas horas por la Interestatal 15.

3

(Tchak.)

(Tchak, tchak.) (Tchak.)

Doug continuaba su lucha particular.

4

Dahl volvió desde el punto de la mente en que se encontraba. El sonido del arma vacía le situó de nuevo en la realidad. Una realidad cada vez más intangible.

Observó el eterno desierto y se introdujo en la fría oscuridad con la mirada. Sólo la tenue luz de la luna y la que iluminaba el horizonte a ambos lados —Daulon y Carseny— rompía el dominio de la noche.

Miró sus manos, por que notaba un extraño peso húmedo en ellas y vio una cara con la mandíbula desencajada, de alguien que había sido forzado a hablar incluso después de muerto. Era Gary, que le miraba con unos ojos insultantemente penetrantes. De su boca salía un hilillo de saliva y sangre, que caía al suelo formando un montoncito que se extendía como la miel.

Dahl no pudo soportar aquella visión y soltó la cabeza. Gary cayó al suelo y quedó tendido prácticamente como descansaría el resto de la eternidad, en un ataúd. La diferencia la marcaban las manos, que no estaban situadas sobre la parte superior de su estómago, pero ese era un detalle sin importancia.

El chico vestido de negro se levantó. Se irguió desafiando a todo y a todos. Pero ya no quedaba nada a su alrededor. Sus ojos estaban enrojecidos. No habitaba rabia en ellos, era más bien sorpresa. Había soportado estoicamente las lágrimas en la parte final del discurso de Gary, pero una de ellas había logrado salir. Sus ojos estaban resentidos por ese esfuerzo. Quería llorar pero no quería. No sabía qué hacer. Podía quedarse sentado allí mismo o caminar hacia la negra noche. Perderse para luego morir de sed en cualquier parte. Era una decisión complicada.

Decidió caminar. Huir. Pensar.

Sus pies se agarraron firmemente a la arena cuando comenzó su viaje. Iba encerrado en sí mismo, pensativo y perdido entre la confusión. Pasó al lado de Doug y le dirigió una mirada. Doug se la devolvió con una sonrisa demente, mientras seguía jugando a la ruleta rusa.

Dahl sintió como si se estuviera mirando en un espejo.

Su cuerpo pareció abandonarle por un instante, y amenazó con tirarle al suelo en forma de desmayo, pero se contuvo. Apartó la mirada y siguió su rumbo. Hacia ninguna parte. Tenía que pensar en sí mismo. Ya sabía quién era y por qué. Pero tenía que admitirlo. Tenía que darse cuenta de ello. Reconocer su desgracia y vivir con la culpa.

(Tchak)

5

Pudieron haber pasado sólo unos minutos. Quizá hubieran sido días completos, o años. Si era esto último, la noche se habría apoderado también del día.

Las sensaciones dentro de Dahl burbujeaban pujando por salir. Le apetecía gritar pero sus cuerdas vocales se habían resecado por el desierto. Tenía la mente nublada y a la vez lo percibía todo nítidamente. Tal y como había resultado todo, quizá habría sido mejor no saber nada. La verdad era demasiado ominosa para hacerle frente. La verdad era complicada.

Recordó fragmentos de la historia de Gary mientras caminaba. Le había dado la sensación de haber vivido todo lo que escuchaba. Era como si le estuvieran contando su propia vida. Doug y él eran una sola cosa. Algo de difícil comprensión.

6

Comenzaba a notar cierto dolor en sus piernas, llevaba mucho tiempo caminando.

Una y otra vez le llegaban a su mente imágenes del día en que Doug había matado al niño. Recordó el sonido del cráneo. La sangre apelmazada entre la arena. Gary asustado a punto de mearse en los pantalones. Su coche oscuro. Las ropas negras. La cara de Marsha cuando se enteró de lo sucedido. La mirada de odio contenido que le había dirigido Rob cuando se celebró el funeral. Una mirada que se repitió un mes después, tras la muerte de Marsha. Y recordaba todo aquello por una simple razón.

Él era Doug.

Doug era él.

Lo había sabido, en cierto modo, desde el principio. Podía utilizar a Doug para lo que quisiera, introduciéndose en su mente. En Rob y Gary no lo había conseguido.

Conocía la forma de pensar de Doug. Sabía que ocurriría todo lo que finalmente sucedió. El motivo que lo movía ciegamente, lo que le pedía venganza desde el principio, se volvió tan transparente y simple que se sintió mal consigo mismo por no haberlo sabido.

Él, Dahl, el muchacho vestido de negro... no era más que Doug en el instante de matar a Eddy. Su rostro era distinto, surcado por rasgos más marcados y distorsionados, pero el parecido con Doug no era del todo descabellado.

Cuando Eddy murió, Doug sufrió un desmayo en su coche. Algo se torció dentro de su cabeza. La locura peleó contra la razón en un combate singular. No hubo ni vencedores ni vencidos. Por eso se mostró después tan tranquilo y satisfecho. Su mente había expulsado la parte de él que cometió el crimen.

Ahora, años más tarde, había vuelto para acabar con el hombre que le había provocado aquel estado. El culpable indirecto de todo había sido Rob. Y debía acabar con él. Esa era la idea que desde el principio le había movido. Ahora no estaba seguro de qué era lo que debía hacer. No sabía tampoco si existía o no. Él no había hecho más que empujar acontecimientos que de una forma u otra habrían podido suceder así. Sólo había sido una especie de catalizador catastrófico. El interruptor de la muerte.

—Quizá si yo no hubiera aparecido todo habría ocurrido de la misma manera. Quizá yo no sea más que un mal recuerdo.

Habló en voz alta. Su voz le sorprendió por que hacía horas que no la oía. Sus pensamientos brotaron de sus labios sin control. Todo el tiempo que había pasado en lo que él creía que era el infierno no había sido más que una extraña pesadilla que había durado casi 60 años. Dahl había aguardado oculto, en alguna parte de la mente de Doug, para salir con enormes fuerzas tratando de conseguir algo que ya no tenía sentido. Cuando el cerebro de Doug se volvió tan frágil y senil que ya no pudo soportar más aquella personalidad oculta dentro, la soltó. Era un perro de caza dispuesto a conseguir el preciado trofeo que ansiaba su dueño. Y en cierto modo lo había logrado.

DOS

1

Entre las casa de Doug y de Rob, junto a la Interestatal, surgió una extraña luz vaporosa, cerca del cadáver de Rob. Doug cesó por un instante su loca actividad y observó la neblina, que se disipaba dejando entrever unas figuras. Eran tres personas. Una de ellas era muy pequeña.

No acertaba a ver más detalles.

Los seres comenzaron a acercarse al cadáver de Rob. Los tres se agacharon a verlo más de cerca y uno de ellos, el de menor estatura se derrumbó sobre Rob y le abrazó. Fue una escena profundamente irreal, como salida de algún chiste macabro. En ese preciso instante, quizá por una broma de la luna o por que se incrementó la luz de los pueblos cercanos, los rostros de las figuras se volvieron nítidos. Doug los vio y apenas pudo reprimir un desagradable y agudo chillido, antes de volver alocadamente a disparar una y otra vez contra su sien, buscando el descanso final.

Las figuras más altas eran Marsha y Rob, que le miraban como unos padres miran a un hijo que se ha portado mal. La figura más pequeña era Eddy, que sonreía al ver a sus verdaderos padres juntos. Pero esa sonrisa inicial se transformó en un gesto obsceno. Giró su cara angelical y sus facciones se deformaron hasta adquirir el rostro que le había quedado tras su muerte. Rob no cambió, por que acababa de morir, pero la piel de Marsha se descompuso poco a poco, hasta quedarse en los huesos, con los ojos en sus respectivas cavidades... sin más carne en el cuerpo. Los tres avanzaron hacia un Doug con los ojos muy abiertos y la mandíbula desencajada. El niño fue el primero en llegar. Doug no le rehuyó, pero tampoco cesó en su eterna actividad. Tanto Marsha como Rob se detuvieron para observar lo que sucedía. Estaban ansiosos por ver lo que su hijo había aprendido.

2

Dahl sangraba. Los disparos que Doug le había efectuado horas antes le hacían daño ahora. Había perdido su capacidad para no sentir dolor. Se había vuelto un poco más tangible. Se hacía real a cada paso que daba. Seguía caminando sin sentido buscando una explicación a todo. Un porqué a cada uno de sus actos. Quería saber cuál era la causa por la que Dios le obligaba a sufrir tanto.

Sus pensamientos caminaban tras sus pies al mismo ritmo, pero un poco alejados. Por eso tardó unos segundos en percatarse de que el suelo que pisaba ya no era arenoso. Estaba sobre le Interestatal 15.

Continuó su camino por ella, sujetándose las heridas abiertas por las balas. Era un fantasma que sangraba.

3

Eddy observó con la cabeza ladeada a Doug —de otro modo no le habría visto, tenía el rostro en extremo deformado—. Le observó atentamente y aquella mirada alucinada y sobrenatural se clavó en Doug, que no notaba cómo la piel que recubría su dedo, con el que disparaba la pistola sin cesar, se había roto y sangraba abundantemente. Las miradas continuaron fijas un instante. Al instante siguiente Eddy se acercó hasta casi tocar al que fue su asesino. Levantó las manos y, mientras con la izquierda sujetaba el arma, con la derecha acariciaba el rostro de Doug. Luego bajó la

mano derecha y se unió a la izquierda. Entre ambas estaba la pistola. Las juntó y apretó con escasa fuerza. Cuando finalizó fuera lo que fuese lo que estaba haciendo, le devolvió el arma a Doug.

—Ahora ya puedes.— Le dijo el niño con una voz arenosa a su padre adoptivo. — Cuando quieras.

Y comenzó a marcharse. Primero retrocedió de espaldas, sin perder de vista a Doug. Luego se giró y caminó animadamente hacia sus auténticos padres. Su rostro volvió a cambiar y también el de Marsha. Parecían de nuevo personas reales. Y lo siguieron pareciendo cuando el niño llegó a su altura y les abrazó a ambos. La escena resultó brutalmente sentimental a los ojos de Doug, que no pudo más que llorar, de odio y rabia.

Entre aquellas lágrimas saladas que le ardían en los ojos, observó cómo las tres figuras volvían hacia el lugar del que habían salido. La extraña niebla de hacía un rato estaba volviendo. Se marcharían en cualquier momento. Doug no soportaba la idea de quedarse sólo en medio de ninguna parte... volvió de nuevo a su arma. Lo amartilló y se lo colocó en la sien, dispuesto a comenzar de nuevo su letanía, hasta que muriera muy probablemente de sed.

La locura le consumía, pero recuperó sólo en parte la cordura cuando el siguiente sonido que oyó no fue el tan familiar y desagradable *tchak* al que estaba acostumbrado. Una bala salió del tambor previamente vacío. Recorrió el camino que le quedaba hacia Doug a través del cañón y le voló la mitad superior de la cabeza. La explosión fue enorme, atroz. Doug cayó al suelo con la expresión de alguien que muere de un ataque al corazón por un susto. El brillo de sus ojos se apagó y se quedó tendido, boca arriba, mirando fijamente a la luna.

Rob, Marsha y Eddy se miraron entre ellos y luego observaron el cadáver de Doug tras oír el disparo. Se quedaron así un instante, comprobando que todo había terminado.

Volvieron a mirarse y, ya sonriendo, se acercaron a la puerta que les conducía a su nuevo mundo. Se introdujeron en la niebla amarillenta corriendo los tres, como dos padres jóvenes que acompañan a su hijo al circo por primera vez.

4

Dahl oyó la explosión en la distancia. Le recordó al sonido de la pistola de Doug. Pero eso era imposible. No le quedaban más balas. Estaba seguro de ello.

Aún así, se vio a sí mismo peligrar. Si Doug moría no sabía qué podía pasarle a él. Perdería su contacto con la realidad. Lo perdería todo.

Sintió un desagradable cosquilleo en las piernas y, cuando miró, estuvo a punto de soltar un tremendo alarido. Se estaban volviendo transparentes, perdían su estado físico. Así pues, Doug debía haber muerto. Él mismo estaba muerto. Caminó tambaleándose unos metros más, hasta caer en una de las orillas de la Interestatal, a unos metros de ella. Allí observó el resto de la descomposición de su cuerpo. Adelgazaba y se estiraba sin control. Su piel se hacía cada vez más y más fina, hasta que se volvió completamente translúcido. Su cabeza fue lo último en desaparecer, mezclada con la arena y aplastada por dunas en eterno avance. Antes de consumirse gritó con todas sus fuerzas, hasta que las cuerdas vocales se esfumaron. Miró a derecha e izquierda, con un imposible espasmo muscular y desapareció entre la Nada. A poca distancia de la Interestatal 15, a medio camino entre Daulon y Carseny.

Fin

Seis escalones

(Susana Duré)

Caminaba como siempre, medianamente rápido, mirando hacia abajo, como esperando encontrar alguna cosa tirada en el suelo.

Las tres de la tarde, y el arquitecto Di Giulio apuraba el paso para volver a su estudio y almorzar algo antes de la reunión con González y MacManey, fijada para las 15:30 hs.

Había sido una mañana agitada, pero productiva, se dijo, satisfecho. El emprendimiento más importante en el que estaba trabajando, era todo un éxito, hasta el momento. Un moderno edificio, en Puerto Madero. Excelente ubicación, y la obra marchaba sobre ruedas. Esa mañana la había visitado por enésima vez, con un brillo de ambición en los ojos. Oficinas, locales comerciales, viviendas... Y la terraza...La terraza sería sencillamente espectacular...Coronada por una inmensa variedad de plantas, algunas esculturas, y hasta una hermosa fuente de mármol blanco.

Enrique Di Giulio, junto a su socio y amigo, Cecilio Bonanno, había presentado el proyecto de la obra, que fue aprobado inmediatamente.

La obra avanzaba a buena velocidad...Ya se podía visitar la terraza, inclusive. El único inconveniente era que, para llegar a ella, había que trepar por una angosta escalera. *Un poco de vértigo*, se dijo, pero dentro de poco el acceso a la terraza va a estar terminado y esos escalofriantes escalones de madera, pasarán a ser historia. Ahora estaba a trece cuadras del estudio, y pensó en tomar un taxi, pero al intentar detener a uno, este pasó de largo, como si no lo hubiera visto.

Bueno, pensó. *Mejor camino. Me va a venir bien, hace mucho que no hago algo de ejercicio.* Aflojó el paso, y levantó la mirada. El centro era un infierno de gente yendo y viniendo. Llegando a la esquina de Callao y Corrientes, sonrió. Por la vereda de enfrente se acercaba Soledad, su hija menor, con dos amigas. Vestían equipo de gimnasia. Cruzaron la calle y él le dirigió una sonrisa a su hija, que pasó por su lado conversando animadamente con sus compañeras. Ella no le devolvió la sonrisa ni el saludo que le dirigió con la mano. Ni lo miró siquiera, en realidad. Pensó en seguirla y alcanzarla, pero miró su reloj; se le hacía tarde.

El rostro de Enrique se ensombreció por un instante. Ella había pasado a su lado como si él no existiera...Pero, pensó, era evidente que no lo hubiera visto, había tanta gente en la calle...Y charlando con las amigas...Lo más seguro era que fueran pensando en otra cosa, se dijo, tratando de olvidar el episodio. Pero le costaba creerlo; Soledad no tenía una pizca de distraída.

Siguió caminando, pensativo. Se dio cuenta de que había perdido el apetito. A pesar de no haber probado bocado después del desayuno, a las seis y media de la mañana, y, cuando normalmente a las 13 almorzaba vorazmente, Enrique no tenía ganas de comer.

Dos cuadras más adelante, al doblar una esquina distraído, casi se chocó con Joaquín, su suegro. Se frenó de golpe, justo antes de tropezar con él, y le dijo alegremente, alzando la voz:

-¡Don Joaquín! ¡Casi lo tiro al piso...! ¿Qué anda haciendo por acá, con éste calor?

Su suegro siguió caminando como si no lo hubiera oído. Como si él no existiera.

-¡Hey! ¡Don Joaquín...! Se le paró enfrente y le gritó.

Nada. El viejo no lo veía. Estaba esperando que el semáforo le permitiera cruzar la avenida.

Enrique, entre sorprendido y asustado, estiró la mano para aferrarlo por el brazo. El viejo estaba un poco sordo, sí, *¡pero no ciego!*

Al tomar contacto con la piel del anciano, sintió una electricidad invadiendo primero su brazo, después, todo su cuerpo. Asustado, lo soltó de inmediato y lo miró atónito. Se miró las manos. Don Joaquín ya había cruzado la avenida. Resolvió seguirlo, aún sin comprender lo que estaba pasando. Aturdido, dio unos cuantos pasos, estaba en medio de la avenida cuando al mirar hacia su izquierda vio venir una camioneta 4 x 4, de color rojo brillante. No tuvo tiempo de gritar, ni de hacerse a un lado. Cerró los ojos fuertemente, sin pensar. Y pasaron unos segundos antes de que se atreviera a abrirlos nuevamente.

No era posible. No le había pasado nada. A su derecha se alejaba la camioneta, le pareció ver que desde adentro le dirgían un saludo. Estúpidamente fijó la mirada en la chapa del vehículo. DIA 810. Curioso. Por la forma singular de esos números, se podía leer también así: DIABLO.

Se miró a sí mismo. Era perfectamente visible. ¿Cómo podía ser que nadie lo viera, que nadie lo escuchara? ¿Que una camioneta le pasara por encima, sin producirle un solo rasguño?

Aturdido, se tambaleó hasta llegar a la otra vereda. Una fuerte jaqueca lo hizo gritar.

La gente comenzaba a amontonarse frente al edificio de Puerto Madero. Eran las 15:02. La ambulancia llegaba hacia la muchedumbre, abriéndose paso.

El hombre estaba tirado en medio de un gran charco de sangre. A pesar de los esfuerzos de los médicos, no reaccionaba.

Enrique se acercó con cautela, hasta llegar al lado del accidentado. Palideció. Miró hacia arriba, la escalera de acceso a la terraza del edificio pendía hacia el vacío mientras dos hombres intentaban llegar a ella para evitar que cayera.

Y entonces se vio a sí mismo, tirado en medio de la calle, con el cuello completamente roto.

Los médicos se miraron silenciosos. Y silenciosos, subieron el cuerpo a la ambulancia, que partió al instante. Las letanías de la indiferencia se escuchaban en un murmullo suave.

-Un borracho -comentó una señora.

-Pobre tipo -dijo una joven, que pasaba tomada del brazo de su novio.

-Vamos, vamos, que se nos hace tarde... -susurró una mujer a su marido, que preguntaba detalles del accidente.

Enrique DiGiulio supo entonces, por qué nadie lo veía, ni lo escuchaba, ni nada. Recordó abruptamente su subida a la terraza, el vértigo frente a esos seis delgados escalones, y la caída fatal. Estaba todo muy claro. En ese momento no experimentó sentimiento alguno, sin embargo. Al doblar la siguiente esquina supo que la camioneta roja lo estaría esperando. Así era, en efecto.

La puerta del acompañante se abrió lentamente, como en sueños. No lo extrañó el fuerte olor a azufre que provenía de su interior.

Parado en seco, y todavía sin atreverse a comprender del todo, observó con verdadero terror cómo una mano inhumana se asomaba por la ventanilla. Unos largos dedos morados crujieron como una rama seca al extenderse en algo que, no quería darse cuenta, pero...Era un saludo de bienvenida.

Sangre y letras

(Guillermo A. Hang)

Se levanta por la mañana bien temprano para aprovechar todas las horas del día. No hay sonrisa en su cara. Se prepara el mismo té amargo y come los bizcochos ya duros de tres días atrás. Él es feliz, pero no lo demuestra. Se lo guarda bien para sí mismo pues no ha logrado adaptarse al mundo actual, y a las personas que hay en él. Termina el desayuno, lava las pocas vajillas usadas y se encierra en su habitación, preparado para hacer lo que hace todas las mañanas y lo que más disfruta. Se sienta en un sillón no muy cómodo y comienza...

Vanesa creía disfrutar su adolescencia como nadie. Tenía apenas dieciséis años, pero como ya no era virgen creía haberlo vivido todo. Su semana transcurría de la manera normal como para cualquier persona de su edad. No hay nada relevante para contar con respecto a cursar la secundaria. Vanesa no estaba interesada. Estudiaba sólo para las materias fáciles, pero lograba sólo eximirse en gimnasia.

Figura moldeada y bastante desarrollada. Ropas apretadas hasta el punto justo, ese que hace suspirar a los especímenes masculinos que la ven pasar. Vivía riéndose, pero sin saber muy bien por qué. De lo que sí estaba pendiente es de qué pasa con los personajes de sus reality shows favoritos. Era difícil discutir sobre ese tema con ella, dado que estaba bastante al tanto de lo que pasa en la “casa más famosa”.

Llegado el fin de semana, venía la desesperación. Debía pensar un par de horas para saber que vestimentas usar a la noche. Quizás Mariano la miraría esa noche, o Nicolás bailarían con ella, o llegaría finalmente a algo con Germán, o concretaría las cosas con Víctor. Sea como sea su mente era una confusión debido a esto y una situación no muy diferente transcurre en la mente de sus amigas.

Anocheció, y luego de cenar, se reunió con sus compañeras. Primero se pasó por la fase de precalentamiento, en la cual se critica a la chica que aún no haya llegado. Pero una vez que todas están presentes, comienza la rutina ya conocida. Se come algo en primer lugar. Luego, charlaron sobre hombres que posiblemente encuentren esa noche. Acto seguido, practicaron bailando las canciones de última moda de la radio más escuchada. Se siguió hablando de más hombres, dado que cada una fantasea con varios. Y finalmente, luego de maquillarse, salieron para el boliche una hora y media después, vestida cada una con la ropa de alguna amiga.

Vanesa reía y reía, pero sin saber por qué. Se sentía muy feliz a la vez que entraba a la fiesta. Una vez dentro, dieron vueltas y más vueltas, pero sin marearse, pues es una vuelta larga la que se da alrededor de la pista. Luego de unos tragos, se dispusieron a bailar en parejas, de mujeres. Vanesa reía y reía mientras bailaba desenfrenada con una de sus mejores compañeras.

De pronto, alguien se acercó y la invitó a bailar con él. Vanesa se negó, pues tenía muchas razones para no estar con él. No era alguno de los tantos chicos que le atraían y que estaba esperando ver. No era atractivo y ella creía merecer algo mejor. Prefería alguien con cara de tonto. De todas maneras, no fue eso lo que explicó a ese hombre, sino que prefirió dar una razón “más creíble”.

- Discúlpame, pero prefiero bailar con mis amigas.

El flaco se despidió sin pedir más explicación y Vanesa se rió un buen rato. Fue muy divertido ver la cara de que puso ese desconocido. Un perdedor.

Horas después, Vanesa ya no reía, pues ninguno de los varones que esperaba encontrar apareció. Igual era feliz, pues se divirtió bastante bailando en parejas. Pero ya era hora de irse a casa.

No le gustó pagar el taxi hasta su casa. Hubiera sido mejor ser traída en auto por alguien y quizás llegar a algo con ese alguien enfrente de su propia casa. Sacó la llave de su pequeña cartera, pero repentinamente alguien la derribó de un golpe. Vanesa, sin reír, cayó al piso a la vez que era pateada en las costillas por ese hombre al que rechazó para bailar.

La cara de éste era poco expresiva, pero sus ojos estaban vidriosos, rebosantes de lágrimas. Se agachó sobre ella y extrajo un cuchillo de su abrigo. Lo acercó al cuello de Vanesa y preguntó:

- ¿Cuál fue el último libro que leíste?

Probablemente algún libro del colegio. No hace falta explicar por qué Vanesa dejó de existir.

...a leer. Ese placer como no hay dos. Las páginas vuelan delante de sus ojos. Se convierte en un personaje más de la historia que lee y vive. De vez en cuando es interrumpido por algún integrante de su familia. Molesto atiende el llamado, pero luego vuelve a sentarse. Y sigue así hasta el mediodía. Duele dejar el libro en sus partes más intrigantes, pero no hay opción. Almuerza y se cambia, pues debe ir a trabajar a la tarde...

- ¿A cuánto llega en quinta? – preguntó el mecánico.

- Casi a doscientos, pero no me pude ponerlo al mango en la ruta– respondió Jorge.

Autos era el tema de la charla. Jorge era un contador de gran prestigio en la ciudad. Su calidad en el trabajo lo elevó a una posición que le permitía vivir con comodidad. Pero en ese momento, el tema de discusión era el Rover que acababa de comprar Jorge hace dos semanas. Este lo llevó al mecánico para ponerlo bien a punto.

Aficionado al automovilismo, Jorge se olvidaba de los números los fines de semana. El sábado pasaba tres horas y media durante la tarde dedicándose al auto. Lavarlo es un proceso muy delicado, y requería de suma atención. Luego, el domingo, lo que normalmente hacía es salir con su familia a alguna ciudad o pueblo cercano, de paseo. En realidad, la verdadera razón para el paseo era que el auto lo precisaba. Y era un gran conductor. Rápido pero seguro.

El resto, era fácil de imaginar con sólo verlo. Jorge era una de esas personas que uno sabe que será escuchado por todos siempre que habla, como si su palabra fuera bendita. Eso le daba, consecuentemente, gran seguridad sobre sí mismo y fue la causa principal que permitió que se encuentre donde estaba socialmente.

Viernes. Cansado de toda la semana, Jorge volvía a su casa. Aunque agotado física y mentalmente, eso no le impidió manejar a gran velocidad por las calles de la ciudad como era costumbre. Llegó a una esquina, y efectuó un rebaje, doblando aceleradamente sin poner el guiño pues nadie venía atrás. Mala opción, pues una persona estaba cruzando la calle. No exactamente en la esquina pero con prioridad de paso. Debido a esto, Jorge se vio obligado a ejercer una maniobra terrible para esquivar a ese flaco. Frenó luego, para abrir la ventanilla y gritarle:

- ¡Estúpido! ¿Por qué no miras por donde caminas?

Al llegar a su casa, y aún nervioso, bajó del auto, cerró y puso la alarma, pues si algo le pasara al auto, hubiera sido como morir. De todas maneras su vida acabaría, pues el peatón al que maldijo, apareció de la nada. No pudo entender cómo logró seguirlo, ni pudo pensar mucho más, pues una patada en sus testículos los dejaron de rodillas. El

desconocido extrajo de su abrigo un cuchillo, que por un instante muy breve reflejó la luz del porche de la casa de Jorge. Miró a los ojos de su atacante, y los vio brillosos, quizá de lágrimas. Lo que sí entendió fue la pregunta que este le efectuó:

- ¿Cuál fue el último libro que leíste?

¿Un libro contable? ¿O de literatura? Lo pensó demasiado. No hace falta explicar por qué Jorge dejó de existir.

...al mismo lugar de siempre. Es un trabajo rutinario pero que le agrada. Su labor transcurre en una empresa de publicidad. Dado su carácter tímido, este trabajo es bueno para él, pues logra relacionarse socialmente con otras personas. Cuando se encuentra solo en la oficina, y no tiene tareas muy importantes por hacer, saca de su maletín un libro, una edición de bolsillo, y sigue devorando letras. Nueve horas luego, vuelve a su hogar y se prepara para esta la noche. Sus planes son simples...

Gol del equipo visitante. La tribuna del equipo local estalló en gritos y comenzaron a arrojar todo lo que sea posible al juez de línea por no haber cobrado el fuera de juego. Hugo se encontraba en el tumulto y era uno de los miembros más bravos del grupo. Empujó a los que no saltan y gritó obscenidades contra los policías. Es un acto que se prolongó hasta momentos después, cuando el partido culmina. Un empate fue el resultado final, pero dado que el tanto de los visitantes fue convertido sobre la hora, la pelea venidera fue inevitable.

Jugadores incluidos, puñetazos por aquí y por allá fueron los actos del nuevo espectáculo. Hugo no se quedó atrás, y siendo poseedor de un cuerpo descomunal, sus golpes eran terribles, dejando sangre luego de lanzar su puño. Avanzó a zancadas hasta la platea del equipo visitante, y se abalanzó contra un flaco que se encontraba poniéndose el abrigo, dispuesto a marcharse de la batalla. Él fue a ver un partido de fútbol, no boxeo. Pero Hugo lo tomó por los hombros y lo derribó de un rodillazo en su estómago. Peor hubiera sido la suerte del pobre individuo sino fuera porque finalmente la policía entró en acción. Gases y chorros de agua fría calmaron las fieras. Varios detenidos, incluido el pobre infeliz golpeado por Hugo. Pero éste último corrió y logró escapar.

Enojado con el resultado, Hugo volvió a su hogar, en donde los esperaban su esposa y sus hijos junto con todos sus parientes para cenar. Entró riendo, y todos corrieron a su encuentro. Un tipo fenomenal, mientras no se intentaba discutir de fútbol con él. En una oportunidad llegó a golpear a su propio hermano. Luego de eso, nunca más se habló de ese deporte en cuestión en las reuniones familiares, y Hugo iba a ver los partidos solo.

Charlaron mucho esa noche. Una cerveza tras otra acompañaron temas tales como el ascenso de Hugo, su auto nuevo, y sobre todo la enseñanza en la escuela. Hugo no fue para nada un estudiante destacado, pero sus hijos recibían bofetadas si no aprobaban alguna materia, pues nunca llegarían a ser un abogado modelo como su padre.

Fin de la reunión, y tras abrazos, los parientes volvieron a sus respectivos hogares. Los chicos se fueron a la cama y Raquel, la esposa de Hugo, pidió a éste que sacara la basura.

Salió Hugo a la calle con la bolsa de desperdicios, pues a la mañana pasaban los hombres de la basura, y luego de tantas cervezas dudaba poder levantarse temprano. En realidad estaba un poco ebrio. Quizá eso fue lo que no le permitió ver la sombra que se acercó por detrás de él, y lo pateó en la sien justo cuando se agachaba a dejar la bolsa. Cayó pesadamente, y cuando logró reaccionar, el flaco que había golpeado en la cancha esa tarde estaba sobre él sin dejarlo mover. Lágrimas caían por sus mejillas. De su

abrigo sacó un cuchillo en apariencia bastante afilado, formulando a continuación una pregunta que Hugo, alcohol de por medio, no pudo escuchar del todo.

- ¿Cuál fue el último libro que leíste?

De nada hubiera servido que entendiera la pregunta pues no hubiera podido responderla. No hace falta explicar por qué Hugo dejó de existir.

...y no necesita de valor especial para llevarlos a cabo. Sus libros, sus mejores amigos, son la principal fuerza que precisa. Ya las lágrimas cubren sus ojos. Si bien no tiene miedo, no le gusta matar. Pero es necesario. Debe acabar con cada una de las personas que pueblan el mundo, según su opinión, aparentando una felicidad que no es tal. Solo él sabe que la felicidad está en los libros. Su vida es grata gracias a las historias que lee día a día, sean o no ficticias. Pero a veces, ciertas personas buscan herir tu corazón, porque no está permitido que seas más feliz que ellos. Esa gente basa su vida en cosas artificiales. Pero él sabe que los libros no son algo artificial. Emanan vida de ellos, y piensa terminar con cada una de las personas que intentan demostrar lo contrario. Coge su cuchillo y sus guantes. Esta noche, su víctima es aquél anciano que se burló de él en la biblioteca por pasar horas dedicado a la lectura. Le demostrará que leer tiene sentido. Le demostrará que aunque sepa jugar muy bien a las cartas, hay algo más importante. Le demostrará que si no pudo sacar nada en limpio del último libro que leyó, si es que lo ha hecho, su vida no merece continuar. Y así actuará con varias personas más. Derramar la sangre de quien no sabe apreciar las letras...

Está loco.

Está loco.

¿Está loco?

La noche de los espíritus

(Ariel Balsis)

En una casa de las afueras de la ciudad vivían la pareja de abuelos Angelina y Paul Collins. Transcurría el año 1989 cuando el Sr. Paul fallece de un paro cardiaco, teniendo Angelina que solventarse sola debido a las deudas que le quedaron de los altos tratamientos que se hacía el Sr. Collins. Es así que su nieto Alan se muda a la pequeña casa que tenían en el fondo.

Una noche Alan llega pasadas las 2 de la mañana. Al pasar por la ventana de la habitación de su abuela siente ruidos de cajones que se abren y se cierran, esto le resulta raro, ya que provenían de la mesa de luz de su abuelo fallecido. Iba a entrar a ver si le sucedía algo a su abuela, pero, y debido a su cansancio, lo dejó para el otro día, pensó también, que tal vez su abuela estaba buscando algún analgésico, y se fue a dormir.

Al otro día mientras desayunaba le pregunta a su abuela.

- ¿Te sientes bien abuela?
- Sí, ¿por qué?
- Es que ayer, cuando volvía de trabajar, pasé por la ventana de tu habitación y sentí ruidos del cajón de la mesa de luz del abuelo, supuse que buscabas algún remedio, pero me extrañó, ya que tu nunca tomaste nada, siquiera para el dolor de cabeza.
- Mira, te voy a contar lo que sucede. La noche posterior al fallecimiento de tu abuelo empecé a sentir los mismos ruidos que tu escuchaste anoche. Las primeras noches me asusté terriblemente, pero lo peor fue sentir la voz de tu abuelo que me preguntaba dónde estaban los remedios. Otras veces me decía que me iba a llevar con él para que lo cuide porque se olvidaba las cosas.
- ¿Y cómo lo tratas de solucionar? Lo que es yo, ya me hubiera ido.
- Le digo que se quede quieto, que se deje de molestar. Y entonces todo se para, pero te puedo asegurar que tengo bastante miedo.

Dos meses después su abuela falleció, según el médico, producto de un paro respiratorio, pero puedo asegurar que yo, que la encontré junto con Alan, noté que parecía como si hubiera tratado de resistir algo. Hasta ese momento yo no estaba enterado de nada de lo que sucedía, un día mi querido amigo, después de una noche de copas, me invitó a que me quede en su casa, ya que por entonces vivía a más de 15 km. de distancia.

Había algo raro en Alan a partir de la muerte de su abuela, pero lejos de mí estaba atormentarlo con preguntas, fue esa noche que supe el motivo. Después de tratar de dormir durante una hora, soy de esas personas que si no duerme en su cama no puede dormir, comencé a sentir ruidos provenientes de la casa de la abuela. Lo desperté y le dije:

- Alan, hay ruidos en la casa de adelante, ¿quieren entrar a robar!.
- No – dijo paciente- Es mi abuela revisando los cajones.
- ¿Qué? ¿es una broma o algo así?
- No, para nada. Hay muchas cosas que no te conté y es largo para hacerlo. Así que duerme.
- Pero, ¿cómo quieres que duerma si tu abuela muerta anda dando vueltas por la casa?.
- Bueno, ok, ¿si yo hago que pare, me dejarás dormir?
- Ehh...Si, ¿pero que vas a hacer?
- Déjame a mi.

Entonces se levantó, y con un simple -¡Angelina ve a dormir!, todo quedó tranquilo, como cuando llegamos.

Al mañana siguiente me contó todo lo relacionado con los espíritus de la casa, es por eso que estoy contando esta historia.

Pero ahí no termina todo. Luego de varios meses negándome a ir a su casa- imagínense tan sólo como fue esa noche- volví. Después de una noche de baile regresamos, junto con su novia. Yo, que ya casi me había olvidado del tema, me fui a dormir a la casa del fondo. La novia de Alan durmió en la habitación que era del matrimonio, según él le sugirió, en estos momentos me hace pensar que, y con las copas de más que tenía, se había olvidado de lo que pasaba a diario en ese lugar de la casa. Fue entonces que, y desde donde estábamos durmiendo, empezamos a sentir la voz de Ana pidiendo a gritos que la suelten, que la estaban ahogando. Alan y yo despertamos de nuestro estado de embriaguez y corrimos en su ayuda. Cuando tratamos de abrir la puerta nos fue imposible, fui en busca de un martillo para poder romper la madera, y cuando al fin pudimos entrar, vimos, con nuestros propios ojos, como se estaban

manifestando esos espíritus. Fue terrible ver como trataban de asfixiar a la mujer, que en ese momento se encontraba bordó y con una sábana enroscada en su cuello, y nosotros ahí parados, sin poder hacer nada, ya que en el momento en que tratamos sentimos un verdadero escalofrío y una fuerza mayor a la humana que nos arrastró y tiró contra el ropero, provocando la fractura de mi brazo y tres de mis costillas. Hicimos lo posible por salvarla pero no pudimos. Ella murió ese 13 de noviembre de 1998. Desde luego el informe del forense fue muerte accidental por asfixia.

Nunca más en los siguientes años me acerqué a la casa, no supe nada mas de mi querido amigo Alan. Nada hasta hoy, 14 de noviembre del 2001, cuando en la televisión vi la noticia “Murió un joven en su casa por asfixia”. Miré la fecha en el almanaque, y así es que hoy, y mediante este relato, recuerdo la noche de los espíritus.

EL HOMBRE DE LA LLUVIA

(Jordi Sala)

“Se trata de una simple página de Internet”.

Eso era lo que le había dicho el muchacho. Nada tan simple como una página de Internet. Pero en el fondo él sabía que algún día podía llegar a convertirse en algo más. Tal vez una especie de templo, una parada virtual de culto para los seguidores del Hombre de la Lluvia.

El escritor, el amigo del muchacho, aceptó el reto. Le contestó que sí, que escribiría algún relato con cierta periodicidad para que lo publicasen en Internet. Las historias que escribiría tendrían dos características en común: serían cortos y se centrarían en un personaje.

No habría impedimentos. Hacía ya tiempo que escribía sobre un hombre.

Eran las tres de la madrugada y se hallaba sentado frente a la pantalla de su ordenador. El cursor parpadeaba en el procesador de textos. Aquella pantalla era la única fuente de luz de todo el piso, y el rostro del escritor mostraba un aspecto enfermizo bajo el mortecino fulgor blanco.

Miró a través de la puerta abierta de la habitación y tan sólo vio sombras. La vivienda se sumía en la oscuridad. Había apagado todas las lámparas porque eran innecesarias y porque se sentía mucho más cómodo así.

Afuera llovía con fuerza. Podía oír las gotas golpeando la calle, las paredes, las ventanas. De vez en cuando tronaba.

"La noche perfecta", pensó.

Se levantó y caminó a oscuras por el piso. Atravesó el salón y llegó hasta las altas cortinas blancas, que ahora en tinieblas aparecían ante él sin un color definido. Las apartó suavemente, con una mano, y contempló el exterior. Por la ancha avenida un taxi solitario avanzaba perezosamente bajo el diluvio. Su luz verde indicaba que estaba libre.

El escritor pensó que tal vez en aquel momento alguna persona se estaría empapando en la otra punta de la ciudad mientras buscaba un taxi con desesperación. Es más, podía recrear el pensamiento de aquella imaginaria persona: "con lo que está cayendo y no podré encontrar ni un sólo taxi a estas horas... ¿dónde se habrán metido?"

—Pero... ¿Por qué? —se preguntó en voz alta. De haber estado acompañado por alguien, el oyente no le habría encontrado sentido alguno a aquella pregunta.

Se apartó de la cortina y se dirigió al mueble bar. La claridad procedente de las farolas de la calle fue suficiente para iluminarle. Se sirvió dos dedos de whisky y fue a la cocina a buscar hielo. Buscó con los dedos el interruptor de la luz, y mientras lo hacía rozó algo que pareció desprenderse de la pared y caer al suelo. Retrocedió sobresaltado mientras el fluorescente parpadeaba un par de veces antes de decidirse a bañar la cocina con su fría luz.

Miró al suelo y allí estaba el causante del drama. Una cucaracha corría a refugiarse en algún rincón en que poder ocultarse a los ojos del humano. El escritor hizo una mueca de asco. La había tocado con sus dedos...

Agarró una escoba y mató al insecto golpeándole con el cepillo. Los golpes sonaron como disparos en el silencio de la noche.

Tras arrojar los restos del intruso al cubo de la basura, abrió el congelador y buscó los cubitos de hielo. Echó un par en el whisky, apagó la luz y regresó a su habitación. Se sentó de nuevo frente a la pantalla mientras un trueno convertía en anécdotas los golpes de la escoba. Tomó un sorbo del vaso, pero antes de que pudiese tragarlo sonó el teléfono.

Fue un sonido estridente, ensordecedor. Aún retumbaba el trueno en la lejanía, pero la tormenta le había acompañado toda la noche. Los truenos eran sonidos familiares en la madrugada de aquel jueves. Pero el timbre del teléfono había llegado de forma totalmente impredecible, como un atentado a la intimidad, como una desgracia irreparable. Su pulso se aceleró rápidamente, el corazón le palpitó con tal fuerza que parecía que estaba a punto de estallar. El sobresalto fue tal que parte del whisky se le escapó de la boca y resbaló por el mentón hasta la barbilla, donde goteó mojándole la camisa. La atmósfera de la noche había quedado fracturada momentáneamente.

Tragó con rapidez el resto de la bebida al tiempo que agarraba el auricular para evitar oír de nuevo el timbre. Tosió un poco, y un par de segundos después contestó la llamada.

—¿Sí?—dijo con voz ronca.

—¿Te refieres a "por qué es difícil encontrar un taxi a estas horas", o a "por qué estoy a estas horas mojándome en la calle"?

La misteriosa pregunta parecía tener ahora cierto sentido.

El escritor respiró profundamente. Las aguas volverían poco a poco a su cauce, y el ambiente nocturno sería de nuevo el adecuado. La herida se cerraba con rapidez.

—Ed Tellewar —murmuró el escritor, haciendo caso omiso de la pregunta—. Me has dado un susto de muerte. No esperaba que sonase el teléfono.

—Lo siento —se disculpó aquel hombre—. No era mi intención.

—No importa. Dime, ¿a qué se debe tu llamada?

—Eso dímelo tú. He sabido que querías hablar conmigo, y he decidido darte la oportunidad.

Al escritor no le gustaba saberse observado. A nadie le gustaba que le espiasen, pero sabía que Ed Tellewar no lo hacía con mala intención; y también sabía que a menudo no lo podía evitar.

—Estaba lloviendo, cierto —dijo el escritor—. Me has visto apoyado en el ventanal de mi sala de estar... Dime, ¿tengo buen aspecto?

No se encontraba muy bien. Estaba cansado y tenía sueño, pero la idea que tenía en la cabeza tenía prioridad sobre su descanso.

—Tenías un aspecto inmejorable cuando te vi antes, al menos para una gran noche como ésta. Pero no veo tu cara ahora. Supongo que sigues igual.

—Igual excepto por el susto que me has dado con tu llamada.

—Ya te he dicho que lo sentía.

—Olvidémoslo —sentenció el escritor. —Supongo que en estos momentos estás en medio de una calle solitaria empapado por la lluvia, y llamándome desde tu teléfono móvil.

—Bingo. Sigues siendo un chico listo. Déjame que añada que en mi caso particular me será difícil encontrar un taxi por el simple motivo de que estoy en el barrio de la Verneda, lejos del centro de la ciudad.

El escritor sintió como se le erizaba el vello. ¿Casualidad? ¿Conexión de pensamientos? Quién sabía. Estaba dispuesto a creer cualquier cosa.

—¿Y qué te trae por ahí, amigo?

Tellewar no contestó inmediatamente. A través del teléfono, el escritor pudo escuchar el sonido de unas sirenas que pasaban por alguna calle cercana a su interlocutor.

–Está lloviendo mucho, así que puedes imaginártelo –repuso Tellewar–. Creo que unos muchachos acaban de matarse por aquí cerca. Conducían un coche a excesiva velocidad, y un muro se cruzó de repente en su camino.

–Ya veo... ¿Crees que el Hombre de la Lluvia ha tenido algo que ver?

–No lo creo. Lo sé. Tengo la certeza absoluta de que ha sido él.

–No me cabe duda de que lo sabes –dijo el escritor–. Tal vez tengas una noche ocupada.

–Ya la estoy teniendo. Bien, cuéntame. ¿Qué querías preguntarme?

El escritor no contestó todavía a la pregunta. Tras unos momentos en que consideró las palabras a pronunciar, optó por responder con otra pregunta.

–¿Te gusta tu trabajo, verdad?

–¿Era eso lo que querías saber?

–No, no se trataba de eso. Conozco la respuesta, pero me gusta oírla de tu boca.

–Me encanta lo que hago –contestó Tellewar con serenidad. No se percibía ningún matiz de teatralidad en su voz.

–Un amigo me ha pedido que escriba algunos relatos para publicarlos en Internet –explicó el escritor, cambiando drásticamente de tema–. Y he pensado en escribir sobre ti y el Hombre de la Lluvia.

–¿Lo comentas por hablar de algo?

–No, era eso lo que quería preguntarte.

–Hazlo –indicó Ed Tellewar–. Escribe sobre nosotros. Me divierte el asunto.

–Yo pensaba más bien en darte a conocer. Creo que sería bueno que el mundo te conociese. A ti y al Hombre de la Lluvia.

–Sería bueno que estuviesen prevenidos frente a él, pero seguramente nadie irá más allá de considerarlo un personaje de ficción. En cuanto a mí, no me importa en absoluto lo que hagas.

–¿No temes que la popularidad te cause problemas?

–El Hombre de la Lluvia ya sabe que existo. Y además, todo el mundo seguirá pensando que soy un personaje de ficción.

–En ese caso, lo haré– sentenció el escritor.

Ambos quedaron en silencio, y puesto que parecía que no había nada más que decir, Ed Tellewar decidió despedirse.

–Ha sido una charla muy agradable. Breve, pero agradable. La necesitaba. Sin embargo –añadió–, ahora debo dejarte.

–Suerte.

Tellewar no contestó. Había cortado la llamada antes de escuchar las últimas palabras del escritor.

Ya no le prestaba atención. Ya no le observaba.

La lluvia caía ahora con mucha insistencia.

El agua empapaba las ropas de los tres muchachos muertos. Junto a los restos del vehículo, un hombre muy alto vestido de negro parecía intentar guarecerse bajo un gran paraguas del mismo color.

Su mirada era fría, y el semblante de indiferencia ante la muerte le daba el aspecto de alguien acostumbrado a toparse con ella.

Alzó una mano al aire, y la lluvia bajó de intensidad. Fue perdiendo fuerza rápidamente, y a los pocos segundos el diluvio se convirtió en una suave llovizna. Finalmente, las gotas desaparecieron por completo.

El hombre plegó su paraguas y lo sacudió un par de veces.

Se encasquetó el sombrero que sujetaba con la mano libre, enguantada en piel negra, y suspiró.

Prestó atención a los sonidos de la noche. Una sirena se aproximaba a gran velocidad.

—¿Quién puede haber alertado a nadie en un lugar como éste? —se preguntó en voz alta el Hombre de la Lluvia.

El coche patrulla apareció ante él, a unas tres calles de distancia. Sin embargo, no se inmutó por su presencia. Volvió a abrir el paraguas al tiempo que la lluvia regresaba con insistencia.

Rió con ganas y desapareció entre las sombras.

Parecía como si nunca hubiese estado allí.

Octubre de 1998
Revisado 8-12-98
Revisado 9-08-00

(C) Jordi Sala Parra – Todos los derechos reservados
Prohibida su reproducción total o parcial sin consentimiento expreso del autor

Cuestión de lenguaje.

(*Fernando Feliú*)

La noche estaba húmeda. Fue poco después de las siete y media cuando lo vio salir. Cerró su libro mientras se paraba del banco en el que, terriblemente incomodo, había estado leyendo la última novela de Stephen King.

Los nervios que no había sentido hasta ese momento lo invadieron ahora de súbito, y la transpiración comenzó a manarle de su frente, sus manos, sus axilas y su entrepierna de una manera tan intensa que nunca había experimentado antes, con sus otras víctimas.

<< ¿Podría ser porque está es la última? >>

No tuvo mucho tiempo de pensar en eso porque rápidamente el tipo de enfrente comenzó a caminar. Lo dejó alejarse una distancia prudencial y luego comenzó a seguirlo, esperando el momento oportuno para actuar.

La adrenalina que sentía al saber que ésta era su última víctima luchaba por apoderarse completamente de él, y en un instante llegó a tal grado que estuvo a punto de arrojarse encima y acabar con todo aquello de una buena vez.

<< No, no. No puedo con tanta gente alrededor. Por favor, tranquilo. >>

Cuando sus pulsaciones habían bajado un poco se percató de que su víctima había desaparecido. La había perdido de vista sólo un instante nada más, pero fue suficiente para perderle el rastro. Miró hacia todos lados y nada. Se maldijo a si mismo, a su madre, a la madre de su madre y a un sinnúmero de personas por haber sido tan estúpido de dejar escapar una tan preciada oportunidad.

Se preguntaba cuando volvería a encontrar a su víctima sola para acabar con ella de una vez por todas, pero decidió calmarse pensando que tal vez mañana tendría más suerte. Fue entonces cuando se acercó a la vidriera de la librería junto a la cual había cesado su persecución. Miró los libros que se encontraban allí y su decepción creció aún más. Elevó su vista por encima de la vidriera y pudo leer un gran cartel que decía: Stratford Books - Librería - Textos en ingles.

Parecía una broma de mal gusto.

Volvió a bajar la vista hacia la vidriera, resuelto a volver a su casa y completar su trabajo otro día, pero fue en ese preciso instante cuando lo vio dentro de la librería. Allí estaba aquel tipo, su última víctima.

Decidió esperar hasta que saliera, sin quitarle los ojos de encima. Vio como luego de revisar un par de gruesos libros al fin se decidió por uno, se dirigió a la caja y lo pagó.

Por segunda vez el observador apartó la vista de su objetivo, pero sólo para volver a mirar el estante del cual el tipo había sacado su libro.

–Dictionaries –. Leyó en voz alta, como lo pronunciaría una persona que jamás en la vida había dicho palabra alguna en ese idioma.

Para él era algo totalmente desconocido, y pensó como tantas otras veces que saber ingles le habría ahorrado muchísimos disgustos y no le habría hecho derramar tanta sangre.

<< Dictionaries. >>

Pensó por un instante y volvió a ver a su víctima saliendo del local, retomando el camino por el cual había venido.

<< Ese diccionario te hubiera hecho mucha falta, lastima que no lo compraste antes amigo mío >>

Lo dejó alejarse un poco y comenzó a perseguirlo nuevamente.

<< Si tan sólo hubieras hecho bien tu trabajo, me evitarías el mío ahora >>

Sus pulsaciones estaban a mil. La adrenalina hacía lo propio al ver que se acercaban a un callejón por el cual habían pasado antes.

<< ¡Llegó tu hora! ¡Llegó tu hora! ¡Llegó tu hora! >>

Sus ojos parecían salirse de sus orbitas. Sus manos, quietas hasta ese momento, ahora parecían buscar algo en los bolsillos de su abrigo. Comenzó a acortar la distancia que los separaba con un paso ligero al principio, que rápidamente fue sustituido por una carrera frenética.

Estaba corriendo. Corriendo hacía su última víctima.

<< Ya estoy cerca, muy cerca. >>

Su mano derecha salió del bolsillo y se alzó mostrando un cuchillo de cocina común y corriente. Fue allí cuando el tipo del diccionario giró para ver quien tenía tanta prisa y recibió una fuerte puntada en el hombro que lo hizo desplomarse en el suelo. Ahora el agresor estaba encima de él, hablándole a dos centímetros de su cara.

–¿Porqué no hiciste tu trabajo? ¿Porqué cambiaste todo?

–Por favor... no... no me lastime –comenzó a sollozar la víctima – No sé a que se refiere.

–¿Porqué no respetaste lo que él escribió? ¿Era tan difícil limitarte a hacer tu trabajo? –le grito el asesino.

–No... no entiendo. Por favor, llévase mi dinero si quiere pero ya no me haga daño.

–¿Tu dinero? ¿El que ganaste suciamente? No es lo que busco ¿No lo entiendes? La víctima lloraba ahora como un niño.

–¿Nunca lo entendiste verdad? No entendiste que *él* era el escritor ¡NO TÚ!

Apretó su cuchillo con más fuerza y con un movimiento brusco lo clavó en el costado izquierdo de la garganta del hombre que yacía en el piso, mientras con la otra mano le tapaba la boca. El impacto produjo un desagradable sonido que ya era familiar para él. Fue tan violenta la estocada que una buena parte del mango entró junto con el dentado filo. Giró el cuchillo muy lentamente atravesándole la garganta de un lado al otro y la sangre comenzó a salpicar en todas direcciones.

Los manotazos que habían estado tratando de apartarlo eran ahora parte del cadáver postrado en el callejón.

El trabajo había terminado, y a diferencia de sus víctimas él lo había cumplido al pie de la letra.

–Don José, un café por favor. –pidió mientras se sentaba en la mesa de siempre. Don José asintió mientras seguía escuchando lo que le decía otro cliente.

–El cadáver fue encontrado por unos vecinos de la zona. Según dicen, el tipo trabajaba en una editorial conocida de por aquí.

–¡Por Dios! –contesto Don José consternado – ya no se puede salir tranquilo a la calle.

–Así es. La octava víctima en menos de tres meses y ni un rastro del asesino.

Don José le llevó el café que le había pedido y lo notó un tanto nervioso, pero pensó que muchas otras veces lo había visto así y lo olvido fácilmente. Se volvió para seguir charlando con el tipo de la barra.

–Una barbaridad realmente. Para colmo no pueden descifrar como escoge a sus víctimas ya que mata tanto a hombres como a mujeres y además sus edades varían entre

los veinticinco y los sesenta y cinco años. Lo único que tenían en común las víctimas es que todas ellas trabajaban, aunque algunas ya estaban retiradas, como traductores en distintas casas editoras de la ciudad, pero nada más. No hay más pistas.

–Es verdad Don José. Bueno discúlpeme, pero lo tengo que dejar, se me hace tarde.

–No se haga problema amigo. ¡Que tenga un buen día!

–Gracias. Igualmente.

Desde la mesa vio como el tipo de la barra se despedía de Don José con una sonrisa. La charla que habían mantenido lo incomodó un poco, pero por fin había terminado.

Tomó el diario que estaba sobre la mesa y buscó la sección de Cultura. Se puso a ojearla sin mucho interés, hasta que por fin vio una pequeña nota que acaparó por completo su atención. Comenzó a leerla mientras terminaba su café:

Nuevos traductores para el Rey del terror

Debido a los terribles sucesos que tuvieron lugar en estos últimos tiempos, las principales editoriales han tenido que contratar nuevo personal para que se encargue de la traducción de los futuros libros de Stephen King. Las muertes recientes de ocho traductores obligaron a las empresas a buscar nuevos ocupantes para esos puestos por el simple hecho de que ya no tenían a nadie que se encargara del trabajo.

Cerro el diario y lo dejó sobre la mesa.

<< ¡Nuevos traductores? >>

–Espero que esta vez hagan bien su trabajo. –Dijo para si mismo mientras se levantaba.

Tomó el libro junto al cual había dejado el diario y salió en busca de un banco más cómodo que el de la noche anterior para poder leer.

SOMBRA DE MI

(Virginia Núñez Ochoa)

Tardamos más de cuatro horas en llegar, pero el espectáculo que por fin se presentó ante mis ojos, hizo que me importase bien poco el cansancio. Una enorme casa colonial, que en tiempos debió ser de un esplendor majestuoso, se abría paso entre la creciente vegetación y los gigantescos robles que la flanqueaban. A pesar de estar construida con piedra y, sobre todo, madera, parecía estar perfectamente conservada, con su reciente instalación de agua corriente y electricidad como única remodelación.

Nos acercamos lentamente con el coche mientras contemplábamos todo lo que nuestros ojos eran capaces de captar. Mi amiga sólo estuvo allí una vez, pero era tan pequeña que no recordaba nada excepto las extrañas estatuas cubiertas de líquenes que más tarde encontraríamos en la parte posterior.

Tras sacar las maletas del calor infernal de aquel coche, nos dispusimos a entrar, cámara de fotos en mano, al que sería nuestro hogar durante aquel verano. Cuando mi amiga abrió la puerta, dejamos los bultos en la entrada y nos dispusimos a explorarla con avidez: empezamos por abrir todas las cortinas de los grandes ventanales que recorrían la primera planta y, de inmediato, las habitaciones se inundaron de los cálidos rayos que el sol emitía a esa hora de la tarde. Y a pesar de haberle devuelto la vida, la casa parecía fría y distante.

No le comenté nada a mi amiga puesto que allí habían vivido gran parte de sus antepasados, pero el hecho de retirar todas las telas que protegían del polvo a los muebles y limpiar un poco por encima todo aquello, no le restó ese aire inquietante.

Nuestro siguiente paso fue comprobar el correcto funcionamiento de las instalaciones de agua y luz. En cuanto al agua no hubo ningún problema pues salía fresca y clara tanto en la cocina como en los dos cuartos de baño; pero en lo referente a la luz, nos llevamos una pequeña decepción al ver que no había corriente en ninguna habitación, a pesar de haber accionado correctamente el interruptor principal. Afortunadamente, la casa nunca había tenido luz eléctrica, por lo que estaba perfectamente provista de velas, candelabros e incluso viejas lámparas de gas de gran valor.

Después de acondicionar las habitaciones que íbamos a ocupar, la mía en el piso inferior, la de mi amiga en el superior, me sentí más tranquila, ya fuese por el cansancio acumulado durante tantas horas de trabajo o por el hecho de que nos esperaba una succulenta comida hecha a base de los bocadillos que habíamos comprado en una gasolinera del camino.

Durante la cena, aproveché para interrogar a mi amiga acerca de la casa y su familia, pero lo que me contó no me aportó demasiada información, puesto que lo único que sabía era que había pertenecido hasta el día de su muerte a su tía-abuela, y que ahora le había correspondido en herencia directa no sabiendo muy bien porqué. Eso y una larga lista a modo de inventario de las habitaciones y objetos que la casa contenía, y la extraña advertencia de cerrar todas las noches puertas y ventanas a cal y canto. Una petición cuando menos extraña, teniendo en cuenta el clima reinante en aquella región y a la que no presté mucha atención, cosa de la que más tarde me arrepentiría enormemente.

Dimos un pequeño paseo, antes de irnos a dormir, por los parcialmente abandonados jardines, aunque más que de jardines debería hablar de bosques pues la vegetación lo ocupaba todo. Mientras el sol se ponía fuimos a echar un vistazo a las estatuas que mi amiga recordaba vagamente por el miedo que le produjeron en su día. Y no era para menos, pues a pesar de ser réplicas prácticamente exactas de esculturas clásicas como la Venus de Milo o el Hermes de Praxiteles y a pesar de la oscuridad creciente y las hierbas, hongos y ramas que las cubrían en gran parte, destacaba claramente la ausencia de sus ojos. No era que no se los hubieran hecho o que no tuvieran pupilas y pareciesen ojos ciegos, sino que habían sido arrancados sin ningún cuidado de sus fríos rostros y ahora esa no-mirada producía un horror fuera de mi propio conocimiento.

Con esta imagen cuando menos desconcertante y la curiosa presencia de un único y enorme árbol muerto en toda la propiedad nos fuimos a acostar, cumpliendo debidamente con la advertencia, más que nada porque aún hacía algo más de fresco en la casa que fuera.

No dormí bien. Tuve un sueño muy inquieto y vívido en el que las estatuas de piedra me miraban con sus cuencas vacías y avanzaban casi de forma imperceptible hacia mí. Lo achaqué al cambio de cama que nunca me había sentado bien y al tremendo cansancio que hacía palpitar mis músculos, unido todo ello a aquella fea visión.

A la mañana siguiente, terminamos de instalarnos y fuimos al pueblo más cercano, a unos veinte kilómetros, para un conveniente aprovisionamiento e intentar localizar a un buen electricista que nos solucionase el problema. Nos prometieron que localizarían a uno que solía trabajar en un pueblo cercano, algo más grande que este, aunque tardaría varios días en venir debido a la acumulación de trabajo que tenía. Así que resignadas volvimos a casa.

Desde luego aquel rincón del mundo era un lugar fabuloso para descansar y, sobre todo, para intentar acabar mi tesis con la máxima

tranquilidad posible y por suerte mi amiga nunca había sido muy habladora, siempre parecía estar en su mundo y nunca me molestaba mientras yo trabajaba. Repartimos los turnos para ocuparnos de las tareas domésticas y la comida, aunque hasta que el electricista no pudiese venir, no podríamos preparar nada caliente.

Unos días después, la casa se aclimató por completo al exterior y hacía tanto calor en ella como fuera, con lo que pasábamos mucho tiempo bajo reparadoras duchas de agua fría. Mi tesis iba viento en popa y mi amiga ocupaba su tiempo intentando crear un pequeño nuevo jardín frente a la casa aprovechando la sombra de los robles y quitando maleza y malas hierbas de todas partes. Realmente iba a ser un buen verano y aunque no dormía muy bien por las noches con las siempre presentes e inquietantes estatuas, una buena siesta solucionaba el problema en el acto.

Había pasado una semana desde que llegamos y permanecía en mi enorme cama con los ojos como platos sin parar de dar vueltas entre el sudor, por lo que me levanté varias veces para darme una rápida ducha y así refrescarme. El calor era tan insoportable que tuve que levantarme una vez más para abrir de par en par la ventana por si entraba algo de aire. Me quedé escrutando la noche hasta que me acostumbré a la oscuridad y pude ver casi claramente lo que me rodeaba: allí se elevaba el viejo roble muerto y fue una suerte que desde mi habitación no se viesen aquellas siniestras estatuas. Cuando empecé a distinguir la mayoría de las estrellas que conocía volví a la cama y, por primera vez desde que llegué, pude dormir profundamente.

Al anochecer del día siguiente cayó un pequeño chaparrón, típico de los días de bochorno veraniego, arruinando la preparación del terreno que mi amiga había estado realizando para su jardín, lo que hizo que nos recluyéramos en casa a la luz de la lámpara de gas de la cocina. El electricista no aparecía y ya no soportábamos más los fiambres, el pan de molde ni las galletitas saladas.

Nos fuimos a dormir de bastante mal humor y, gracias al ligero frescor que la lluvia había dejado me quedé dormida en seguida. No tardé en despertar ante la agobiante sensación de ser observada y al mirar por la ventana vi, o creí ver, una horrenda figura alargada totalmente negra: no oscura, sino completamente negra. Una figura de más de dos metros que parecía estar cubierta como por un hábito que le daba un a forma indefinible, como una sombra de aspecto semihumano tremendamente alargada, siendo yo incapaz de diferenciar si tenía brazos o piernas, me miraba fijamente a los ojos bajo el cobijo del enorme roble. No veía sus ojos, pero sentía como su frío brillo de hielo me atravesaba.

Por tener una mente racional y confiar en ella, me autoconvencí de que aquello no estaba ocurriendo y a pesar del temblor de mi cuerpo y el calor, cerré la ventana completamente.

Ya por la mañana y tras una larga noche en vela, un absurdo impulso me llevó a comprobar sobre el terreno si en las cercanías del árbol alguien (o algo) había dejado sus huellas en el barro. Naturalmente las únicas huellas que encontré eran las que yo misma iba dejando, así que me di una palmada en la frente para recordarme lo tonta que era y entré a la casa para proseguir con mi trabajo.

Así transcurrieron algunos días: con mucho calor, sin electricidad, sin electricista, sin hablarnos apenas, sin comida decente, sin dormir...

Una noche en la que yo, como tantas anteriores, no conseguía conciliar el sueño, encendí mi lámpara de gas y empecé a leer una vieja novela que había encontrado en mi equipaje. Se llamaba It y era de un prolífico escritor americano cuyo nombre al igual que otros tantos no logro recordar. Mientras estaba enfrascada en su apasionante trama, volví a sentir la aplastante sensación de estar siendo observada. Aparté la mirada del libro y la puse en la ventana abierta. Al principio no vi nada un poco deslumbrada por la pequeña llama de mi lámpara, pero luego pude distinguir para mi tormento esa abominable figura al pie de la ventana. Mirándome.

A pesar de la parálisis de mi mente, mi cuerpo reaccionó como si le hubiese caído aceite hirviendo y, de forma instintiva, lancé la lámpara hacia el extraño sin ser consciente de que podría provocar un nefasto incendio. Una vez segura de que allí fuera no había nada, me armé de valor y me asomé para ver los daños causados, pero por fortuna la lámpara estaba rota y apagada; nada de fuego y ni rastro de la que la que sin duda alguna era una alucinación.

Sin comentar nada de esto a mi amiga por temor a que se riese de mí y haciendo honor de mi científica y, sobre todo, escéptica mente, transcurrieron los últimos días del verano. En vista de que el electricista no aparecería nunca por allí, nos habíamos hecho con un hornillo de gas (idea que tardó más de la cuenta en ocurrirnos), lo que permitió que nuestra estancia en aquella enorme finca resultase más agradable, seguramente gracias a poder llenar nuestros estómagos con comida de verdad y a que mi amiga estaba de un excelente humor al empezar a dar sus frutos su dura afición.

Nunca me recuperé de lo que me sucedió una de las últimas noches de aquel maldito verano.

Soplaba ligeramente el aire en aquellos días finales de agosto y el sonido de las hojas bailando al son de su compás me mecía hacia un profundo

y plácido sueño. En cierto momento de la noche noté de nuevo la espeluznante presencia, esta vez acompañada de una cercana y pausada respiración que no me pertenecía, puesto que la mía era acelerada hasta alcanzar un ritmo insoportable. Sabía que estaba allí conmigo y me estaba volviendo loca la idea de abrir los ojos y descubrir de nuevo a ese espanto que me observaba y se introducía en mí a través de ellos. Pero no pude más y los abrí.

Intenté gritar con todas mis fuerzas, intenté moverme, intenté pensar, intenté morir... pero mi cuerpo no me respondía porque ya no era mi cuerpo. Un hilillo de saliva caía por la comisura de mis labios mientras los ojos verdes que en su día fueron míos intentaban salirse de sus órbitas. La boca abierta en su máxima capacidad dejaba escapar un penoso y débil sonido que no era otro que el de mi dolorosa e inútil respiración. Mi cuerpo estaba totalmente agarrotado por la tensión... Eso estaba frente a mí, a los pies de mi cama y casi rozaba el techo con lo que supuse era su negra cabeza indiferenciable de su negro cuerpo.

Yo ya no era yo, mi mente ya no funcionaba, mi cuerpo no reaccionaba los estímulos y cuando el horror absoluto se inclinó sobre mí...

Oscuridad.

La siguiente vez que fui consciente de la que creía era mi existencia fue en la cama de un centro psiquiátrico. Yo lo llamo manicomio.

Ahora estoy sentada en una silla con correas. Me permiten escribir con una cera de color verde. Dicen que de otra forma podría hacerme daño a mi misma. Dicen que estuve más de diez años en coma. Dicen que no soy dueña de mi mente ni de mi cuerpo, y sé que es verdad. Dicen que ya no saldré de allí. Dicen que estoy loca.

A veces intento pensar en mi vida anterior, en la gente que conocía... pero como ya he dicho antes no recuerdo los nombres de nadie, tampoco el de mi amiga ni el de aquel escritor que en su día supe que era tan bueno. Todo eso es oscuridad para mí, al igual que los recuerdos que una vez tuve. Sólo aparece en mi mente todo lo que ocurrió desde el día que llegué a esa maldita casa. (No hice caso de la estúpida advertencia de una estúpida vieja moribunda.)

Y ahora sólo puedo pensar en ello. Una y otra vez.

Pero no estoy loca. Porque ya no soy yo.

No me dejan morir.

Tardamos más de cuatro horas en llegar, pero el espectáculo que por fin se presentó ante mis ojos, hizo que me importase bien poco el cansancio. Una enorme casa colonial, que en tiempos debió ser de un esplendor majestuoso, se abría paso entre la creciente vegetación y los gigantescos robles que la flanqueaban. A pesar de estar construida con piedra y, sobre todo, madera, parecía estar perfectamente conservada...

Una y otra vez.

No me dejan morir.

FIN.

LA FUENTE

Por: Sue Delgado

Me despierto empapada de sudor, sobresaltada, y con un solo pensamiento en la mente: ¡La fuente! Me incorporo, aturdida. Es la cuarta noche que tengo el mismo sueño.

Soy de nuevo una niña de 6 años, y estoy en el pueblo, en casa de mis abuelos. Voy de camino a la fuente -la que tanto me atormenta estos días- con mi madre y mi tía, a hacer la colada. Es una fuente de piedra, con 3 lavaderos, y ubicada en una construcción con tejado de Uralita, que hace que el ruido del manantial sea ensordecedor en el interior del recinto. Al final del tercer lavadero hay unas maderas clavadas de tal forma que impiden tanto la visión como el paso a un pequeño pozo, clausurado desde tiempos inmemoriales por

(cuentos de viejas)

la muerte de una mujer, un ahogo

(en extrañas circunstancias)

accidental, tras resbalar y caerse al fondo. Leyendas sin sentido, pero por si acaso, nadie se acerca a esa parte de la fuente desde entonces.

* * * * *

Siempre me ha fascinado la fuente, desde pequeña. Me parecía un lugar mágico: el brillo del agua cuando le daba el sol, el ruido del manantial, el olor del jabón y la ropa recién lavada,...

Necesito ir. No sé por qué ni para qué, pero siento que es algo importante. Dios mío, ¿me estaré volviendo paranoica? No es la primera vez, aparte de en mis sueños, que siento que debo ir allí. A veces lo deseo con tanta urgencia y tanta desesperación que la necesidad se convierte en dolor físico. Al mismo tiempo, siempre me acompaña una curiosa sensación de irrealidad, como de estar fuera de mi cuerpo, observando mis acciones desde otro lugar.

No puedo seguir así, estas dos últimas semanas han sido muy extrañas; debo tomarme unas vacaciones e irme unos días. Todo esto es por culpa del estrés; sí, es eso. *Tiene que ser eso*, no puedo estar volviéndome loca. Ahora mismo meto algo de ropa en la maleta, aviso a mi jefe, y me voy. Pero, ¿dónde?, vaya donde vaya no estaré tranquila hasta que no visite la fuente y vea que no hay

nada. Es hora de enfrentarme a ello, sólo son tonterías y cuando le vea con mis propios ojos desaparecerán esos sueños tan estúpidos y esa sensación de ansiedad. Tal vez sea que hace demasiado tiempo que no visito a la familia.

* * * * *

Después de llegar, y tras la comida familiar de rigor, por fin puedo escaparme para dar un paseo. Sigo sin sentirme mejor. Quiero ir a la fuente, pero, sinceramente, me da miedo. No sé qué es mejor, si descubrir que hay algo (pero ¿el qué?), o no. Lentamente me encamino hacia allá, queriendo ir pero sin querer llegar. Vuelve a sacudirme la irrealidad que me acomete en las últimas semanas. No entiendo nada.

Tengo que ir, ellos me necesitan. Él me espera. En cuanto esas palabras pasan por mi mente, desesperadas, me desmorono. Dios, es verdad, me estoy volviendo loca. ¿Quién demonios son ellos? ¿Quién me espera? ¿Qué me está pasando? ¿Por qué yo? Ahora no puedo apartar la vista de la fuente, me atrapa, camino hacia ella sin darme cuenta, hasta que entro en la pequeña construcción y me envuelve el sonido del agua. Quiero irme y no puedo, no paro de avanzar hacia las maderas que bloquean la entrada al recinto donde se halla el pozo, ya no domino mi cuerpo. La madera esta podrida, y puedo atravesarla sin demasiados problemas. Por fin estoy aquí. Por fin he llegado.

* * * * *

Decepción. Irritación. Alivio. Vacío. Alivio de nuevo. Sensaciones que se agolpan una tras otra al descubrir que no hay nada. *Nada*. Tanta preocupación estos días para nada. Me sorprendo riéndome ¿Qué esperaba encontrar, acaso? Y tanto que estoy estresada, madre mía; ya lo creo que sí. Lo mejor será que vuelva a casa y duerma un poco.

Antes de irme, echo una mirada al pozo, simplemente por curiosidad. ¿Será verdad la leyenda de que una vez se ahogó aquí una mujer? Parece mentira, no tiene más de un metro de profundidad. Que sitio más extraño. En fin, hora de irse. Sin embargo, una última mirada al pozo me descubre algo nuevo. ¿Eso estaba ahí antes? Otra vez la sensación de irrealidad. ¿Qué es? Doblo mi cintura y meto la cabeza dentro del pozo. Que extraño, parece una rosa. Pero ¿cómo va a haber una rosa en el fondo de un pozo oscuro, y cubierta de agua? Es una rosa de extraordinaria belleza, y me esfuerzo para verla más de cerca. Tengo que meter la cabeza en el agua, pero aún así lo hago; la flor me obsesiona, y de repente se me antoja de vital importancia. *Debo* alcanzarla.

Sé que tengo que subir a respirar, pero no puedo, no hasta que logre alcanzar la rosa. ¿Cómo demonios he podido ser tan tonta, tan cerrada de mente? Por fin lo veo todo claro; ya sé quién me espera y dónde. No sé cómo no me he dado cuenta antes, si he nacido para ello. Es mi *ka*. La necesidad de respirar se va quedando lejos, ya no importa. Nada importa, sólo alcanzar la rosa.

Estoy llegando Roland, amor mío. Espérame.

* * * * *

LA VOZ DE OCCIDENTE
1 de noviembre de 2001

Aparece el cadáver de una joven dentro de un pozo, en el Concejo de Trelles. Según la policía, parece ser que la joven se habría asfixiado anoche tras caer al pozo para intentar alcanzar una rosa, que asía fuertemente en la mano izquierda cuando fue rescatada sin vida...

Carretera y Agujero

Por Stu Redman

Son las doce de la noche. La fiesta acaba de terminar y Juan Corp vuelve a su casa por la carretera. Su coche es un viejo Ford que suele fallar en los peores momentos. Suda y está medio dormido, tiene suerte de que la carretera esté vacía. Se aferra al volante y mira perdido hacia el horizonte. Entonces el coche se para. Y el duerme.

Mira su reloj. Está estropeado, pero siempre ha sabido calcular bien la hora. Cree que son alrededor de las tres. Ahora mismo se encuentra en un estado bastante aceptable. Sale un momento del coche a echar una meada y cuando abre la puerta se cae al suelo golpeándose la cara. Eco. Hay eco. ¿Dónde está?. Le duele la tripa mucho y piensa en echar la pota. Se arrima al campo (¿campo?) que rodea la carretera y vomita. El vómito es de color azul y rojo. Las pastilla, piensa, las pastillas. Se limpia la boca con la corbata y vuelve a entrar en el coche. Ya dentro, mira al cielo. El no conoce esas constelaciones. Son muy extrañas, y la Luna, su tono rojizo... . No importa. Nada importa. Solo que su mujer le va a matar como llegue tarde a casa. Y parece que va encaminado a eso. Saca de su bolsillo el mapa de carreteras. Puede estar en tres lugares posibles. Pero... no hay campos. No, no puede ser. Y aquí si que los hay. Conduciendo borracho y drogado debe haberse ido a un lugar que está mucho mas lejos. Busca en el salpicadero la brújula que le regaló su abuelo y la observa. La aguja solo da vueltas y como consecuencia su pulso se acelera. Está muy asustado. Sale de nuevo del coche y saca la escopeta del maletero. No se siente seguro y cada vez suda mas. Se vuelve a meter e intenta arrancar. Nada. Y para colmo la llave se parte. Bueno, caminaré un poco, piensa, debe haber un hotel cerca.

Sale con la escopeta y comienza a caminar. Luego a correr. Corre durante una hora y al final cae al suelo, exhausto. La caída es brusca. Cierra los ojos y vuelve a dormirse.

Cuando abre los ojos ve todo lejano. Parpadea y las cosas se aclaran. Tiene la sensación de haber dormido como diez horas. Pero la Luna sigue ahí y aquellas constelaciones también. Se levanta pero cae al suelo de inmediato con un gesto de ácido dolor en la cara. Es la rodilla. Le duele a morir. Mira hacia atrás. Ni siquiera ve el coche, ha corrido tanto... .Intenta levantarse nuevamente varias veces, pero en vano. Siempre vuelve a caer con los ojos llenos de lágrimas de dolor. Mira hacia delante. Entonces ve algo. Parece lejano. Un agujero en la carretera, ¿quién habrá hecho eso?. De pronto siente mucho calor. Se quita los pantalones y horrorizado ve sus piernas. Mas que piernas parecen ramas de un árbol. Están llenas de médanos irregulares. Están rotas, muy rotas. Solo le queda arrastrarse junto a la escopeta. Es lo que hace. Al rato le duelen los brazos. Pero cada vez está mas cerca del agujero. Ahora esa palabra, agujero, le suena a liberación, a salvación. Sigue arrastrándose a pesar del dolor. Solo quedan unos cuantos kilómetros...

El agujero está mas cerca. Y también está cerca el fin de esta situación, piensa. De pronto comienza a llorar sobre el suelo. ¿Por qué? Se siente muy triste de que llegue el final (¿qué final?) se siente muy triste de que termine así (¿estás loco?). Cada vez está menos seguro de querer llegar al agujero. Pero debe hacerlo, no ve otra salida. Sigue, sigue, sigue. Tiene la camisa desgarrada y las piernas sangrando. Se olvidó de volver a ponerse los pantalones, y no se ha dado cuenta. Vuelve a llorar como loco y se pone poca arriba. Comienza a disparar al cielo. Solo que no hay balas. O al menos no salen. Lanza enfurecido el rifle al campo. De nada sirve. Comienza a sentir sueño de nuevo. Pero no quiere dormirse. No por su mujer (¿qué mujer?) ni por sus hijos (¿hijos?). Se arrastra, emitiendo gruñidos de dolor. No sabe durante cuanto tiempo, pero se mueve. Entonces, cuando va a continuar abre los ojos. Está en el agujero. Cerca de él. Entonces comienza a hablar.

Ven a mi soy el agujero y debes entrar en el agujero dentro del agujero entra yo quito todas las penas y soy el agujero dentro del agujero está la salvación y soy el agujero del fin el agujero de la verdad.

Juan se acerca un poco mas. Oh, si, el agujero. Escucha su voz en la cabeza. Y entonces intenta hablar. Pero no puede. No con su voz. Se da cuenta de que el puede hablar con la mente. (¿Dónde estoy, agujero?¿quién soy?¿por qué?¿dolor vida muerte?¿Asesinos?¿almas?¿humanos?) entonces el agujero vuelve a hablar.

Tu no eres. Tu no estás. Tu no sientes. Nunca has existido, no tienes mujer, no tienes hijos, eres solo una ilusión, una ilusión de alguien que imagina estupideces. No existes, no existes no existes no existes no existes no existes.

Entonces comienza a aclarar. No tiene mujer. Tampoco hijos. No viene de ninguna fiesta ni va a ninguna casa. No tiene ropa (se mira y está desnudo) ni tampoco cuerpo (no se ve). No hay ninguna carretera. Solo un agujero. Su mente y un agujero. *Pero yo existo yo estoy yo siento, dios mío, por favor, yo se que estoy, estoy seguro de que existo lo se existo existo existo existo existo existo grita con su mente.*

No existes no crees que existes no eres nada como el resto de los humanos no eres mas que un sueño una ilusión pasada no sirves. Salta al agujero.

Entonces todo comienza a oscurecerse. Hasta el oscuro agujero. Se da cuenta de que no tiene no piensa no siente no existe y nunca ha estado ahí. Es un sueño, como el resto de los humanos. Ya no hay nada. Entonces se abalanza sobre el agujero... .

AHORA LAS NOTICIAS:

“Y ahora noticias nacionales. Han encontrado el cadáver de Juan Corp, el gran empresario desaparecido. Al parecer, se lanzó por un precipicio. Aun se están investigando las razones del supuesto suicidio...”

FIN

SOMBRA

(Beater)

1

¡Vaya, al fin llegas! ¡Bienvenido! Pasa, pasa por aquí por favor, te hemos estado esperando. A decir verdad, estábamos muy ansiosos porque te has retrasado un poco.

¿Pero qué te ocurre? Aún no has despertado del todo, ¿no es eso? Vamos tío, no te pongas triste, no llores, que tú eres nuestro invitado especial de esta noche. Anda, sécate esas lágrimas y siéntate por acá.

Eso es, así está mejor ¿verdad? Toma un poco de agua y tranquilízate. ¿tienes calor? Sí, lo sé. Este calor es una joda al principio, pero con el tiempo llegas a acostumbrarte. Aunque yo no puedo decir que me guste demasiado, eso es.

Sí, supongo que no recuerdas cómo llegaste, pero mira, voltea hacia aquel corredor. ¿ves a ese hombre alto que nos da la espalda? Sí, el de negro, ese mismo. Bueno pues ese es Sombra, el que te ha traído aquí. ¿Que no te parece conocido? Bueno, no hay por qué preocuparse, Sombra nunca trae cualquier gente con nosotros; seguramente tú debes ser muy especial para él, he-he.

Bien pues, ahora que lo mencionas, yo sí que recuerdo la noche que llegué aquí. Y si he de serte franco... eh, ... ¿cómo dices que te llamas? Ah si, Brian. Pues como iba diciéndote Brian, yo sí que recuerdo cómo fue que llegué aquí.

Se me ocurre algo, ¿qué te parece si te cuento la historia para que te calmes y entremos en confianza? Está bien.

Y ahora que lo preguntas, yo me llamo... me llamo... bueno, creo que no importa mucho cómo me llamo; aquí todos me llaman aprendiz, y supongo que ese nombre me va bien.

2

Aquella noche fue el final de toda mi vida en la superficie. Sinceramente, no tengo memoria de la mayor parte de ella allá arriba, pero la última noche que pasé ahí la recuerdo como si hubiese sido ayer. Quizá lo fue, y quizá sea mejor que no piense en ello.

Esa noche en particular recuerdo que había ido a visitar a mi novia. Le había llamado por teléfono y me dijo que sus padres estarían en una reunión, insinuándome que si no tenía algo mejor que hacer, podía pasarme por su casa y magrearnos un poco. Y pues, chico, ¡a quién le dan pan que llore! Me pareció buena idea y me encaminé hacia allá.

Recuerdo que estrenaba unos nuevos zapatos, de esos tipo botín militar, pero con suela de caucho, que son muy ligeros y silenciosos. Y para un tipo como yo, resulta muy conveniente ser silencioso. Pero bueno, como decía, me encaminé hacia su casa y ahí estaba ella esperándome. Sola y ansiosa, pura y virginal Ja-ja.

Pura y virginal mis narices, la tía era una zorra, pero me gustaba. Así que me la follé. Pero me fastidiaba demasiado diciéndome que si la quería, que si nos casaríamos y cosas por el estilo. A decir verdad, ella fue responsable de que mi lujuria se convirtiera en enojo. Y comencé a golpearla.

Supongo que ella pensó que estaba muy cachondo o que me gustaba el asunto sádico, porque seguía fastidiando con lo mismo sobre casarnos, y hablaba, y hablaba como una cotorra.

Finalmente, su voz se convirtió en un martirio, y le apreté la garganta. Por supuesto que seguía follándola, y sus movimientos se hicieron más frenéticos. Aquello me devolvió las ansias, y la apreté más fuerte, hasta que tuve un orgasmo como pocos.

Cuando la solté, ella ya no se movía; y yo francamente no quería volver a verla, así que me dispuse a marcharme. Antes de salir me volví a mirar el sillón donde se había quedado, y ¡diablos, se veía graciosísima! Con las bragas a medio bajar, aún recargada sobre el respaldo del sillón y la falda de tablas subida hasta la cabeza. El respaldo estaba manchado con su lápiz de labios y ella tenía el rostro vuelto de lado. Decidí que antes de irme debía un vistazo a la casa, para llevarme algún recuerdo de aquel muerto amor. Ja-ja. Subí a la planta alta y encontré una ridícula alcancía en el dormitorio de ella y unos cuantos dólares más en el cuarto de los padres; también encontré una botella de Seagram's en el armario de la cocina y la metí en el bolsillo interior de mi chaqueta de cuero. Entonces me fui.

Me encaminé al centro de la ciudad a buscar al grupo de amigos con quienes solía reunirme, curiosamente, tampoco recuerdo sus nombres. El caso es que tenía que pasar por un conjunto habitacional bastante largo antes de llegar al centro, eso lo recuerdo bien.

Caminaba por el lado izquierdo de la calle, percatándome que la afluencia de gente era escasa, en ocasiones nula, pero sin importarme realmente. Estaba pensando en beberme unos tragos con mis colegas y planear algo de diversión. Le habíamos echado el ojo a una casa de los suburbios, y por alguna razón, pensé que aquella noche podríamos intentar meternos.

Llevaba la mano metida en la chaqueta y ocasionalmente bebía unos tragos de whisky, pero no puedo decir que estuviera borracho, así que lo que sucedió a continuación me sigue pareciendo algo irreal.

Mientras caminaba me percataba de que apenas podía oír mis propios pasos. Aquellos zapatos eran la hostia. De pronto, sin más, levanté la cabeza y ahí estaba. Sombra.

Recuerdo que me asusté porque la calle había estado vacía desde hacía algunos minutos, además de que era muy larga. Yo sabía que él no había salido de ninguno de los edificios, ni de los pocos vehículos que estaban aparcados en las aceras; yo me habría percatado.

Sombra estaba caminando delante de mí por la acera del frente. Me llevaba unos cuantos metros de ventaja, pero había en él algo curioso. Además de su impresionante estatura y su delgadez, me llamó la atención el modo en que su sombra se proyectaba sobre las fachadas de los edificios. Parecía como si creciera.

La luz de las farolas alumbraba lo bastante como para alargar las siluetas de los autos sobre la acera, pero la de él se alargaba demasiado. Era algo muy extraño.

Entonces sentí algo; me detuve y observé.

Sombra se había detenido algunos metros más adelante, como si le hubiese llamado la atención algo pintado o pegado en el muro de un mugriento edificio. Poco después siguió su camino, y yo escuché unas voces asustadas.

‘¡Hey! ¿Qué ha sido eso?’

‘¿Cómo?’

‘He visto a alguien pasar por la ventana’

‘¿estas loco?’

‘Te digo que he visto a alguien detenerse y volverse a mirarme.’

‘Pero por Dios, si estamos en el tercer piso, ¿cómo diablos crees que alguien puede pasar caminando y volverse a mirarte?’

Yo seguí a Sombra.

Por la acera opuesta de la calle sería fácil que el tipo se percatara de mí, así que crucé la calle y seguí su rumbo por entre los autos aparcados, medio agazapado para que no me viera. Sombra ahora caminaba con mucha determinación. Yo no podía escuchar sus pasos así que tenía que asomarme ocasionalmente por sobre los autos para saber que seguía ahí. Finalmente, me percaté que había entrado en un edificio, pero no escuché cerrarse la puerta de la entrada, ni tampoco que él hubiese metido una llave en la cerradura para abrirla; simplemente entró.

Yo me quedé afuera esperando. Mi corazón latía muy rápidamente y me daba cuenta que aquel tipo era demasiado bizarro, pero por alguna razón yo no podía dejar de seguirlo. Aquello era algo muy emocionante.

A los pocos minutos, Sombra salió llevando algo en brazos. Me percaté que era una pequeña niña rubia. Tendría quizá unos diez años, y llevaba un pijama de osos rosas y azules. Supongo que dormía, por la forma tan tranquila en que descansaba su cabeza entre los brazos de Sombra. Entonces él siguió su camino y yo tuve que correr un poco para alcanzarlo. Caminaba como si llevara un ramo de flores en las manos y no una persona, no cambiaba el peso de un brazo al otro, y tampoco aminoraba la marcha. En algún momento, sin percatarme, me había subido a la acera y me dediqué casi a ir al trote detrás de él. Sentía que aquella era la emoción que estaba buscando para esa noche.

No puedo decir cuánto caminamos, pero me pareció que fueron calles y calles, siempre en línea recta, y el paisaje apenas cambiaba. Los edificios seguían siendo iguales, y yo, que había pensado que la unidad habitacional era larga, ahora comenzaba a preguntarme si aquello no era una alucinación mía.

Un rato después, Sombra dio vuelta en una esquina; de forma tan súbita, que yo aceleré mis pasos para no perderle de vista. El corazón me martillaba enloquecido en el pecho, y mi cuerpo transpiraba adrenalina. Sentía que se acercaba algo importante, y también tenía mucha curiosidad de saber qué haría el tipo con la pequeña niña. La excitación estaba volviendo, y la sentía en el bulto de mi entrepierna.

3

Al final de esa calle había un cruce en T, y la única construcción era una cerca de alambre. Del otro lado de la cerca parecía haber un basurero, pues se veían montañas de desperdicios y bolsas de plástico; también se distinguían estelas de humo que salían a la superficie por algún rescoldo, y el olor era horrible.

Antes de llegar al cruce y a la cerca propiamente dicha, Sombra se detuvo repentinamente, y yo hice tracción con un pie, girando los brazos como un loco para detenerme también. Entonces se volvió a mirarme. Fue algo increíble, porque nunca giró el torso; simplemente en un momento me daba la espalda, y al siguiente estaba frente a mi.

Yo no distinguí un rostro, sino únicamente un par de llamas de color rojo incandescente donde debían estar los ojos. Y sentí literalmente cómo el corazón dejó de latirme en el pecho por un momento. Entonces me sonrió, y aunque nunca distinguí ni una boca, ni nariz, ni cara, pude ver

los filos acerados de unos dientes que parecían una sierra. Él me miraba, me perforaba, de hecho, con los ojos, y pareció que las piernas se me convertían en gelatina.

Con el mismo repentino movimiento, me dio la espalda y le vi bajar la cabeza. Del suelo, se abrió una puerta que parecía más una alcantarilla de unos dos metros de diámetro. Sombra bajó por ahí, aún cargando a la pequeña rubia.

Aquel fue el momento en que experimenté el mayor miedo de mi vida, pues sabía que debía marcharme de ahí, que aquel sujeto era demasiado siniestro como para ser hombre, pero mis piernas no me respondieron. Por el contrario, me vi con horror siguiendo sus pasos.

Yo quería volverme, de hecho mi cabeza estaba volviéndose, cuando mis piernas comenzaron a caminar hacia delante sin mi permiso. Nunca he sentido algo igual, y tuve que gritar. Gritar en aquel aire nocturno pestilente y humeante, mientras mis pies caminaban, bajando por una suerte de escalerilla. Cuando mi cabeza entró por aquella madriguera, la puerta se cerró, y el mundo de la superficie dejó de oír mis gritos.

Desde entonces he estado aquí, en el sub-nivel dos, viviendo y aprendiendo lo que me enseñan los maestros que ha instruido el propio Sombra. Ellos viven en el sub-nivel siete, pero dicen que nadie sabe dónde vive Sombra.

Él solo baja por la escalerilla hasta que se pierde de vista, tal vez algún día me decida, y vuelva a seguirlo. Podría preguntarle, pero Sombra es un tipo silencioso, nunca lo he oído hablar, aunque tengo la certeza que me habla en mi mente.

Ahora que lo mencionas, he-he, no sé realmente cómo hace lo que hace, pero sí se por qué sale. Sombra solo sale al mundo cuando nos trae comida. Bueno, ahora veo que ya estás bien despierto. Pues entonces vamos, chico.

... Se hace tarde para la cena, y todos tenemos hambre.

The Beater of Hearts.

Todos los derechos reservados, y los izquierdos también.

Post – Mortem

Escrito por Mariano Bertello

I

El hombre enfundado en el guardapolvo blanco levantó suavemente la funda plástica que cubría el cuerpo inerte del muchacho. Lo miró fijamente, con un poco de lástima, y corrió un mechón de cabello negro de su frente con suma delicadeza. Observó las cuencas oculares, donde la sangre comenzaba su proceso de coagulación. Donde una vez habían reinado dos ojos azules llenos de vida ahora no había nada, solo oscuridad. Alguien los había quitado.

Un escalofrío recorrió su espalda como un río helado. A pesar de que hacía más de veinte años que era médico forense, la vacuidad de las órbitas lo hacían sentir incómodo. Decidió bajar su mirada lentamente hacia la herida sangrante ubicada en el tronco del chico, era un tajo largo y profundo, en forma de Y invertida que abarcaba todo el pecho y el abdomen.

Con un leve temblor de manos recogió un par de pinzas que descansaban sobre una pequeña bandeja de acero resplandeciente. Con ellas tomó cada uno de los colgajos de piel y los retiró hacia los costados, dejando al descubierto la parrilla costal y los órganos internos del cuerpo.

Hizo un leve recorrido superficial con la mirada y confirmó sus sospechas.

El esternón había sido abierto con una sierra y separado para tener un mejor acceso al corazón, el cual ya no estaba en su lugar. Lo mismo había ocurrido con ambos riñones, los cuales habían sido seccionados con precisión quirúrgica. Al cabo de unos segundos retomó las pinzas y volvió a dejar todo como lo había encontrado.

Dirigió la vista una vez más a la cara del muchacho y suspiró. Le abrió la boca con un movimiento rápido pero carente de violencia alguna, y acercó su nariz a la misma.

Reconoció el aroma al instante:

- Cloroformo- musitó entre dientes.

Se acercó a la bandeja metálica y retiró un extraño aparato, mezcla de lupa y linterna, y una pinza semejante a una de depilación. Introdujo el aparato en la boca e investigó durante unos segundos. Acto seguido introdujo la pinza, y con ella retiró un

delgadísimo hilo blanco, el cual fue a parar directo a una bolsa de polietileno rotulada “EVIDENCIA”.

Acabado esto, cerró la boca y ésta emitió un chasquido desagradable. Luego meneó un poco la cabeza y decidió dar por concluida la autopsia. Cubrió nuevamente el cuerpo con la mortaja plástica e hizo una pausa para respirar (si es que eso aún era posible) y aclarar su mente.

Sabía lo que debía hacer, sin embargo había muchas cosas que no entendía, y que seguramente nadie entendería tampoco. ¿Por qué había muerto el niño y no él?. Esperó unos breves instantes, pero no hubo respuesta. Su mente le aventuró la posibilidad de que Dios o “alguien” le había dado algo así como una oportunidad única para corregir las cosas, una última chance para hacer justicia, y aunque ésta era una teoría un poco descabellada, se abrazó a ella, al no surgir otra opción.

Decidió que ya no podía perder más tiempo, y se encaminó con pasos lentos hacia el armario que reposaba tranquilamente contra la pared. Abrió uno de sus chirriantes cajones y retiró unas hojas de papel que tenían el membrete del hospital.

Se dirigió al pequeño escritorio y apoyó las hojas sobre el mismo. Tuvo que desechar la primera porque al parecer había rozado su guardapolvo y ahora lucía un extraño garabato de sangre.

Retiró un bolígrafo azul del portalápices y comenzó a escribir.

Con el correr de los minutos notó cómo su escritura se iba deformando, las letras se alargaban y estiraban ante sus ojos. Era claro que sus tendones se estaban endureciendo y sus manos adoptaban la forma de una garra animal.

- Me queda poco tiempo- pensó para sí mismo.

Al cabo de un rato logró terminar su cometido. Tomó el papel con las palmas de ambas manos y lo depositó lentamente sobre el cuerpo del chico. Giró torpemente sobre sus talones y avanzó trastabillando en su intento de llegar a la otra mesada de mármol disponible en la morgue. A ese punto ya no lograba pensar con claridad. Se sentía mareado y confundido, perdido en un mar de incógnitas que ya no serían respondidas. Se tomó un pequeño descanso para recuperar el aire, pero su pecho ya no se inflaba como de costumbre. Sus músculos estaban cada vez más rígidos.

Lastimosamente consiguió sentarse sobre la mesada, se agachó con extrema dificultad y pudo escuchar cómo las vértebras de su espalda crujían como ramas secas.

Tomó el cartón identificatorio y volvió a colgarlo en el dedo gordo de su pie derecho. Luego se recostó en la mesada. No sintió el frío abrazo del mármol, pero eso no le extrañó, los nervios estaban muriendo, y con ellos la percepción de las cosas.

Con el único ojo que le quedaba (el otro y la parte izquierda de su cara habían desaparecido luego de que la bala impactara su rostro), pudo ver como se acercaba el Dr. Santos, el otro patólogo forense encargado de las autopsias, caminando enérgicamente por el pasillo.

- Bien... él sabrá qué hacer.- pensó.

Cubrió su cuerpo con una funda similar a la del muchacho, tuvo tiempo para una última sonrisa y luego todo fue oscuridad...

II

El Dr. Santos entró como una tromba a la sala de autopsias, tal era su costumbre, pero inmediatamente amainó su paso al encontrar la hoja de papel sobre el cuerpo tieso del joven Andrés Valencia. Eran las 2:30 de la madrugada, y en teoría sólo dos personas tenían acceso a la morgue después de las doce de la noche. Una de ellas era él, y la otra yacía muerta en la mesada contigua desde hacía ya más de cuatro horas.

Según los informes policiales, Valencia, el muchacho asesinado, había sido atacado mientras se recuperaba de una deshidratación en una sala intermedia en el ala Este. De acuerdo a los primeros peritajes, el asesino fue sorprendido en el momento del crimen por David Azconzábal, médico forense encargado de la morgue del hospital y compañero de Santos, quien al tratar de detener al asesino fue baleado con consecuencias nefastas, muriendo en el acto. Tres disparos, uno al corazón, uno al cuello y el último al rostro. Tres disparos, cada uno de ellos mortífero por sí solo.

Con ojos vidriosos y al borde de las lágrimas, Santos contempló desde lejos los restos de su colega con inmensa amargura.

Su mirada volvió a posarse sobre el chico, más exactamente sobre la nota que descansaba sobre su pecho. Estiró su brazo izquierdo y la recogió, leyó sus líneas en silencio y muy cuidadosamente. Cuando terminó, se tomó un breve segundo para releerla y observar el cuerpo sin vida de su colega en la mesa de autopsias. Estaba confundido.

Se llevó la mano izquierda a la boca y comprimió su labio inferior con un gesto pensativo.

“Esto no puede ser”- dijo para sus adentros, y sintió como se le aflojaban las rodillas. Miró nuevamente el cuerpo del Dr. Azconzábal, implorando por una explicación que no llegaría nunca.

A continuación cruzó la habitación primero con pasos vacilantes y luego casi corriendo para abalanzarse sobre el teléfono.

El número que marcaba era el 911.

III

Nota encontrada sobre el cadáver de Andrés Valencia por el Dr. Claudio Santos:

A QUIEN CORRESPONDA:

REALMENTE NO SÉ CÓMO COMENZAR, NI CUÁNTO TIEMPO ME QUEDA, ASÍ QUE IRÉ DIRECTO AL GRANO.

MIENTRAS REALIZABA UN ÚLTIMO RECORRIDO POR EL ALA ESTE ANTES DE MARCHARME A CASA, ESCUCHE UNOS SONIDOS EXTRAÑOS QUE SALÍAN DE LA HABITACIÓN 217, ALGO ASÍ COMO RUIDOS DE PELEA. EL SECTOR ESTABA EN COMPLETO SILENCIO Y NO HABÍA UN ALMA. LO PRIMERO QUE PENSÉ ES QUE EL PACIENTE DE ESE CUARTO SE HABÍA CAÍDO DE SU CAMA O QUE ALGUIEN NECESITABA ATENCIÓN URGENTE. ENTRE RÁPIDAMENTE EN LA HABITACIÓN, Y LO QUE OBSERVÉ ME DEJÓ SIN ALIENTO.

EL DR. JULIO MINELLI ESTABA CABALGADO SOBRE EL CUERPO DE UN PACIENTE (UN MUCHACHO JOVEN Y DELGADO), CON UN BISTURÍ ENSANGRENTADO EN SU MANO DERECHA Y UN PANUELO EN LA OTRA. AL NOTAR MI INTROMISIÓN SE SOBRESALTÓ, ME MIRÓ CON OJOS ENLOQUECIDOS Y VELOZMENTE EXTRAJO UN REVÓLVVER CALIBRE .45 DE SU CINTURÓN.

MI ÚLTIMO RECUERDO CONSCIENTE ES LA DETONACIÓN DEL ARMA.

DESPUÉS DE ESO Y POR UN BREVE PERÍODO DE TIEMPO NO HUBO NADA, ABSOLUTAMENTE NADA.

LUEGO LLEGÓ EL DOLOR, UN DOLOR TERRIBLE Y LACERANTE, COMO SI ALGUIEN ARRANCARA TODA LA PIEL DE MI CUERPO DE UN SOLO TIRÓN, COMO SI ME ESTUVIERA QUEMANDO VIVO. EL DOLOR DE VOLVER A NACER.

NO SABÍA DÓNDE ESTABA, NI EN QUÉ POSICIÓN ME ENCONTRABA, HASTA QUE GIRÉ LA CABEZA Y VIA MI LADO EL CUERPO DEL JOVEN PACIENTE DE LA 217.

UNA VOZ DESCONOCIDA TRONÓ EN MI CABEZA:

- "TIENES POCO TIEMPO, ASÍ QUE PONTE A TRABAJAR RÁPIDO, HAZ LO TUYO."

SIN DETENERME A PENSARLO DOS VECES COMENCÉ CON LA AUTOPSIA DEL CHICO.

EL EXAMEN POST MORTEM REVELA LA EXTIRPACIÓN DE CORAZÓN, RÍÑONES Y GLOBOS OCULARES, EL NIVEL DE LAS SECCIONES VASCULARES ES COMPATIBLE CON EL PROTOCOLO DE TRANSPLANTES, POR LO QUE NO SERÍA EXTRAÑO QUE LA INTENCIÓN DE MINELLI SEA EL COMERCIO DE LOS MISMOS EN EL MERCADO NEGRO.

EN SU BOCA HAY RESTOS DE PAÑO CON ESENCIA DE CLOROFORMO (VER EVIDENCIA).

MINELLI GUARDA UN ARMA EN LA CAJONERA DE SU OFICINA, LA INVESTIGACIÓN DETERMINARÁ QUE SE TRATA DEL MISMO CALIBRE QUE LAS BALAS QUE SE ALOJAN EN MI CUERPO.

ESOS SON LOS HALLAZGOS MÁS SIGNIFICATIVOS, LOS CUALES PUEDEN CONDUCIR A LA POLICÍA A LA DETENCIÓN DEL CRIMINAL. POR FAVOR, VEA LOS MEDIOS NECESARIOS PARA QUE ESTO OCURRA LO MÁS PRONTO POSIBLE. LA JUSTICIA DEBE SER SERVIDA, Y AHORA QUEDA EN SUS MANOS.

ES TODO, EL TIEMPO SE AGOTA RÁPIDAMENTE.

CUIDEN A MI FAMILIA Y ENVÍENLE TODO MI AMOR.

"LA VIDA ENCIERRA MUCHOS MISTERIOS, Y LA MUERTE ES QUIZÁ EL MÁS GRANDE DE TODOS ELLOS."

D. AZCONZÁBAL

MÉDICO FORENSE.

HOSPITAL SANTA HELENA.

El disfraz

(Ariel Darkness)

Ese día era el esperado. Cuando anocheciera, acompañaría a su hermano a pedir golosinas en su primer Halloween. Por supuesto, el no lo sabía, nunca sabía nada.

Hacía dos años sus padres, Tomás y Rosana, habían recibido la desagradable noticia instantes después de su nacimiento, la noticia que ningún padre quiere escuchar. Su segundo hijo, Gabriel, sufría de síndrome de dawn.

Fue un golpe duro, muy duro para un matrimonio joven como eran los Domóras. La tristeza los acosaba cada vez que pensaban en la vida del muchacho, en las escasas posibilidades que el futuro le depararía, en el aislamiento que tarde o temprano sentiría. Mas se empeñaron en hacerlo feliz todo el tiempo que pudiesen. Además de los padres, David, su hermano mayor, pasaba muchas horas al día junto a él. Le jugaba, le peleaba, lo hacía reír a carcajadas. Los padres trabajaban muchas horas al día y sus ingresos no permitían costearse una niñera. Pero él era un excelente hijo, a pesar que solo tenía 6 años, y sus padres estaban orgullosos de él. Ninguna niñera podría llegar a hacer por el desafortunado lo que él con su escasa experiencia había logrado.

Además estaba la atención. A Gabriel siempre alguien estaba atendiéndolo, jugando con él, mientras que David siempre tuvo que apañárselas solo. Su etapa de malcriado había sido superada a los tres años y medio cuando su padre le conto que iba a tener un hermanito con quien jugar. Esto no había sido así (ningun juguete sobrevivía a las manos de Gabriel), mas David nunca se había enojado. Su madre le había dicho que había que tener paciencia y eso a él le sobraba.

Pero era difícil convivir con Gabriel. Había que estar pendiente de que no se llevara nada peligroso a la boca, que no rompiera nada, que no metiera los dedos en los tomacorriente. Los recaudos no eran pocos (prácticamente no había cosas frágiles, manteles ni adornos al alcance de la criatura), pero había algunos adornos mínimos, resultado de una acalorada discusión entre la madre y el padre. Al final, el “no podemos sacrificar todo” de la madre le ganó al “puede ser peligroso del padre”.

Dos semanas atrás, su madre había tenido su primera crisis nerviosa al ver destrozada una fotografía de su casamiento. Gabriel había transformado la instantánea en papel picado y lo tiraba alegremente sobre su cabeza.

Casos así había a montones, casi todos los días, mas este afectó fuertemente a la madre.

- Ya no aguanto más, no aguanto más nada. – Luego del hallazgo de la fotografía rota, Rosana le gritaba a Tomás en la habitación que ambos compartían. - Hoy rompió la foto de nuestro casamiento, y si no comenzamos a ponerle un freno va a terminar destruyendo lo poco que queda en esta casa.

- ¿No comprendes que no te entiende? Su inteligencia es demasiado limitada para comprender lo que significaba la fotografía. El no sabe que hizo algo malo, y tampoco lo va a saber por mucho tiempo. El médico nos dijo que nos va a costar adaptarnos, pero debemos hacerlo.

- Ya estoy harta de que su inteligencia no le permita comprender nada de nada.

- ¿¡Cómo podés decir eso!? ¡ES NUESTRO HIJO!. – Tomás ya estaba furioso con su mujer, mientras esta derramaba copiosas lágrimas por sus mejillas.

- Perdoname, pero a veces deseo que no estuviese con nosotros. Todo es tan difícil. Ya me cuesta demasiado criar a David, a veces creo que lo descuido demasiado, y solo tiene seis años. Mis vecinas y amigas ya no me visitan, ni siquiera me llaman por teléfono, es como si el hecho que tenga un hijo mogolico les infundiera miedo. Y si, dije un hijo mogolico. Lo menos que podrías hacer es aceptar la verdad. Tenemos un hijo que es retrasado mental.

Al oír esto la mano del marido se transformó en un puño y golpeó violentamente el rostro de su mujer, que cayó al suelo como una muñeca de trapo. La rapidez y la sorpresa no dejaron lugar a más lágrimas, sino a perplejidad. Rosana abrió dos veces la boca para decir algo, pero finalmente lanzó una peligrosa carcajada y salió corriendo hacia el baño, mientras el padre clavaba la mirada en su puño, como preguntándole a este como podía haber hecho eso. Lo que ninguno de los adultos vio fue a David espiando desde el pasillo. Por supuesto, el no dijo absolutamente nada.

Esto había tenido lugar dos semanas atrás y desde entonces las cosas aparentaban haberse calmado. Gabriel no había roto nada más, David lo llevaba a pasear todos los días a la plaza y lo dejaba jugar con sus lápices mientras él hacía los deberes escolares. Tomás y Rosana habían accedido al pedido de David de llevar a su hermano con él la noche de Halloween, cuando todos los niños del pueblo salieran disfrazados a pedir golosinas. Lo único complicado había sido encontrar un disfraz para Gabriel, ya que todos lo asustaban y hacían llorar. Cuando la empleada del local de disfraces le mostró una máscara de Bart Simpson y el niño sonrió, el problema más difícil de esas dos semanas quedó resuelto.

Ahora eran casi las ocho de la noche, y el padre hacía morir de risa a Gabriel con expresiones exageradas de susto cada vez que este se ponía la máscara. David estaba en su habitación armando su disfraz (la máscara de “Jason” de “Friday the 13th”, junto con un hacha lo conformaban). Y ya

disfrazado fue a mostrarles a sus padres como pensaba “intimidar” a los vecinos para recibir los dulces.

- Esta estupendo, David, aunque le falta algo para parecer real. ¡Ya se! Ponle un poco de salsa de tomate, para que parezca sangre, y ya eres un asesino de película. – Le dijo el padre apenas lo vio, mientras la madre lo felicitaba desde la cocina sin levantar la vista del estofado.

- Quizas tengas razón. ¿Me acompañas, Gabriel? – Contestó David

Gabriel se levanto y siguió a su hermano escaleras arriba, mientras Tomás le comentaba a Rosana cuan serio era su hijo mayor. Lo imaginó médico en un par de años, un gran cirujano. Esbozó una sonrisa para si mismo al cruzar esta idea por su cabeza.

Cinco minutos después David llamó a sus padres para que vean el trabajo terminado. Cuando el padre vio el enchastre de salsa en el piso de la habitación de David abrió la boca para regañarlo, mas su mente no le dejó emitir sonido alguno. La salsa de tomate era demasiado morada para ser salsa, era demasiado pegajosa y era demasiada. Con el corazón desbocado en su pecho levantó la vista para ver a su hijo mayor disfrazado, manchado de sangre real desde la máscara hasta los pies, mientras sostenía la cabeza cercenada de Gabriel en su mano derecha. Con la seria mirada de siempre, miró a su madre que acababa de subir las escaleras y contemplaba el macabro espectáculo desde las espaldas de su marido, y le habló.

- No te preocupes, mami. Gabriel ya no va a romper más fotos, y entonces papi no volverá a pegarte.

Afuera, en la puerta de la casa, un niño disfrazado de policía golpeaba la puerta y esperaba las golosinas caseras de Rosana.